

LAS CRONICAS DE EL TEBIB ARRUMI

III

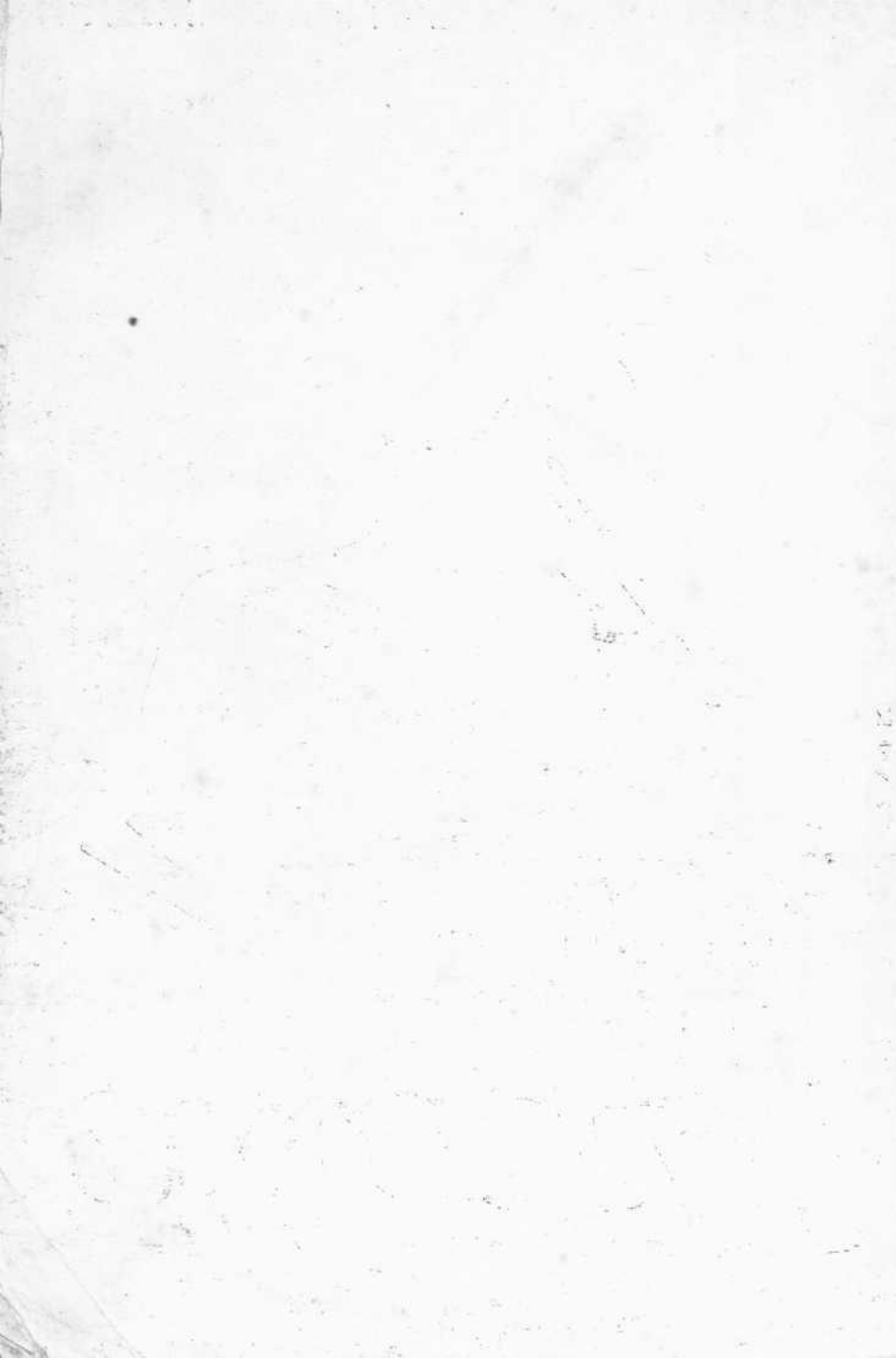
ABRIL-JUNIO-1937

J. FRANK

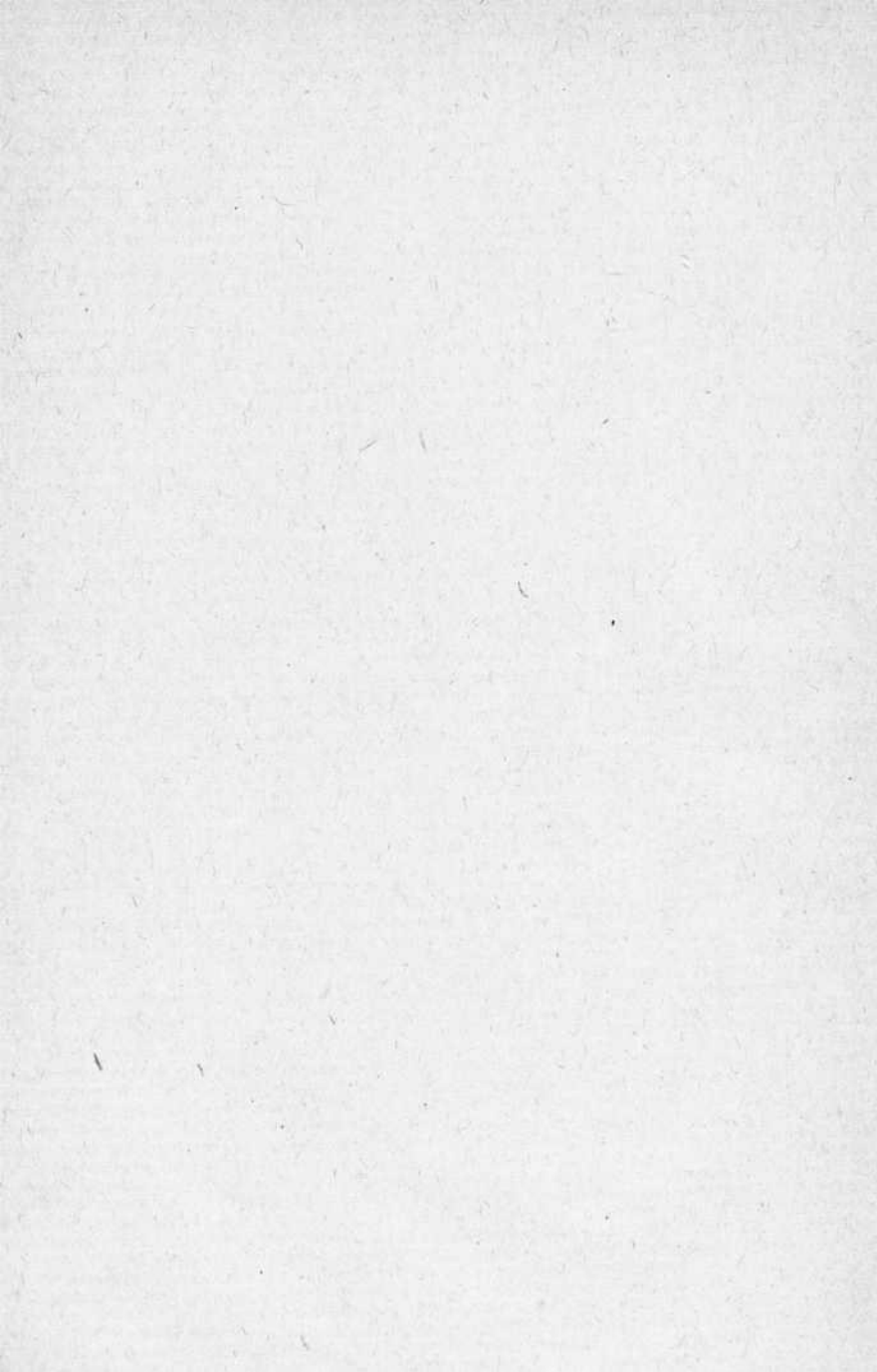
la conquista de

Vizcaya

LIBRERIA SANTAREN VALLADOLID



350



EL TEBIB Y SUS CRÓNICAS

LA CONQUISTA DE VIZCAYA

ES PROPIEDAD.

**Queda hecho el depósito que
marca la ley.**

LAS CRÓNICAS DE **EL TEBIB ARRUMI**



LA CONQUISTA :-: DE VIZCAYA :-:



LIBRERIA PUGA
Calle de la Paz, 5 - MADRID

VALLADOLID
LIBRERÍA SANTARÉN
FUENTE DORADA, 27
1938

OBRAS DE "EL TEBIB ARRUMI"

- MEDICINA DEL ALMA. 1907. — Estudios Médico-Sociales. Agotada.
LA VERDAD DE LA GUERRA. 1909. — Discurso en el Ateneo de Madrid.
EL RIFF. 1910. — Agotada.
LA CARGA DE TAXDIRT. — Novela corta. 1910. Agotada.
BU-SUIFA. — Novela corta. 1910. Agotada.
ESPAÑA EN AFRICA. 1921. — 2.ª edición.
KELB RUMI 1921. — Novela rifeña. 4.ª edición. Traducida al inglés.
LA SITUACION ACTUAL DE ESPAÑA EN MARRUECOS. 1921. — Discurso en el Ateneo de Madrid.
BCCB HOMO. 1922. — Responsabilidades en Marruecos. 11.ª edición. Agotada.
TANGER Y LA COLABORACION FRANCO-ESPAÑOLA. 1924. — Traducida al francés e inglés.
LA ACTUACION DE ESPAÑA EN MARRUECOS. 1925. — 11.ª edición. Traducida al francés e inglés.
LA COLONIZACION ESPAÑOLA EN MARRUECOS. 1927. — Traducida al francés. Premiada en el Congreso de Colonización de Argel.
LALA-MARIEM. 1930. — Novela dialogada del Gran Atlas.
HEROES DE ESPAÑA. — "El Caudillo" — 1936.
EL CERCO DE MADRID. — Crónicas de "El Tebib." 1937.
CAMPAÑAS DEL JARAMA Y EL TAJUÑA. — Crónicas de "El Tebib", 1937.
LA CONQUISTA DE VIZCAYA. — Crónicas de "El Tebib", 1938.
-

DE INMEDIATA PUBLICACION

- IV Campaña de Santander.
V Asturias por España

EN PREPARACION

- VI La campaña de Teruel.
-

Para ti, mujer, santa esposa, madre de mis hijos.

Mientras estas crónicas eran escritas y lanzadas por los ámbitos de España, tu corazón de madre pasaba por el dolor infinito de saber muerto nuestro Alberto.

Y sin embargo, me impulsabas a seguir mi tarea en servicio de España. Y te quedabas sola en tu dolor; pero también con tu orgullo de haber dado a la Patria lo mejor de tu corazón.

Para ti, dulce compañera, prototipo de madres españolas, este libro de gloria.

Para ti, a quien todo lo debo, por buena, por comprensiva, por mil veces española y mil veces SANTA.

ADVERTENCIAS AL TOMO III

Como en los dos tomos precedentes de las "Crónicas del Tebíb", en el presente están englobadas las emitidas por Radio Nacional a continuación del Parte Oficial de Guerra, que son señaladas con un asterisco, y las que se escribieron y publicaron en aquella etapa en los periódicos "Faro de Vigo", "Vox de Galicia", "Domingo" y "Diario Vasco"

FRENTE DE VIZCAYA

* RESUMEN DE UNA JORNADA MAGNIFICA

Un nuevo salto en los afanes bélico-informativos. Y conste que lo que he visto en el día de hoy vale la pena de haberlo dado. Hoy, español que me lees, hemos puesto el jalón de etapa de partida a un nuevo avance de nuestra progresión victoriosa en la reconquista de la España que aún está bajo la afrentosa dominación comunista, y a fe que esta jornada primera, en la nueva ruta, no ha podido ser de más glorias ni de mayor provecho. Para descongestionar el frente de Vitoria, el mando ha preparado operaciones en la provincia de Alava con tanta minuciosidad como ponderación de elementos. Dos columnas por el pronto, al mando del general Solchaga, bajo la dirección del divisionario López Pinto y la égida del general Mola, jefe del Ejército del Norte, han operado en el día de hoy sobre la cadena de montañas que se abre al Norte y Este de Vitoria, donde el enemigo, desde los principios del Movimiento salvador, se instaló, sin atreverse a más que a presionar la capital alavesa, a quince o veinte kilómetros de ella, pero también sin retroceder un paso, por la sencilla razón de que otras atenciones estratégicas absorbieron hasta hoy nuestro esfuerzo militar; pero todo tiene su hora, y la de dejar Vitoria libre de vecindades molestas, aunque distantes, ha sonado ya con el alba del día de hoy.

La potente masa artillera concentró sus fuegos con

justeza matemática sobre las alturas denominadas Albertia, Maroto, Jarindo y Asensiomendi, montañas todas ellas en las que los rojos habían construido formidables atrincheramientos, convencidos de que no le bastaría para mantenerse en ellas, el día en que nos decidiésemos a quitárselas, con su formidable estructura y posición topográfica inexpugnable; para neutralizar esos atrincheramientos, nuestros artilleros han superado hoy su acreditado acierto.

Yo he visto ya, en mi larga vida de cronista bélico, algunos centenares de preparaciones artilleras, pero aseguro que nunca vi nada parecido a lo de hoy, como tampoco he visto nunca a nuestra aviación, que con gran densidad de aparatos voló hoy sobre los montes ocupados por los rojos, tener mayor acierto en sus tiros.

Ha sido algo de asombro, algo que probablemente no se volverá a registrar en esta guerra; artilleros y pilotos nos han admirado hoy más que nunca.

Con su pericia, no sé expresar hasta qué grado provocó mi admiración y asombro, que de cierto vale poco; pero sí diré que cuando el general Mola subió a caballo, tras de penosísima ascensión, a las cumbres atrincheradas que habían batido nuestros cañones y aviones, no cesaba de exclamar: «Nunca vi nada más extraordinario ni magnífico; no cabe hacerlo mejor».

Sirva esta frase textual del general jefe del Ejército del Norte de recompensa a esos meritísimos maestros bombarderos, y cuenta, amigo que me atiendes, que si la Artillería y la Aviación se superó a sí misma, la Infantería no le fué en zaga, ya que los rojos, a pesar del durísimo bombardeo, aún encontraron arrestos para esperar en lo alto de las crestas la llegada de nuestros infantes, que, en escaladas inolvidables, coronaron, y guarnecieron en el acto, Albertia, Maroto, Jarindo, y al caer la tarde, por el ala derecha, Asensiomendi y algunas otras alturas.

En el sector de Mondragón no tendré que subrayar cuál ha sido el castigo que han sufrido las desdichadas huestes marxistas vizcainas; yo sólo he visto los resul-

tados en la colina ingente de Albertia, y sólo allí hemos cortado cincuenta y dos muertos enemigos.

Se han cogido dos cañones del siete, diez y seis ametralladoras, más de cien fusiles y veintisiete prisioneros: si en las otras tres montañas conquistadas hoy ha ocurrido otro tanto, y estoy por asegurar que quizás ocurrió más, júzguese del enorme palizón que hoy recibieron los súbditos de Aguirre y demás traidores de Bilbao, para dar idea de hasta qué punto fué magníficamente preparada y ejecutada esta grandiosa operación.

Diré que para controlar el ajuste de los mandos y soldados, con las órdenes del general Solchaga, éste había dispuesto que, ocurriese lo que ocurriese, de nueve a nueve y media de la mañana todas las fuerzas, incluida la Aviación, hiciesen un alto en el fuego y, en efecto, a la hora señalada y durante el tiempo ordenado, ha reinado un silencio absoluto en todo el campo y aun en toda la atmósfera, y digo que absoluto, porque en aquellos momentos, a raíz del seguro bombardeo por tierra y aire, los rojos no estaban en situación de ánimo para hacer por su parte el menor ruido, como no fuese el de sus botas en los guijos de los barrancos, por los que corrían a ocultarse.

Cuando un Ejército puede hacer alardes de instrucción y disciplina como éste, no hay enemigo que sea capaz de vencerle. Sólo hay una nota adversa, la de siempre, la del tiempo; todo el cielo está cubierto de nubes plomizas. Durante el día ha llovido con esa lluvia menuda, pertinaz, propia de esta región. Decididamente, el sol se ha hecho comunista. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Venceremos también al sol!

31 Marzo. Vitoria.

Primeras ocupaciones en el Udala

Verdadero alarde de competencia táctica, verdadero derroche de buen arte militar, ha sido esta jornada que comentamos y que nos ha dado la posesión de crestas de la importancia de Menaya Alto y Bajo, que son las verdaderas llaves de la importante ciudad de Elorrio.

Estas crestas, de 642 y 669 metros de cota, fueron tomadas tras de una magnífica preparación aérea y artillera, en dos soberanos empujones de la infantería, que el enemigo no pudo contener.

La ocupación de las alturas de Atzoutzubiet, Catalegui y Ermita de Santa Catalina, dejó libre la carretera de Mondragón a Villarreal, por la que no se transitaba desde el mes de Agosto.

Pero es que además otras columnas, después de rodear la famosa Peña de Udala, subió la cresta, y los 200 muchachos falangistas y tradicionalistas que la componían, se dieron el gustazo de arrancar la bandera roja que los separatistas y bolchevistas vascos habían clavado en la ingente cumbre, como un alrón desafiador, sustituyéndola por la gloriosa bandera bicolor de España.

Fué un momento de emoción inolvidable aquel en que ese puñado de valientes que se tocaban con la boina roja tradicional y lucían la ya venerable camisa azul, abrazados en magnífica explosión de júbilo por su victoria arrolladora, escucharon en correcta formación de honor el Himno Nacional, mientras se alzaba en el mismo mástil que habían clavado los enemigos de España en el crestón rocoso, el paño sagrado rojo y amarillo.

Esta victoria y este episodio tiene, además de su parte emocional, un gran valor en el aspecto militar, porque al ocuparse la Peña Udala y, naturalmente, los vértices de la contornada, las posiciones enemigas del sector rojo de Campasar han quedado totalmente rodeadas, así como todos los puestos enemigos situados al Sur de Elgueta, no quedándoles más recurso a los rojos allí parapetados, que aprovechar el momento propicio de la noche de hoy para

salir de la ratonera en que han quedado metidos, evitando de esta forma el quedarse totalmente copados.

Según las noticias a última hora recibidas, el enemigo evacua asimismo la villa de Elorrio.

A la hora en que transmito estas impresiones, que no expresan con fidelidad la alegría natural por el triunfo hoy logrado, nuestras fuerzas siguen avanzando en dirección de Elorrio, encontrándose ya en las proximidades de este poblado, aunque desgraciadamente también avanza la noche, por lo que seguramente no resultará prudente la ocupación de la ciudad, que habrá de dejarse para cuando de nuevo luzca el sol.

FACTORES DECISIVOS EN LA GUERRA MODERNA

Artilleros y aviadores rompen el frente de Vizcaya

Pocas veces ha mostrado nuestro Ejército con tanta evidencia su superioridad sobre las hordas marxistas como en esta jornada del último día de Marzo, en que se ha roto el frente enemigo de Vizcaya. En mi crónica telegráfica de anoche, con la precipitación del apremio de tiempo, ya indicaba algo de esto; pero hoy puedo subrayarlo, ya que, en efecto, desde la jornada de ayer, ya nadie ni los más desconfiados, pueden dudar de esa gran verdad de nuestra aplastante superioridad combativa sobre la de los rojos, y no creo que pueda haber noticia que más interese hoy en día a los españoles de la España legal.

Desde el comienzo del movimiento los separatistas vascos se instalaron en Ochandiano, población a caballo sobre las provincias de Vizcaya, Alava y Guipúzcoa.

Fué este punto el que eligieron como base de sus futuras conquistas. Durante los sucesos de Agosto a Octubre, no hablaban de otra cosa que de sus concentraciones en Ochandiano para la conquista de la región alavesa y la reconquista de la guipuzcoana. Los planes del Mando Nacional orientaron las operaciones por otros sectores y el sector alavés quedó relegado a un segundo término. A favor de ello, los separatistas vascos avanzaron hacia Villarreal, se establecieron sólidamente en posiciones de gran valor táctico, y ya que no de otra cosa, estuvieron seguros de que de allí, de tales posiciones por su naturaleza topográfica inexpugnable, nadie los podría echar.

Y ayer, al primer empujón brioso de nuestras unidades, todo ese frente vino de golpe al suelo y con el mayor estrépito de rotundo, definitivo fracaso.

Cuando a última hora de la tarde de ayer subía yo a la cumbre de Albeitia y Maroto, tras de poner a prueba los pulmones de mi caballo en escalada inverosímil, me quedaba absorto, confuso, no acertando a explicarme cómo podían los separatistas haber abandonado tan formidables baluartes defensivos. Sólo habiendo sido testigo del asombro de nuestra preparación artillera y del insuperable trabajo de la aviación, cabe explicarse ese abandono. Pero aquello, el bombardeo inicial del avance, fué algo de maravilla. Las cumbres de estos montes, en las que durante seis largos meses los separatistas hicieron la más prodigiosa de las labores de fortificación defensiva, aparecían totalmente removidas, como llenas de pequeños cráteres de volcanes. En un trozo de trinchera de unos cien metros, conté yo más de cuatrocientos hoyos de granadas. Fué algo bellamente asombroso lo que hicieron ayer nuestros cañones y aviones. Y los rojos no pudieron resistir. Sólo un centenar, a los que no dudo en dar la categoría de héroes, aguantaron el terrible bombardeo y esperaron a nuestros infantes en los destruidos parapetos para recibirlos con bombas de mano, y luego morir o darse prisioneros.

Toda la esperanza, toda la labor de tenaz resistencia

de la entrada de Vizcaya, ha quedado destruída, aniquilada. Cuando se cuenta con Aviación y Artillería de valor de la pericia de las nuestras, parapetos y trincheras son juegos de niños, fortalezas de naipes...

Tenemos en frente el terreno más movido y agrio de la Península. A cada kilómetro ábrese el obstáculo de una verdadera Covadonga... Pero todo ello no es, no será nada, para el brío y el acierto de nuestras unidades. Lo de ayer, esta jornada de gloria inolvidable, hubiese sido imposible a cualquier Ejército que no contase con tan excelsos artilleros y aviadores. Como esos montes ayer conquistados nos quedan aún varias docenas cerrándonos el camino que va al mar vizcaíno. ¡No importa! Se han ganado las posiciones mejor fortificadas y se ganarán las ingentes montañas de su retaguardia con una mayor facilidad, aunque la de ayer fué máxima.

Los rojos vizcainos saben desde el 31 de Marzo la suerte que, a no tardar, les espera. Y no creo que, perdidos los baluartes mejores, encuentren alientos para más eficaces defensas en el porvenir. Y si los encuentran, mejor. Así acabaremos antes con su torpe, suicida resistencia.

Vitoria, 1 de Abril 1937.

ASI ERA EN ESPARTA

¿Cómo podría yo testimoniar la veracidad de mi relato...? No he podido darle la debida autenticidad porque no llegué a conocer el nombre del héroe de esta epopeya; tal fué la impresión que me produjo escuchar el caso, que me quedé absorto, sobrecogido, sintiendo correr a lo largo de mi espalda ese escalofrío especial con que el «Gran Simpático» acusa las emociones considerables. Pero, aun con el riesgo de faltar a la discreción debida —ya que el relato se hacía al amparo de una conversación por entero confidencial, entre amigos y no ciertamente pensando que hubiese un periodista en la re-

unión—, si diré que quien lo refería, con todo género de pormenores, era nada menos que el General jefe de la División de Madrid, y con la natural ufanía por cierto, ya que el hecho se había registrado entre las gloriosas tropas que se baten a sus órdenes. ¿Te basta el testimonio, lector amigo...? Pues ahí va el relato:

... ..
Creo que fué en el sector de Majadahonda, del frente de Madrid. Una de nuestras posiciones estables venía siendo batida por el enemigo con fuego de cañón y mortero con intensidad insufrible. Una noche, para librarse de tan continuada y peligrosa molestia, el mando de sector solicitó y obtuvo autorización para hacer una pequeña operación envolvente que debía tener como consecuencia el apoderarnos de unos vértices, altillos situados al Norte de la posición-base del subsector de Majadahonda. La operación se realizó tal y como había sido proyectada, y quedaron en nuestro poder varias de las alturas codiciadas; pero, una de las colinas coronadas y guarnecidas por los nuestros, quedaba un poco fuera de línea, en espolón avanzado, y con mala situación táctica por el frente y los flancos, aunque bien asistida y ligada a la posición principal por la retaguardia. Desde el primer día de la ocupación de tal cumbre, la avanzadilla que se colocó en ella se vió muy hostilizada por los rojos; pero en cambio, merced a ella, la principal quedó totalmente libre del pegajoso contacto de fuego con el enemigo. Entre dos males había que escoger el menor, y el mando del subsector recibió la consigna de mantener «a todo trance» la avanzadilla.

Cada tres días se relevaba la guarnición de dicho puesto avanzado. Los relevados volvían siempre con bajas en sus filas, pero éstas no llegaban a hacerse intolerables por su número, y en cambio los soldaditos retornaban a «la principal» muy satisfechos por haber ocasionado grandes desgastes al enemigo, que no cejaba día y noche en su intento obstinado de desalojarnos de la ventajosa pero arriesgada avanzadilla. Treinta hombres, con dos máquinas ametralladoras, constituían la guarnición

del puesto, con la consigna inquebrantable de morir en él antes de abandonarlo por ningún concepto. Así se vino cumpliendo; hasta que un día...

Un día, antes de que el sol coronase los pardos montes de Valdemorillo y El Escorial, los marxistas formalizaron sus ataques a nuestra avanzadilla. Una larga preparación artillera anunció la proximidad de un asalto. Al rayar el alba, desde la posición principal se vió cómo avanzaban seis carros de asalto rusos, que lenta, pero continuadamente, escalaban el montecillo por el frente y los flancos, dirigiéndose al reducto atrincherado, donde hacían fuego desesperado de contención nuestros treinta valientes, que precisamente habían de ser relevados aquella misma mañana. Conforme avanzaba el día arreciaba el ataque enemigo. Por dos veces los carros llegaron hasta nuestra línea de trincheras, y por dos veces se les vió desde la posición principal retroceder, con la natural alegría y sosiego para el capitán que mandaba la compañía que guarnecía la posición básica del subsector. Cuando ya parecía vencido el ataque y se preparaba el capitán a enviar el relevo a los valientes de la avanzadilla, de improviso arreció el fuego enemigo, se vió a tres «ratas» picar sobre el puesto y batirlo con fuego de ametralladora y bombas de calibre considerable. Tras de aquel nuevo ataque se observó que los nuestros iban cesando poco a poco en el fuego de fusilería y que sólo una ametralladora respondía tenaz, incansablemente, al horrible fusileo y a los morterazos del enemigo.

El capitán daba ya por perdida la posición calculando, con lógica, que el ataque aéreo había dado fin con los defensores de la avanzadilla y que los pocos que aún quedaban vivos no tardarían en caer a su vez; pero estaba satisfecho, porque la consigna se había cumplido, y así se puso al teléfono de campaña para comunicarlo y demandar órdenes, que bien pudieran ser las de intentar, a costa de lo que fuese, con el resto de su compañía, la reconquista del vértice avanzado. Cuando ya iba a realizarlo así, por orden superior, fué avisado que desde la avanzadilla, corriendo a todo correr por su loma de re-

taguardia, se acercaba un hombre nuestro, que pronto fué reconocido como el brigada que aquel día mandaba el puesto. Lleno de indignación el capitán, ante la idea de que precisamente fuese el comandante de la avanzadilla heroica el que faltase a la consigna y abandonase la que se le había ordenado defender hasta morir, sacó su pistola y se dirigió al encuentro del fugitivo, dispuesto a hacer justicia en él ante los soldados, para darles la conveniente lección moral de lo que en guerra significa el incumplimiento de una orden severa.

Jadeante adelantaba hacia el capitán el pobre brigada, en cuyo rostro se leía todo el espanto de la tragedia que acababa de presenciar en lo alto de la malhadada cumbre avanzada; y cuando el pobre muchacho vió avanzar hacia él a su capitán empuñando la pistola, se paró en seco, y tras de un largo respiro que dió fuerza a sus fatigados pulmones, gritó: «¡Un momento, mi capitán! Yo le explicaré...».

—«¡No tiene usted nada que explicarme! Usted recibió la orden de defender con sus treinta hombres la avanzadilla hasta morir todos en ella, y está usted aquí, solo y... ¡¡¡vivo!!! No tiene usted nada que explicar».

Y levantó el brazo, acercándose unos pasos hacia el brigada, quien serenamente cruzó sobre el pecho los suyos y replicó sin prisa, con acento firme, sin oponer un gesto de huida o de defensa a la presunta acción disciplinaria...

—Mi capitán. De treinta hombres que tenía, veintisiete están muertos o heridos en las trincheras; dos quedan disparando la única ametralladora que nos queda servible y yo... ¡yo he bajado a pedir municiones para poder seguir tirando con esa máquina hasta que nos toque morir en la posición y con arreglo a la orden recibida!

... ..

No hay que decir el epílogo. El capitán abrazó y besó al brigada, le confió otra sección de refuerzo, con la que se consolidó la posición y... no lo sé, pero creo que hay un expediente de laureada para el brigada, aunque...

¡casos como este se registran tantos y tantos en nuestras filas!

¿Comentarlos?

¿No sería algo así lo que valió a Esparta su fama imborrable en la historia del valor humano...?

*** UNA VISITA AL DESCONOCIDO FRENTE DE LEÓN**

Siempre es interesante venir a esta hermosa ciudad leonesa, aun cuando no hubiera en ella otra cosa que ver que la grandeza de su Catedral, que ofrece a cualquiera pretexto suficiente para un viaje, por incómodo y largo que éste sea como lo ha sido el mío.

En esta Catedral, joya y gloria de nuestra arquitectura, he salido del éxtasis contemplativo, ante la inusitada presencia de un numeroso grupo de requetés pamplonicas que, como yo, acudían a visitar las obras maravillosas del recinto sagrado.

Cuando aún me estaba percatando de la presencia de los bravos hijos de Navarra, veo otro grupo, no menos numeroso, de falangistas, cuya procedencia delata su acento gallego, que recorre la Catedral, deteniéndose ante la magnificencia de su maravillosa cristalería.

Fuera me ha sorprendido de nuevo la afluencia extraordinaria de los gorros azules y las boinas coloradas.

Muchachos en plena juventud, que hoy afluyen a esta ciudad para dejar en ella los ecos de sus cantos regionales, que lanzan a pleno pulmón por las vías de la capital, ante la sorpresa de la población, que no esperaba ciertamente la presencia de esta muchachada.

La paz de León, que no se había alterado desde el comienzo mismo del movimiento salvador se ha visto hoy perturbada por el desfile de los requetés y de las centurias, que en larga caravana de automóviles han cruzado

la ciudad, y tras breve parada en ella, han reanudado su marcha a los pueblos ennegrecidos por el tráfico carbonero que forman la región leonesa.

La guerra en este frente ha permanecido hasta el día de hoy en segundo plano, y sin embargo, yo he podido comprobar en esta rápida visita la existencia de un espíritu belicoso tan grande como mal contenido, porque todos estos muchachos que he visto desfilar refrenan sus impulsos como el corcel de pura sangre a quien difícilmente sujeta el jinete cuando ya se aproxima el momento de comenzar la carrera.

Hay que tener paciencia, ya que este tiempo de espera no fué perdido, sino que supo emplearse en templar bien el instrumento y asegurar el resultado. Pero todo tiene su fin, y la prolongada espera también lo tendrá. He observado a mi llegada a los pueblos y posiciones del frente leonés que la impaciencia responde a una esperanza cierta de que pronto, muy pronto, para su gloria y la de la Patria, la inmovilidad habrá terminado.

En Burgos, 3 Abril.

EN TORNO A OCHANDIANO, O LO QUE VA DE AYER A HOY. — GUERRA ESPECIAL PARA SOLDADOS ESPE- CIALES

Desde estas alturas que caen hacia la vertiente cantábrica, divisoria de aguas entre ésta y la mediterránea, he podido atisbar el anfiteatro montañoso vizcaino sobre que se asienta la villa de Ochandiano, primera de la provincia de Vizcaya y famosa por haber sido elegida como cuartel general de los separatistas vascos desde el primer momento de su acto de vesánica rebeldía contra la verdadera Patria. No ha sido, de cierto, sin intensa emoción

que he puesto los ojos sobre los alegres caseríos que ponen su nota alba entre el verdor de los prados jugosos donde pacen—o pacían, que ya ni eso tan típico es otra cosa que una pura añoranza en la realidad de Vasconia—los pacíficos bueyes que fertilizaban con su austero paso de cansino trabajador estas duras tierras de entrañas de hierro y carbón; no ha sido, digo, sin honda emoción que he puesto los ojos sobre molinos y caseríos que anuncian la proximidad de la nombrada villa, porque su solo nombre alza en mi recuerdo de horas muy amargas de sufrimiento inolvidable.

¡Ochandiano! Yo escuché por primera vez este nombre en los últimos días del mes de Julio. En Deva me encontraba yo, atento a no ser descubierto en mi verdadera modestia pero acuciada personalidad por los nacionalistas y marxistas de Guipúzcoa, cuando una mañana de sol se conmovió el simpático lugarejo veraniego. En la puerta de cada casa, en el atrio de la vetusta iglesia, en los bares, donde los «caseros» consumen sus habituales «chiquitos» de agrillo blanco, sólo se escuchaba, en vasco y en castellano, esa palabra: ¡Ochandiano!

Y seguían a su pronunciación una serie de agridados gestos, de puños apretados, de rugientes palabras saturadas de odio, de venganza. ¡Ochandiano! La aviación «fascista» — un solo épico aparato — había osado bombardear Ochandiano aquella misma mañana; las bombas los proyectiles—también tiró el avión «faccioso» con ametralladora, para lo que tuvo que arriesgarse, como es lógico, hasta ponerse a tiro de los rojos rebeldes—decían que habían causado víctimas inocentes entre las mujeres y los niños de la pacífica villa...

Fué la primera vez que escuchamos ese truco, luego tan repetido por periódicos y emisoras rojas y separatistas. ¡Cobarde agresión fascista sobre indefensos pueblerinos!... La verdad era que hacía ya varios días que los aterrados veraneantes en Deva veníamos oyendo hablar a los nacionalistas y a los primeros representantes de F. A. I. y C. N. T. de cómo en Ochandiano se encontraban las va-

lerosas milicias vascas para emprender no menos que la conquista de Vitoria. Más aún; ya se había dicho que Vitoria con Villarreal estaban sitiadas, condenadas a morir de hambre y sed, porque las gentes de Ochandiano habían tenido la «valerosa audacia» de cortar las fuentes que proveen a la capital alavesa y situarse sobre todas sus vías de comunicación. La realidad era muy otra; la realidad decía que, en efecto, en Ochandiano se concentraban numerosas huestes separatistas y que se pretendía organizar un ataque a fondo desde allí sobre nuestros incipientes frentes de Alava y Guipúzcoa. Y aquel aparato «precursor», avisado de la existencia de tales preparativos, se decidió interrumpirlos con su desagradable presencia, y se presentó a la hora de repartir el rancho entre las «valerosas milicias» y sembró en ellas el espanto y también la muerte, sufriendo sólo injusto castigo un único niño muerto y una infeliz mujer; el resto de las víctimas eran los que ya se decían famosísimos e invencibles soldados del pueblo.

Famosos soldados. Aquellos de entonces sí que lo eran. Y en esto he pensado yo hoy al contemplar a distancia el célebre Ochandiano. ¡Lo que va de ayer a hoy!... ¡En lo que ha degenerado aquella guerra entre españoles que estallaba en Vizcaya a primeros de Agosto! Porque los famosísimos soldados que en Ochandiano preparaban nada menos que la reconquista de la parte ya por nosotros ganada en Guipúzcoa, y el arrasamiento y destrucción de Vitoria y su campo, no eran ni más ni menos que unos cuantos facinerosos, grey ululante que porque veía en sus manos una escopeta, a lo más una pistola repetidora saqueada de la fábrica de Eibar, ya se creían capaces de derrotar nada menos que al Ejército nacional, aun cuando por aquel entonces ese Ejército no tuviese en el Norte más representación que las bravas milicias, requetés y las falanges de las Jons. En gritar, en baladronar y en robar y asesinar, naturalmente, creían aquellos rojillos vascos que iba a quedar todo. Por eso, cuando al empujón de Beorlegui y Ortiz de Zárate, siguió la presencia en el

aire de un par de viejos aviones nacionales, y en el mar la del glorioso Cervera, llenáronse de «santa indignación», mal disimuladora de un tremendo pánico, y alzaron gritadora protesta, como si realmente el bombardeo fugaz y rudimentario de Ochandiano, primero que se registraba, fuese un hecho monstruoso, digno de la condenación del orbe civilizado.

¡Lo que va de ayer a hoy! Porque hoy sobre Ochandiano han volado más de cincuenta aviones modernísimos, todos nuestros, aun cuando los de Ochandiano esperasen los suyos, que también los tienen, aunque de poco les sirve. Y hoy sobre Ochandiano habrán caído millares de proyectiles de nuestras baterías, sin que las de los rojos se atreviesen ni a contestar siquiera, porque las han desplazado ya hacia Bilbao, por miedo a perderlas en nuestro ya seguro ataque de asalto. ¿Qué dirán hoy los vecinos de Ochandiano, aquellos que en Agosto pretendían, con la leyenda del bárbaro bombardeo, indignar a las gentes vascas y lanzarlas a la conquista en tromba de Vitoria...? Aquí estamos nosotros y allí ellos. Pero ya ni ellos ni nosotros combatimos como entonces. La guerra pudo ser más humana, menos cruenta, si los separatistas no hubiesen buscado amparo a su cobardía y falta de preparación en los mercenarios internacionales. Hubiéramos seguido bombardeándolos con un solo valiente avión y cañoneándolos con una sola audaz batería. Pero ellos no lo quisieron. Trajeron—a Bilbao, no se olvide—gentes extrañas, armas en cuantiosa proporción, lo más moderno de los artefactos destructores; quisieron hacer la guerra bárbaramente cruel, siquiera sólo fuese para justificar tros infantiles aunque valerosos ataques, y... se han encontrado con la horma de su zapato, porque también nosotros pudimos encontrar medios bélicos y conservar en esto la superioridad, como la tuvimos siempre respecto del aquéllas sus fingidas indignaciones primeras ante nuestro valor, disciplina y moral combativa.

Aquel bombardeo inicial de Ochandiano, hoy nos parece algo así como un juego de niños. ¿Qué les habrá pa-

recido a los vascos separatistas...? ¿En qué quedaron las furibundas amenazas de aquellos tiempos...? Si pensasen en ello, si reflexionasen con la realidad a la vista, si tuviesen la serenidad de espíritu y el tono de conciencia necesario para establecer el debido parangón y calcular fríamente «lo que va de ayer a hoy», quizá aún fuese tiempo de rectificar, de salvar a Bilbao, de humanizar la guerra, evitando el que, ahora sí, caigan víctimas inocentes y se escriba con sangre la historia de su contumacia en el error, aquel error que ya debieron de reconocer cuando un valeroso avión nacional dispersó en los primeros días de Agosto las fanfarronas concentraciones marxistas y separatistas que iban a conquistar ¡qué sé yo el qué!... poco menos que con Vitoria y Guipúzcoa, el mundo entero.

Y Vitoria, es decir, España, les ofrece hoy la oportunidad para que muestren su brío, si es que les queda, o mejor, para que hinquen la rodilla y pidan clemencia, que... ¡a nosotros sí que aún nos queda!

Vitoria, 2 Abril.

*** ULTIMOS MENSAJES**

Hemos clavado los pies en Vizcaya

Anticipé en mi crónica telegráfica la gran victoria de este primer domingo de Abril, tan grande, que da pie y margen no para una, sino para muchas ampliaciones postales. Y vamos a ello, por si, como pudiera muy bien acontecer, los sucesos bélicos se precipitasen de tal forma, que esta jornada del domingo quedase oscurecida por nuevos y rotundos éxitos.

El de ayer no dudo en calificarlo como una de las etapas más gloriosas y definitivas de la campaña. Hemos puesto pie en Vizcaya. Claro que ya nos habíamos asomado a la cuna del separatismo a fines de Septiembre,

con la toma del primer pueblecito vasco, Ondárroa; pero aquello no era más que una obligada táctica en el linde mismo de Vizcaya y Gulpúzcoa, y esto de ahora es sentar el pie firmemente y totalmente dentro de la provincia vasca, con la posesión de varios de sus más recios baluartes defensivos y la ocupación de la villa de Ochandiano, una de las más principales, por no decir que la más principal, después de Bilbao, del territorio de la absurda republiquita separatista.

Estamos, pues, en Vizcaya y nadie nos arrojará de allí. Pero esto, que tiene mucha importancia en el terreno bélico-topográfico, resulta cosa nimia si se compara con el efecto moral-político que en el enemigo tiene que haber producido su aplastante fracaso. ¿Qué van a hacer ahora las huestes de Aguirre? Cayeron en nuestro poder las más ingentes y mejor fortificadas montañas; pusimos en derrota a lo más florido y tupido de su ejército; perdieron el material de guerra a montones, y los víveres y aprestos por toneladas; llevan más de dos millares de muertos en cinco días, y no es exagerado calcular que entre heridos y prisioneros han perdido ya sobre diez mil hombres; lo mejor, lo de vanguardia, lo de choque. El camino hacia el mar, pasando por todo el territorio vizcaíno, aunque ofrece aún pasos difíciles, como el de Urquiolá, ya está más que entreabierto y no tardarán nuestras unidades en abocar a tierras si no llanas, que en esta región no las hay, por lo menos infinitamente más asequibles a la acción maniobrera que las ya recorridas hasta hoy... ¿Qué van a hacer los enemigos...? ¿Cómo podrán obstinarse en una suicida defensa...? Carecen de moral, de elementos en proporción conveniente para oponer resistencia a los nuestros, magníficos; carecen de lo elemental para la subsistencia; están bloqueados estrechamente por el mar; en el aire no se atreven a hacer acto de presencia; y sobre todo... ¡carecen de hombres capaces para la lucha titánica de oponerse a nuestro avance en tromba!

Los niños, que adolescentes no eran aún, que ayer domingo fueron hechos prisioneros, esas criaturas que llo-

raban como tales con llanto infantil cuando veían acercarse a sus trincheras a nuestros hombres, HOMBRES, no serán, ciertamente, los que nos cierren el paso. Ni lo serán tampoco los infelices «jebos» que ayer declaraban haber sido reclutados tres días antes y sin ninguna instrucción llevados a la línea de fuego; ni lo podrán ser ya los «mendigoxales», las tropas vascas de «elite», montañeses duros, nacionalistas con fe en Dios, porque esos, los que quedan en pie, llevan en el alma el desaliento de saberse proscritos, excomulgados por el Papa, y sienten hoy—sentían ya desde el primer día—la máxima repugnancia al ver su suerte y hora enlazadas íntimamente al de los asesinos de la F. A. I., a los ladrones comunistas...

Niños en la guerra. ¿Se concibe crimen mayor? Ayer una verdadera criaturita, recogida en el campo de batalla llena de sangre, nos contaba su triste historia: «Yo cuidaba las vacas en un prado de Colunga, en Asturias; mi madre vino corriendo para que me ocultase, porque unos hombres iban recorriendo los pueblos y los campos y metían, a palos, en unos camiones a todos los que encontraban, desde los diez a los sesenta años. Cuando trataba de huir, llegaron esos hombres, y aunque yo me abracé con fuerza a mi madre y ésta no quería soltarme de sus brazos, me llevaron a rastras, me trajeron aquí, me dieron un fusil y una bomba, que me estalló en las manos mientras le daba vueltas para saber para qué serviría aquéllo... Y como yo se han traído a cientos y cientos de muchachos. Los de la escuela de Lastres, de la clase superior, los he visto aquí a todos. Los de Carabias lo mismo... ¿Nos van ustedes a «afusilar»...?».

Y el chiquillo temblaba al hacer su pregunta anhelosa, con los ojos abiertos por el espanto...

¿Van así a ganar la guerra los separatistas?

Vitoria, 5 Abril.

* TRIUNFO BAJO LA LLUVIA

Los densos nubarrones y el fuerte vendaval que desde hace dos días se registraban en esta región, han terminado, como no podía ser por menos, con una furiosa descarga de lluvia y granizo, que desde las primeras horas de la madrugada azotó estos campos y terrenos de la lucha.

El primer día dije a ustedes, al iniciarse las operaciones y calculando la jugarreta que nos habría de hacer el tiempo, que si era preciso venceríamos hasta el sol, y así ha sido hoy. A primera hora de la tarde amainó un tanto la lluvia y el mando dispuso que se pusieran en movimiento nuestras columnas, no queriendo dar punto de reposo al enemigo, y, al efecto, han realizado un sensible avance en el sector de Ochandiano, por el abrupto terreno, superior a seis kilómetros de profundidad, manteniendo las posiciones cinco kilómetros más allá de Ochandiano.

El enemigo ha puesto, como vulgarmente se dice, toda la carne en el asador de su resistencia. Incluso han hecho su aparición, por primera vez en este frente, los consabidos tanques rusos. Apoyados en ellos, las masas de Infantería han pretendido contraataques, lo que no sólo no han servido para detener nuestro avance, sino que, como es frecuente, ha dado lugar a que les hiciéramos la acostumbrada carnicería.

Especialmente es algo de asombro el esfuerzo que han hecho las tropas por un terreno de orografía tortuosa y además encharcado, pero nuestros soldados hoy no se arredraron por las dificultades e impulsados por un patriótico deseo de acelerar la marcha, han trepado a las cumbres como si se tratase de ligeros repechos. El enemigo se ha visto hoy materialmente arrollado por nuestras columnas.

Del efecto de las conquistas da idea el hecho de que se han presentado a nuestras líneas, sólo en este sector, cin-

cuenta milicianos, la mayoría de ellos con armamento, que cuentan y no acaban de la confusión que reina en Bilbao, donde se daba por seguro que no seríamos capaces de atravesar el baluarte de montes que existen en esta región.

Aseguran que en Durango se han cometido, en estos últimos días, toda clase de crímenes en las personas que, al conocer la aproximación de nuestras tropas, se han negado a evacuar la población, no habiendo respetado ni a las mujeres ni a los niños.

Después de esta soberana paliza que hoy han recibido los rojos y perder las magníficas posiciones que les hemos conquistado, riéndonos del mal tiempo y de los famosos tanques, es muy posible que estén pensando si no ha sonado la hora de buscar refugio lejos de Bilbao y de donde pueda alcanzarlos el castigo de nuestras tropas.

Vitoria, 6 Abril

*** EN DOS JORNADAS QUEDO LIMPIA DE ENEMIGO LA PROVINCIA DE ALAVA**

Exitos brillantísimos del Ejército nacional

La noche última transcurrió con entera tranquilidad en todas las posiciones conquistadas ayer por las fuerzas nacionales.

Ello es muestra inequívoca de la dureza del castigo al enemigo infligido.

Hoy se presentó el día lluvioso y desapacible.

Rachas de viento y nubes bajas ofrecían enormes dificultades para actuar la Aviación.

Sin embargo, los aviadores nacionales se sobrepusieron a esos contratiempos y esta tarde dominaron la at-

mósfera inclemente, batiendo duramente y con éxito enorme al enemigo.

La Aviación de éste, que hasta hace dos días castigaba indefensos poblados, se mantuvo hoy pasiva, ante la actividad de la nuestra, para la que no hubo dificultades que no hubiese podido vencer.

Cuando el enemigo, fiado en grandes refuerzos que había recibido en este sector, se disponía a atacar nuestras posiciones ayer tomadas, fué sorprendido por el Ejército nacional, que lo batió briosamente, haciéndole huir desordenadamente.

La noticia cumbre de hoy es la de que nuestras fuerzas dejaron limpia totalmente de enemigo la provincia de Alava.

Sólo en dos jornadas venturosas se consiguió el objetivo de ocupar totalmente el frente de Vitoria.

Además se han conquistado posiciones tácticas del enemigo, mostrando siempre nuestras tropas un valor indomable, una fortaleza invencible, un formidable entrenamiento, un vigor y un denuedo superiores a toda ponderación.

Entre las posiciones tomadas hoy al enemigo, figuran Gorbea, que se halla a una altura de 1.475 metros, San Adrián, Curuceta y Miramendi, pertenecientes todas ellas a la región de Ochandiano.

El enemigo había acumulado en estas montañas armas, viveres y municiones en enorme abundancia, y todo quedó en nuestro poder.

La importancia del botín hecho a los rojos por el Ejército nacional explica que aquéllos hubiesen puesto gran resistencia.

Por otra parte, la pérdida de estas posiciones representa para ellos evidentísimo quebranto, pues se trata de una línea de montañas por la que la hosca Vizcaya les ofrecía una magnífica defensa natural.

La victoria de los nacionales en las dos jornadas últimas excede a toda exaltación.

En otros sectores hubo avances de nuestras tropas, que todavía no pude concretar.

¡Alava por España! ¡Viva Alava! ¡Viva España! ¡Viva el glorioso Ejército nacional! ¡Viva el Generalísimo Franco!

DESDE GORBEA SE VE BILBAO...

¡Van tan de prisa nuestros soldados que apenas si dejan tiempo al pobre cronista para trasladar al papel sus impresiones sobre las victoriosas jornadas. Disculpa, pues, lector mis pobres escritos que si siempre fueron deshilachados, ahora serán verdaderas logomaquias, porque ni tiempo tengo para ordenar las impresiones, cuanto más para escribirlas con aceptable corrección.

La jornada del jueves fué, si cabe, aún más gloriosa que la del miércoles, y si en aquélla correspondió el mayor éxito a Aviación y Artillería, en ésta hay que apuntar el triunfo a la cuenta de los infantes, subrayar más que una proeza. Anteayer, en menos de una hora, nuestros «paisas» se apoderaron de Gorbea y su peña famosa, el hito situado en lo más alto de todo el país vasco y sobre el linde de Alava y Vizcaya.

¡Gorbea! No quiero hablar por cuenta propia para que no se diga que hiperbolizo. Transcribo lo que dice la guía oficial del alpinista: «Gorbea o Gorbeya, es el patriarca de nuestras montañas. Compendio de todo el sistema orográfico vizcaíno, en el que se hallan las más suaves praderas, los riscos más intrincados, los bosques más frondosos, las más extensas y legendarias cavernas y las encañadas y barrancos más abruptos surcados de saltarinas aguas. Los mayores núcleos de viviendas pastoriles aquí se encuentran. Aldamíñaque y Austigarbín. Y no es raro en las tibias noches de verano, acompañando por el tintineo de la esquila en el vecino aprisco, oír el dulce y bucólico son de la «alboca», instrumento mu-

sical de los primitivos pastores vascos que apenas se conserva ya en los hatos pastoriles del admirable Gorbeya...».

Hasta tal lugar llegaron nuestros soldados en aliento formidable. Algo increíble para todos. Un ilustre extranjero, que asiste como observador a estas operaciones, exclamaba al ver coronar a nuestros infantes las ingentes cresterías: «Quienquiera saber lo que significa eso que se llama guerra de montañas, que venga a presenciar estas operaciones que realizan los soldados de Solchaga, porque ni hay montañas como estas, ni mejor manera de conquistarias que como lo están conquistando los soldados de «España».

¡Gorbea! Desde sus pináculos se ve Bilbao, se aperciben con toda claridad las agujas del santuario de Begonia y es de suponer que desde Begonia también verán Gorbea, y hasta puede que Aguirre y sus secuaces—los que están en posesión de la verdad para mejor engañar a sus sicarios—hayan podido observar cómo ondeaba sobre la nieve del más alto pico de Vizcaya la bandera roja y gualda.

¿Efectos de la posesión de Gorbea? Primero la seguridad de ganar sin grave esfuerzo «Gorbea-Chiqui», a cuyo pie está el nacimiento de agua que abasteció a Vitoria hasta que los separatistas tuvieron a bien destruir las obras. Después, que desde esa atalaya formidable se custodia artilleramente los pasos hacia la capital vizcaína y se guarda con firmeza la entrada del campo alavés.

Por el otro sector, por el ala derecha, otra escalada formidable nos ha puesto en la posesión del Murumendi, gigantón que ejerce vigilancia sobre Ochandiano y desde el que se habla logrado interceptar la libre circulación de trenes en la vía de Vitoria a Malzaga. Ayer mismo pasó ya el primer tren por esa vía, en dirección a Mondragón, ante el asombro asustadizo de las gentes de los caseríos, pobres gentes que se apresuraron a hacer acto de acatamiento ante Solchaga...

¡Huy! No puedo escribir más, lector. El coche espera y hay que salir hacia el campo para contemplar la nue-

va proeza que seguramente realizarán hoy estas tropas invencibles e incansables, las mejores del mundo, por ser las mejores de España...

Vitoria, 6 Abril.

GUERREANDO EN PLENA MONTAÑA

Como yo «conozco mis clásicos», alguna vez siento un poco de remordimiento por conciencia de que dejo mis mensajes desde el frente un poco por bajo de la realidad.

Y, sin embargo, yo creo que hago bien, muy bien, en no echar con facilidad las campanas al vuelo, ya que, por desgracia yo y todos los periodistas al dirigirnos al público español, nos dirigimos a una masa excesivamente impresionable y muy dada a hiperbolizar, lo mismo en sentido optimista que en sentido derrotista. Digo esto, porque acabo de oír por la radio mi mensaje telegráfico de la noche del miércoles y lo he encontrado excesivamente pálido, cauto, inferior a la verdad misma.

Pues... a pesar de eso, no sólo no estoy arrepentido de haberme quedado corto, sino que voy a insistir en esa cortedad manifiesta con los presentes renglones, dirigidos a los excesivamente impresionables, y para que tengan una exacta cuenta de la realidad del momento y de las dificultades que tendrán que vencer las columnas que manda el insigne militar jefe de este sector y sus brigadas operantes.

Verdad muy verdadera. La victoria última sobre el enemigo vasco separatista, justificaba algo más que el pálido relieve que yo le di en mi despacho telegráfico. Pero temo las exageraciones más que a un dolor de muelas. Y ya cuando yo salí del Cuartel General, andaban las gentes que presumen de bien informadas, y a trueque de parecerlo, no vacilan en comentar la guerra con palabras

a todas luces imprudentes, hablando de los planes para tomar Bilbao, Santander y no sé cuántas cosas más.

Y también, como de costumbre, se atrevían a fijar plazos con una precisión cronológica desconcertante: «El día tantos estaremos en Achuri... El día cuantos el Cuartel General de Mola radicará en el Palacio de la Magdalena...»

Calma, calma, señores. No hay derecho a perseverar en los defectos y errores. Hace meses, cuando se emprendió la ofensiva para estrechar a Madrid en un cerco formidable que nos diese la posibilidad de adueñarnos de la capital española sin cometer la crueldad de tener que destruirla, casi por completo, dieron esas gentes comentaristas «bien enteradas» en señalar fechas y plazos, que yo puedo asegurar jamás tuvieron realidad en la conciencia del Alto Mando.

Y cuando esos plazos transcurrieron y la realidad bélica no permitió que se trocasen en realidad de las euforias de los exagerantes, no faltaron gentes que, arrugando el entrecejo casi se llamaron a engaño, sin caer en la cuenta que ellos mismos eran sus propios engañadores.

No quisiera yo que ahora ocurriese algo parecido, y para tratar de evitarlo en la medida de mis fuerzas y posibilidades, quiero subrayar dos cosas. Primero, que las operaciones emprendidas el día 31 de Marzo sobre el frente de Vizcaya tienen por objeto inmediato «descongestionar» el frente de Vizcaya, y segundo, que nadie debe pensar en que tal empresa sea cosa tan fácil, llana y hacedera como para considerarla objetivo nimio, minúsculo, despreciable, ya que aparte de la segura existencia de mucho y bien preparado enemigo—lleva todo lo que va de campaña establecido en fuerte posición táctica defensiva—habrá que luchar con un inconveniente de la máxima importancia en materia bélica, cual es el que ofrece el campo en donde se habrá de operar.

* * *

Estoy cierto de que son muchos los españoles que conocen a fondo la topografía de la región vizcaína en sus

contactos con la alavesa y la guipuzcoana. Para esos españoles, mis advertencias pueden resultar inoportunas, pero no así para el resto, para los que no conocen ni aún por los mapas la topografía de este nuevo teatro de la guerra.

A éstos les diré que estamos en plena montaña, que desde ayer nuestras tropas tienen que enfrentarse no sólo con los rojos bizcaitarras e internacionales, sino con un terreno dislocado, verdadero dedaño de montes y barrancos, en los que no es fácil encontrar una llanada que brinde espacio suficiente para establecer un mediano campo de fútbol y perdonenme lo vulgar de la comparación, en gracia a su poder gráfico.

Cuando no más tarde que en la mañana de hoy me proponía yo escalar las colinas que ayer tarde ocuparon nuestros soldados, tras de la ruda lucha al Noroeste de Villarreal, vacilé largamente sobre si hacerlo a caballo o disponerme a una ascensión pedestre, tan larga como fatigosa, comprendí la absoluta necesidad de transmitir a los buenos españoles la expresión de esta enorme dificultad, precisamente antes de que se inicie siquiera el menor alto en el avance glorioso de nuestras unidades, para que nadie crea que se trata de un pretexto que esconde otras dificultades marciales.

A un monte de alta cota y casi inverosímil acceso, sigue otro, y luego otro y otro; y así es todo el terreno que se nos tiende ante la vista y que va a ser, hasta donde convenga, teatro de nuestro varonil esfuerzo.

Convienes que no se olvide esto que voy a decir: en el frente de Madrid, el de Guadalajara, en el mismo de la Sierra de Guadarrama, y no hay que decir que en los de Aragón y Andalucía, el resultado, la eficacia de una operación se puede cifrar en el número de kilómetros de profundidad de nuestros avances. Aquí, en la región vizcaino-alavesa, habría que medir la eficacia de las operaciones más en altitud que en latitud, más en la altura de las crestas dominadas que en el avance lineal conseguido.

En el primer día de operaciones, tan glorioso que no

cabrá superarlo, se avanzó en profundidad de cinco a seis kilómetros y, sin embargo, ¡cuánta mayor importancia que esa progresión lineal tiene el hecho de haber coronado las cumbres de las montañas que forman anfiteatro sobre el límite de la región vizcaína y se extienden, a modo de muralla, hasta ayer infranqueable para guardar el paso, la entrada del camino que conduce a Bilbao!

* * *

Pues, amigo lector, cuenta conque detrás de esos crestones que ayer batieron nuestras piezas artilleras y nuestros aviones tan colosalmente y escalaron con inigualado brío nuestros infantes, hay otros tan altos y escarpados o más, y que para ir pasando de unos a otros hay que cruzar, por fuerza, inevitablemente, quebradas y barrancos profundos, batidos desde otra altura casi impunemente. Seis, siete, quizás diez cortinas de sucesivas montañas se alzan aún entre nuestras vanguardias alavesas y la capital vizcaína. Claro que es de presumir y de esperar que no en todas ellas los separatistas vascos habrán establecido sistemas de defensa como las que ayer descubrimos al asaltar las cumbres de Albertia, Marto, Jaringo, etc., etc., en cuyo amparo aún pudieron, a pesar de la formidable acción bombardera, esperar la llegada de nuestros soldados de Infantería un puñado de desesperados marxistas, para su mal y nuestro más completo triunfo; pero aun así, aun sin tales fortificaciones, y sólo por la condición natural de este terreno, yo te digo, lector, que no cabe hablar de plazos, ni esperar vertiginosos adelantos hacia objetivos que serán o no serán realidad, pero que por el momento sólo están trazados en la mente y buen deseo de los que quisieran ver la guerra terminada y ganada por arte de birli-birloque.

Nuestra victoria será aquí como en el resto de los frentes, grande, rotunda y definitiva; pero no será sin que para lograrla hayamos de poner a contribución el máximo esfuerzo. Claro que cuanto más cueste lograr un éxito más digno, noble y satisfactorio es el triunfo;

pero... ¡ojo con las impacencias y con los temores, al parecer hijos de patrióticos optimismos que dan a placer la toma de esto, de aquello y de lo de más allá, provocando luego tristezas de desilusión totalmente injustificadas!

Y conste, lector, que escritas quedan estas líneas precisamente en los momentos que hemos obtenido quizás uno de los éxitos más grandes, más considerables de toda la guerra y cuando en realidad no hay justificación sino para alegres congratulaciones y euforias exaltadas... Pero le tengo tanta aprensión a nuestras impacencias e impresionabilidad, que transijo con aguantar mi propio entusiasmo y júbilo, para llamar a capítulo a los que se embalan con exceso, advirtiéndoles de cuáles y cuán considerables son las dificultades a vencer y que desde luego ¡¡se vencerán!!

*** LA JORNADA EN EL FRENTE DE VIZCAYA**

Más de 600 prisioneros y otros tantos muertos.—Es incalculable el botín cogido al enemigo.—Olaeta, Gordobil, Aranguio y Monchotegui y la villa de Ochandiano, en nuestro poder

¡VICTORIA! ¡VICTORIA! Nunca más justificado que lancemos este grito, porque la de hoy ha sido una de las jornadas más gloriosas de cuantas van registradas desde que se inició el Movimiento salvador de España. Yo no sé si el reposo relativo que el viernes y el sábado ha habido en el frente de Vizcaya, era fruto de un cálculo bien meditado del Alto Mando. Pero al conocer el resultado asombroso de la victoria hoy lograda, calculo que, efectivamente, se ha buscado de una manera premeditada encontrarnos frente a un enemigo denso, en admirables po-

siciones defensivas para batirle plenamente y así conseguir, no sólo el triunfo material de su derrota, sino quizá el más importante, moral, de llevar a su ánimo el más justificado y completo desaliento. Porque hoy, con todas las ventajas a favor de los rojos y separatistas, nuestras tropas los han aplastado materialmente, destrozando sus unidades, haciéndoles millares de heridos, más de 600 prisioneros y otros tantos muertos, y arrebatándoles cimas ingentes, como las de Olaeta, Gordobil, Arangui y Monchotegui. Posiciones todas ellas que rebasan en varios kilómetros los montes del pueblo de Ochandiano, que fueron tomados en un asalto formidable, pero ya de revés; es decir, cuando nuestras tropas habían rebasado ese célebre Ochandiano, donde tuvo el separatismo vasco y comunista su cuartel general desde el día mismo en que se inició el Movimiento salvador.

He dicho que la derrota material ha sido aplastante. Es incalculable el botín que hemos cogido al enemigo. Bastará decir que éste se vió de tal manera arrollado, que abandonó hasta las baterías que defendían Ochandiano y que quedaron en nuestro poder, así como un campamento completo, con sus casas desmontables de madera, algunas de ellas convertidas en almacén de víveres y municiones, en cantidades fabulosas, también han quedado en poder nuestro. Y he dicho que la victoria moral, con ser inconmensurable, la material estimo es mayor. ¿Cómo no hacerlo así, si se ha comprobado de manera inequívoca que teníamos hoy enfrente batallones y unidades que hasta hace tres días estaban localizados en los frentes rojos de Asturias y Santander? Y digo que era la última, porque también hemos comprobado con los prisioneros heridos y muertos, que los rojos habían metido en combate niños; es decir, que no sólo han traído refuerzos de otros frentes, sino que han cometido verdaderos infanticidios. Hay que suponer que se llevan los niños al combate, porque escasean los hombres capaces de luchar como tales. No me deja la emisión entrar en más detalles y me tiene inquieto el deseo inaguantable

de comunicar pronto a España entera este fausto suceso de la gran jornada militar de hoy. Hace dos días terminaba mi mensaje gritando: ¡Alava por España! Hoy, al poner pie triunfalmente, arrolladoramente, en la tierra vizcaína, en el famoso Ochandiano, cuartel general del criminal separatismo, termino estas impresiones, caldeadas por la más sincera y honda emoción, gritando: ¡VIZCAYA POR ESPAÑA! ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA EL EJERCITO!

GUERRA ESPECIAL PARA SOLDADOS ESPECIALES

Yo sé muy bien que nada hay tan peligroso para el periodista como su labor de elogio, sobre todo cuando se singulariza. Las gentes perdonan con facilidad una agresión injusta, toleran el olvido en las menciones, pero se irritan en grado sumo cuando leen, dedicados a otros, elogios que ellos creen merecer. Y si esto es norma constante y para mí no es un secreto, juzgue el lector cuál sería el tono de mi entusiasmo cuando en el día de hoy me atrevo a escribir estas líneas en justa loa admirativa de una de las unidades nuestras que luchan en el frente de Vizcaya.

Hay aquí de todo: Ejército nacional, Regular, Legión, Fuerzas marroquíes, Falange, Requetés... De todo, y por decir estoy que en ese «todo» está lo mejor, lo más selecto de las huestes nacionales, si éstas no fueran en su integridad selectas siempre, al modo como en un bello cielo raso no cabe señalar cuál es el trozo de bóveda celeste que más cause la admiración. Pero...

Ya he dado en una de mis crónicas postales, esas crónicas que escribo febrilmente en plena emoción del momento y que luego veo retrasarse o no llegar a las Redacciones, como si las persiguieran aviesas intenciones saboteadoras, que esta guerra del frente de Vizcaya es

una guerra especial por la calidad del terreno en que se opera, como de los más duros y removidos de cuantos puede presentar el continente europeo; y siendo así de especial la condición orográfica del teatro de la lucha, a nadie puede sorprender que elogiemos con trazo subrayado a aquellas tropas mientras que están rindiendo la máxima eficacia, tal y como si en realidad hubiesen sido creadas «especialmente» para esta guerra «especial».

En España carecíamos casi en absoluto de organizaciones preparadas para la acción militar en la montaña. «En el papel» sí creo que existían batallones y aun alguna brigada con organización «alpina»; pero sólo en el papel. En la realidad es lo cierto que en nuestro Ejército lo mismo se emplea para operar en las más duras sierras al soldadito criado e instruido en la planicie castellana, que al acostumbrado de por vida a escalar los más agudos picachos de nuestras cordilleras.

Al llevar la guerra a los montes de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, nos hemos encontrado, sin embargo, con la gratísima sorpresa de conocer como, sin saberlo, tenía en filas, no ya soldados sueltos, sino unidades y grupos de unidades magníficamente entrenados para guerrear en la montaña. Yo he visto estos días al «Tercio Navarro», a los Requetés de San Ignacio, de Nuestra Señora del Camino y de Zumalacárregui, escalar con tal brío y pujanza las ingentes alturas que defienden el acceso a Vizcaya, con un aliento y una seguridad tales como jamás podían ser superados. Estos mocetones navarros, de amplio pecho (amplio tenía que ser para dar cabida a sus formidables corazones), y piernas largas y recias han llevado a cabo escaladas absurdas hasta para el más calificado alpinista, y lo han hecho bajo una lluvia de balas (a más de la que caía de las nubes), y sin resbalar una vez, ni inclinar siquiera la cabeza, cara a la muerte, sin detenerse a tomar respiro y guardando al llegar a la cumbre el aliento vigoroso preciso para gritando: ¡Viva España!, lanzarse con el cuchillo en ristre a ocupar los fuertes del separatismo.

En el valor moral no hay distinciones: si bravos son

los Requetés, valientes son los de Falange, y si en vanguardia se cubren de gloria los Legionarios, no quedan a la zaga la acometividad de nuestros batallones de «paisas». Pero... en esta guerra especial, los Tercios de Navarra encuentran fácil lo que para los demás resulta difícil por menor potencial y adiestramiento físico. Y es justo consignarlo así porque, no en balde, si esos Requetés alpinos se han cubierto de gloria estos días, ello no ha sido sin rendir tributo, honor a la muerte en más larga medida que el resto de las fuerzas nacionales. ¡Qué menos que estas líneas de justa glorificación!

*** EIBAR, DESTRUIDO POR EL FUEGO Y LA DINAMITA**

El día de hoy no admite nuevos adjetivos; no sé cuáles emplear. La victoria ha sido tan rotunda, que a la hora de emitir este despacho, nueve y media de la mañana, ha quedado en nuestro poder Elbar, Ermúa, y nuestras columnas están a 500 metros de Durango. El júbilo de esta jornada, sin par, sólo tiene una nota triste, la de la barbarie roja, que ha destruido casi por completo la hermosa ciudad fabril de Elbar. Más de la mitad de este pueblo, que, como es sabido, tiene más de 12.000 habitantes, ha quedado destruido por el fuego, por la dinamita y, sobre todo, la parte rica del pueblo y las fábricas, porque los barrios obreros han padecido menos. Los elbarreses, que siempre presumieron de ser bravos, en esta ocasión han puesto en alto su fama de cobardes, porque queriendo ser numantinos, no han tenido el valor suficiente para perecer dentro de su querida ciudad.

Al contrario, la han quemado y volado con dinamita, pero cuando ya estaban muy lejos de ella. Hemos entrado sin pegar un solo tiro en Elbar. No había más que unas treinta mujeres y niños; por cierto, todas esas mujeres nos han dicho que ayer los milicianos rojos que aban-

Conaban Eibar, iban dando gritos: «Queremos ir a Bilbao para cortarle la cabeza a Aguirre, que nos ha engañado». El trabajo de hoy ha sido, sobre todo, para los bomberos de San Sebastián y Vitoria, que están haciendo esfuerzos heroicos para salvar lo que queda en pie de Eibar. Sin embargo, sus esfuerzos no se ven coronados por el éxito. Eibar es un inmenso brasero; los edificios se desploman y las llamaradas suben al cielo. Desde Elgueta a Eibar he ido recorriendo el camino, que muestra muchas pruebas de la huida espantosa de los rojos. La carretera está cubierta de mantas, fusiles, correajes, municiones e infinidad de pertrechos de guerra. Dicen las gentes de Ermúa y de Eibar que los rojos separatistas tienen establecidas una especie de trincheras que van desde el barrio de El Gallo a San Lázaro, en Bilbao. Yo digo que cuando un ejército está desmoralizado y que, como armas de combate sólo emplea la tea incendiaria y la dinamita, no puede nunca ofrecer resistencia, y mucho menos a un Ejército bien organizado como el nuestro. La moral de nuestras tropas se aumenta de día en día.

LOS INAUDITOS HORRORES DE EIBAR

A lo que ha quedado reducida la industriosa ciudad

No puedo resistir a la tentación de ampliar mis mensajes relativos a los horrores que acabo de presenciar en Eibar.

Es tal la impresión que me ha producido el enorme cataclismo provocado por la saña roja separatista en la industriosa ciudad, que quisiera poder decir al mundo entero hasta qué grado de ferocidad han llevado su odio impotente contra la que se reputaba vieja y noble cuna raíz del marxismo en España.

Yo no tenía mal concepto de los eibarreses. Durante mi estancia de setenta días en Deva, bajo la dominación roja, los ibarrienses se distinguían en toda la región guipuzcoana por seriedad y honestidad de sus procedimientos revolucionarios. Aún recuerdo cuando las evacuaciones de Irún y San Sebastián, que los milicianos de la F. A. I. llegaron a Maizaga y Eibar con los botines de sus numerosos saqueos, y los eibarreses los detenían, registrándolos e incautándose de las cosas y el dinero robados, que luego depositaban en oficinas del socorro rojo; pero con probidad ejemplar, sin que nunca se quedase entre sus manos nada de valor.

Después, cuando se inició la desbandada de los pueblos costeros guipuzcoanos, asimismo los eibarreses han dado ejemplar muestra de valor y seriedad. Trataban de contener a los fugitivos haciendo ellos un frente y ocupando el lugar que dejaban vacío los cobardes que huían.

Con coraje portáronse también al hacer frente a nuestras columnas que avanzaban desde Vergara y Ondárroa, deteniéndolas con noble tesón ante las puertas de Eibar.

No podía esperar, pues, que quienes así habían procedido, luego llevaran su vandalismo a extremos como a los que los llevaron, quemando y volando la industriosa ciudad natal, desolando su acreditada fábrica de armas y de bicicletas y haciendo de su hermosa iglesia catedral un muladar, volando el puente de Maizaga y ensañándose, en fin, con todo género de barbaridades, sin tener el valor de aguantar nuestra acometida, a pesar de ocupar posiciones dominantes que, al conocerlas en mi excursión hoy, me han dejado lleno de estupefacción, pues no se concibe las abandonasen sin lucha.

Y es que en Eibar prendió el vandalismo comunista y germinó el dislate separatista; más aún, Eibar estaba reputado como principal núcleo puro de la segunda internacional existente en España.

Casi puede asegurarse que eran los eibarreses los que dictaban normas políticas y acción revolucionaria sin sangre al resto de los marxistas españoles. Pero hoy mis-

mo he visto en las derruidas e incendiadas casas, las pruebas de la fatal evolución perniciosa sufrida en estos meses de salvajismo revolucionario por los socialistas elbarreses.

Las calles están llenas de carteles y pasquines catalanes, excitando a todo género de desmanes contra los «fascistas», de los que dicen esos carteles que no tienen derecho a vivir y de los que dicen que son alimañas venenosas que precisan un exterminio implacable.

Otro cartel dice textualmente: «Fill 24—Juventudes socialistas país vasco—. Hoy más que nunca. ¡No pasarán! Jóvenes de catorce a diecinueve años, las JJ. LL. os llaman a sus filas para formar el batallón juvenil antifascista que ha de guerrear en primera línea para obtener la victoria sobre el sadismo fascista. ¡Antes que esclavos. morir, y primero los jóvenes que nadie! ¡Ni un paso atrás! ¡Antifascistas jóvenes, enrolaros en vuestro batallón de JJ. LL. del país vasco».

Este «afiche» lleva pie de imprenta de Barcelona y la fecha del primero de Febrero.

Unas mujeres, únicas que han quedado en Elbar, me han dicho esta tarde que, en efecto, había en Elbar medio batallón de verdaderos niños y que fueron éstos los que realizaron el incendio de Elbar mientras los hombres lanzaban hacia Durango a todo ser viviente, haciendo uso de las armas de fuego y golpeando brutalmente a las mujeres que se resistían a seguir el tremendo éxodo.

No hay comparación con nada de cuanto se registró hasta ahora en España, porque Elbar es un tal montón de ruinas, que yo mismo no he podido pasar por más calles que la de la carretera. En las otras, las paredes desplomadas, los maderos ardiendo, las madejas de hilos eléctricos, los hierros retorcidos de balconajes, los enseres calcinados y hasta los restos humanos carbonizados, hacen intransitable al pie humano la ciudad.

En la Casa Ayuntamiento, con pintura roja, había escrito esto: «Elbar emulará a Numancia. Los elbarreses perecerán entre las llamas, antes que caer vivos en poder de los fascistas».

Pero no han perecido; han huido, porque agotaron el valor en destrozar las casas en que nacieron, las fábricas de las que vivieron y hasta las sepulturas de sus mayores, porque la mayoría de ellas aparecen removidas y vacías, viéndose por el cementerio grandes montones de cenizas. ¡En su locura de incendiarlos, hasta quemaron los restos de sus seres queridos!

Es preciso que esto lo sepa el mundo entero. Ni Irún, ni Málaga, ni ningún otro sitio sufrió tales vandálicos excesos.

Ha sido la rabia de su impotencia, la venganza de su soberbia humillada lo que ha llevado a los socialistas eibarreses a tal deshonra. ¡Y en este pueblo había un Ateneo y una Casa del Pueblo, donde se daban conferencias, y unas escuelas modelo, lujosísimas, y un Casino de artistas eibarreses, y una magnífica biblioteca, y, en fin, una cultura y una sociedad con grados de civilizada, para luego acabar dando ejemplo de barbarie al mundo y la prueba fehaciente de cómo el marxismo no es otra cosa que un vandalismo medioeval, recrudescido y fermentado por las ideas modernas de odio a todo lo más querido, a todo aquello que pueda representar justicia, fraternidad, tolerancia y razón consciente.

Después de lo de Eibar, el marxismo ha conquistado por derecho propio patente inmarcesible de ferocidad antihumana y así pasará a la historia del mundo la que fué capital y sede primada del marxismo español.

No podía llegar a menos la famosa Eibar. Su recuerdo es baldón de una España cuna de civilizaciones.

*** LOS ROJOS BOMBARDEARON VERGARA**

Los rojos cañonearon hoy Vergara, causando siete víctimas entre la población civil, a las cuales deben sumarse los nueve muertos y treinta heridos que entre no combatientes produjo el bombardeo rojo de ayer sobre la misma población.

En el bombardeo de hoy sobre Vergara, una granada atravesó la bóveda de la iglesia, destrozando un enterramiento antiguo de gran valor artístico y salvándose milagrosamente un cuadro de Ribera y un Cristo de Montañés que se veneran en dicho templo.

No quiero emitir un nuevo elogio al esfuerzo y pericia de nuestra aviación, singularmente por su admirable y constante trabajo sobre los montes de Inchorta y Elgueta, donde han destrozado las fortificaciones enemigas y castigando durísimamente a los que tras de ellas se parapetaban; y, como siempre, la aviación enemiga no tuvo a bien comparecer en el terreno de la lucha, sin duda, porque habría estado empleándose con su acostumbrada bravura en hacer víctimas inocentes en las ciudades de la retaguardia, donde están seguros de que no tienen que enfrentarse con nuestros aviadores, pudiendo satisfacer su criminal designio de derramar sangre inocente con la más cobarde de las impunidades.

Menos mal que ¡para lo que les va a durar...!

*** EL FRENTE DE VIZCAYA HA SIDO ROTO EN UNA EXTENSION DE 25 KILO- METROS**

Albricias, españoles. Día es hoy de echar las campanas a vuelo y de replique jubiloso. El frente separatista bolchevique de Vizcaya, ha sido roto en el día de hoy en una extensión de más de 25 kilómetros. Por el boquete han hecho irrupción nuestras columnas, persiguiendo a gran velocidad, porque a gran velocidad huye el enemigo, los rojos, y esta persecución que comenzó a primera hora de la tarde, en este momento del crepúsculo en que redacto este despacho, continúa obstinadamente, porque el Mando, con sobrada razón, quiere obtener el legítimo provecho de la gloriosa jornada que hoy han vivido nuestros valerosos soldados.

Como ayer anuncié, en las primeras horas de la mañana de hoy la columna del teniente coronel García Valiño, que opera sobre la izquierda, y anoche quedó a menos de un kilómetro de la ciudad de Elorrio, ocupó con entera facilidad ésta, porque el enemigo, despavorido, aprovechó la noche última para abandonarla. Por cierto que al entrar nuestras tropas en este pueblo encontraron en el cuartel de milicianos rojos a un hombre terriblemente degollado, con la cabeza casi separada del tronco, que había sido asesinado por los rojos en su huida.

García Valiño no se entretuvo mucho tiempo en la ciudad y siguió adelante con sus fuerzas en dirección a Durango, llevando delante de nuestras bayonetas a los fugitivos.

Durango está desde media tarde de hoy bajo el fuego directo de nuestros cañones, y la aviación nacional comunica a última hora de la tarde que las carreteras y caminos que van de Durango con dirección a Bilbao son

verdaderos hormigueros de gentes que huyen, lo mismo civiles que milicianos, formando unos y otros un rosario interminable de despavoridos.

Entre tanto, por el centro, la columna de Cayueña, que salió de Canarark, avanzó rápidamente mientras que por el flanco izquierdo lo hacía a su vez la de Camilo Alonso, que operaba por la derecha. Una y otra columna realizaron una maravillosa operación táctica envolvente, que dió por resultado la rotura fulgurante de todo el frente que va desde Elgueta a Campanar, en una extensión aproximada de más de veinticinco kilómetros. Esta operación, que, como digo, fué realizada con una pericia maravillosa, permitió coger al enemigo en muchas posiciones de revés y envolver innumerables pequeños puestos que los rojos tenían en este sector.

El copo fué advertido inmediatamente por los enemigos y, a la voz de sálvese el que pueda, se inició una frenética desbandada, que nos ha permitido recoger un botín verdaderamente enorme, del que, como es natural, por su cuantía, no cabe dar detalles en estos momentos; pero sí puedo asegurar que, según mis noticias, entre otras cosas, han quedado en nuestro poder tres baterías completas, más de cincuenta ametralladoras, innumerables fusiles y un gran depósito de municiones, a más de un número de prisioneros que los informes primeros que recibo me hacen suponer que pasa de los 500 hombres.

El espíritu de todas las fuerzas que han realizado esta magnífica operación, ha sido extraordinario y los soldados no cesan en sus vítores al Mando y en sus elogios para los citados jefes de las columnas operantes.

La toma de Elorrio, nuestra vecindad a cinco kilómetros de Durango y la rotura del frente, constituyen elementos victoriosos de tal importancia, que es legítimo asegurar que van a tener una enorme repercusión y transcendencia en todo el frente vizcaíno. En el momento de ir a cerrar esta crónica, me advierten que en la Peña de Udala se están haciendo infinidad de prisioneros gentes que ayer, cuando escalamos esta cumbre, se escondieron

en las múltiples cuevas que se abren en el citado monte, cuevas que hoy han sido registradas, entregándose a nuestra misericordia los en ellas refugiados.

En fin, y como último detalle de no escasa consideración, diré que con los avances de hoy ha terminado para nosotros la difícil labor de tener que ir avanzando cuesta arriba; es decir, escalando montes y más montes, porque desde las posiciones que hoy hemos conquistado hasta Durango y Bilbao, ya todo es descenso y se abren a nuestro empuje y superioridad maniobrera, valles donde el enemigo seguramente no podrá resistirnos, sobre todo después de haber perdido las cumbres en que tan admirablemente estaban situados los parapetos.

Como en los días de más gloria, con el pecho encendido de entusiasmo, termino estas impresiones, en que seguramente palpita toda mi emoción, con un viva a España, al Ejército y al Caudillo.

EL CORDON AZUL

Es inevitable clavar la mirada en él. Apenas se penetra en el no muy amplio despacho, como ocupa todo un testero, el de enfrente de la puerta, forzosamente atrae la atención del visitante. Es un gran mapa de España un mapa magnífico que no mide menos de dos metros en cuadro y que posee hasta el menor detalle cartográfico. Un mapa, en fin, de los que utilizan los jefes y oficiales del Estado Mayor, Sección de Operaciones, para hacer el estudio global de los planes de campaña, que luego se desmenuzan hasta el más insignificante relieve topográfico con los mapas parciales, con los croquis de cada región y aun de cada pueblo del terreno sobre el que se ha de operar.

En este gran mapa mural, clavado a conveniente distancia para que un hombre de regular estatura pueda a pie firme y sin encaramarse en un mal escabel examinar-

lo, los estudiosos y diligentes hombres ilustres de la faja azul, han ido, desde el principio de la campaña, clavando alfileres coronados por pequeñísimas banderolas bicolores las unas, las nuestras, y rojas las restantes, las del enemigo. Yo conozco ese semillero de banderolitas desde el principio del Movimiento salvador. Al principio se limitaban a una docena, a dos docenas las banderitas de nuestra divisa; luego pasaron a ser medio centenar, por fin un centenar. Pero el sistema no daba idea clara de la situación de los dos ejércitos beligerantes y era además, por engorroso, molesto y confuso. De otro lado, si bien era cierto que nuestras banderas aumentaban de día en día, no por eso disminuían las rojas. Se estrechaban, eso sí, iba quedando más y más reducido el espacio de cartageografía comprendido entre ellas, pero no disminuía el número y a un centenar de banderas nacionales correspondía otro por lo menos de banderas bolcheviques.

Un buen día, un capitán—creo que el nunca bastante ponderado capitán Carmelo Medrano o quizás el comandante Villegas—propuso cambiar el sistema de indicaciones por otro que «echase» más a la vista el progreso de nuestra campaña victoriosa; para lograrlo, se le ocurrió rodear la zona liberada, toda la España redimida, por medio de un cordón que siguiese exactamente el contorno topográfico de los distintos frentes, pasando al efecto por los alfileres situados en los vértices de las líneas de frote.

Se necesitaron muchos metros de cordón, muchos. La línea de nuestra zona tenía una serie de gibas, de bolsas, de sinuosidades verdaderamente desconsoladora. El cordón serpenteaba aquí y allá, hacía entrantes y salientes, se deslizaba sinuoso en muchas varas. Pero, un buen día, ha empezado a sobrar cordón. Ese día ha sido el de ayer. Con gran sorpresa de todos, al situar los alfileres en el frente indicador del avance realizado sobre la provincia vizcaína, ha resultado que el cordón hacía una especie de doble ocho, que había que anillarlo, doblarlo o cortarlo, porque a todas luces sobraba parte de él. Y que-

dó, repito, con un considerable doble cero precisamente en el centro del lugar en el mapa señalado como corazón de Vizcaya.

Nos hemos quedado todos absortos. Nos hemos dado cabal idea de lo que significaba el enigmático guarismo del azul cordón. El frente se ha reducido en una gran proporción al estrecharse con nuestros últimos avances el cerco de Bilbao.

¿Comprendes, lector, lo que quiero decirte al contarte esto...?

¿Te vas dando cuenta de la importancia de lo que se ha logrado en estos últimos días? Porque esa sobra de cordón azul, ese ocho de seda puesto en el mapa, representa nada menos que ahorro del esfuerzo, asfixia del enemigo, disminución de la línea de choque, menos derroche de unidades, menos soldados precisos para asegurar la posesión de una provincia y, por tanto, sobra de esos mismos soldados para poderlos situar en otros frentes y con ellos poder trazar nuevos ochos de cordón azul sobre el mapa de la liberación de España. Y de ese ahorro hoy marcado en el incipiente redoble del cordoncito marcador de nuestras victoriosas conquistas, nos invita a calcular con la mirada cuál habrá de ser su alcance, y naturalmente, la progresión de sus efectos, el día que ya parece alborear, en que no haya alfileres clavados en el Norte de España, el día en que el cordón azul abandone las orillas del Cantábrico, para extenderse por debajo de Castilla la Vieja, por el centro de la Península, por el frente de Madrid. Ese día que se me antoja no lejano, la guerra estará virtualmente terminada, porque habrá llegado el momento en que los rojos reconozcan su impotencia, que si ahora se manifiesta paulatina, aunque lentamente cada día, entonces se impondrá de un modo fulgurante, con fulgor de relámpago, cegador, imposible de negarse o de admitir camuflajes ni embustes de poliquilla bolchevizante.

Comprendo que este artículo, a primera vista, parezca a muchos una verdadera nonada, una completa puerili-

dad. Y, sin embargo, ha ejercido sobre mí tal impresión, tal grafismo la vista del ocho del cordoncito azul, me ha hablado tan claramente del esplendor del presente y de la fortaleza del porvenir, que me permito recomendar a aquellos de mis lectores que siguen con atención la marcha triunfal de nuestro Ejército, que lo adopten como sistema de fijar el estado topográfico de la campaña. Aún tendrán que emplear, para seguir fielmente la sinuosidad de nuestras líneas de dominación absoluta, unas cuantas varas de cordón azul, pero día por día observarán cómo va sobrando cordón, cómo se van haciendo ceros y dobles ceros, cómo se necesita menos hilo para remarcar nuestra situación de vencedores. Y ¡da una alegría tan grande y entra tan bien por los ojos y llega tan directamente a la conciencia y al corazón esa prueba gráfica de cómo va estando en nuestro poder todo el territorio sacrosanto de la Madre Patria...!

*** LOS AVIONES INVENCIBLES, VENCIDOS**

Mientras se decide el tiempo a dejar de hacernos la contra, aprovecho la tregua impuesta por la lluvia y celajes densos agarrados a las cumbres de los montes vizcaínos, recorro toda la parte de costa que llega hasta Ondárroa, último jalón puesto por nuestros valerosos soldados en el Norte a raíz de nuestro inicial avance, que se prologó con la gesta heroica de la toma de Irún. En este lindo puercecillo de Ondárroa rememoramos la fecha jubilosa de la conquista de Toledo, que coincidió con la de este pueblo, y en análisis retrospectivo que todos los impacientes deberían de acostumbrarse a tener con frecuencia, me di cuenta exacta de la gigantesca labor que llevamos realizada desde que se inició la Cruzada redentora a nuestros días. Asombra, maravilla la calidad y dimensiones de ese

esfuerzo y reconforta el ánimo calcular friamente todas las inmensas ventajas logradas, entre las que yo estimo como primera y esencialísima la organización perfecta, significación hujosa que ha logrado, a pesar de todos los pesares, el Ejército nacional.

Sólo porque ha sido así, porque el Mando ha dedicado sus máximos desvelos a trabajar para que el Ejército no careciese de nada, ha sido posible neutralizar y aún aventajar el derroche de aprestos bélicos extraordinarios que el bolchevismo mundial ha puesto en poder de los rojos, pues si como tienen de todo lo mejor y en abundancia de material de guerra, tuvieran valor y disciplina, hubieran resultado punto menos que invencibles. Más ¡ay! que además de buenos armamentos, en la guerra se precisa de corazones bien templados y en eso resultan los pobres rojillos muy inferiores a nuestros bravos. Vaya un ejemplo que acabo de recoger en esta excursión por la costa del Cantábrico.

Por tener de todo lo que se refiere a aparatos bélicos, lo más moderno y lo mejor, los rojos habíanse procurado la posesión de una escuadrilla de aviones mixtos de caza y bombardeo, titulados invencibles por ser considerados como imposibles de derribar. Estos aparatos, de procedencia holandesa, llevan el motor en la parte central trasera del fuselaje y enteramente acorazado. Con este dispositivo no hay forma de que las ráfagas de ametralladoras y antiaéreos alcancen al piloto que lleva los mandos y al artillero que cuida la ofensiva. Pues bien, cuatro de esos aparatos surcaban los aires en dirección a Bilbao y procedentes del aire francés, cuando tuvieron la mala suerte de enfrentarse, por primera vez, con una escuadrilla de cazas nuestros, que sin vacilar presentó combate. Los «invencibles» aviones rojos, seguros de su fortaleza inexpugnable no rehuyeron el encuentro y... ¡a los pocos minutos, dos de los cuatro «invencibles» caían al mar envueltos en llamas!

¿Cómo fué?... ¡Cualquiera lo averigua! Nuestros pilotos dicen que el «talón de Aquiles» de los acorazados del

aire, estriba en atacarlos de frente, rectamente, como si se tratase de provocar un choque masa a masa, porque así, por las mirillas de la coraza, cabe alcanzar al piloto.

Y así se hizo. Hace falta pecho para un tal ataque, porque el que lo ejecuta se juega la vida con pocas probabilidades de salvarla. Pero... ¡así se hizo! Y a fuerza de corazón, los «invencibles», acorazados del aire, en el primer encuentro quedaron vencidos. ¡Por esto ganamos la guerra!

ESTA NO ES OTRA CLASE DE GUERRA

En los cinco días de operaciones que llevan las tropas del general Solchaga, avanzando victoriosamente y sin punto de reposo por los montes vizcaínos, he adquirido el convencimiento, que ya era en mí añeja presunción, de que esta, la del Norte, es otra clase de guerra que la que he venido presenciando desde hace más de cuatro meses en el frente del Centro, en el sector de Madrid. En realidad, y salvo el lujo de aprestos militares que aquí, como en todas partes, denota bien a las claras el apoyo de potencias extranjeras, enviando a los rojos material abundante y ultramoderno, fuera de esto, digo, la guerra en el Norte me ha hecho recordar los primeros días de la campaña, cuando por estas mismas latitudes ibéricas hacían por primera vez acto de presencia los bravísimos requetés navarros y las heroicas centurias que a toda prisa organizó, para su honra, Falange Española. No teníamos por entonces nosotros, otros elementos que éstos; carecíamos de Aviación, casi no disponíamos de artillería, no habían llegado a la Península ni la Legión ni los Regulares... Pero ellos, los rojos y separatistas, apenas si tenían otros elementos que los milicianos, algunas fuerzas de Carabineros y Guardia civil y unas cuantas compañías de Infantería que no habían podido, por

diferentes causas sumarse al movimiento nacional. Y la guerra se hacía hombre contra hombre, sin más factor decisivo que el empuje de los pechos, ni más elemento para sumar victorias, que la preponderancia de la buena moral y el alto espíritu combativo.

Aquella era otra guerra y sin embargo, estos días, al avanzar sobre Bilbao, no sé porqué la recuerdo constantemente y encuentro en la que ahora se desarrolla por aquí estrecha semejanza.

Creo haber encontrado la razón de esta paridad, declaro que absurda, que establezco en mi fuero interno. La razón no es otra que la de que aquí, hoy como ayer, nos encontramos frente a frente, salvo raras excepciones, españoles contra españoles. Aquí no hay, por lo menos no han hecho acto de presencia en estos días, brigadas extranjeras. Aquí no hay rusos, ni franceses, ni checos, ni ingleses; aquí peleamos todos los días los que tenemos razones poderosas para dirimir nuestros pleitos internos con las armas en la mano y hasta vencer o morir.

¿Que en qué lo noto? Pues aparte, claro está, de que ni entre los prisioneros—muchos centenares—que llevamos hecho, ni entre los muertos que hemos recogido en el campo de batalla a los enemigos, ha sido posible sospechar la existencia de ningún extranjero; aparte de esto, digo, lo noto en la ausencia de mandos, de autoridades en el campo rojo, ausencia que se revela todos los días por la repetición de desmanes del tipo de los que se cometieron aquí y en todas partes, durante los dos o tres primeros meses de la guerra. Crímenes, atropellos, vejaciones, bárbaras demoliciones, la dinamita y la pistola haciendo más víctimas que el fusil o el cañón, saqueos en poblados y campos, imposiciones de bárbaras evacuaciones de las ciudades, como aquellas de San Sebastián y los pueblos de Gulpúzcoa, en fin, la tea incendiaria en Eibar, Durango y Guernica, ni más ni menos que como en Irún.

Sí, sí. Son los mismos hombres y es la misma guerra. Los rojos están aquí en pleno imperio de su salvaje instinto, cruelmente vengador de la impotencia como el

Ejército. Y no hay quien los ataje, ni hay quien los sujete a consideraciones humanitarias, no ya de tipo legal, sino de tufo, siquiera, civilizado. Son los mismos de ayer. La guerra es como entonces. Suma de constantes derrotas, jornadas de no interrumpido retroceso, y como única reacción, el crimen de tipo marxista, el odio o rencor compensador. «Tú me vences en el campo, yo asesino con el más fútil pretexto a quien no es un marxista de los nuestros. Tú me conquistas con tu empuje tierras y ciudades, yo saqueo aquéllas, destruyo estas y así, como no he de volver a recuperarlas jamás, tú tendrás que reedificarlo todo sobre montones de ruínas»...

Esta es la verdad. Es triste, pero es la verdad. Y sin embargo... ¿Me permites, lector, que exprese abiertamente y por completo mi pensamiento?... Pues bien; a pesar de esta barbarie, a pesar del dolor que nos produce comprobar cómo los hijos de España han perdido hasta los últimos indicios de conciencia y sentimiento patrio y se complacen en asolar la tierra en que nacieron y han de morir, a pesar de todo esto, yo digo que prefiero que la guerra sea así, como es ahora en el Norte y como fué aquí siempre, desde su principio. Guerra no más que entre españoles. Y no se crea que lo digo por sentimiento egoísta, ya que es evidente, bochornosamente evidente, para los rojos que no son nadie, que no son capaces de resistir nuestro empuje sin el auxilio del extranjero, no. Yo prefiero que sea así, porque nada hay en mi espíritu que levante más indignación que el tener conciencia de cómo derraman su sangre los invictos soldados de España, a consecuencia de la agresión del mercenario, del hombre venido de lejanas tierras por un puñado de oro, de aquel oro que representaba no menos que el ahorro—sangre con sudor—de todo un país y una serie de generaciones laboriosas, honradamente trabajadoras, y ahora sirve para que muera la flor de la juventud nacional, a tanto la vida, a tanto el litro de sangre vilmente derramada. Cuando pienso, por ejemplo, que los niños muertos por las bombas rojas que lanzó un piloto mercenario extranjero sobre Valla-

dolid, por ejemplo, habrá valido a este asesino un buen puñado de ese oro inicuamente robado, siento que la indignación me ahoga y se turba mi ecuanimidad, porque el pensamiento me lleva a discurrir sobre si no será conveniente que vayamos todos preparándonos para cuando acabe triunfalmente el movimiento redentor dentro de España, a ir a vengar tanto crimen en otros pueblos, en otras tierras, en los pueblos y tierras que fueron capaces de parir monstruos como esos soldados rojos traídos aquí para disimular la cobardía e incapacidad de nuestros milicianos marxistas y separatistas, propios para desfiles y guerras de opereta...

LA OBRA DE UN MUTILADO

—Pasa, «Tebib»; tú conmigo no tienes que hacer antesala. Además, estos amigos que aquí están, lo son tuyos también. El «Tebib Arrumi», el Hach Mohamed Tensamani, mi Jalifa en Marruecos para la obra de protección de los mutilados de guerra... Siéntate, «Tebib», que en seguida soy contigo. Pues... oye, amigo, «gulu» al Tensamani que... («gulu» quiere decir «dile»; Tensamani es un notable marroquí. Vestiduras albas, impecables, como corresponden a su categoría de el «Hach», creyente purificado por haber cumplido el precepto koránico de la peregrinación a la Meca...)

—Gulu—añadió el glorioso mutilado de la invicta Legión—que yo espero de él que se haga cargo de su misión cerca de los moros que por servir a España resulten mutilados en la guerra. Tiene la delegación de toda mi autoridad, pero es preciso que sepa emplearla bien. La autoridad que le delego ha de emplearla, más que con un sentido jerárquico, con un constante tono paternal. Díselo, que él se haga cargo...

(Y mientras el intérprete moro desgrana con abundancia mimica las palabras del general, éste sigue, con

su único ojo lleno de luz, el efecto que en el Tensamani producen sus consejos-órdenes. El Tensamani, cara inteligente, mirada abierta, ceño elocuente, asiente complacido a la orden. Y, a su vez, dice el consabido «gulu» que, traducido por el intérprete, se convierte en estas palabras:

—Dice el Hach que no olvidará este consejo y que lo estima muy sabio y provechoso. El Tensamani ha sido guerrero, luchó contra nosotros, contra la Legión, y quedó mutilado. Sabe bien la tristeza de un soldado que ya no se puede valer y cómo necesita de eso que tú dices, de un apoyo paternal. El Tensamani dice que de todas cuantas mercedes ha recibido el pueblo moro de España, ninguna será tan apreciada y agradecida de los marroquíes como ésta de disfrutar de una pensión que libre al hombre de guerra mutilado por España de tener que vivir de limosna...

—De eso se trata—interrumpe el general— que se fije bien en ello. El Generalísimo Franco nunca tolerará que un soldado español que haya dado su sangre y su fortaleza por el buen servicio de nuestra Santa Causa, tenga que depender de la caridad de nadie. El mutilado por España es el único ciudadano de categoría especial, de primera categoría, que reconoce nuestro Estado, y más aún cuando el mutilado es uno de los vuestros, un moro, un hermano tan valiente como leal. Esa es tu primera misión como delegado mío en Marruecos, Tensamani. ¡Ni un solo mutilado de los vuestros ha de carecer nunca de lo preciso, de lo que le corresponde disfrutar porque lo ha pagado de antemano a España!

Los moros asienten complacidísimos. Sus «zalemas» son esta vez tan emocionadas, que el «Hach» se pone en pie y quiere besar en el hombro mutilado al general.

—No; a mí no me agradezcas nada. A España, sí, y al invicto Caudillo, al hombre todo justicia, que pensó en alto porque siempre alienta en él la grandeza generosa y justiciera de España. Toma tu nombramiento, Tensamani, y desde ahora siéntete «padre» de los héroes tus hermanos y cuida de ser con ellos, no el Caid autoritario, sino

el tutor celoso de aliviar penas y dolores a sus hijos, que más que nunca hoy son hijos predilectos de España.

En la noble frente del Hach Tensamani hay un resplandor de noble, orgullosa inteligencia.

El «mutilado cumbre» que es este general Millán Astray, ha incrustado en el corazón de este hermano de sufrimientos y también de grandeza, todo el fervor de la santa misión que se le confía. ¡Millán se mete siempre en el corazón del que le escucha!

Es verdad, sí. La gloria de esta gran concepción de ayuda digna al mutilado de guerra corresponde al Jefe del Estado, al Generalísimo, no sólo por haberla concebido sino por haber elegido para desarrollarla, seguirla y animarla, al único, al preciso, al hombre que no supo sufrir porque el sufrimiento era para él goce supremo de haberlo dado todo a España. Ayer, el cuerpo; hoy el espíritu, ese espíritu del que iba inyectado el Tensamani, «tutor, curador y padre» de los mutilados de guerra de Marruecos y por España.

*** COMO SE CUMPLE UN DECRETO**

Ayer me proporcionó la guerra una sorpresa grata. Sabido es que España gozaba fama de ser el país que dispone de más y mejores leyes... escritas, nada más que escritas sobre el papel oficial, pero casi entera y totalmente inaplicadas en la realidad de la vida del Estado. Ha sido durante años, siglos, este detalle, característico en nuestra organización estatal. Pero... los tiempos ya son otros, afortunadamente. Hoy se hacen pocas leyes, se dictan escasas disposiciones oficiales. ¡Ah, pero las que se dictan, se cumplen! Y, lo que es más y mejor, se cumplen de buen grado sin necesidad de imponer medidas coercitivas, ni aun de amenazar con sanciones a los incumplidores.

Vean mis lectores el caso-sorpresa que hoy me deparó nada menos que una acción de guerra:

Nuestras columnas, continuando su triunfante avance en los montes vizcaínos, apenas el tiempo lo ha permitido, realizaron ayer operaciones victoriosas de las que di cuenta en mi avance telegráfico. Una de esas operaciones consistió en el envolvimiento total de la famosa cresta de Udala. A media mañana, una columna compuesta en su casi totalidad por unidades de Falange y Requetés había logrado totalmente el objetivo. Pero, en la cumbre de Udala, flotaba al viento, como un insulto, como una provocación, como una verdadera blasfemia, una bandera comunista, roja, con la estrella del separatismo en el centro.

Nuestros requetés y falangistas contemplaron desde la media ladera de la colina, el airón desafiador que en jactancia bolchevista había clavado en la roca más elevada. Alguien, molesto con aquella insignia desafiante, solicitó y obtuvo permiso conveniente para escalar la cresta roja y arrancar aquel trapo, sustituyéndolo por la venerada bandera nacional. El permiso se dió para dos secciones, una de Requetés, otra de Falange, y ambas tomaron el acuerdo de realizar la escalada unificados, en previsión de la posible existencia de algún núcleo de rezagados enemigos.

Y... se empezó a cumplir el decreto de compenetración, de unificación, de fusión de las dos gloriosas milicias; y los camisas azules se cubrieron con la boina roja, y los camisas pardas se tocaron con el gorrillo cuartelero de las flechas y el yugo, y así, entremezclados, llegaron en ímpetu soberano a la cumbre del Udala, arrancaron la bandera infamante y, a los acordes del Himno nacional, dejaron colgado a la fuerza del aire montañero, el incendio de nuestro oro y nuestra sangre, plasmados en los colores de la santa enseña de España.

Y en el aire purísimo, sonaron como himnos triunfales tres estentóreos vivas que decían:

¡Viva España!

¡Viva Franco!

¡¡Viva la Falange Tradicionalista de las Jons!!

El Decreto de unificación había recibido, bajo el sol de la victoria, cara al enemigo, en gesta de triunfal grandeza, el refrendo de su cumplimiento.

Esta vez no se ha puesto el formulario y desacreditado, por incumplido, burocrático «Cúmplase». Esta vez se ha «Cumplido», en momento majestuoso, de suprema solemnidad: en el momento de la victoria, del premio a tanta bravura y santo patriotismo.

COMO SE DEMUESTRA LA SUPERIORIDAD

Mis lectores están ya muy acostumbrados a oírme decir que nuestra superioridad sobre las mesnadas rojoseparatistas no es algo hipotético, sino una verdad incontrovertible que tiene su demostración axiomática cada vez que nos es dable actuar como lo que somos, como un Ejército bien organizado y disciplinado. Así ocurrió ayer en este frente de Vizcaya, donde estamos escribiendo las más gloriosas y provechosas campañas de la cruzada redentora.

Ayer el triunfo, el resonante, casi estoy por decir que el definitivo triunfo que se obtuvo al romper el frente separatista vizcaíno, se debió a nuestra eficacia maniobarrera, al desarrollo de nuestra ciencia táctica, a la ejecución perfecta de un plan meditado, sopesado, aquilatado, conforme con las más depuradas teorías modernas. No basta el empuje, no es suficiente el brío, la decisión de vencer para lograrlo. Los ánimos mejor templados nada pueden en guerras como las de estos tiempos, en las que actúan decisiva y constantemente fuerzas que sobrepasan el tesón y el espíritu marcial de los combatientes. Una columna puede estar formada por verdaderos héroes, y sin embargo resultar ineficaz o quedar anulada, derrotada, incluso antes de combatir, es decir, cuando aún

estaban en potencia ética el valor y la capacidad combativa, si antes de llegar al terreno en que es eficaz la acción valerosa, una escuadrilla de aviones la pasa y repasa con sus ráfagas o si el fuego de una batería localiza a la columna cuando aún está a muchos kilómetros de distancia del lugar en donde tiene que operar.

Por eso, porque hay que tener en cuenta, muy en cuenta todos estos factores, en esta guerra, vencerá quien posea más y mejor táctica militar adecuada a las circunstancias, quien maniobre con más presteza y precisión. Como ayer ocurrió desde Elgueta a Campanar. Todo estaba a favor del enemigo, y sobre todo la superioridad numérica y la de posición estratégica. Pues hizadas, vencidas, merced al desarrollo de una admirable maniobra envolvente que permitió rebasar el frente de combate enemigo y atacarle de revés, es decir, por la espalda, por el lugar en que sus parapetos eran inútiles, y quedaba perdida la ventaja de situación. Fué algo maravillosamente bien realizado, que sorprendió al enemigo y lo puso en fuga desordenada, en esa fuga típica de los pánicos que se apoderan colectivamente de las masas combatientes cuando saben que es imposible la retirada, cuando sienten la presión angustiadora del copo, del cerco, del ataque por todos lados. Antaño, cuando el factor «hombre valeroso» era lo esencial en los combates, este género de maniobras tenía como obligada respuesta el gesto heroico de la «formación del cuadro». Hoy, un cuadro de aquel tipo duraría para la acción de las ametralladoras un segundo; hoy, a una maniobra envolvente sólo se contesta con la huida a uña de caballo, y por donde y como se pueda, si es que no se tiene el valor de morir fatalmente ante el fuego enemigo.

En esta jornada triunfal de la rotura del frente de Elgueta-Durango, nuestros soldados se han cubierto de gloria; hay que hacer la justicia de reconocer que el noventa por ciento del éxito corresponde al mando que concibió la operación y a los jefes y oficiales que la ejecutaron con justeza de maravilla.

Si en esta jornada se ha obtenido gran provecho material con el avance y ocupación de posiciones magníficas, que ya nos van a permitir combatir de arriba a abajo, cuando hasta el presente habíamos tenido que hacer la más difícil de las guerras, las de «pecho arriba» y escalando ingentes cumbres, siempre dominadas e batidas por otras aún más altas, si en la victoria de ayer ganamos al enemigo un material riquísimo, un botín incalculable, todo eso tiene poca importancia, a mi juicio, al lado del gran éxito moral que representa el haber podido evidenciar sobre el terreno de la lucha y de modo inequívoco para el enemigo, nuestra infinita superioridad táctica, superioridad maniobrera, superioridad combativa, superioridad de verdadero Ejército.

El enemigo, que ayer sintió sobre sus carnes la importancia de la derrota, seguramente que se impresionó más que por el número de bajas tenidas, por la sensación de inferioridad manifiesta en que estuvieron durante todo el día, a pesar de ser infinitamente más numerosos sus cuadros y mejores sus posiciones que las nuestras. El enemigo sintió ayer cómo estaba sin mandos apropiados para contrarrestar la iniciativa de los mandos nuestros. Fué algo así como si un solo pelotari lanzase un reto a todo un cuadro de acreditados jugadores y los batiese él solo por la sencilla razón de haber requerido para el desigual encuentro la iniciativa del saque y ser un sacador formidable, de imposible respuesta. La pelota ayer no llegó a estar ni un solo momento en las cestas o en las palas de los enemigos. Sacábamos nosotros, en saque libre, y no pudieron restar ni una sola de nuestras salidas.

Ayer ganamos en la guerra lo que es más preciso: prestigio desmesurado ante los ojos y conciencias asombrada de nuestros enemigos. Y esto vale más que la conquista de uno o cien pueblos, y más que un botín cuantioso, porque es el más preciado botín que se puede ambicionar: el de haber quitado al adversario su tesoro de confianza, de seguridad, de posibilidad de hacernos frente.

*** LAS COLUMNAS DE LA COSTA Y DEL CENTRO SE JUNTAN EN MARQUINA**

Quince kilómetros de avance en el día de ayer.—Una veintena de pueblos vizcaínos liberados en cuatro días

Se suceden con tal rapidez la serie de jornadas victoriosas en este frente de Vizcaya, que no quedó tiempo al cronista para hacerse cargo de la importancia de los avances, y seguir, según su costumbre, la marcha de las columnas detrás de ellas con su pequeño coche. Hoy he pasado el día en él, y cuando llegaba a un lugar recientemente conquistado, ya recibo noticias de haberse tomado al enemigo otro de igual o mayor importancia que también merece ser visitado.

El avance de hoy ha sido aún más asombroso que el de los días anteriores. Baste decir, que en profundidad ha alcanzado una media de quince kilómetros y unos veinte de extensión; pero no olvide nadie que en todo ese terreno ganado al enemigo, apenas si hay un valle que mida una hectárea de terreno; todo él es una verdadera confusión de montañas. Téngase además en cuenta que por si faltaba algo, el tiempo sigue siendo adverso, amenazante con muchas nubes, que se estacionaron hasta quedar muy bajas, y al medio día descargaron el regional «chirimiri». Ha quitado toda visibilidad a la artillería y aviación, hasta el punto de que éstas no han podido actuar. Durango ha quedado dentro de las mandíbulas de nuestras columnas; hemos entrado en Marquina y en los pueblos de Urberuaga de Ubilla, del Balneario, Marquiburu y a la hora de enviar este despacho, cerca de Barriatúa ha habido alguna resistencia. Hemos entrado también no sé en cuántos pueblos más. Lo interesante de la jornada de hoy, es que con la ocupación de Marquina se han dado

las manos las columnas del centro y de la costa, por debajo de Ondárroa. Hoy, al cabo de cuatro días de operaciones, tenemos más de veinte pueblos vizcaínos; he recorrido tal cantidad de terreno montañoso, que no hay par en la historia de operaciones de montañas que se haya llevado con tal rapidez.

Esta tarde he vuelto a estar en Elbar, donde continúan los esfuerzos heroicos de los bomberos para disminuir el desastre, pero todo es inútil; más de las tres cuartas partes de los edificios del pueblo no son más que montones de escombros. Esta tragedia es típicamente superior a la de Irún. Del millar de casas de Elbar, muchas de ellas de seis y hasta de ocho pisos, apenas quedan en pie una treintena. Hasta la Plaza del Mercado, todo el ala derecha de la carretera está destruida, y desde esta plaza hasta el final del pueblo, lo mismo el ala derecha que la izquierda, parecen haber sido víctimas de un terremoto.

Yo pido que se envíen en seguida fotografías, periodísticas extranjeros y, si es posible, representantes diplomáticos, con el fin de que vean a qué grado han llevado su vandalismo los rojos y separatistas, para que después nadie en el mundo tenga derecho a apoyar moral y materialmente a hombres que se comportan como los más crueles e incivilizados.

*** GUERNICA ESTA AL ALCANCE DE NUESTRAS MANOS**

Otro día de triunfo glorioso, de victoria transcendental. Durango, la famosa ciudad, segunda capital de Vizcaya, está en nuestro poder. Nos ha costado tres días de combate duro; pero ¿qué habrá que se resista al empuje arrollador de los soldados de España? Todo el día hemos estado cariacontecidos, porque amaneció con un cielo más cubierto de nubes que en las jornadas anteriores y

apenas nos fulmos al frente nos encontramos con que las nubes estaban en las laderas de las montañas, descargando constante niebla y lluvia. Todo esto quería decir para nosotros que tampoco hoy podemos contar con el auxilio de la Aviación, tan necesario, tan imprescindible en esta guerra de montañas. Tampoco la Artillería podía tener con esta niebla una clara visibilidad; de ahí nuestro mal humor, porque sabíamos que en Durango había concentrado el enemigo grandes contingentes de batallones de refresco, llegados de Santander, y contaba, asimismo, por lo menos, con doce tanques rusos y abundante material. Todo esto teníamos que vencerlo sólo por el empuje de nuestra Infantería, y así ha sido, porque, hermanos españoles, hemos entrado en Durango, hemos rebasado Durango y hemos puesto en franca huida a rojos y separatistas, que ya no pueden parar en su carrera hasta las puertas mismas de Bilbao.

Una vez más hemos roto el frente del enemigo, una vez más, a pesar de la obstinada resistencia, la victoria más rotunda ha sido para nuestros hermanos. Se ha cogido un cuantioso botín, muchos prisioneros y el enemigo ha dejado más de 300 cadáveres en las trincheras de Durango. Pero no paran en esto las victorias de hoy: esta mañana quedó en nuestro poder Lekeitio, que fué conquistado por las brigadas que operan por la costa, en un avance rapidísimo de 12 kilómetros, desde Ondárroa hasta la playa de Ogela, cuatro kilómetros por delante de Lekeitio. Allí mismo han enlazado las columnas que ayer conquistaron Berriatúa.

Por este lado han caído en nuestro poder, entre otros pueblos, Amoroto y Naverniz; continuando en formidable achuchón, se ha emprendido otro avance hasta Guernica, quedando a dos kilómetros de este pueblo, sede del nacionalismo vasco, que, por desgracia, está ardiendo por los cuatro costados, porque, lo mismo que en Eibar, al huir los nacionalistas lo han arrasado todo.

Todavía hay otros cuatro pueblos más conquistados por nuestros soldados, pero no quiero entrar en detalles.

Lequeitio, Durango; esto es lo esencial. Y Guernica está al alcance de nuestras manos. Llevamos cinco días de operaciones, los más con tiempo adverso, y hemos conquistado al enemigo las posiciones dominantes de Vizcaya, hemos conquistado las tres ciudades de mayor importancia.

¡Españoles, en pie! Para gritar hoy con más entusiasmo y fervor patriótico que nunca: ¡Viva el Caudillo! ¡Viva el general Mola! ¡Viva el Ejército! y ¡Viva España!

*** CRONICA DE UN CORRESPON- SAL DE GUERRA EN EL FREN- TE DE VIZCAYA**

Hoy se han decidido los separatistas vascos a combatir para no pasar por la vergüenza de perder sin hacerlo la sede del separatismo, gesto varonil que ha durado en Guernica un par de horas. Principió con bastante denuedo, pero han pagado su contribución de sangre.

Naturalmente, han sido vencidos; han acabado, como siempre, en precipitada fuga, pero combatieron. Hemos hecho, además, gran número de prisioneros y una verdadera carnicería. Alguno de los prisioneros son de calidad, como el dirigente Placer y el coronel Yach, que mandaba la división; porque había una división completa enfrente de nosotros con sus diez batallones, dos de ellos santanderinos y ocho separatistas.

También en esta jornada hemos recogido el fruto de las constantes mentiras de los rojos, porque merced a ellas hemos podido hacer prisioneros a dos periodistas españoles en Durango, y a otros dos, uno español y otro francés, en Guernica.

Los de Durango se presentaron en este pueblo en la mañana de hoy con un coche cargado de Prensa roja, para repartirla en los frentes, con orden de sus directo-

res de hacer una amplia información de la heroica resistencia de aquella ciudad, que ayer ocupamos nosotros.

El caso del periodista francés es aún más curioso, pues se trata de un redactor de «La Petit Gironde», llamado Bernard, que ya ha trabajado en nuestra zona. Esta misma mañana llegó a Bilbao, procedente de Biarritz, y se fué al frente ocupando un coche en compañía de un periodista rojo. Se presentaron en Guernica una hora después de haber caído la ciudad en nuestro poder, sin que en el camino los detuviese nadie. Todo esto es consecuencia de las mentiras de los rojos y la prueba más patente de cómo los dirigentes continúan engañando a todo el mundo y a los mismos periodistas que escriben la crónica de sus derrotas.

Otro detalle trágico y desagradable ha sido el fusilamiento de un padre jesuita en Guernica, y de la señorita María Josefa Llorente Zuazola. Esta señorita, que era «margarita», había entrado en Guernica poco antes de que nuestras tropas la ocupasen.

Había estado escondida en un caserío, y creyendo que estaban ya nuestras fuerzas, se presentó en la ciudad con su bolsa roja. Los separatistas vascos la fusilaron en el acto. Al entrar nosotros en la plaza de Guernica, encontramos su cadáver.

Guernica está más detrozada que Elbar. Es horrible el cuadro que ofrece. Han quedado en pie la célebre Casa de Juntas y el tradicional árbol. Con esto queda plenamente comprobado y palmariamente desmentido que nosotros hayamos causado la destrucción de Guernica, pues si así hubiera sido, naturalmente que hubiéramos empezado por destruir lo más histórico del separatismo vasco. Por el contrario, se ha puesto a la Casa de Juntas y roreando el árbol histórico, una escolta armada, precisamente escogida de soldados del sector de Vizcaya.

Así procedemos nosotros. Con toda corrección y respeto para nuestros enemigos.

Además de la toma de Guernica, se han conquistado seis pueblos más: Ibarranguelua, Elanchove, Acorda, Ca-

nala, Arteaga y Cortézubi. El día ha sido, pues, aprovechado.

Con la caída de Guernica ha pasado a nuestro poder la última de las poblaciones importantes de Vizcaya.

Al separatismo rojo le queda aún Bilbao.

Ya veremos por cuánto tiempo.

CARA Y CRUZ DE LA GUERRA

Como tantos otros domingos, en este de hoy mi obligación me ha llevado al frente y una vez más he vivido la guerra con esa intensidad brutal que la guerra lleva siempre en sí, y que no sé por qué extraño fenómeno de insensibilización, día por día acrece la legión de los indiferentes. Esta jornada dominguera ha sido lo que en el «cargot» marcial solemos llamar «un día duro»; duro porque el enemigo a quien hemos quitado el Sollube, Machichaco y tantos y tantos pueblos y montes, aún no se resigna a declararse vencido y, mal que bien, sigue frente a nosotros, tratando de contener nuestro avance de todos los días, aunque sin esperanzas de conseguirlo, volcando su rabia de impotencia en un fuego densísimo que, naturalmente, se traduce en derramamiento de sangre.

Tras el puesto de mando, hoy situado en el vértice del monte de San Miguel, sobre Mendaca, teniendo al pie a Guernica y enfrente el Sollube y demás alturas conquistadas estos días; tras el puesto de mando de Mola y Solchaga, digo, han estado emplazadas todo el día nada menos que ocho baterías de distintos calibres, casi todas las que han intervenido en el avance de hoy, salvo las piezas de «acompañamiento» que van inmediatamente detrás de nuestros infantes. Pues bien, esas treinta y dos bocas de hierro han estado vomitando proyectiles casi sin tregua ni reposo, porque ni tregua dieron en su avance las vanguardias nuestras, ni podían reposar los cañones cuando la Infantería se veía forzada a escalar

cumbre tras cumbre y ladera tras ladera, que precisaban, para ser asaltadas, del apoyo artillero. Un cañonazo, y dos, y veinte, lo aguanta sin quebranto para sus tímpanos y para sus nervios cualquier ser humano; un millar, quizás dos millares de cañonazos, disparados inmediatamente detrás de uno, yo os digo que no hay aparato acústico que lo aguante sin molestia, ni sistema nervioso que lo soporte sin acusar alteración, al menos con un simple y pasajero dolor de cabeza. Pero... es la guerra, la guerra de «caras»...

Y es la guerra «de cara» también la visión triste de estas ambulancias que a lo mejor se paran en mitad de la carretera porque un herido pide que se le cambie de postura o porque a otro hay que rectificarle el vendaje. (Hoy he acudido a una, porque al verla parada y parar yo mi coche, observé que soltaba un hilillo de sangre por el chasis; aquella sangre era de un soldado, de uno de tantos héroes anónimos, que ni siquiera se daba cuenta de su estado, y que sólo tuvo fuerzas, al aproximarme, para clamar, con otro hilo trágico, éste de voz, pero de voz de ultratumba, un «¡igual!», que recibió con ansia y pagó con una mirada de infinita gratitud que no podré olvidar nunca...)

Y es la «cara» de la guerra este repiqueteo del teléfono de campaña, que casi constantemente trae después las nuevas del avance de las columnas, las órdenes de rectificación del tiro artillero, las peticiones de apoyo en un flanco. Palabras breves, precisas, que concisamente obtienen respuesta y que, sin embargo, son tan elocuentes, tanto, que en ellas está encerrada la historia al minuto de la guerra (esa historia que luego se concreta, al final de la jornada, con el escueto, austero parte oficial, o se dilata con los hinchamientos a que se ven obligados los periodistas que... no oyeron nunca el estilo sintético del teléfono de campaña y se creen que para contar la guerra hay que emplear ese estilo prolijo que yo, para mi fuero interno, titulo «estilo Chiclé», porque en su dulzarrón sabor y en el alargar de sus giros, más parece cosa de la cruz de la guerra que de la cara, que siempre, siem-

pre es algo más agrio, más punzante y más, infinitamente más sobrio...)

Peró así es la guerra de «cruz». Y es la guerra de cruz también estas romerías que aquí, en el país vasco, organizan las muchachas de los poblados y los caseríos hasta el mismo frente, por lo menos hasta el frente artillero, para darse el gustazo de ver cómo los cañones nuestros vomitan metralla y más metralla sobre los bosques donde jugaron de pequeñas, sobre las albas casucas que, encaramadas en los cerros, presenciaron su nacimiento a la vida, sobre los pueblos amables donde se casaron sus padres, donde duermen para siempre sus abuelos, donde ellas mismas escucharon la primera frase galante en lenguaje vascuence... Y, sin embargo, se visten las mejores galas y acuden alegres hasta el pie mismo de los cañones, que están rompiendo la paz de égloga de los verdes prados, de las montañas malva. Y gozan, y ríen, y bromean con los artilleros, como si la guerra no estuviese allí mismo, donde ellas están, donde está la «cara» de hierro y dolor de la pugna absurda mil veces de unos malvados que no saben ni amar lo que todos, hasta los más incivillizados, aman: su casa, su hogar, el terruño que les vió nacer...

Y de cruz, que no de cara a la guerra, viven también estas ciudades provincianas. Al regresar del teatro de la lucha, con zumbar de cañonazos en el oído y visiones de sangre, de destrucción, en la retina clavadas, rompe mi murria el alborozado cuadro de la capitalita en fiesta dominguera; la calle principal llena de gentes que discurren tranquilas, apegadas a ínfimas puerilidades de la vida ordinaria, pacífica, ni más ni menos que si la dura lucha que yo vengo de presenciar, como todos los días, en lugar de estar registrándose a sólo un puñado de kilómetros de distancia, acaeciendo estuviera en tierras de antípodas, en otro Continente, en el mismísimo Polo.

No me acostumbro, No me explico cómo puede haber hoy en España un solo ser que no viva constantemente de «cara» a la guerra, y que, cuando más, conozcan de ésta lo teatralmente fútil: uniformes vistosos, desfiles entre

músicas e himnos marciales, plétora de actividades en la urbe, ocasión para romper la monotonía del vivir provinciano... Es cruel, lo sé; pero yo repito aquí lo que tantas veces he dicho en privado al dolerme de la frivolidad de muchas gentes. Merecían que alguna vez tuviesen que ver la guerra «de cara», aunque sólo fuese para que las mujeres se acordasen de que, por lo menos, tienen la obligación de rezar, de rezar mucho, y los hombres la de pensar en que si no pueden empuñar un fusil y ocupar un puesto en esas guerrillas gloriosas que día tras día están reconquistando a España, están obligados a colaborar desde la retaguardia, cuando no de otra forma, espiritualmente, «sintiendo» en toda su epopéyica grandeza las horas que España y su Ejército salvador están viviendo.

*** UN DIA DE GLORIA PARA LOS GALLEGOS**

Esta jornada de hoy, en que el Sollube, último formidable baluarte defensivo de Bilbao, ha quedado en poder de Franco, si ha sido de gloria grande, inmarcesible para España y su Ejército, aún si cabe es mayor honor para la tierra «meiga» de Galicia. Porque han sido sus hijos, sus soldados, los que han aportado el máximo y decisivo esfuerzo para este triunfo que, o mucho me equivoco, o va a tener efectos trascendentales para la campaña sobre Vizcaya, y por ello sobre el curso ulterior de la guerra.

¿Qué han hecho los soldaditos gallegos para que el cronista se crea obligado a sentar tan rotunda afirmación?... Yo no sé; yo ignoro el detalle. Yo soy un cronista que vive al día la guerra, pero que por su larga experiencia en estos menesteres, sabe de sobra que «el que se mete en el bosque no ve el bosque», y la obligación de un cronista de guerra no estriba tanto en captar este o el otro episodio, por pintoresco y atractivo, periodística-

mente hablando, que pueda resultar, como en recoger la gran síntesis de cada jornada marcial para transmitir a sus lectores los avances, las mejoras, la situación lograda; no ya lo que hace una compañía, un batallón o una columna, sino por lo que consignent al celo de cada operación todas ellas. Porque es así, porque yo entiendo de esta manera mi deber, suelo abandonar lo pintoresco de la guerra—que es lo más atrayente—para reunir y captar lo sustantivo, lo esencial. Y en este plan, como tantos días, tras de recorrer la línea del frente, he ido a dar con mis zarandeados huesos al puesto de Mando de los generales Mola y Solchaga.

Apenas uno y otro se han dado cuenta de mi presencia, han dirigido su palabra al cronista en estos términos:

—Le estábamos buscando, Tebib. Si no estamos equivocados, usted envía crónicas para periódicos de Galicia, ¿no?...

—En efecto, es así.

—Pues bien, diga usted de parte mía (habla Mola y asiente con su sonrisa franca Solchaga) a las gentes gallegas, que yo cumplo un deber al felicitar a aquella tierra, a aquellas madres que tales hijos dan. Porque... si ayer y hoy hemos alcanzado dos victorias decisivas, más que a nada se debe al empuje, (al heroísmo, dice Solchaga)... eso, al heroísmo de la Falange gallega y de los batallones de Zamora, que están integrados por soldados gallegos. Cuanto se diga, cuanto se pueda contar es pálido ante la realidad del brío, del valor, de la tenacidad, de la disciplina y del patriotismo de sus soldados, y yo, que acabo de ver cómo luchan y lo que España debe a esos muchachos, quiero que usted, Tebib, sirva de intérprete a mi admiración y a mi entusiasmo, y lo haga público, porque es de razón y es de justicia que esto se sepa, para satisfacción de ellos y ejemplo de todos...

Yo no puedo, yo no debo añadir ni una palabra, ni un comentario a los que Mola el austero, el cauto, el «poco amable y decidor» general Mola acaba de pronun-

ciar, con «encargo especial y vehemente» de que se haga público.

¿Para qué comentar lo que por sí solo tiene la máxima elocuencia? Yo digo que jamás he sentido más alto honor ni más grande satisfacción que esta que acaba de conferirme el general jefe del Ejército del Norte, haciendo justicia estricta al bravo comportamiento de los soldados de España, hijos de la gloriosa Galicia.

*** EL TRUCO DE LOS BARBAROS**

Guardaré mientras viva imborrable el recuerdo del día que estoy viviendo en el frente de Vizcaya. Por un lado la indescriptible precisión, rapidez y justeza táctica con que se llevan a cabo las operaciones en un terreno absurdamente accidentado, contándose los días por éxitos rotundos y llegando en sólo cinco a sumar más de treinta pueblos vizcaínos, entre ellos ya de tres ciudades de máxima importancia: Elbar, Durango y Guernica.

Por otra parte, la extraña línea de conducta desarrollada por los enemigos, quienes desde que el sábado pasado vieron el toro de frente, no cesan en su huida, pero escribiendo al propio tiempo una página horrible de desafueros sin límites.

Después de lo de Elbar, viene ahora lo de Guernica, sede del nacionalismo vasco, especie de Meca de las libertades del país, lugar de santa veneración en todos tiempos.

Anoche asistí a un movimiento de reconocimiento sobre Guernica. La niebla—que impidió la toma del poblado a última hora de la tarde, cuando estábamos a dos kilómetros del mismo—se disipó a impulsos de la luna; iba yo en un carro blindado, que se situó a menos de un kilómetro de las casas de Guernica, y hasta allí llegaba el calor de las hogueras del incendio de Guernica, produci-

do por los nacionalistas, no dejando indemne más que el Hospital y media docena de casas contiguas.

Todo lo demás ha volado y es presa de las llamas. Lo curioso es que antes de entrar nosotros, con veinticuatro horas de anterioridad a nuestra toma de Guernica, ya se hablaba en la Cámara de los Comunes en Inglaterra y en los periódicos ingleses y franceses de nuestro salvaje proceder al destruir esta sede nacionalista.

Como aún no la habíamos conquistado, dicen que el siniestro total de la famosa ciudad debióse a haber arrojado nuestra Aviación bombas incendiarias.

Pues bien, como ya consta, llevamos con hoy tres días sin que nuestra Aviación haya podido despegar de sus aeródromos. Hay miles de testigos que pueden acreditarlo, pero si se dudase, yo invito a la siguiente comprobación: consúltese en los boletines meteorológicos de estos días, y después de comprobar cómo marcan lluvias, nieblas y visibilidad a cero, por estacionamiento de bajas nubes, recorran los que hagan tal comprobación todo el territorio que va desde Vitoria, San Sebastián y Burgos a la zona de Guernica y digan los expertos del aire si es posible que ninguna Aviación del mundo, por audaz y diestra que sea, pueda atravesar estas montañas continuas sin ver ni en un momento las cumbres de las mismas, ni ser posible orientarse entre el dédalo de colinas ingentes que en sucesión interminable ocupan absolutamente todo ese territorio.

Cabe, asimismo, que cuando entremos en Guernica, que será hoy, se estudien las condiciones del siniestro; siendo facilísimo comprobar cómo las voladuras e incendios no han podido producirse de arriba abajo y de fuera a dentro, sino al contrario. Esta comprobación es facilísima, pudiendo hacerse cuando se quiera.

Aún hay otras poderosas razones que revelan la falsedad de la afirmación de los separatistas vascos: ¿para qué íbamos a bombardear Guernica si no era objetivo militar? Si algo teníamos necesidad de bombardear—y yo lo anticipé hace dos días, es decir, cuando no se hablaba

ni siquiera por ellos de Guernica—era Durango y su región, ya que allí había enemigo numeroso, fuertemente atrincherado y disponiendo de carros de asalto, que nos tuvieron detenidos en el asalto final durante más de ochenta horas.

Allí sí que se precisaba la acción de la Aviación y, sin embargo, no pudimos realizarla y tuvimos que apoderarnos de la ciudad en indescriptible alarde de valor y pujanza, que se hubiesen evitado por lo menos en dolorosas bajas por nuestra parte, si hubiésemos podido contar con el auxilio de nuestra poderosa Aviación.

No; no hemos sido nosotros quienes hemos destruido Eibar y Guernica; como no hemos destruido jamás ningún pueblo español, sencillamente por serlo y porque nosotros, seguros de nuestro triunfo, sabemos muy bien que cuanto menos daño se haga menos tendremos que sufrir después las consecuencias de todo orden para la reconstrucción de España en la post-guerra.

Ellos, en cambio, como están seguros de su derrota definitiva; como piensan que no han de volver a pisar las ciudades que ahora abandonan cobardemente, sin saber defenderlas, en su impotencia criminal no vacilan en destruirlo todo, en asolarlo todo, en dejar el suelo español como el más triste y desolado paraje del mundo. Pero han ideado el truco de que, ya que no saben contenernos con las armas en la mano, conviene desprestigiarnos a los ojos del mundo, y así tratan de atribuirnos todos sus salvajes desmanes.

¿Qué ventaja ve nadie en que nosotros destruyamos Eibar, Guernica o el más insignificante pueblo? Yo sé decir que gran parte de nuestros contingentes en este frente y en todos los tenemos que dedicar, no a combatir, sino a reconstruir caminos, arreglar puentes, sofocar incendios, apuntalar ruinas, poner en condiciones de nueva vida el territorio nacional, bárbaramente destrozado por la furia marxista.

Ayer mismo vi con mis ojos cómo legiones de trabajadores trataban de reconstruir el puente del ferrocarril de Malzaga; vi en Eibar cómo más de mil obreros se es-

forzaban en alejar el constante peligro de los derrumbamientos de muros mientras que otros elementos se dedicaban a instalar cocinas y abrigos nocturnos para los eibarreses que se quedaron escondidos en los caseríos y que desde ayer están regresando a su pueblo. Por cierto que vuelven temblantes de ira e indignación infinita.

No somos nosotros los que procedemos con odio, y lo saben todos, incluso los indígenas de Vizcaya. Todo el que quiera puede comprobar cómo ya a los tres o cuatro días de nuestra victoria están nuevamente ocupados los caseríos, retornan muchas familias a sus hogares, hay rebaños en las laderas y montes y los «caseros» siegan su hierba y cuidan tranquilamente sus huertas, como si nada hubiese pasado o como si la época de la dominación roja se alejase hasta de su recuerdo indefinidamente. Y son vascos, son los más vascos, los humildes «gebos» los que así proceden y vuelven a su vida patriarcal, apenas saben que los rojos se han alejado de los lugares donde nacieron, vivieron y crearon una familia, que han sabido sostener con su trabajo hasta la llegada de la ola bárbara, del separatismo loco y del protervo marxismo, en contubernio bochornoso e inexplicable.

Ese truco de los vencidos no puede prosperar, ni nadie que tenga un atisbo de buen juicio lo cierra, por todas las razones antedichas y otras que pudiera alegar, en ese dislate cínico, que sólo a idiotas puede equivocar.

Por eso no cabe que empañe nuestro júbilo victorioso semejante patrafia. Merece desprecio, y quienes la crean, conmiseración por anormales mentales.

*** ¡SOLLUBE, ULTIMO BALUARTE DE BILBAO, POR ESPAÑA!**

¡Otra vez albricias, españoles! Dádmelas y tomadlas porque he vivido hoy nuevamente una jornada gloriosa para el Ejército español, altamente provechosa para las finalidades de la campaña.

Sollube, el coloso que se alza a modo de muralla delante de Bilbao, en dirección Norte-Sur y en una extensión de ocho a diez kilómetros, con altura de 873 metros, arrancando casi desde el nivel del mar—pues, en realidad, su primera estribación es el cabo Machichaco—ha quedado dominado por nuestras columnas, que a la hora de enviar este mensaje, están a 200 metros de la cumbre más alta del monte, habiéndose atacado y dominado en todo su frente, pues el de combate y el de la batalla alcanzó a más de 14 kilómetros.

Ha sido esta una nueva jornada gloriosa, en la que, una vez más, se ha demostrado la insuperable pericia de los mandos y la absoluta capacidad maniobrera de nuestro Ejército.

Desde la cumbre del monte de San Pedro, cerro altísimo situado frente por frente de Sollube, he presenciado, como desde un mirador, todo el desarrollo de la portentosa maniobra. En el cerro de San Pedro tenían establecido su puesto de mando los generales y con ellos he visto desplegar los guerrilleros y apoderarse sucesivamente de dos colinas imponentes, contrafuerte del Sollube, y alcanzar, en fin, las crestas, apoyadas por nuestra artillería.

Apenas iniciada la operación, una columna del flanco derecho, salida de Bermeo, encontró tenaz resistencia enemiga, que venció en un ataque impetuoso: tan decisivo, que desde que lo verificaron la artillería enemiga, que desde la madrugada estaba cañoneando a Bermeo y

Mundaca, apagó sus fuegos tan en absoluto, que ya no volvió a disparar en todo el día.

Merecido es, pues, el elogio que el Generalísimo ha dedicado, porque si bien estuvieron en las últimas jornadas aguantando y rechazando contraataques furiosos del enemigo, que pretendía recuperar Bermeo, aún han estado mejor en su avance brioso e insuperable del día de hoy.

Cuando las baterías enemigas enmudecieron, en el puesto de mando todos nos miramos alegres.

—Buena señal es—nos dijimos—el que cesen de funcionar los cañones enemigos, pues revela el propósito de retirarse y de llevarse la artillería para no perderla.

El fuego de nuestros cañones ha sido tan incesante como acertado, y lo mismo la aviación, que estuvo volando constantemente sobre las líneas enemigas, poniendo sobre las cuestas de Sollube verdaderas cortinas de metralla.

No hay que decir que en todo el día no ha aparecido ni un solo avión rojo en el terreno de la lucha. En cambio, los enemigos se dedicaron a incendiar los bosques de pinos y robles y las laderas de Sollube, pretendiendo poner entre su retirada vergonzosa y nuestro avance lleno de ímpetu un valladar de fuego.

Pero todo fué inútil.

A la una de la tarde llegó al puesto de mando un enlace de vanguardia pidiendo que la artillería adelantase sus tiros. Otra magnífica señal, porque ello indicaba la rapidez del avance de nuestras tropas.

Cuando al caer la tarde abandonamos Cossío y yo el puesto de Mando, con los gemelos de campaña vimos ondear en tres cumbres distintas del Sollube la bandera nacional.

La noticia debió de correr como reguero de pólvora hasta la retaguardia, porque las carreteras, llenas de muchachas endomingadas y de mozos, requetés y falangistas, al pasar nuestro coche, que ostentaba la bandera de Es-

pañía, prorrumpieron en vivas atronadores, aplaudiendo al paso de los vehículos.

Como detalle del entusiasmo y del espíritu que despertan en la retaguardia nuestras rotundas victorias, diré que a presencia mía Mola interrogó a un pastor que guardaba las vacas en el cerro de San Pedro, en la misma zona del frente, donde sonaban cañonazos, ametralladoras y fuego de fusil.

Preguntó al «jebo»:

—Tú serás, como buen vasco, nacionalista.

El «jebo» contestó:

—Yo soy español.

Insistió:

—Peño, vamos, ya te gustaría que volvieran los rojos.

Y el «jebo», tras de hacer un gesto gracioso, en su jerga de mal catellano, con sintaxis vasca, dijo:

—¡Con agua caliente escaldado, del agua fría me huyo!

Como comprenderá el lector, nuestro buen humor sólo podía ser fruto de la colosal victoria de hoy.

Pues prepararse, porque se continuará mañana.

*** LA CONQUISTA DEL BIZKARGUI**

Hemos conquistado todo el Bizkargui y quedamos a trece kilómetros de Bilbao. Otra nueva proeza de nuestros infantes en el día de hoy: La total posesión del macizo montañoso de Bizkargui.

Nuestras fuerzas empezaron a atacar el acceso a sus distintas cumbres con su arrojo habitual, a pecho descubierto y en arriesgadísimas escaladas, tanto más duras de conquistar, cuanto que, como llevo dicho en mis dos anteriores mensajes, a causa del apilotamiento de densos nubarrones en esta verdadera cazuela que forman la cordillera de Sollube, Truente y Bizkargui, nuestra Aviación no pudo cooperar con la eficacia e intensidad de cos-

tumbre, al avance de los infantes, que batieron las recias fortificaciones que en las crestas y cotas más dominantes habían acumulado los rojos separatistas, escarmentados, sin duda, de sus derrotas de los Inchortas, Udala y demás montañas ingentes donde les pusimos en fuga ante el denuevo de nuestro empuje colosal, pero también merced a la imprevisión del mando rojo, que no había pensado que pudiéramos vencer las dificultades del terreno y echarlos a rodar por las laderas desde las cumbres, que estimaban inexpugnables.

Pero no ha contado tampoco con que nuestros soldados se crecen ante las dificultades, y cuando se emplean a fondo para conseguir una victoria, todos los obstáculos quedan vencidos a la corta o a la larga.

Así ha ocurrido en la jornada de hoy. Una maniobra estupenda, de carácter envolvente y el impetu colosal de varios batallones nuestros han producido la victoria definitiva de la ocupación de todo el macizo del Bizkargui, hasta sus crestas más elevadas, las que miden 556 metros de altura.

El castigo del enemigo ha sido tal, que un batallón, (asturiano por cierto, como la mayoría de los que ahora combaten en esta tierra, que es para ellos extranjera, ya que nadie ha pensado, ni el iluso Aguirre, que Asturias ni Santander integren la nación de Euzkadi); ese batallón ha quedado absolutamente destrozado, porque se empeñó en resistir nuestro asalto final, sin abandonar sus atrincheramientos y hubo que irlos sacando como a los caracoles, a punta de bayoneta.

Con la conquista de la totalidad del Bizkargui, hemos quedado a tres kilómetros y medio de la famosa línea atrincherada, cinturón defensivo de Bilbao, que va por Plencia, Galdácano y Gallo, y estamos, asimismo, situados a trece kilómetros en línea recta de las calles bilbaínas.

Me dicen que por los otros sectores también se han logrado objetivos interesantes.

Como puede observarse, sin tregua, casi sin tomar aliento, continúa nuestro avance en Vizcaya, en el mo-

destísimo trozo de tierra que aún forma el patrimonio de la nación vasca que, de seguir así, pronto va a quedar reducido a los precarios límites de una ciudad como Bilbao, pero nada más que a eso; y si a eso se le puede llamar nada menos que un Estado, que venga Dios y diga si los que tal hacen no se sitúan en franca posición de ridículo espantoso.

PERO... ¿ES QUE HAY REPUBLICA VASCA?

Esta noche he regresado antes del frente que de costumbre. No me encontraba del todo bien. Quizás es, sobre todo para mis años—y mis desengaños!—demasiado ruda esta tarea que voluntariamente me he impuesto sin medir las fuerzas físicas, ya que de las espirituales estaba seguro de poder contar con lo mismo que hace veintiocho años cuando por primera vez—y desde entonces, ¡cuántas!—me enrolé en la nave, galera más bien de croncar las gestas bélicas del Ejército de España... No me sentía bien, y he tornado a la amable caricia del hogar que me aloja, entre estas buenas gentes que pagan las molestias que les ocasiono diciéndolo que no hacen «sino cumplir un deber».

Mis patronos tienen un magnífico aparato de Radio. Lo ignoraba, pero ahora que lo sé prometo aprovecharme de tan feliz circunstancia. Antes en el Frente de Madrid yo a diario escuchaba por Radio las emisoras rojas, y ello me ayudaba no poco en mi labor de «hacerme cargo de la situación al día de la campaña»; pero desde que abandoné aquel Frente, nada o casi nada, fuera de lo que nuestra Prensa reproduce, sabía yo de los rojos. Y hoy he escuchado una alocución, o algo por el estilo que dirige el presidente de la República vasca, Aguirre, a sus súbditos, a sus ciudadanos, los habitantes de la «Nación Euzkadi», como inteligencia.

Esto de la «República vaca» ya hacía tiempo que no

lo oía yo; lo había leído, eso sí, y bien recientemente, con ocasión de la Nota que el Gobierno británico envió a nuestro Generalísimo preocupándose de la evacuación de Bilbao. Al leer aquello, y escuchar ahora la alocución de Aguirre, sinceramente, sin comedias, me he preguntado: «Pero bueno, ¿es que de verdad existe Euzkadi? ¿Es que de verdad hay una República vasca, como tal Estado en todo el orbe...?» Yo digo que no, rotundamente.

Para que exista un Estado, y con el Estado una forma de Gobierno, republicana o monárquica o como se quiera titular, lo primero, lo imprescindible, es que exista también una Patria, un suelo, unas tierras, un pueblo. Esto no tiene vuelta de hoja. Tan es así que los separatistas vascos quisieron fundar su Estado, su República, no menos que con tres provincias españolas y con no menos que cuatro o cinco millones de súbditos dentro de ellas. Pues bien: de las tres provincias, una, Alava, desde el principio se negó a integrar la República de Euzkadi; otra se la quitamos nosotros con la fuerza de la razón apoyada por nuestro brío y coraje armado, Guipúzcoa, y de la que quedaba de la más chica territorialmente, de Vizcaya, día por día la hemos ido cercenando tanto, que apenas si hoy queda una cuarta parte de suelo donde no flamee la bandera roja y amarilla. Sus principales ciudades Durango, Guernica, Elorrio, Bermeo, Marquina, Amorebieta, etc., etcétera, son nuestras ya totalmente. Pasan de cincuenta los pueblos que hemos conquistado y no llegan a ochenta todos los Municipios de Vizcaya. Sus cordilleras, sus cotas, sus núcleos de población y producción más típicamente vascongados están hoy por España. Les queda eso sí, la capital, Bilbao, y con ella un callejón para que huyan hasta otra tierra, extranjera para ellos, porque ni fué, ni es, ni nadie pensó jamás que integrase el Estado vasco, porque Santander podrá ser todo lo que quieran sus hijos, pero ni son ni quieren ser vascongados. Se dirá «menos territorio tiene Andorra» y goza jerarquía de Estado independiente... En lo de menos, allá, allá se irán una y otra republiquita, pero lo que no cabe duda es que los andorra-

nos constituyen un PUEBLO independiente y los vascos, no. No, de ninguna manera.

Es hora ya de decirlo claramente: en Vasconia, no ahora sino desde el principio del Movimiento, lo que menos pesa, lo que tiene carta de naturaleza más insignificante son los vascos. Políticamente, en Vasconia desde hace diez meses quien manda con hegemonía casi absoluta es el rojo, la FAI, los de la CNT. No lo decimos nosotros, lo dicen ellos. Hablad, como yo lo he hecho repetidamente hoy y en Julio pasado con cualquier nacionalista vasco y él os dirá que no tienen culpa de nada de lo que ocurre, de los asesinatos de sacerdotes, de los robos de Bancos, de la destrucción de pueblos y quemas de iglesias. Todo eso lo atribuyen, lo vienen atribuyendo desde el principio al predominio que en el Mando tienen los comunistas, los anarquistas, los sin Dios y sin Patria, aquellos que de ninguna manera, aun siendo nacidos en la provincia vizcaína, se consideran, hablan o producen como tales bizcaltarras.

¿Y en la guerra? En la guerra menos aun se acusa la presencia de ese pueblo de Euzkadi, que podría justificar la existencia de un Estado aun sin patrimonio territorial. Porque la guerra se hizo al principio fuera de Vizcaya aunque en sus lindes, pero por los marxistas de mayor o menor grado. Y cuando hemos llevado esa guerra, como ahora, al corazón mismo de Vizcaya, quienes la hacen, quienes la mantienen, no son los vizcaínos, sino los montañeses, los santanderinos, los asturianos, es decir, gentes extranjeras en Vizcaya, porque Santander y Asturias que sepamos no integran el Estado, la República vasca, sino que forman parte, con más o menos distinguos, pero forman parte de la República española.

Todos los días cogemos muertos, heridos, prisioneros. Yo afirmo solemnemente que entre ellos no llegan ni al diez por ciento los hijos de Euzkadi. En cambio, los que se pasan a nuestras filas con armas y bagajes, esos sí, esos en su gran mayoría son vizcaínos; pero vizcaínos que no se recatan en titular de loco, cuando no de algo peor a

Aguirre y su comparsa, vizcaínos que vienen huyendo de la ficción de Vasconia, Estado sin fe, sin tierras, sin municipios efectivos, sin porvenir, sin siquiera programa ideológico, para someterse a la Patria, y a la Ley Grande, a la de la verdadera nación que es España.

Que Inglaterra confunda una sola urbe y dos palmos de terreno con un Estado de «Hecho» y sobre todo de «Derecho», no no sorprende. A mayores ficciones nos tiene acostumbrados sus eufemismos político-internacionales. Pero tampoco sorprender debe a los ingleses que ni nosotros ni nadie pueda ya tomar en serio eso de la República vasca, que alcanza grados de dislate por no decir mentecatez supina. Y eso no nos va, no nos puede nunca ir bien a los españoles que créanlo o no Rusia, Francia e Inglaterra, somos un pueblo, un verdadero pueblo, y además formado por hombres de tanto pundonor como inteligencia.

★ LOS ROJOS SIGUEN PROVO- CANDO INCENDIOS

Otra provechosa jornada, a pesar de los pesares. A uno de nuestros más invictos generales le oí decir no hace muchos días que en la guerra nuestra, más que en ninguna otra, hay tres factores esenciales. Y según del lado a que se inclinan, de esa parte queda la gloria y el provecho de las jornadas.

Estos factores son: hombres, material y tiempo. El elemento hombre, afortunadamente, se inclina siempre a nuestra favor, y no por el número, sino por la calidad de los soldados, por su valor moral, su disciplina, instrucción y mandos. El elemento material fluctúa entre ellos y nosotros, pero como nosotros podemos utilizar plenamente el que poseemos, también cae de nuestro lado la balanza. El elemento tiempo casi siempre está del lado

de los rojos, como el subelevelmento terreno. Este, sobre todo, les favorece en la campaña actual en Vizcaya.

Ayer todo el día tuvimos el tiempo en contra. Hoy, hasta media tarde, igualmente el tiempo favoreció al enemigo, porque todo el territorio de la Ucha, ayer y hoy, estaba totalmente envuelto en densos nubarrones, que desde luego anularon el poderoso factor de la Aviación, que en este terreno montañoso, en que cada cumbre está admirablemente fortificada, resulta imprescindible, por lo menos para aminorar el esfuerzo y desgaste de la Infantería asaltante. Pues aún así, aun teniendo ayer todo el día un tiempo contrario, se dió un considerable avance, que nos situó en las crestas del Bizcargui, aunque no en todas, por un sector, y por el otro nos permitió llegar hasta cinco kilómetros al Norte-Este de Amorebieta.

El día fué duro, y sin Aviación el avance trabajoso. Durante toda la noche última el enemigo, que también había perdido Ugarte y Múgica, hostilizó mucho, sobre todo con fuego de cañón, a la columna Cayuela, que es la que está más próxima a Amorebieta.

Hubo varios ataques y contraataques, y toda la noche transcurrió en combate. A pesar de ello, esta mañana se reanudó nuestro avance, también con tiempo adverso y sin cooperar hasta las cinco de la tarde la Aviación. Y ha sido tal el empuje de nuestros soldaditos, que se ha ocupado todo el macizo montañoso situado al Suroeste del Sollube, siendo este macizo por tal parte, el postrer mu-rallón defensivo natural de Bilbao.

La línea de nuestro frente va ahora de Casa Garay, en la base de la península del Machichaco, a Bigottia y Astelarre, poblados situados a dos o tres kilómetros al Norte de Amorebieta, que por cierto, con Munguía, está desde ayer mañana envuelto en densísima humareda, por lo que estimo que, para evitar que luego digan que las hemos incendiado nosotros, convendría dejar atrás de nuestra línea, y sin ocupar, pero consumiéndose al fuego lento a que criminalmente la pusieron los rojos.

*** DILUVIO UNIVERSAL EN VIZCAYA**

Trágica situación de los habitantes de Amorebieta

La mejora de tiempo de que hablaba ayer se trocó hoy en diluvio. Ha caído en este solo día más agua que en todo el invierno junto. No ha podido haber operaciones bélicas; en cambio, he presenciado otra operación humanitaria, tanto o más transcendental que una guerra. Ha sido así:

Ya dije ayer que nuestras columnas habían quedado a menos de un kilómetro de Amorebieta. Desde estas posiciones se veían los incendios del pueblo, que indicaban bien a las claras cómo los rojos separatistas estaban haciendo, una vez más, una faena de las suyas. Por si los incendios fueran pocos, se escucharon durante toda la noche explosiones tremendas de dinamita, que indicaban cómo se estaban destruyendo los edificios. Nuestras tropas contenían mal su coraje ante tan bárbaro espectáculo, pero no podían moverse, porque el Mando, para evitar la acostumbrada calumnia de los rojos y sus simpatizantes, había prohibido que se entrase en la ciudad, ya que esta vez no cabe echar la culpa de su destrucción a los aviones nacionales, puesto que llevaban tres días sin poder volar. Pero en la mañana de hoy comenzaron a llegar a nuestras posiciones grupos de mujeres y niños escapados del infierno de Amorebieta. Era un cuadro trágico el que ofrecían aquellos seres, subiendo por las laderas bajo la lluvia, cayendo aquí y levantándose allá y tendiendo que tirarse al suelo cada veinte pasos, porque los rojos, situados en lo alto de dos cerros que dominan el pueblo de Amorebieta, en dirección a Bilbao, hacían a los pobres fugitivos fuego de fusil y ametralladoras.

Las infelices mujeres, con sus muchachos entre los brazos, medio destrozadas y chorreando agua, llegaron al fin a nuestras líneas y ante el jefe del sector, hincadas las rodillas, clamaban auxilio porque decían que allí habían quedado más de doscientos desgraciados en el pueblo y que todavía iban a ser víctimas de la ferocidad de los rojos si no se les auxiliaba en seguida. Como no se podía contravenir la orden superior recibida de no descender a Amorebieta, que se encuentra en una hoyada entre alturas, se autorizó a varias patrullas de Requetés para que saliesen en exploración hasta las primeras casas del pueblo y viesen si con su amparo podían salvarse las vidas de los que allí quedaban. Así se hizo; los bravos Requetés no se limitaron a reconocimientos, sino que siguiendo las indicaciones de los evadidos, llegaron hasta la iglesia, en cuya torre estaban refugiados más de doscientas cincuenta mujeres, niños y ancianos, a los que trataban de salvar.

El barbarismo enemigo todavía encuentra maneras de hacerse patente, y al salir de la iglesia aquellos desgraciados, con una ametralladora que tenía enfilada hacia la iglesia, hicieron fuego, causando varias víctimas. Aún así se han salvado más de trescientas cincuenta personas, que llegaron famélicas, trágicamente destrozadas, a Durango, donde se les atendió cordialísimamente. Cuentan horrores de lo que han pasado en Amorebieta y afirman que llevan tres días sin probar bocado. Asimismo aseguran que los rojos separatistas han volado varios edificios con sus habitantes dentro.

Los Requetés, antes de abandonar el pueblo, colocaron en lo alto de la torre una enorme bandera nacional, lo que exacerbó la ira enemiga, siendo milagroso que nuestros bravos muchachos pudiesen salir de Amorebieta casi indemnes, dado el fuego de fusilería y ametralladoras que hicieron contra ellos.

Es muy significativo que todos los evadidos coinciden en declarar que los vascos-separatistas han competido la destrucción en Amorebieta con los rojos dinamiteros asturianos, en la comisión de sus bárbaros crímenes. Por

cierto, para nosotros, este hecho salvaje de la destrucción de Amorebieta no quedará inédito porque el mundo sabrá de él, con todos sus detalles, gracias a que unos corresponsales extranjeros estaban en Durango y al enterarse de que salían las patrullas salvadoras, valientemente decidieron acompañarles y llegaron hasta las primeras casas de Amorebieta, sacando numerosas fotografías y viendo plenamente la tragedia de aquellos infelices españoles.

*** COMO SE LLEGO A LA CUMBRE DEL SOLLUBE**

Día de nueva gloria el de hoy, lectores, de esos que y acostumbro a señalar con repiques gordos de mi corazón, campanario del más alto patriotismo.

En un alarde táctico de mano maestra que si estos ilustres jefes no tuviesen acreditado por sus más altas dotes de mando, bastaría para situarlos en vanguardia de primera línea, como los mejores guerreros del mundo nuestras tropas, que sostuvieron anteriores y rudísimos combates para coronar la ingente cordillera del Sollube, sin poder conseguirlo plenamente, iniciaron a las doce de la noche última, sigilosamente, una audaz marcha nocturna para rodear el macizo montañoso y coger de revés al enemigo que durante todo el día se había mostrado tenacísimo al defender las líneas de las cumbres.

Cuando la vanguardia de esta columna llevaba ya dos horas de camino entre las espesuras del monte que cubre las laderas del Sollube, el jefe que la mandaba y marchaba a la cabeza, descubrió en un sendero a un hombre que comía un pedazo de pan.

El jefe comenzó a interrogar al hombre, que en la oscuridad de la noche no pudo apreciar con quién hablaba.

Los nuestros se congraciaron con el hombre, que resultó ser un «enlace» miliciano. Dijo que pertenecía a la C. N. T.; los jefes de Regulares dijéronle que ellos también y que tenían que reunirse con su batallón, que estaba en la vertiente del Sollube que mira a Bilbao.

El hombre se prestó a conducirlos y caminó con ellos.

Las fuerzas seguían detrás, como a medio kilómetro de distancia, sigilosamente, sin separarse de las huellas de los caballos de los dos jefes.

El «enlace» les llevó, efectivamente, por vericuetos, a espaldas del Sollube, antes de que empezase a clarear el día.

Conseguido el propósito y reunidos los jefes con las fuerzas se dieron a conocer al rojo, obligándole a que les llevase al lugar de la cumbre donde estaban los núcleos más fuertes del enemigo.

Así lo hizo con absoluta lealtad, y sobre los batallones, que allí seguían durmiendo, cayeron los dos tabores con granadas de mano, mientras otras columnas, que ascendieron por las laderas orientales del Sollube, apresuraban el paso para coger entre dos fuegos al enemigo.

Lo que se consiguió, sin que pudiera escapar ni un solo hombre de los tres batallones rojos que guardaban las cumbres.

Los prisioneros dijeron que al acabar el combate del día anterior, el mando rojo había dispuesto que quedasen únicamente en el Sollube los dichos tres batallones, pues suponía que la Aviación nacional los visitaría, ametrallándoles, y querían evitar la concentración de fuerzas.

Los batallones rojos, retirados de la cumbre, tenían orden de volver a ascender a ellas apenas pasase el castigo de nuestra Aviación.

El copo total de los tres batallones se completó con la subida de la columna que había ascendido por la ladera que cae sobre Bermeo. Pero además, otra columna, también de noche, se dirigió hacia el cabo Machichaco, y lo ocupó totalmente, destrozando a las unidades enemigas que lo defendían, tomándoles una batería completa del 75, con todos sus artilleros, un gran depósito

de municiones, víveres y ropas, en tal cantidad, que hay un traje nuevo para cada uno de nuestros soldados.

También se cogieron tres camionetas llenas de milicianos y una de municiones, al cortar nuestras tropas la carretera que va de Munguía al faro de Machichaco.

Con el Sollube han caído también en nuestro poder los montes y caseríos que ya citó el parte oficial, denominados Truande, Anchuraga, Goyensabal, Manecas, Urñu, Critón, Zabazena, Ulizaueta, Alanebanda, Landa-golcoa e Iturrieta, más las cotas 600 y 606, 474 y 472.

En fin, la dominación total y rotunda de toda la gran sierra, que mide diez kilómetros por tres de profundidad. Quedamos entonces, a media tarde, a cuatro kilómetros de Munguía. A su vez, este pueblo no está a más de diez de los barrios que contornean a Bilbao y hasta él, desde donde estamos, todo es cuesta abajo.

Llegan perfectamente los tiros de nuestras baterías gruesas al Abra, a Portugaleta y a Begoña, lo que se podrá hacer tan pronto como podamos subirlas a las crestas del Sollube.

Al pasar, camino de Vitoria, por el puesto de mando de los altos jefes, éstos me han hecho el honor de pedirme que en su nombre haga pública la admiración que en ellos ha despertado el comportamiento excepcional y heroico—son sus palabras—de los batallones gallegos.

Me complazco en transmitir esa felicitación, uniéndome a ella, pues estos simpáticos hijos de Galicia mueven a entusiasmo y gratitud a todos los buenos españoles.

Con haber sido extraordinario el éxito y con haber combatido día y noche las columnas, nadie dice que necesite descanso.

Tan embravecidos están los soldados que, por satisfacerlos, seguirán sin tregua las operaciones que serán transcendentales y gloriosas como las que relaté, al vencer por este sector Norte-Sur el último baluarte y reducto natural defensivo de la capital de Vizcaya.

El éxito de hoy autoriza a dar mi grito alegre de los grandes días: ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva el Caudillo!

*** A CUATRO KILOMETROS DE MUNGUÍA**

Es el cuartel rojo separatista

Otro achuchón, y éste gordo, de importancia, han recibido hoy los rojos separatistas en el camino de Bilbao. Yo quiero hacer la confesión de que nos pasamos un poco de lo justo cuando elogiábamos la alta disciplina de nuestros soldados. Hay días en que el soldadito nacional ostenta un visible mal humor; grufie, pone mal gesto, se tiende en el suelo con indolencia y desespero... Esos días coinciden siempre con los de no avance, bien porque como ayer, el tiempo nos haga absolutamente imposible, bien porque las necesidades de adelantar los servicios de retaguardia impongan la quietud de las columnas. Se obedece la orden de reposo, pero... ¡tascando el freno! Yo me río mucho cuando me acerco a las ciudades de retaguardia y me asaltan los eternos impacientes con sus preguntas ahítas de ansia: ¿Pero cuándo se toma aquéllo...? ¿Cuándo vamos a estar acá o acullá...? Y me río, porque esa impaciencia es nada al lado de la que se acusa en las avanzadas. Si en la retaguardia se hacen cálculos y calendarios, en las líneas de fuego se cuentan los minutos que se calculan faltan para lograr la victoria, y tanto más, cuando como ahora, ya está, moral y materialmente al alcance de la mano.

Pues hoy ha sido un día alegre y con ello está dicho que es que ha habido avance. Los legionarios flechas negras han hecho otra formidable maniobra y han conquistado, venciendo seria resistencia enemiga y castigando a los rojos a plena satisfacción, todas las alturas de otra montaña, aunque pequeña en comparación del Sollube y Birkargui, la más alta en cota de las que se tienden desde nuestro campo hasta Bilbao. El Tollu, que es el monte hoy conquistado tan briosamente, mide trescientos cua-

renta y dos metros de cota, y está a menos de cuatro kilómetros al Norte de Munguía, que es, según confidencias, actualmente el Cuartel general de los rojos separatistas. Desde el Tolleu, que se alza en la orilla occidental del río Zárrega, se baten las carreteras que van de Munguía a Bermeo, por un lado, y de Munguía a Plencia, por otro. Esta última carretera es la principal línea de comunicación que le quedaba al enemigo para enlazar con todas las posiciones de la costa, que ahora tendrá que abastecerse y enlazarse, pasando por el mismo Bilbao. En fin, desde el Tollu se bate casi con fuego de fusil, y no digamos de cañón, la villa de Munguía, que de hecho, y por esta razón, está ya bajo nuestro poder virtual.

Y... ¡qué la vamos a hacer!; aunque siga el mal tiempo, para que no cumda la indisciplina en nuestras filas, pues... ¡no tendremos más remedio que seguir avanzando! Estos chicos, amigo español que me atiendes, de verdad, de verdad son todo corazón, pero de corazón de hierro.

EL TERCIO DE ZUMALA- CARREGUI

Hemos llegado a este pueblecito—una veintena de casas sembradas entre el nudo de carreteras—medio perdidos. El avance de nuestras tropas abre a diario nuevos caminos entre los montes de Vizcaya, donde tanto abundan las carreteras, aunque no todas son dignas de la fama que una de tantas leyendas atribuyó a la administración vizcaína de poseer la mejores y más cuidadas de España, y nosotros, quizá con excesiva confianza nos complacemos en introducirnos por ellas aun sin saber a ciencia cierta a donde conducen. Esta de hoy nos ha traído a Gorocica, pobladillo muy cercano a Amorebieta, pero escondido en el fondo de cubo de estos montes ingentes. Y

al llegar a Gorocica, un guardia civil se nos ha atravesado en el camino con atento: «Orden de no poder pasar adelante».

¡Nos lucimos! Volvemos por estas empinadas cuestas a Durango, no es plan; la tarde está muy avanzada y no nos da tiempo para orientar nuevas excursiones. Preferible es bajar aquí, husmear entre los grupos de soldados que están a las puertas del caserío y buscar entre ellos la nota del día. Por suerte, también aquí, en un recodo a la salida del pueblo, están los carros de asalto. Hace tiempo que no veíamos a estos amigos...

Un sargento falangista nos entrevistaba: «¿Tienen ustedes periódicos?» Hombre, sí. Ahí va el «A B C». Ahí va el «Faro de Vigo». «¡Qué suerte! Yo soy de Pontevedra, sabe usted...»

Pero no le dejamos leer. Esto de leer en el frente es una necesidad apremiante, de todos los momentos. Las gentes buenas de la retaguardia que viven pendientes de las necesidades de nuestros bravos soldados, tienen que darse cuenta de ello. Nada es tan agradecido en la primera línea como el regalo de un periódico. Se juntan los hombres en pelotones, uno lee en voz alta y los otros siguen atentamente la lectura. Luego el periódico va a otras manos y otros grupos, y a otros, y a otros... Y más tarde, en la larga noche de los parapetos, los muchachos se dedican a repetir las nuevas adquiridas o a comentarlas... Un periódico, en una línea avanzada, se apodera de todos los ánimos y conquista todas las atenciones. Es para ellos tener el acuse de recibo del esfuerzo que realizan. Es salirse de la guerra y asomarse un poco al mundo...

—¿Cómo va esto por aquí?...

—Nosotros tenemos poco empleo. En este país, los carros grandes como este en que yo voy, apenas si tienen utilidad, y aun los pequeños, los orugas, se ven y se desean para hacer algo provechoso. Claro que siempre nos estará reservada la parte esencial. Cuando lleguemos a esa línea fortificada que dicen que han hecho esos canallas a las puertas de Bilbao, entonces será nuestra hora. Entretanto, pues ¡ya ven ustedes! aburrirnos.

(Le dejamos. Sus ojos, mientras nos hablaba, se fijan fascinados en el «Faro». Se le ve el ansia de saber cosas de la terrña...)

Estos son requetés. Hay tres grandes perolas ante ellos. Una contiene un guiso de patatas con chorizo, poco caldosas, bien olientes y mejor tratadas, con colores nacionales de rojo chorifresco y amarillo de la fécula. El otro tiene trozos de carne bien guisada. El otro, un mar de café. Vemos repartir el rancho de las seis y media de la tarde y nos despierta la notoria diversidad de apetito de los muchachotes. Mientras unos llenan sus platos-cazuelas de zinc hasta los bordes, otros apenas si aceptan el vaso de café.

—No les extrañe. Estos zagales son unos sibaritas y jarman cada merendola! ¿Ven ustedes aquella camioneta? Pues en ella está la madre del condero. ¡Hoy se han hinchado!

La camioneta dice en un cartelón: «Cooperativas militares para el frente». Van cargadas de todo género de artículos de comer, beber y arder. Latas de melocotón, salchichón, chorizos de Pamplona, lechugas, naranjas, cerezas, queso, salmón, aceitunas, huevos duros, etc., etc. Lo suficiente para cientos de banquetes campestres. Por cuatro cuartos, los requetés han adquirido un arsenal de provisiones supletorias y se han dado la gran cuchipanda.

Me extraña no ver repartir vino a estos chicarrones. Interrogo. El vino lo dan en el rancho del medio día. Un cuartillo por cabeza. Pero ellos, acostumbran a beberse litro y medio. No se sabe cómo, pero la bota de un requeté jamás está flácida.

—¿Es buena gente ésta, mi capitán?

—¿Buena...? (Nos mira de hito en hito y luego nos espeta con énfasis infinito): Es el Requeté de Zumalacárrregui. Guipuzcoanos todos. Lo mejor de lo mejor. Antiguos carlistas, gentes de convicciones firmes. Van donde se les quiere llevar y van siempre contentos, como los ve usted ahora. Teníamos una compañía de hombres cuarentones, casados, con hijos, y éstos, los solteros, se negaron a que fueran más a primera línea. Así son estos

chicos. Ahora nos han reforzado con una centuria de Falange que es lo mejor de lo mejor, por decirle a ustedes estoy que es mejor que nuestro Requeté y les disputan siempre los puestos y servicios de más riesgo. Con estos muchachos se puede ir al fin del mundo, ni los hay más bravos, ni más entusiastas, ni más disciplinados. Y luego, vea usted ese cuadro...

El cuadro, inolvidable cuadro iluminado por la luz cárdena del crepúsculo, es la más emocional que darse puede. ¡En un carro, un centenar de requetés «cantan el Santo Rosario!» ¡¡Y como lo cantan!! ¡Con que fervor, con cuánta alma, con que altísima unción!

Cerca retumba el cañón y crepita la ametralladora. Es la guerra rabiosa que hace contrapunto al misticismo exaltado de estos leones de España.

¿Habrá quien dude de la victoria final?...

*** 200 MUERTOS Y MAS DE 160 PRISIONEROS EN LA TOMA DE GONDROMENDI**

Estamos casi en contacto con una línea defensiva de Bilbao

Gloriosa la jornada de hoy, que no ha sido escasa, distinguiéndose las fuerzas legionarias. Desde las primeras horas de la mañana, después de ocuparse casi por sorpresa la ermita de Santa Marina, tras una operación artillera verdaderamente magnífica, como son siempre las de las baterías legionarias, se ocupó, en un asalto formidable, el Gondromendi, que es una de las estribaciones al Sur de los montes Jata, macizo montañoso que nace en el Machichaco y termina rodeando Munguía.

A media mañana ya estaba el Gondromendi totalmente ocupado por los nuestros. Fué tan rápida la operación, que costó al enemigo, en la misma cumbre, dejarse dos-

cientos muertos y más de cien prisioneros, pues no pudo escapar ni uno solo de los defensores del Crestón. Pero no terminó con esto la proeza, porque al mismo tiempo otras dos columnas que habían salido casi desde el borde del mar, rodearon otra montaña, la escalaron y, poco más de las once de la mañana, habían clavado la bandera española en la cresta más alta. El enemigo, que tenía muy fortificadas las posiciones, no ofreció, sin embargo, mucha resistencia y solamente cuando se vió empujado por las laderas contrarias hacia Munguía, es cuando reaccionó, pretendiendo contraatacarnos, y ya nada hizo durante toda la tarde.

Por otros sectores también se han movido las columnas, pero no puedo precisar cuáles objetivos han logrado; de todas formas, sólo se ha podido operar hasta las tres de la tarde, pues a dicha hora cayó sobre el terreno una extensa niebla y dificultó toda visibilidad.

Como noticia interesante diré que ya estamos casi en contacto con una línea defensiva de Bilbao.

En Amorebieta la calma de hoy ha sido absoluta, pero nosotros seguimos sin estar dentro del pueblo, ya que el ocuparlo constituiría una torpeza, por estar totalmente dominado.

Cierro estas impresiones con el más alto optimismo, porque además de los dos montes citados, se han tomado varios pueblos y cotas de mucha importancia, y sobre todo porque cada día el espíritu de nuestros soldados va en alza, crece por momentos su entusiasmo al verse ya tan próximos a Bilbao.

SE GANA LA GUERRA Y SE EDIFICA LA PAZ

Todas las mañanas, apenas amanece Dios, sale este nuevo Caballero Andante en busca de aventuras bélicas.

No cabalga en Rocinante, pero mucho recuerda el aspecto jamelgo del de la Mancha este «cacharro» con ruedas que ahora, desde que falleció mi «Balilla» (¡gloria a él!, veintidós mil kilómetros de acendrado ajeteo dieron fin de sus tripas de hierro), me sirve de medio de transporte. Y me ocurre que no siempre, aunque en busca de azafiosas proezas guerreras voy, con la guerra me encuentro; hoy, por ejemplo, he topado con la paz, ¡y que paz, amigos!

No es la primera vez que mi pluma dedica al glorioso Cuerpo de Ingenieros militares palabras de encendido elogio. Tengo una inclinación natural a observar el trabajo de estos hombres meritorios y el convencimiento profundo de que sin ellos no habría forma humana de ganar esta guerra.

Los múltiples servicios que les están encomendados son de tal condición que téngolos por tan esenciales como pueda serlo el trabajo épico de las armas combatientes. Porque es el ingeniero el que levanta fortificaciones, construye parapetos, abre o hace transitables caminos, tiende puentes, perfora montañas, maneja radios y teléfonos.

Yo diría que el servicio de los ingenieros militares viene a ser algo así como el sistema nervioso del Ejército.

Hoy, en el momento en que acabo de hacer un recorrido de más de 200 kilómetros por todo el frente de Vizcaya, de Vitoria a Deva, por Mondragón, Vergara, Elbar, Deva a Bermeo, siguiendo la costa y de Bermeo a Vitoria por Guernica, Gorocica, Ochandiano y Villa Real, hoy, digo, he comprobado mejor que nunca el esfuerzo ingente, tanto como inteligente, de nuestros Ingenieros.

Asombra la calidad y cuantía de su labor. Acabo de ver en Elbar, Guernica y Durango, las tres ciudades víctimas del vandalismo rojo-separatista, una transformación casi, casi milagrosa. Quedan allí (¡por desgracia quedarán por mucho tiempo!), las huellas de la catástrofe, porque a un lado y otro de las calicatas como alveolos de dentaduras en caries, se abren los hoyos negruzcos de las voladuras y el incendio; no hay casi edificios en pie, pero en cambio las calles, las carreteras están limpias, reconstruidas, libres de escombros, libres de hilos de hierro rotos, vigas requemadas... y la vida de estas ciudades al amparo de este orden en el desorden, renace, echa raíces, se desarrolla.

En Durango viven ya cerca de cien familias; en Elbar han vuelto a abrirse las tiendecillas de los que allí habitaban antes de la catástrofe; en Guernica se están instalando más de veinticinco entre las pocas casas que quedaron habitables.

Pero si esto es algo meritorio, aun resulta mucho más digno de elogio la labor técnica ingenieril en materia de caminos. El puente de Durango que hace quince días fué volado por los rojos ha sido sustituido por otro magnífico, obra de nuestros ingenieros, apto ya para ser utilizado; ¡en menos de dos semanas! y cuenta, lector, que durante ellas los ingenieros abrieron un camino nuevo y tendieron dos puentes de «circunstancias», que permitieron que ni un solo día se viese la ciudad sin fáciles accesos.

Otra maravilla. Mis ojos lo han visto y mi razón se negaba a admitirlo como cierto. El puente de hierro de Malzaga en la vía férrea San Sebastián-Santander, que los rojos habían volado durante el sitio de Elbar, empezó a reconstruirse al entrar nosotros en la derruida ciudad: hace poco más de un mes. La voladura había roto el segundo tramo que, descuajado de su apoyo en el pilar final del puente había caído sobre el río, como un plano inclinado, como un «tobogán». Pues bien, ayer ví una clara muestra de la habilidad y el «ingenio» de nuestros ingenieros.

Se han alzado unos pilarotes magníficos de gruesas traviesas de madera, se ha izado prodigiosamente el tramo caído, se han asegurado y reforzado remaches y ajustes y el tren puede pasar por el puente de Malzaga, cuando se disponga así.

Y es, lector, que los Ingenieros haciendo servicios de guerra indispensables, precisos, hacen al propio tiempo obra de paz, de reconstrucción, de vuelta a la normalidad.

La gloria de nuestros Ingenieros y con ello va dicho que de nuestro Ejército y su Mando estriba en esto:

«Aquí no hemos empleado aún ni un solo cartucho de dinamita. Nosotros vamos asentando la paz inmediatamente detrás de nuestras guerrillas. Nuestras armas ingenieriles, no son el barreno, la piqueta, la carga explosiva. Nuestras armas son el palustre, el martillo, la cal que fragua y el hierro que sostiene. Edificamos lo que ellos destruyen. Ponemos puentes donde ellos abrieron simas. Damos vida a los pueblos que ellos destrozaron e incineraron».

¡Nosotros somos nosotros! ¡Gloria a España!

*** LOS MILICIANOS ROJOS ESTRAGADOS POR EL AL- COHOL Y EL ETER**

La amenaza de las ametralladoras de retaguardia

Sigue el mal tiempo conspirando a favor de los rojos y en contra nuestra, y lo malo es que, según los técnicos, en Vizcaya tiende a empeorar. Las nubes nos obligan a reposar por el momento.

En algunos sectores ha desarrollado el enemigo contraataques, sufriendo enormes pérdidas.

Los prisioneros cogidos por nuestras tropas aparecen

cansados y borrachos por el éter y el alcohol, y confiesan les dan una pócima para animarlos para el ataque. Hace unos días, uno de estos desdichados fué a tropezarse con un puesto de mando, en el que el jefe lo desarmó; parece que, loco y desorientado se había perdido el miliciano en la montaña.

Creo tener la clave de esta táctica absurda y suicida de los rojos. Hablando con un oficial enemigo que se pasó hace unos días a nuestras filas, me ha dicho que desde que perdieron los Inchortas, el mando separatista dictó una disposición ordenando que el jefe y los oficiales que perdiesen una posición o se retirasen sin orden de hacerlo, sin pretexto ni excusa alguna, debían ser fusilados, dejándoles, como única salvación, el camino de volver a conquistar, antes de las veinticuatro horas, la posición perdida u otra dominante de la abandonada. Y para evitar desertiones, se nombra una guardia especial con fusiles ametralladores o ametralladoras, que se sitúa a retaguardia, dominando el terreno en donde los reconquistadores han de avanzar, con orden de ametrallar a las unidades si, al retroceder de nuevo rebasan una línea que se les marca previamente. Y así se viene haciendo, según el oficial que me lo refiere, desde hace una semana, y esto explica la permanencia del hasta ahora hecho inusitado, en este frente, de los contraataques repetidos, después de perder posiciones fácilmente defendibles, y que, en cambio, son de imposible reconquista.

Claro que el cruel procedimiento de Aguirre y compañía, a nosotros nos vino de perlas, ya que al enemigo que huye se le hace poca carne, y en cambio, cuando se decide a contraatacar, se le castiga tan duramente que, sensiblerías a un lado, da verdadera lástima.

Y así está ocurriendo en los tres últimos días, y a ese paso, no sabemos qué defensores van a poner al avance.

*** ENORME BOTIN DE GUERRA EN VIZCAYA**

El desvergonzado fariseísmo vasco

Pocas novedades en el día de hoy. En realidad, nuestras fuerzas, aparte de consolidar y rectificar a vanguardia algunas de las posiciones conquistadas en el brillante avance de ayer, han ocupado su actividad en la recogida de enorme cantidad de material de todo género que el enemigo se dejó en las posiciones que les tomamos y de las que huyeron como alma que lleva el diablo, abandonando todo lo que pudiera entorpecer su carrera desenfrenada.

En nuestros campamentos se ha establecido un verdadero Rastro madrileño, y todo lo que no utiliza nuestro Servicio de Recuperación, está allí en un montón informe, dando lugar a divertidísimas escenas, pues juntos se subastan con verdadera chacota un par de calzoncillos con una pistola lanza cohetes y un manual del buen miliciano, con un opúsculo escrito en vascuence, ya que, según me traducen, se titula «No matarás»; un librito que el fariseísmo de los bizcaitarras ha puesto en manos de sus gudarís y mendigozales para ponerles bajo la protección divina, después de haber tolerado las monstruosidades criminales del comunismo y las maneras bárbaras de asesinar gentes pacíficas puestas a la orden del día por Rusia.

Hoy, en dos fracasados contraataques en Bizkargui, hemos cogido nuevos prisioneros, y para mi satisfacción, éstos parecen haber leído mi penúltimo mensaje, aquél en que declaraba estar en posesión de la clave del sistema del contraataque que ahora se registra en Vizcaya, porque, en efecto, estos prisioneros, unánimemente han declarado que no tienen más remedio que contraatacar cuando pierden una posición, porque de no hacerlo, irremisiblemente fusilan a los jefes, y éstos, como es natu-

ral, defienden su vida llevando a los milicianos, pistola en mano, pero no para amenazar simplemente, sino para hacer uso de ellas, como ya está ocurriendo, pues alguno ha mostrado heridas de arma corta que le habían hecho sus propios jefes al suponerle remiso para volver.

Por algo Zugazagottia ha dicho en un discurso de ayer en Bilbao, que no hay más que dos caminos para el miliciano, o el del frente, contra nosotros, o el del paredón y ante el pelotón que fusila. Pues aún así, repito que los contraataques ya no tienen la violencia de los días pasados, y anuncio que van a quedar destrozados en esos estériles empeños, pues el empuje de nuestras tropas cada día les hará perder posiciones. Y eso que sigue mal tiempo, que ¡cuando lo haga bueno...!

...Y A LOS DIEZ MESES DE GUERRA, ESPAÑA CANTA

No han faltado preocupaciones en este día que yo supuse iba a ser de asueto y reposo para mi asendereado cuerpo y espíritu. La atmósfera de vanguardia es cien mil veces más pura, más refrigeradora, más sana, en el amplio sentido de la palabra, que esta de las ciudades de segunda o tercera línea. Aquí raro es el día que no se pasa por alguna intensa amargura; allá, mirando hacia la línea de fuego, oteando el avance de nuestras columnas, todo se olvida, todo se llena de luz radiante, eufórica.

Las nubes que encapotaban la ciudad ya eran suficiente motivo para despertar el mal humor. «Cuando aquí nieva, qué será en la sierra», nos dijimos apelando al adagio castellano... Cuando aquí está así el tiempo, cómo no habrá de sernos adverso en esos hoyos vizcainos, donde las nubes se apelonan y mantienen bajas a cada dos por tres. «No podrán operar hoy», nos decía nuestro fuero interno; y ese no poder operar, todos sabemos lo que representa. Un día más de dilación en conseguir la victoria

final por este frente; esa victoria que, no ya nuestro optimismo, sino el pesimismo enemigo califica de antemano—creyendo, claro está, que no habrá de llegar nunca para nosotros—de definitiva, transcendental y con poder suficiente, nada menos, que para cambiar, nacional e internacionalmente, el curso de la guerra.

Después la lectura de los periódicos nos trae otro motivo de desasosiego. La desesperación y la perversidad bolchevique ha ideado una criminal trapacería, con la mira puesta en crearnos difícil situación respecto de una poderosa potencia, que no se está distinguiendo, precisamente, por sus simpatías hacia nuestra santa Causa.

Y luego, en todas las conversaciones, en todos los corrillos a los que nos acercamos, la misma eterna inquietante preguntita de la retaguardia, que sin poderlo remediar tiene la mala virtud de sacarnos de quicio a los que habitualmente vivimos la vida del frente: «¿Cuándo...? ¿Qué calcula usted que se tardará...?» Es lógica la impaciencia, pero nos hiere porque en cierto modo sólo el hecho de preguntar con tanta ansia y con tanta frecuencia la misma cosa, suena en nuestros oídos impertinentemente, como si hubiese—que no la hay, ya lo sé yo—una censura implícita en la machacona inquisición. Y ya me ha costado algún disgustillo esta lógica impaciencia y curiosidad de la retaguardia, porque yo he dado en contestar a cuantos me espentan el consabido «¿Cuándo...», estas palabras: «¡Cuando usted y todos los que preguntan lo mismo se decidan a ir al frente, porque, en realidad, sólo a ustedes estamos esperando para dar el golpe de gracia!»

Pero, hete aquí que nuestro mal humor se disipa en un momento. En esta maravilla de Plaza Mayor castellana acaba de irrumpir una legión de adolescentes que pueblan con gritos los soportales y atraen la curiosidad pública de oído atento para percatarse de todo incidente. Los muchachos circulan alegres, dando cuatro o cinco vueltas por el recinto de la Plaza. Gritan, cantan, lanzan estruendosos vivas... Y ondean, con fulguraciones magnas, una gran bandera roja y gualda. Por su jubilosa

manifestación sabemos cuál es la condición suya y la causa que les impele a dejar rienda suelta a su alegría. Gritan:

¡Viva España!

¡Viva Franco!

¡Viva la quinta del treinta y ocho!

Son los del nuevo reemplazo que vienen de alistarse, de tallarse, de sellar su primer acto de compromiso de servir en filas a la Patria. Dentro de unos meses, si antes el gran drama no ha terminado, estos mozos alegres estarán en el frente, con un fusil en la mano, tirando tiros y jugándose la vida en cada día, en cada minuto. ¡Y cantan, aunque saben lo que les espera! Y muestran en su griterío esplendoroso una verdadera impaciencia y un deseo incontenible de que ese momento llegue pronto, de que se anticipe, de que vuele el tiempo para pasar de la condición de mozos alistados a la de soldados de España.

¡La quinta del treinta y ocho! Ninguna otra tan predestinada a la gloria de la reconquista de la verdadera España. Lo sienten o lo presienten estos mozos bullidores y satisfechos de su honor, de lo alto de su misión; cantan esa canción brava, infinitamente patriótica por lo abnegada y plena de desinterés, que es el himno de la Legión, aquel que cantaron los Lacasol, los Valdés, los Arredondo, los Ortiz de Zárate. ¡Los Millán, los Franco!

Lector, comprendes que se haya disipado mi mal humor. A los diez meses de guerra, de esta guerra cruel, mortífera, bárbaramente despiadada, aún quedan arrestos en la España grande para cantar, a pleno pulmón y con júbilo infinito cuando se recibe la orden de incorporarse a las filas del glorioso Ejército nacional. Y yo sé, y ello colma mi contento, que esto que acabo de presenciar en la amplia dorada Plaza Mayor de la ciudad castellana, tienen un eco, una edición nueva en todos y cada uno de los lugares de España. Y sé también que ellos, nuestros desdichados enemigos, no gozan de esa suprema alegría de recibir la investidura de combatientes como el más alto y apreciable honor. Ellos hace tiempo que llevaron a

toda su juventud, a todos sus hombres viriles, a todos sus varones de edad madura, a las filas y al frente, pero los llevaron a la fuerza, caminando silentes y cabizbajos, con la amenaza de una pistola amartillada tras de la espalda y entre injurias de los «elegidos» para... verdugos. Así han ido a la guerra y por eso están vencidos. Cuando se canta a los diez meses de campaña, es decir, cuando ya no se puede hacer nadie ilusiones de la dura realidad palpitante es porque se tiene seguridad en el triunfo, se ciega en la victoria, amor inextinguible por la causa defendida. Y esas armas morales son tan fuertes, tan bien templadas, que por fuerza han de traernos la victoria.

LAS ARMAS ENMOHECIDAS

Tenia esto que acabar así. Casi toda la semana pasada transcurrió bajo la amenaza constante de la aguja barométrica, que mostraba una mal contenida inclinación hacia el cuadrante de las «lluvias». Pero mal que bien aprovechando esta «clarita» y aquel desgarrón de las nubes, las columnas de Mola se lanzaban por las laderas de estas montañas vizcainas, eternas formadoras de la resistencia separatista. (En realidad de cuantos aparatos emplean los bizcaitarras para sostener la razón de independencia de su país, la única positiva, cierta, es esta de la orografía. Vizcaya es un país convulsionado topográficamente y no se parece a ningún otro del mundo en ese aspecto.)

Pues decía que en esta mañana de hoy lunes las nubes se han cansado de observar actitud amenazante, y volcaron su encono en una manta de lluvia fría, fina, persistente y que, desde luego, nos ha impedido salir al campo, como había impedido salir a las columnas que tenían preparada para hoy interesante operación bélica.

Pero, como la guerra tiene mil variantes, no falta nunca tema al observador para captar matices de interés. Y así me ha ocurrido esta mañana en el Palacio que

aloja al Cuartel general de esta División. En un rincón del antedespacho del general Solchaga han tropezado nuestros afanes informativos con la codiciada noticia.

Amontonados, en el suelo unos, en los rincones y contra las paredes otros, hemos visto una multitud de fusiles. Ciento, doscientos. ¡Qué sé yo cuántos! Son los fusiles que ayer y hoy han ido entregando los milicianos rojos que se han pasado a nuestro campo después de las últimas palizas propinadas a las huestes del generalísimo Aguirre. Allí el Maüser español, el Lebel francés, último modelo; fusiles checoslovacos, magníficos por cierto; carabinas de repetición de procedencia americana... Realmente la diversidad de armas que emplean los rojos debe tener a punto de demencia a los directores del municionamiento.

No es cosa fácil, de cierto, atender al suministro de cartuchería de una columna, cuando en ella figuran soldados que manejan indistintamente armas varias y de diversos calibres...

Pero lo interesante, lo que ha llamado poderosamente mi atención y es causa de estos comentarios, estriba en el mal estado general de todos esos fusiles. Hemos tenido muchos, muchos, en nuestras manos, y ni uno solo, ni por casualidad uno, estaba «presentable», en condiciones de pasar revista. El moho, la suciedad más incomprensible hacia de todas esas magníficas armas de precisión, verdaderas chatarras, propias para el puesto de un chamarlero de la Cabecera del Rastro. En mi vida había visto un tal abandono de armas pertenecientes a soldados, y menos aún a soldados en tiempo de guerra. En el peor de los Ejércitos, en aquel en que se carezca hasta de la más elemental organización marcial, podrá faltar de todo, podrán notarse en todo deficiencias; ¡ah!, pero en las armas no. Esto es elemental. Soldado que no cuida del buen estado, de la conservación perfecta de su fusil, es soldado malo, y por ende mal combatiente. Y, sobre todo, jefe, oficial, general que consiente que sus tropas descuiden el armamento, da con ello la mayor prueba de incapacidad para el mando que se puede registrar. En su-

ma: Ejército que hasta para la limpieza del fusil se muestra desidioso, ni tiene moral, ni disciplina, ni de ser Ejército puede jactarse. Hasta las cuadrillas de salteadores de caminos tuvieron siempre a gala mostrar sus armas en perfecto estado, relucientes, relimpias...

En el Ejército rojo ocurre lo contrario, y yo, al contemplar en esta mañana de calma la roña, el moho, la suciedad de esos fusiles cogidos al enemigo, juzgo que al acusar públicamente el caso, doy una noticia quizás más interesante y transcendental que si comunicase un avance de muchos kilómetros o la conquista de una importante población. Porque, en verdad, en verdad, afirmo que hay algo peor que un Ejército sin recursos para la guerra, y es el que tenga esos recursos en abundancia y los dilapide, los malgaste, no les saque rendimiento por descuido, por pereza, ya que no hay falta disciplinaria mayor en todos los reglamentos de todos los Ejércitos que en el mundo, son y han sido, que el del abandono insensato del armamento.

¡SALVADAS! PERO... ¿Y ELLOS?

Casi no puedo escribir. En mi ya larga vida, siempre en contacto con el dolor humano (médico de pobres... periodista de guerra...) jamás sentí igual impresión dolorosa. Yo no sé cómo estas pobres gentes, que aún llevan impreso en su semblante el horror de lo que cuentan y han vivido, pueden aún encontrar palabras narrativas. Ellas, las ancianas, porque aniquiladas de hambre, de frío, de espanto, ya no pueden encontrar energías en sus físicos arruinados. Ellas, las jóvenes, las niñas, porque no se concibe que tras de tanto sufrir en el alborico mismo de la existencia, aún quieran hablar de horrores que ya pesarán inexorablemente en toda su vida, matizándola de desconfianza que no será vencida ni por el optimismo de sus cuerpos en flor.

Pero hablan. Se complacen—masoquismo muy especial—en hurgar en la herida que sangra aún. Ha sido, al decir de ellas, algo horrible, ya que el criminal sádico de los rojos no se detuvo ante nada. Y fué tal la potencia del ataque de locura, que no se registró ni la más pequeña reacción. «Algo así—me decía una mujer que era maestra en Amorebieta—como si un hombre cuando se encuentra encerrado en un patio con centenares de locos furiosos... el hombre cuerdo, para salvarse, como única solución, tiene la de volverse loco también».

Porque, me aseguran estas mujeres, que en el incendio, que en la voladura de edificios con sus vivientes dentro, que en el saqueo y arrasamiento de la villa, tomaron parte principal, paisanos calificadísimos como gentes de conciencia, de insuperable religiosidad. Se veía a estas personas «calificadas» correr de una casa a otra llevando en la mano la tea incendiaria.

El médico más acreditado de Amorebieta se distinguió en su afán y destreza para colocar minas. Un capitán retirado, echaba a la gente a empujones brutales, a la calle y las conducía en pelotón apretado a la carretera de Bilbao, amenazándolas con hacer fuego sobre ellas si se detenían...

Yo no sé como cuentan esto. Hay como unos sesenta niños de corta edad entre los salvados, y cómo habrá sido de horrible el cuadro que presenciaron sus ojos, que ahora, transcurridas ya veinticuatro horas en calma, bien alimentados y abrigados, en esta mañana de buen sol en que ya todo invita a gozar de la vida, ellos, los pobrecitos, permanecen medrosos, asustados, agarrados con tensión y fuerza a las faldas de las madres, de las abuelas, sin hablar entre sí, sin querer jugar, sin reír. A uno de ellos he querido hacerle una caricia, y al tender la mano sobre su cabecita rubia, se ha esquivado con gesto de pánico, se ha echado a llorar, porque, sin duda, en lugar de un blando halago, pensaba recibir un nuevo golpe brutal...

Y ha sido en ese momento cuando una pobre viejuca, fijando sus ojos alternativamente en mí y en el grupo

de chiquillos y mujeres, como volviendo de un sueño, sin venir a qué, pero contestando, a no dudar a una infinita zozobra de su viejo corazón ahito de penas, ha exclamado:

¡Salvados! ¡Estamos salvados! Pero... ¿y ellos...?

Esos ellos tienen que ser, son a no dudar, los «razonables que hubieron de volverse locos» en el gran manicomio que ha sido por una noche la villa de Amorebieta, y que con los locos siguen, con los locos se fueron allá, hacia Bilbao, adelantando por la cinta de matiz acerado de la carretera, hacia otra nueva ciudad que quemar, que destruir, que infernar.

Tiene razón la infeliz mujeruca: «¿Y ellos...?» ¿Qué será de tantos «ellos» como en España son, presos del contagio mental de una barbarie impuesta por los demonios de Rusia, de los hombres que no creen en nada, que no sienten nada, que están borrachos de sangre, y hartos de crueldades bestiales...? La locura colectiva de la España roja es mil veces más trágica y espantable que la misma guerra. ¿Dónde podrán caber, cuando la guerra termine, la legión de dementes de los «ellos»...?

*** EL AVANCE SOBRE AMOREBIETA**

No en balde en toda la semana anterior se mostraba el cielo de Vizcaya amenazador.

Ayer domingo, se cerraron aún más las nubes contra las montañas y en las primeras horas de hoy, lunes, se desgarraron en agua, durante todo el día, sin interrupción, imposibilitando la continuación de los avances profundos, cuya primera fase se desarrolló ayer, con total éxito e insuperable brillantez; pero hoy incluso la Aviación sólo pudo actuar en un hora prima de la mañana.

Por ello casi se redujo la jornada a consolidar las posiciones ayer conquistadas, que fueron Torrelu, Zabalaitei-

coa y kilómetro veintidós de la carretera de Bilbao a Guerníca.

Como aparte de la gran importancia estratégica de esas posiciones ayer tomadas—no sin tener que combatir reciamente, pues el enemigo se mostró tenaz en la defensa, sobre todo al amparo de los tupidos bosques—lo esencial en la jornada del domingo fué la liberación absoluta de toda la carretera que va desde Amorebieta a Guerníca.

Aprovecho hoy el día para reconocerla totalmente, sin oír un solo tiro. Encontré en ella al General Solchaga que visitaba las posiciones ayer ganadas, mostrándose asombrado de las enormes dificultades de todo género que tuvo que vencer este Ejército para llegar a la ventajosísima situación actual.

Con este General visité luego Echando, poblado hoy ocupado a pesar de la lluvia, y subí a la cota doscientos treinta y nueve, desde donde se ve perfectamente la villa de Amorebieta, que parece por completo abandonada.

Tampoco se oye desde ayer ni un solo disparo, sin duda a consecuencia de la enorme paliza que se dió a los rojos, que hoy no intentaron sus habituales contraataques.

A pesar de todas estas magnificas noticias, no oculto que reina entre nosotros, hoy, un pésimo humor, sobre todo desde el anochecer, pues el tiempo marca franca tendencia a empeorar aún más si cabe. Que no cabe, porque, repito, que no ha cesado en todo el día de molestartos la lluvia densa, a la cual ya no puedo calificar de típico «sirimiri» regional, sino que ofrece todos los síntomas de un fuerte y duradero temporal de lluvias.

Quiera Dios que me equivoque, pues sería desconsolador que una vez más cuando basta solo un breve empujón, y con Bilbao casi al alcance de la mano, el mal tiempo retardase ese éxito final que se palpa y todos dábamos por seguro de un momento a otro.

★ LA «RELIGIOSIDAD» DE LOS SEPARATISTAS VASCOS

Los párrocos de Múgica y otros pueblos, asesinados

Como el pronóstico del tiempo era malísimo para hoy, y como amaneció el día con el cielo encapotado, el Mando decidió dar descanso a las tropas, que han estado durante toda la semana luchando y avanzando en las peores condiciones de clima y terreno.

He empleado la jornada en visitar los últimos pueblos conquistados por nuestras tropas para obtener pruebas de la barbarie roja, de eso que llaman los nacionalistas su «religiosidad». De la barbarie roja he obtenido como prueba la expresión trágica de una densa columna de humo que salía de la villa de Munguía, en la que, como en Amorebieta, no han entrado nuestras tropas, pero como en Amorebieta también la han incendiado los rojos; y de la catolicidad de los súbditos de Aguirre he encontrado los siguientes botones de muestra:

En la iglesia de Rigoitia, he visto el templo totalmente desvalijado, habiéndose recogido en los campos, por nuestras tropas, casullas, albas, manípulos, etc. En la de Múgica, donde por cierto mataron al cura párroco, los rojos simularon una procesión, recorriendo las calles del pueblo revestidos con los ornamentos que había en la iglesia.

En la de Morga y Gueregu, donde había imágenes muy veneradas en esa región, las utilizaron los rojos separatistas para ensayar sus ametralladoras, y en la de Meaca, a un San Vicente de fama milagrosa en la localidad, le segaron una mano, la que después ha aparecido en un montón de cenizas, y además violentaron el Ara Santa. ¿Para qué comentar estas profanaciones?

Pero por si faltara algo, al pasar yo por el pueblo de Gorocica, esta tarde, he visto la llegada de un magistrado-

que envió el general Mola, para tomar declaración a los caseros y vecinos del pueblo, que oficialmente han hecho la denuncia de que en el último día de estancia de los rojos y separatistas en Gorocica, asesinaron al párroco del pueblo, a un sacerdote de otra aldea que estaba refugiado en casa del primero y cuyo cadáver colgaron luego del balcón de la Rectoral en la postura más infamante que cabe suponer, y por último, a la maestra del pueblo la atropellaron bárbaramente acuciados por instintos salvajes; y después de ultrajarla con brutales excesos, la asesinaron.

Después de todas estas muestras, no se concibe cómo todavía hay en el mundo quien crea en la religiosidad del pueblo vasco separatista.

¿DONDE ESTA EL CATOLICISMO VASCO?

Cuando ayer por la tarde, bajo la lluvia en estos soportales de la medio derruida plaza de Durango, escuchaba, apenado, el coro de patéticas lamentaciones que lanzaban el centenar de mujeres recién salvadas de la tragedia de Amorebieta; cuando entre esas lamentaciones oía cómo se acentuaban las palabras de condenación y terror al referirse a la actuación criminal de los Gudarís, en competición con los dinamiteros asturianos que han robado e incendiado Amorebieta con la misma saña cruel con que antes arruinaron Elbar, Guernica y Durango, en mi espíritu se produjo una profunda rectificación. Porque yo, hermano español que me lees, hasta el presente tenía mis reservas mentales respecto de la actuación de los separatistas vascos, no pasando a creer, por mucho que me habían dicho, que estas gentes, genuinamente católicas, de siempre fervientes practicantes de la religión que tiene sus fundamentos en la paternidad, el

amor al prójimo, la caridad, pudiera realizar actos vandálicos y contra el más elemental sentido cristiano.

Y no lo creía, no pasaba a aceptar tales versiones de la crueldad vasca, porque a fuer de agradecido, yo conservaba en mi mente el recuerdo de la actuación de los mismos separatistas en el período de setenta días, los primeros de la guerra, que yo viví entre ellos en Deva. Y recordaba cómo allí, en el pueblecito guiguzcoano de la costa donde me sorprendió el estallido salvador de España, la iglesia permaneció abierta al culto, y cómo los nacionalistas de Deva se incautaron del templo poniendo en su torre una gran bandera de Euzkadí, y en la fachada un cartelón que rezaba: «Respetad este templo. Requisado por el Partido Nacionalista Vasco».

Mas aún; los veraneantes que salvamos en Deva la vida y hoy estamos en la España liberada, sabemos bien cómo conservamos la existencia gracias a los Mendigotxales, las milicias separatistas vascas que acudieron de Santurrarán para salvar a Deva y sus habitantes de los saqueos y crímenes de los rojos, de la F. A. I., de los marxistas enfurecidos con lo de Irún y dispuestos a repetir el salvaje crimen que allí cometieron. Los muchachos nacionalistas expusieron sus vidas cien veces por salvar las nuestras, y era de ver cómo por las tardes acudían al templo a rezar el Santo Rosario, en unión de la colonia forastera, que no ignoraban era de «derechas», pero a la que ampararon en todo y más que en todo en la práctica encomiable de los deberes religiosos.

¿Cómo aquellas gentes han podido llegar a esto de Eibar...? ¿Qué crisis ha sufrido su mentalidad, su moral cristiana, para llegar al estado de locura satánica frenética que se acusa en sus bárbaros desmanes de ahora? Porque no es solo esta acusación rotunda, terminante, que ahora lanzan las pobres mujeres salvadas por el arrojo y la generosidad de una docena de Requetés de morir entre los escombros de las voladuras de Amorebieta, o en la hoguera inmensa del bárbaro incendio que provocaron los Gudarís en absurdo record con los asturianos dinamiteros, no; es que, hora es ya de decirlo,

constantemente, a medida que hemos ido conquistando Vizcaya, en la treintena de pueblos que cayeron ya en nuestro poder, los templos, las iglesias, las rectorales, hasta las modestas capillas-santuarios que tanto abundan en estas montañas, muestrarios de la fe religiosa de un pueblo orgulloso de su tradicional catolicismo, cuando no quedaron derruidas o incendiadas, aparecían profanadas por haber estado dedicadas durante largos meses, todos los que van de guerra, a servicios militares, a almacenes y depósitos, a cuarteles y muchas veces ¡a cuadras!

En ninguno de esos pueblos estuvieron los templos abiertos al culto. En todas las iglesias se advierten los estigmas de una profanación, tanto más execrable cuanto que no había necesidad de dar tales empleos a los edificios sagrados, ya que en los poblados vizcaínos no faltan nunca abundantes y amplios locales que pudieran utilizarse a los efectos marciales. Y no se explica, no puede justificarse el que durante ese tiempo que Vizcaya vivió sin padecer la más ínfima agresión guerrera, los Gu-daris, los católicos vascos, dueños en absoluto del territorio, sin estar coaccionados como ahora por los batallones «extranjeros» llegados de Santander y Asturias, no se preocuparan de servir el fervor religioso de sus conciudadanos y correligionarios.

¿Dónde quedó el catolicismo de los nacionalistas vizcaínos...? ¿Es que, contaminados por el virus de los sin-Dios ya no tienen para la Religión, en que decían querer vivir, el mínimo de los respetos...?

La fiereza bárbara con los pacíficos no combatientes de Amorebieta, esa constante muestra de la profanación, que no sólo cometieron, sino que practicaron en los templos, ¿puede nadie aceptarla como prueba del catolicismo de que Aguirre y sus súbditos blasonan...? Que se entere el mundo. Que se entere Roma. Las pruebas están ahí, vivas, elocuentes. Euzkadi justifica aquella famosa aseveración de Azaña, porque España fué y es católica, pero Euzkadi, por las muestras, ha dejado de serlo.

*** LA OCUPACION DE LOS MONTES QUE DOMINAN AMOREBIETA.—EL ENEMIGO NO DIO SEÑALES DE VIDA**

La labor de limpieza que se venía realizando en todo el macizo del Urrutuchu o Santa Lucía, se ha coronado hoy con la ocupación de los dos últimos montes que a modo de espolón y en dirección a Bilbao forman como la base de la ingente montaña: El Pagocuelo, casi de 500 metros de altura, dominando la cuenca del río Araya y nudo de comunicación que es sobre los ramales que van a Villafuera y Amorebieta, caído en la primera hora de esta mañana en nuestro poder, y otro al Sur de Pagachuela, de 746 metros de altura, llamado Urtacoacha, que está dominando los pueblos de Yurre y Dima.

Con la ocupación de estos dos montes ha quedado totalmente dominado el macizo montañoso y en retaguardia toda la región de Mañaria, que, como ayer dije, constituía una bolsa muy penetrante en nuestra línea de avance.

Los ingenieros militares han recompuesto hoy las dos cortaduras de la carretera directa de Ochandiano a Durango, y desde esta noche se podrá circular por ella con la misma seguridad que por cualquier otra de la retaguardia.

El reconocimiento del inmenso terreno montañoso conquistado, sigue proporcionándonos la recuperación de cuantioso material de guerra abandonado por los rojos.

El número de pasados y de prisioneros de las últimas veinticuatro horas en esta labor de limpieza, se acerca a los dos centenares.

En los restantes frentes, el enemigo, resignado con su suerte, no ha dado señales de vida, ni siquiera cuando pe-

queñas columnas nuestras han realizado paseos a vanguardia, de exploración del terreno.

La jornada de hoy, con poco ruido, nos ha traído muchas nueces, y no es de las más pequeñas le de haber quedado enlazadas materialmente las brigadas que realizaron el sábado último la brillante operación cuyos efectos magníficos estamos ya tocando.

*** APARECE LA AVIACION ROJA**

Volvemos con el mal tiempo. Desde las diez de la mañana hasta el anochecer se ha desatado un temporal de aguas verdaderamente inesperado. Menos mal que la previsión de nuestro Mando se ha acostumbrado ya a las malas pasadas del tiempo y para evitar lo que venía ocurriendo en estos días, que apenas salían nuestras columnas, las nubes se dedicaban a entorpecer su marcha, hoy dispuso la operación antes del agua y cuando a las diez empezó a llover, ya estaban conseguidos todos los objetivos señalados para el día.

Las fuerzas que ocupaban las posiciones ayer logradas en el sector de la ermita de Santa Marina, avanzaron por distintos lados hasta conquistar Aldai, Fruniz, Aldecoa y la cota 118, unos manantiales, Mendiganiz, Meacau y Meaca de Morga. Además de estas posiciones, hay pueblos de verdadera importancia, tanta como puede tener Amorebleta, por ejemplo los de Fruniz y Mendigani. Estos dos pueblos no han sufrido apenas los desmanes de los rojos.

Lo interesante en la jornada de hoy por este sector es que hemos quedado cerca de una línea fortificada de los rojos y a pocos kilómetros de Bilbao.

La nota interesante de esta jornada ha sido la presencia, por primera vez desde que empezó la campaña de Vizcaya, de la aviación enemiga.

Esta mañana, poco antes de terminar la operación,

pero cuando ya estaba el cielo cubierto de nubes, hicieron su aparición los aparatos enemigos sobre la ermita de Santa Marina y los montes próximos, descargando aproximadamente, una docena de bombas.

No hemos podido precisar, por la altura, cuántos de estos aparatos eran de bombardeo y cuántos de caza; lo que sí se puede asegurar, desde luego, es que su presentación fué verdaderamente un relámpago, porque apenas descargaron las bombas viraron hacia Bilbao y desaparecieron, sin duda temerosos de que descubierta su presencia por nuestra Aviación, ésta saliera a dejarles tarjeta de visita.

No ha impresionado lo más mínimo la presencia, por vez primera, de la aviación enemiga, pero sí ha dado lugar a extrañeza y comentarios el que no habiendo tenido los rojos hasta el presente, aparato alguno de aviación, se presente ahora de improviso con una escuadrilla compuesta de aparatos de caza y bombardeo.

El enemigo ha huido hoy a la velocidad acostumbrada y nosotros hemos dejado enteramente libres todas las cotas, pueblos y caseríos que se extienden al Suroeste de Munguía, Sur de Sollube y Oeste de Amorebieta.

*** UNA OPERACION INVOLVIBLE**

¡Viva la Infantería española!—Cómo escaló las laderas del macizo de Santa Lucía y Urrutcho.—El general Mola expresa su admiración.—Es más fácil ir a bombardear ciudades abiertas

¡Viva la Infantería española! Con este grito de júbilo y suprema justicia comenzamos nuestra crónica.

Desde las dos de la tarde del día de hoy, estábamos en la cota 330 en el puesto de mando del coronel Calluela,

presenciando la operación gloriosa de este día inolvidable. La operación fué como sigue:

Las fuerzas de la cuarta brigada escalaban con impetu las laderas del macizo de Santa Lucía y monte Urrutuco, y el general Mola—que seguía las colosales escaladas, admirables, lo repito y repetiré cien veces, por el terreno y gran cantidad de milicianos que lo defendían, por la bravura y acometividad de los nuestros—no se pudo contener, y volviéndose a Solchaga, dijo:

«¡Es maravilloso! No cabe nada igual!»

No había acabado de decir Mola estas palabras, cuando un señor que estaba a mi lado, y resultó ser el famosísimo corresponsal de guerra del periódico «Stampa», corresponsal que ha asistido a mil combates guerreros, adelantándose un paso y cuadrándose ante el general, exclamó: «Mi general, con la autoridad que me da el haber presenciado más de mil combates en los que han intervenido todos los Ejércitos del mundo, me permito expresarle mi admiración y proclamar que no hay en el mundo infantes como los del Ejército español. Porque este asalto que acabo de ver, nunca lo ví en guerra alguna».

Después de estas palabras yo no me atrevo a dar mi impresión.

Mas como es mi obligación hacerlo, diré que hoy la columna Calluella, por la vertiente Norte y la del coronel Alonso por el Sur, han coronado y ocupado en su totalidad este cortinón de montañas. El macizo mide ocho kilómetros de largo por seis de fondo, y en él estaban atrincherados formidablemente unos catorce batallones del ejército rojo.

Pues bien, antes de mediodía, todo ese terreno estaba en nuestro poder y habíamos copado ya más de 120 milicianos, y al caer la tarde, cuando me retiré del terreno de la operación, tres batallones rojos se batían a la desesperada por estar irremisiblemente cercados y en imposible fuga.

La Artillería y la Aviación han estado formidables. Por cierto que los aviones enemigos no han tenido a bien

comparecer durante toda la jornada en el terreno de la acción, pero en cambio se han ido a Pamplona y han bombardeado el convento de las Adoratrices, matando a tres niños e hiriendo a varios que estaban en la escuela, hazaña digna de la cobardía de ellos.

No creo que después de este golpe rotundo que hoy han recibido los rojos, y después de perder este baluarte magnífico que les hemos arrebatado, puedan ofrecer ya gran resistencia, sobre todo teniendo en cuenta que en la primera parte de la operación de hoy han defendido sus posiciones con gran tenacidad, y a pesar de ello nos los hemos llevado de cumbre en cumbre y luego de barranco en barranco, como hemos querido.

Sus posiciones eran realmente inexpugnables, y sólo una gran Infantería podía apoderarse de ellas como lo ha hecho la nuestra.

La gloria y el provecho de hoy me autorizan a dar mi grito victorioso de los grandes días, sólo que hoy lo varío un poco y en aras de la justicia para después de aclamar a España y al Caudillo, decir con todo el corazón: ¡Viva la Infantería española!

JACTANCIAS DE UN CRONISTA EN DIA DE VICTORIA

Ya conocen ustedes, amigos, por mi mensaje de ayer, la gloria de esta jornada que nos ha puesto en posesión del macizo de Santa Lucía y Peñas de Mallaria; en ese mensaje lancé el grito triunfador de «¡Viva la Infantería española!». Lo que no dije en él es que yo, el cronista de guerra decano de los cronistas de España, me sentía incluido entre los infantes y copartícipe de la victoria alcanzada y de las mieles del triunfo conseguido. Y lo malo no está en aquella mi jactancia momentánea, sino en que sigo hinchado como un pavo real y presumiendo de haber hecho dos proezas ¡nada menos que dos!, en la titánica jornada.

(¡Anda, amigo lector, siéntete amable, y aunque tu fino instinto ya te habrá dado olor a egolatría en este artículo, no me abandones, aguanta el pecadillo y sigue!).

Después de todo no soy yo sólo el que presume. Esto de que los corresponsales de guerra se crean y declaren héroes viene de antiguo. Siete campañas he hecho yo con el Ejército de España y dos con el de Francia y siempre tropecé con algún colega en «estado de heroicidad». Un día, en la campaña del 21, en los primeros pasos de la reconquista de lo que se perdió en Annual, presencié algo que pudo corregirme—¡y no me corrijo!—pero fué aleccionador.

Un excelente muchacho y mediocre periodista—por excelente y por mediocre se hizo rojo-carmin y llegó a personajillo político, aunque no pasó de deleznable periodista—acompañaba a una columna que, recién llegada de España, caminaba en retaguardia hacia las lomas de Nador. El hombre había sido, desde el desembarco en Melilla, nombrado cabo honorario de un batallón de cazadores. Y lo tomó en serio. Al pasar por frente a Sidi-Hamed-el-Hach, sonaron un par de «pacos», y el jefe del batallón mandó, con buen sentido, aclarar las filas y dispuso que una sección estableciese servicio de flanco por el borde de la loma, no lejana a la carretera; no volvió a sonar un tiro y el batallón y su flanco siguió el avance tranquilamente. Cerca de Nador regresaba yo con el Estado Mayor de Federico Berenguer. La operación había terminado victoriosamente hacia cuatro horas y nos trasladábamos al campamento muy jubilosos. Súbitamente nos tropezamos con el flanco del batallón de cazadores, y entre los flanqueadores vimos al arrogante periodista, cabo honorario, que con cautela teatral avanzaba, hecho todo ojos y con el fusil entre las dos manos, dispuesto a soltarle un tiro al lucero del alba que se presentase... El general Berenguer, que tiene sus ribetes de humorista, al ver al cronista en la bizarra actitud, paró ante él su caballo y, amablemente, exclamó: «¿Qué hay, don Antonio? A ver si salta algún conejillo ¿no...?»

Pues de estos cazadores de conejillos está la guerra actual llena, lector. Y hoy soy yo el que ha hecho la proeza de sumarse a la victoria, colgándome dos gazapillos.

Un gazapa. Yo procuro siempre ver las operaciones desde algún puesto de mando, por aquello de que «el que se mete en el bosque no ve el bosque». Y hoy he hecho lo mismo. Pero el puesto de mando estaba en un cerro de ochocientos metros de altura y lo he escalado casi en línea recta, «apechugando» la cota por lo más duro y difícil. Al llegar ante Mola y su Estado Mayor, he sido objeto de generales «chufas». Pero yo, consciente de la odisea soportada, consciente también de mis cincuenta y pico de años, y mis treinta de «guerrero por afición», me he sentado en un perrote, y mientras jadeaba, para mí santiguada, me decía: «Se ríen, pero esto tiene su mérito y esto lo hago yo por España y por el Ejército, hoy como cuando tenía veintidós años y con el mismo corazón aunque con menos pulmones y más flojas piernas...

Segundo gazapo: De la columna donde estaba, me he querido trasladar a otra, pero un accidente me ha cortado la ruta. Al pasar mi cochecillo por el aeródromo que a la salida de Ochandiano tuvieron los rojos, una «pava» trataba de tomar tierra. Paré mi coche porque se me venía materialmente encima, y cuando iba a volver a arrancar para seguir el camino, oí un grito desgarrador y vi correr hacia el aparato a los soldados que por allí estaban. La «pava» había capotado. Me lancé del coche y corrí llegando a tiempo para ayudar a sacar de debajo del avión a sus tripulantes. Uno, era antiguo amigo: el capitán Vara del Rey; el otro, un muchachito para mí desconocido. Vara de Rey, con la cara llena de sangre; el otro con una muñeca con posible fractura. He curado a los dos. Los he puesto en mi coche y me los he llevado a Vitoria... La proeza es bien simple, pero ¡ay!, qué recuerdos tenía para mí.

También hoy, como hace veintiocho años, el Tebib ha sido eso: «Tebib» (médico). Un día me citaron en la Orden de la plaza, con la firma del general Marina. Es-

tuve curando heridos en la jornada de Taxdirt, en la línea de fuego, y luego me llevé yo solo un convoy de ciento veinte heridos, con fuego de flanco. Me colgaron del pecho una Roja del Mérito Militar; pero yo, aquel día, como este de hoy, me metí la «Roja de España» dentro del pecho. Porque aquel día, como hoy, llevaba mis manos tintas de sangre, ¡de sangre de soldado heroico, de sangre derramada por la Patria!...

Y yo fui aquel día, y en el de ayer, besándome los dedos que había tenido la gloria de tintar en savia de la Patria. ¡Mis «proezas», entonces y ahora, tuvieron su delicia y su premio!

LA RESISTENCIA DE BILBAO

Yo no soy pesimista; pero tampoco soy de los que se hacen muchas ilusiones. No de ahora, desde que me incorporé a la campaña del Ejército a raíz de la reconquista de Toledo, más preciso aún, el día de la toma de Navalcarnero, vengo siguiendo con la mayor atención cuanto hace nuestro enemigo, tomando el pulso día por día a la guerra.

Y no dudo que en algunos tiempos y en determinados frentes, el enemigo haya sido débil, medroso, corredor; pero digo, y no miento, que «aquello pasó» y que ahora por múltiples causas y razones hay que reconocer que los rojos se baten como unos hombreitos, y en ocasiones, como hombretones de pelo en pecho.

En esta misma última jornada gloriosa del frente de Vizcaya, que me hizo lanzar aquel «¡Viva la Infantería española!», nacido con todo el calor de la admiración y el convencimiento de que su empuje y hazaña no tienen par en el mundo, en esa misma jornada inolvidable de la conquista del macizo de Santa Lucía, los rojillos se batieron bien. Con decir esto, no amenguo en nada nuestra victoria, antes bien, la agiganto. Triunfar sobre un enemigo al que se lleva ya delante «a garrotazos» no es de

cierto cosa mayor; triunfar, empujar, destrozar a un enemigo que sabe batirse y se bate en desesperada resistencia, ya es mucho.

Digo, pues, que los rojos se están batiendo bien, con tenacidad en el frente de Vizcaya. Y presumo que aún han de batirse de ese modo enterizo, al llegar nosotros a su último baluarte defensivo: la célebre línea fortificada Galdácano-El Gallo-Plencia. Lo que no acierto a explicarme es cómo y por qué se baten aún los rojos separatistas. Porque, por muy ciegos, por muy incautos que sean y engañados que vivan, hay cosas que no se pueden camuflar. Y es lo cierto que a estas fechas han perdido bastante más de la mitad del territorio de la provincia de Vizcaya y las cinco sextas partes, por lo menos, del que ellos titulaban patrimonio del Estado Libre Euzkadiano.

Por muy fuerte que sea esa famosa línea, saben de sobra los rojos, no puedo creer que sean tan necios que no se percaten de que en horas o en semanas al fin quedará rota, y libre a nuestros soldados el camino de Bilbao, ciudad. Nos sobran elementos para romper esa línea y nos requeatesobra brio para ello y espíritu para lograrlo. En cambio ellos, de derrota en derrota, cediéndonos el terreno tras de «echar el resto en la resistencia», en todos los combates ¿qué espíritu pueden tener que no se empañe con la niebla de la continua derrota, ni cómo pueden esperar que rotas las líneas de las ingentes montañas vizcainas, van a poder defenderse en trincheras artificiales que nunca podrán ser tan duras y recias como las naturales que perdieron sin excepción y una a una...?

El secreto puede estar en estas palabras que he arrancado hoy en una conversación tenida, no con un evadido—de cuyos «cuentos», siempre lagoteros y parecidísimos, conviene no fiarse demasiado—sino de un prisionero, que es nada menos que un cura nacionalista, y un cura nacionalista que fué cogido al pie de una ametralladora que había estado disparando contra nosotros sin tregua durante toda la jornada, y que no silenció sus mortíferas ráfagas hasta que el cura-guerrero se quedó con la máquina y ¡sin cartuchos!

Pues este prisionero, con acento sincero, me decía:

«Convencidos, ya estamos todos los nacionalistas, y los mismos rojos, de que perdemos la guerra si ésta dura un par de meses. Pero, si sabemos defender Bilbao siquiera cinco o seis semanas, nosotros no ganaremos la guerra, pero vosotros no ganaréis Bilbao».

Cuando he apuntado mi requisitoria para que se me descifrara tal enigma, he venido a saber que los nacionalistas y quizás los rojos que les ayudan en la defensa de la capital vizcaína, están convencidos de que antes de ese plazo que fijan en cinco o seis semanas, se «impondrá» un armisticio, y después del armisticio, una paz, que según ellos estará controlada por el extranjero, y que será hecha a base de dividir España en más pedazos que un pan de familia pobre y numerosa. Cuando más, calculan lo que nosotros hemos de obtener, lo tasan en que «nos quedaremos con todo aquello que haya sido conquistado por las armas» y el resto, naturalmente será para ellos, para las repúblicas pseudo-federadas de Alto Aragón, Cataluña, Vizcaya, Santander, Asturias, Valencia y Andalucía.

El plan es tan absurdo como grotesco, pero... ¡creen en él a pies justillas! Y porque creen que resistiendo cinco o seis semanas se puede llegar a semejante dislate jurídico-geográfico-histórico-político, aguantan, aguantan todo lo que pueden, y dicen cada día que son derrotados, no «hoy hemos perdido esta cota, esta villa, o este número de kilómetros de terreno», sino «hoy hemos ganado un día para la solución que nos aseguran se impondrá como fin de la guerra».

Y por ganar esos días, se dejan matar en una y otra acción. Y porque creen que cada bando se va a quedar en definitiva como dueño y señor único del terreno que haya conquistado, o conservado, pero no más que de eso, queman, vuelan, asolan los poblados que tienen que abandonar a nuestro valor y pericia militar.

Es un «ramo de locura» pensar así y creer en eso, pero... ¿acaso no revela demencia frenética y absoluta todo lo que los nacionalistas vienen haciendo desde el para

ellos infausto día en que se unieron a los Sin Dios, Sin Patria y Sin Ley...?

¡Qué le vamos a hacer! Si piensan que tales diálogos pueden ser alguna vez realidad, si persisten en seguir siendo o «haciéndose» los locos, tendremos que desempolvar el refranero español, y leerles, con las armas en los puños, aquel que reza «El loco, por la pena es cuerdo».

*** MIENTRAS SE RECUENTA EL MATERIAL COGIDO**

Descanso para las tropas. De un lado, porque el tiempo ha vuelto a hacer de las suyas y todo el día estuvo nublado y lloviendo a ratos. De otra parte, la necesidad de adelantar nuevamente los servicios de segunda línea, que con los últimos avances se habían quedado rezagados.

¡Desventajas del ímpetu, de la velocidad que ponemos en nuestras acometidas!

Por su parte, el enemigo hizo algún fuego de cañón, no mucho, y sostuvo ligeros tiroteos en Arandí y en Aranzagastá, sin consecuencias.

La nota del día está en el crecidísimo número de pasados a nuestra filas en el día de hoy como consecuencia de nuestros últimos triunfos, y como reflejo del convencimiento que tienen ya los naturales del país de que la causa rojo nacionalista está definitivamente perdida.

En Dina, esta mañana, se pasaron 263 personas, casi todas procedentes de Villaro, y en distintas posiciones del sector de Durango los presentados sumaron 251.

A estos quinientos y pico de fugitivos paisanos, hay que añadir 73 milicianos armados, presentados igualmente en el día de hoy.

Aprovechando la calma de la jornada, solicité del Estado Mayor una relación completa del material recogido al enemigo en el último avance, pero renuncié a recogerla porque la lista ocupa más de veinte folios y llenaría todo un número de un periódico diario.

Desisto, pues, pero este desestímulo ya da idea a mis lectores de cuál es la abrumadora cantidad de material que al huir dejó el enemigo abandonado.

La última noticia del día fué la nueva proeza de la aviación roja, bombardeando pequeñas aldeas cercanas a Pamplona. ¡Siguen tan valientes los pájaros rojos!

*** OTRA MAGNIFICA JORNADA QUE... SE CONTINUARA**

Ni que haga buen tiempo ni que lo haga malo, allá van nuestros soldados, día por día, adelante siempre.

Lo de hoy ha sido magnífico. Yo no sé ya qué términos elogiosos emplear cuando se ven operaciones todos los días superadas por la perfección y la acometividad.

Hoy le tocó salir victoriosa a la tercera brigada, que llevaba mucho tiempo sin operar, con la consiguiente desesperación, callada, de sus mandos y soldados.

Por eso, cuando se les dió la orden de salir desde su base para atacar de frente las posiciones enemigas, situadas al Este de Orduña, se lanzaron al asalto con tal impetuosidad, que en menos de dos horas habían coronado los objetivos, consistentes en la ocupación de las posiciones rojas de las minas de San Pedro, vértices dominantes de 559 y 705 metros de altura, en plena montaña llamada de Monteleón. Ni la elevación de estas cotas ni la contextura del terreno a ganar, ni la existencia de densos bosques de pinos y de una formidable línea defensiva de parapetos de cemento y con triples líneas de alambradas, ni el intensísimo fuego de cañón con que el enemigo pretendió cortar el avance de nuestros soldados, fueron obstáculo para la rapidísima y rotunda victoria.

Lo más extraordinario de esta jornada es que sólo actuaron cinco compañías de fusiles nuestros. El enemigo era numeroso y tenaz, como lo prueba el hecho de que a media tarde iban recogidos 67 cadáveres de rojos, hechos 112 prisioneros y tomado infinitad de fusiles, ametralla-

doras, material de fortificación y hasta un compresor y dos piezas de artillería del quince y medio, con 800 disparos.

Ahora me explico la razón por la que el enemigo no suele emplear artillería más que en la primera fase de los combates, ya que cuando, como hoy, iniciamos el avance, sus piezas fatalmente quedan en nuestro poder.

Casi todos los prisioneros son nacionalistas vascos y es curioso oírles proclamar que quienes huyen primero y son más cobardes, son los batallones de asturianos, a los que culpan de sus constantes y tremendas derrotas.

Claro es que en Asturias decían lo mismo de los vascos los mineros de aquel país.

Lo cierto es que vascos y mineros asturianos han perdido hoy otros baluartes que parecían inexpugnables y que la presión sobre Bilbao que se dejaba sentir asfixiante por Este y Norte, desde hoy constituye una nueva amenaza por el Sur; y si no aprovechan pronto los guerreros de Aguirre la agilidad acreditada de sus piernas para lanzarse hacia el Oeste, pudiera ocurrir que en muy breve plazo sólo les quedase como recurso supremo el tirarse por el Abra de cabeza al mar.

La victoria plena de hoy no quedará sólo en la magnífica jornada que he relatado. Como en las novelas por entregas, yo pongo un «Se continuará».

*** LOS ROJOS SIGUEN DESTROYENDO CASERIOS Y PUENTES**

Dos batallones enemigos, que actuaban en las proximidades de Orduña, han sido «cazados por el humo»

La calma ha sido tan absoluta en el frente, que la guerra ha dado muy poco de sí en el día de hoy. Únicamente, dos tantos de importancia que hay que apuntarnos en el haber de nuestra invicta Aviación.

El primero ha sido una inteligente maniobra aérea realizada por encima de los campos santanderinos, merced a la cual, una escuadrilla roja que se dirigía a nuestras líneas por aquel sector, fué dispersada por nuestros cazas, no sin que tuvieran antes la fortuna de derribar un aparato trimotor enemigo.

La segunda proeza ha sido el hecho que los cazadores llaman «cazar por el humo». En un bosque de pinos situados al pie de las Minas, en el sector de Orduña, después de los contraataques que ayer realizaron los rojos, en los que fueron batidos tan tremendamente, dos batallones se quedaron a pernoctar dentro del bosque.

Parapetados y ocultos tras de los árboles, han estado durante toda la mañana de hoy haciendo fuego muy molesto sobre nuestras avanzadillas de San Pedro. Avisada la Aviación, no tardó en estudiar el terreno, y estratégicamente situó varias bombas dentro de la espesura, con la suerte de que estos explosivos incendiasen una gran parte del bosque, sobre todo en su perímetro exterior. Los dos batallones rojos se vieron pronto amenazados por el fuego y, como es lógico, trataron de abandonar el bosque, que estaba ardiendo, no pudiendo hacerlo más que por un solo camino, el cual estaba previamente enfilado por nuestras baterías y máquinas ametralladoras, y a medida que el fuego del bosque iba apretando a los pobres rojos, éstos trataban de salir al descampado, pero apenas lo hacían, caía sobre ellos una mortífera lluvia de balas. La carnicería que se ha hecho ha sido espantosa, así me lo acaba de contar un médico, herido, de uno de los batallones rojos, con quien he hablado. Este mismo médico me ha dicho que durante la noche anterior y la mañana de hoy, han tenido detrás del bosque un cordón de máquinas ametralladoras que el mando rojo había mandado situar allí para evitar todo retroceso. Por suerte para ellos, nuestra Aviación, en las varias pasadas que dió al estudiar el terreno, hizo fuego sobre este cordón no huyendo, con lo cual han podido salvar la vida los de ametralladoras y, naturalmente, sus servidores salie-

pocos milicianos que al salir del bosque no han caído por efecto de nuestros disparos.

Y no hay más en el día de hoy, únicamente que se siguen escuchando frecuentes explosiones por el sector de Illaro, lo que es prueba segura de que los nacionalistas rojos siguen haciendo de las suyas, destruyendo caseríos y volando puentes; trabajo para la jarca de nuestro jefe de Ingenieros, Vallespin, el que con una heterogénea cantidad de improvisados ingenieros, albañiles, carpinteros, etc., etc., está realizando la maravillosa obra de reconstruir, casi en horas, lo que los rojos vuelan en su desesperada huida.

MAGNIFICA CONQUISTA DE SAN PEDRO Y LAS MINAS

«Gran número de prisioneros capturados.—«En Bilbao sólo comen los de primera línea»

Es igual que haga mal tiempo que bueno. Nuestros soldados se han propuesto escribir cada día una nueva página de gloria, y lo que nuestros soldados se proponen, sabido es que lo consiguen siempre. La jornada de hoy no sé cómo calificarla.

Hemos tomado en plena cordillera de Monteleón, en dirección a Lezama, los montes de San Pedro y Las Minas. Decir esto, así en seco, sin dar idea de lo que representan estas posiciones, es tanto como no decir nada, pero si añado que San Pedro tiene una cota de 1.005 metros de altura, que está constituida por una espina rocosa llena de quebraduras, y en las escasas laderas, montes de pinares, ya digo algo, y si añado que en esa posición estaba el enemigo admirablemente fortificado, con un sistema de parapetos y con caminos cubiertos, revestidos de cemento, y cubiertos, además, con planchas de hierro, en comunicación con todos los puestos entre sí, y con nidos de ame-

tralladoras en todas las direcciones, es decir, para no dejar sus flancos vulnerables, ya voy poniendo las cosas en su punto.

En el monte de San Pedro tenían los rojos tres posiciones, todas ellas dominantes de Orduña, y en Las Minas habían establecido un sistema de túneles, para lo cual habían empleado un equipo de perforadoras que ha quedado en nuestro poder, y en algunas galerías se había llegado a perforar más de ochenta metros.

A las doce en punto, nuestra Artillería empezó a batir el terreno por donde tenían que avanzar los infantes, y a la una y diez en punto, todas las alturas de San Pedro y Las Minas estaban coronadas por nuestras fuerzas. El ímpetu ha sido tan arrollador, que sólo puedo dar un detalle, pero muy elocuente: Para ir a la posición de Unzá, que ha sido de la que ha partido nuestro avance, hemos puesto nosotros dos horas y media de tiempo, y para eso no hemos llegado más que a San Pedro. En cambio, los soldados, combatiendo y resistiendo un fuego de artillería intensísimo, han hecho ese mismo recorrido en una hora y diez minutos.

He dicho que resistiendo un fuego de artillería, porque hoy el enemigo no ha hecho, como otros días utilizar sus baterías sólo en la primera fase del combate, sino que ha estado bombardeando nuestro avance durante todo él. Bien es verdad que ha sido muy breve y en cambio se han dejado en nuestro poder una batería del siete y medio, cinco morteros, más de doce ametralladoras, enorme cantidad de fusiles, más ochocientos disparos del siete y medio.

También les hemos recogido setenta y siete muertos, noventa y tres heridos y ciento doce prisioneros; por cierto, que he hablado con uno de estos heridos, un hombre de Baracaldo, de cincuenta y dos años de edad, casado y con cinco hijos, y al preguntarle yo que cómo a esa edad todavía estaba combatiendo en primera línea, me ha respondido: «¡Qué quiere usted! Si no salimos a pegar tiros no comemos, porque en Bilbao ya sólo pueden comer los de primera línea».

Este mismo hombre se ha mostrado maravillado de la caridad y el afecto con que les trataban nuestros médicos y con palabras de gratitud, así como las de los demás heridos que estaban en el puesto de socorro, habiendo exclamado uno de ellos: que si se supiera que los nacionales eran tan generosos, la guerra terminaba mañana mismo; pero, al contrario, nos decían constantemente que vosotros cometáis toda clase de vejámenes y atropellos con los que caían en vuestras manos.

Como resultado de la operación de hoy, Orduña, que ya estaba rodeado por nosotros por tres de sus cuatro costados, ha quedado también flanqueado por el Norte, que era el único punto que quedaba libre de nuestro asedio.

Los muchachos de esta unidad, que venían estando inactivos desde hace tiempo, pero que conocían el éxito logrado últimamente por los de las otras unidades, han querido dar acto de presencia con su heroicidad de hoy. De ello puedo testimoniar que el comportamiento de ellos en nada desmerece a los que hasta ahora, en este frente, han estado llevando a la victoria nuestras armas.

★ ROMERIA EN EL FRENTE DE VIZCAYA

El Alto Mando da una tregua por la solemnidad del día.

Inútiles esfuerzos rojos por recuperar terreno

El Mando había dispuesto que hoy se solemnizase en el frente de Vizcaya la festividad del Corpus Christi, no empañando la gloria de este día Santo con ninguna acción de guerra.

En Vitoria, esta mañana, se celebró la procesión, en una verdadera explosión de fervor y con un entusiasmo, por parte de la ciudad, indescriptible.

Las calles del recorrido aparecían llenas de hombres, y los balcones, sin excepción, ostentaban colgaduras y

banderas regionales. Después de esta fiesta religiosa, memorable por el espíritu religioso y patriótico que Vitoria ha sabido darle, he recorrido la mayoría de los campamentos de nuestro frente, dedicando a ellos toda la tarde.

La esplendidez de las calles, de plenitud primaveral, las carreteras, los caminos y los pueblos aparecían llenos de gente, que en una improvisada romería festejaban la tregua, tan bien dispuesta por el Mando.

Por todas parte se veían grupos de soldados, a los que acompañaban y agasajaban las muchachas, hijas del país, ataviadas con sus mejores galas. Cantos, bailes, juegos, divertidamente infantiles, una explosión de optimismo por los lugares liberados, contribuyendo aún más la natural alegría de los soldados triunfadores, regocijados, y el entusiasmo de los naturales del país, que eran precisamente los que, en su gratitud de liberados, aclamaban con más ahínco y fervor a España, al Ejército y al Caudillo. Pero los rojos, que han sabido aprovecharse de esa tragedia momentánea en casi todo el frente, habían recibido de Aguirre órdenes terminantes de recuperar a toda costa las posiciones del sector de Orduña, que ayer perdieron, y así, desde las seis de la mañana, empezaron a contraatacar nuestras posiciones, singularmente las de la Dima.

Estaba previsto este contraataque, porque sabido es que después de perder las posiciones casi inexpugnables, los súbditos de Aguirre insensatamente estrellan su cólera contra nuestras bien defendidas posiciones.

Por cuatro veces han contraatacado Las Minas, y sin conseguir siquiera acercarse a nuestras líneas defensivas, pero dejando, en cambio, 270 cadáveres, vistos y contados, en el empeño.

A primera hora de la tarde comprendieron la inutilidad de su esfuerzo y decidieron no cumplir la orden terminante que habían recibido de recuperar las posiciones ayer tarde perdidas y se retiraron a la desbandada; encontraron en su espíritu ruin la consabida venganza; han quemado Orduña. Orduña, la villa famosa, como Amorebieta, como Guernica y Durango, ha sido la pagana de

la cobardía de estas gentes, que en su impotencia quieren arrasarlo todo.

Fuera de esto, no hay más noticias que las que sigue creciente el número de personas, de carácter civil, que se pasan a nuestras filas y también el número de milicianos con armamento que se entregan a nuestra generosidad en los puestos de mando.

EL COMBATIENTE OPINA SOBRE ESO DEL AR- MISTICIO

El coronel C. ha detenido mi coche:

—¿Dónde diriges tus pasos, Tebib?

—Voy en busca de «mi crónica», coronel. ¿Sabes tú en que lugar podría encontrarla?

—Mal día es hoy. Ya habrás visto por esos caminos la actividad de la jornada, y de sobra sabes que cuando por los caminos hay movimiento, en el frente escasea.

—Así es, «Sidi»; he visto el ir y venir, he tenido que orillar convoyes, que apartar mi carrito para dar paso a baterías. Se ve que preparáis un festejo «de bigote».

—Ya tú verás, y pronto. Anda, baja del coche y almuerza conmigo. Tengo una gallina trufada y café del que a tí te gusta: ¡néctar puro! Baja, almuerza y luego te llevaré a recorrer mi sector, y... ¡donde menos se piensa, salta una crónica!

.....
Rindo homenaje y pleitesía al cocinero del coronel C. Cuando acabe la guerra se lo recomendaré a Lhardy. ¡Vaya un tío trufando «gallináceas»!

Tan bueno ha sido el yantar y tan apacible está la tarde, que casi toda la Plana Mayor, imitando a C., el invicto, busca bajo los pinos lugar propicio para una buena siesta. No se oye un tiro, a pesar de la proximidad del lugar a la línea de frente. Sólo rompe el silencio magni

fico de esta tarde de plenitud primaveral el zumbido, casi constante, de los motores de nuestra Aviación. Van y vienen nuestros pájaros de fuego a la línea célebre de Galdácano, la observan, la vigilan y cuando encuentran el punto propicio y eficaz, la castigan.

Parece que esta labor de los aviadores va a durar varios días. Los precisos para que todo el largo trabajo de zapa, durante largos meses realizado por el enemigo, quede deshecho en poco menos que en nada. A la demolición contribuirá, de cierto, nuestra magnífica Artillería, esa Artillería que hoy he visto de viaje y que mañana ya estará adecuadamente emplazada.

.....

Pero no todos duermen la siesta en torno mío, ni siquiera duermo yo. Desde el altozano umbroso en que he buscado cómodo sosiego, escucho una conversación ya española, casi disputa. Son unos oficiales que ocupan su «sobremesa» en el placer, también españolísimo, de «arreglar el país».

Se plantean sucesivamente temas de la mayor importancia: cómo se reconstituirá la Hacienda después de la guerra; qué orientación habrá que dar a la política obrerista en el futuro; formas de realizar el expurgo después de la victoria, para evitar que se nos «filtren» los que camuflados de nacionales empiezan ya a bullir en la España liberada...

De pronto se ha puesto a debate la maniobra del Gobierno marxista, con la colaboración de aquellos a quienes preocupa hondamente que nosotros ganemos la guerra, ya que ello representará la existencia de una España fuerte. Alguien, con voz calma y argumentación serena, expone:

—No pueden querer que ganemos. Si hoy acabase la guerra con nuestra victoria rotunda, entre otras cosas España se presentaría ante la política mundial nada menos que como una magnífica potencia militar, disponiendo de un Ejército de más de un millón de hombres, bien dotados, mejor mandados y, lo que es mejor, admirablemente entrenados para la guerra y ahitos de gloria por

su triunfar constante. Poned en la balanza de la política europea el peso de un Ejército y veréis cómo se inclina del lado que lo coloquéis, y ese lado, naturalmente, no podrá ser aquel que quisieran los que han ayudado a nuestros enemigos. Por eso buscarán cualquier solución, cualquiera, antes de que podamos conseguir la victoria decisiva.

—¿Entonces tú crees posible eso de un pacto, de un armisticio...?

—Harán lo que puedan para lograrlo...

—¿Y nosotros?

—Ah, nosotros tenemos una réplica sola que dar. No nos negaremos a ningún trato, a ninguno. Solamente que creemos tener el derecho a elegir a los que representen nuestro legítimo interés en las negociaciones. Y nosotros, cuando nos pidan los nombres que han de representar la causa de España en los «tratos», diremos:

—A España la representarán tres embajadores plenos de autoridad y representativos en grado sumo. Estos tres embajadores se llaman: Calvo Sotelo, Víctor Pradera, José Antonio Primo de Rivera. Traten ustedes con ellos, resucitenlos, y luego... ¡ya veremos! (Textual).

Monte Urumendi, 30 de Mayo.

EN LAS TRINCHERAS, BAJO LA LLUVIA

La letanía de España

¡Se fundieron las nubes!

Tantos días amenazando, forzosamente había de parar en esto. Hoy, cuando comenzaban a correrse las órdenes para iniciar la proyectada operación «a fondo», una lluvia pertinaz, leve en densidad, pero insistente en su acción taimadamente perturbadora, ha sido causa de que rápidamente se lanzase la contraorden.

Primero fueron los repiqueteos del teléfono que enla-

za con las baterías de posición. «Aquí el capitán de la tercera batería. —Aquí el coronel Cayuela. —A sus órdenes mi coronel. ¿Qué hacemos...? La visibilidad es nula. La neblina impide todo cálculo. No se ve a trescientos metros de los cañones... —Bien, bien, espere usted órdenes».

Después han sido los jefes de vanguardia: «—Todo a punto, mi coronel. ¿Empezamos...? —Aguarde usted para salir a que le dé la orden. ¿Cómo está el terreno por ahí...? —Malo para andar, mi coronel; en los sembrados se hunden los pies hasta los tobillos, y en el monte se resbala cada dos por tres, pero la gente está dispuesta y con buen espíritu... —Bien, bien. Espere como le digo».

«—Aquí el Jefe de Estado Mayor... —Aquí la Jefatura de Aviación, y a sus órdenes, mi coronel... No, no señor. No hay forma de despegar, pero aunque lo consiguieran los «ligeros», con los aparatos de bombardeo es expuesto intentarlo... Cerrado, mi coronel. Visibilidad nula. Nubes a menos de trescientos metros del suelo. El parte meteorológico acaba de comunicarnos que la cerrazón aumenta y viene hacia este sector... Como usted mande... Claro, claro. Al primer aviso y en cuanto que haya un solo resquicio por donde colarse... A sus órdenes, mi coronel».

¡Se acabó! Ha llegado la orden de Mola. Todo en suspenso. «Queden las unidades en los puestos que ocupan y móntense los servicios de trincheras y prepárense los ranchos calientes». ¡No hay operación!

Pasa un cuarto de hora, media hora; sigue lloviendo, mansamente, traidoramente. Se cansa el soldado de re-funfuñar, el oficial de ir y venir ante su chavola-refugio, oteando el cielo por si apunta en él algún claror de bonanza. Las chozas de ramaje, las pequeñas casetas de «okoume» cogidas al enemigo y que ahora guarecen confortablemente a los nuestros, se van sorbiendo a los muchachos de España. La montaña queda sin vida, silente, calmosa, tomando su vaho de obstinado «sirimiri». De cuando en cuando, de las laderas de enfrente sale el retembler de un disparo. Los «pacos» enemigos, sorprendidos y desconfiados por nuestra inmovilidad, tantean, con disparos sueltos, nuestra presencia. No se les contesta.

¿Para qué?... Hasta los odservadores y centinelas tienen el fusil bajo el capote, atentos a preservar cañón y resortes de la humedad ambiente.

En los «abrigos» hay síntomas de vida. Salen pequeñas humaredas, de ese humo lechoso, azulinco, que exhala la leña verde, mojada. Se calientan, se curan de humedades los muchachos, pero, en silencio. Todavía no les pasó el mal humor de la contraorden y aunque ya resignados a la inmovilidad, a no avanzar en este día, que presagiaban triunfador, no se conforman con la idea de que, además de quietos para la guerra, han de vivir sujetos al ambiente triston, sucio, hostil de la «meona».

Cuando el silencio es tal que se escucha hasta el leve tintineo de las pequeñas gotas sobre las chapas de zinc de los «abrigos», con descaro de canción arrabalera ha lanzado sus gruñidos semiarmonicos, un acordeón. Juega en el aire la cadencia marcadísima de un vals antiguo, dulzarrón, super-romántico. El vals que aún se suele bailar en los salones domingueros del «Círculo de la Amistad», en la pequeña ciudad provinciana; el vals que se danza a saltitos en las brañas en días de romería. Con ese contagio infinito que tienen las sonatas pegadizas, a poco de callarse el acordeón, acá y allá, como un eco resucita el somnoliento tres por cuatro que cantó su vientre fofo de órgano raquítico, y éste silba y aquél canturrea el mismo son: «Olas que al llegar plañideras muriendo a mis pies, nuevas del hogar, para cada viajero traéis». Y ya por todo el día, como cumpliendo consigna, bajo la lluvia, en el campamento avanzado de la segunda Brigada, sólo se escuchará este son.

* * *

Una taza de café calentito y una copa de anís nunca viene mal; pero si os la ofrecen en día ahito de humedades y tonos grises—en el ambiente y en el fuero interno—entonces equivale al mejor regalo que se puede ambicionar.

Estos chicos requetés, oficiales del Tercio de Monte-

jurra, tampoco disimulan su mal humor, aunque su cortesía proverbial les haya llevado a invitarnos a tan grato regalo y nos procuren cómodo asiento junto al fuego encendido en una caldera de las de dar de beber a las bestias, dentro de la chavola de ramajes y sacos terreros que les sirve de vivienda. No disimulan el mal humor, y tras de servirnos el café, el capitán se tiende sobre unos sacos; aquel teniente jovencillo empieza a escribir largo escrito en un cuadernito de papel pautado, y estotro alférez ha tomado una barajita, infinitamente pequeña, y con ella hace solitarios, que, a juzgar por su siempre interrumpido desarrollo, no le salen bien nunca.

Sigue el tedio. De vez en cuando miramos todos alternativamente al exterior. «—¿Qué tiempesito, eh? —Ya, ya. Parece que estamos en Diciembre...». Y otra vez al silencio. El capitán diría yo que está rezando. El teniente sigue escribiendo y chupando despreocupado la punta de su lápiz; el otro revuelve los pequeños naipes, y, sin darse cuenta nos anonada con el silbo que canta... (¿qué había de cantar?)... el valsecito del acordeón.

De improviso...

—¡Eh! ¿Qué es eso?...

Asoma presuroso por la abertura del refugio la cara de un requeté. Es un sargento que con palabra precipitada, pero sin salir del tono normal, exclama:

—El enemigo ataca, mi capitán.

—¡Caramba, hombre!... ¡También es gusto! ¡Con este día...! A ver ¿quién está de facción?

—La mía, mi capitán, dice el teniente que escribía sus notas en el librito sin habernos prestado la más mínima atención en todo el tiempo que llevábamos junto a él.

Y sin esperar órdenes, por harto conocidas, se ajusta el correa, se echa sobre los hombros el capote manta, se cuadra con un «A la orden» y sale del refugio, luchando por resguardar entre las ropas, y sobre el pecho su cuaderno-confesor.

No ha hecho más que salir y ya le sigue el capitán, y el otro teniente, que también guardó con celo sus naipes y salió sonriéndonos un «Esto durará poco, no se alarmen

ustedes...» Pero amable y prudente, aún vuelve a asomar la cara para espetarnos un «Mejor que ahí estarán ustedes detrás de la casita de la izquierda, por si sueitan algún pollizo... Hasta luego, señores».

* * *

—Total, nada. Ganas que tenían esos granujas de que pilláramos un constipado. Cuatro tiros, una ráfaga de ametralladora bien calculada y ¡a agazaparse amiguitos! Siéntense, siéntense, señores, que esto ya pasó... Puede que vuelvan... Es su costumbre. En cuanto nos ven quietos, se nos quieren echar encima... (El sargento de antes, interrumpe, irrumpiendo en el «abrigo»):

—Mi capitán.

—¿Qué hay Antunez...?

—En la segunda, dos hombres muertos y tres heridos; más...

—Acaba, hombre ¿qué más...?

—Mi capitán...

—¡Acaba, sargento! ¿Qué pasa...?

—El teniente... Don Rodrigo... ¡Un mal tiro...!

—Pero ¿dónde? ¿cómo? ¡acaba de darme la novedad al salir de la trinchera!

—Sí, mi capitán, pero volvió para colocar la vigilancia y una bala fría, no sé... no sé... pero yo creo, mi capitán, que está muerto...

—¡Qué va a estar, hombre; no digas bestialidades...!

Y salió corriendo. Y le hemos seguido todos. Hasta la trinchera. Ya no se oye ningún tiro. El último que se escuchó fué a darle al teniente—al pobre teniente aquel que escribía afanoso en su cuadernito-confesor, Dios sabe qué cosas—en mitad del pecho.

Y está allí, boca arriba, sin una contracción en los músculos de la cara, en la que conserva la misma expresión beatífica que tenía cuando hace unos minutos escribía lentamente, chuperreteando la punta del mal afilado lápiz. Hay un pequeño charco de agua y sangre, un charco muy sucio, muy repugnante, en torno de su cuer-

po caído. Y ha venido el médico y lo ha desabrochado la guerrera y ha reconocido un pequeño agujerito situado precisamente encima del mismo corazón... Un agujerito tan insignificante que parece imposible que por él haya podido entrar eso tan inmenso que se llama «muerte», y salir aquello que el valeroso requeté llevaba dentro, tan grande, tan grande: ¡Su alma de soldado español!

Le recogen. Se lo llevan. Todos están tristes, sinceramente tristes. Aquél mocetón navarro puro, se aleja como un niño escondiendo la cara en la fisura del brazo para llorar su dolor. El capitán tiene los labios chorreando sangre de tanto mordérselos. Cuando el cuerpo del pobre teniente Rodrigo está ya en alto, reclinada la cara sobre la de su sargento, que ayuda a conducir al muerto con tanto mimo como si el teniente estuviese dormido, el capitán no se ha podido contener, ha alargado su mano con temblor de perlático, la ha pasado por entre el sargento y la cara del muerto, ha acariciado una, dos veces, la mejilla, ya entre el sargento y la cara del muerto, ha podido reprimir un sollozo, un sollozo que a mí, no sé por qué me ha sonado a rugido de coraje más que a lamento triste.

Se alejan. Se van. Queda un corrillo de muchachos que no se atreven ni a desplegar los labios. Y sigue lloviendo. Es seguramente agua del cielo lo que yo veo en las mejillas de todos estos mocetones, recios, duros. **HOMBRES.**

* * *

¡Qué cosas tiene la guerra!

A la izquierda, como a unos cincuenta metros, en el mismo rincón de la trinchera donde antes nació, vuelve a la vida el gazmoño son del acordeón; vuelve a entonar su vals nostálgico, su «Vals de las olas». ¿Presagios?... Cuando esta mañana, a raíz de la orden de suspender el avance lo escuché, ya me sonó a cosa fúnebre, a «Requiem»...

¿Qué es esto...?

Sí, sí. Esto es el cuadernito en que escribía Rodrigo.

Está en medio del charco de sucios rojos, salpicón de sangre, lluvia y barro. No; no me ven. Y no es violación lo que intento. Después de todo, quizás sea necesario... Pienso que alguien tiene que hacerse cargo de esto y quién sabe si cumplirá lo que él aquí escribió antes de morir. Porque... puede ser que escribiera un mandato, un testamento.

¿A ver...?

Sí; esto es lo último: «Letra para la Letanía de la Madre España».

¿Cómo...?

Sí, sí. Una letanía. Al margen de las súplicas, las exaltaciones de la ritual oración a la Virgen, el bueno de Rodrigo había estado escribiendo una transcripción para un plagio mil veces santo de una «Letanía a la Patria». Y leo, y dice, ¡y rezo!:

¡Patria magnífica!

¡Madre de Patrias!

¡Madre nuestra!

¡Madre purísima!

¡Madre inviolada!

¡Madre creadora!

.....

No sigo. ¡Esta reliquia quedará para siempre aquí junto a mi corazón, Rodrigo!

«¡AITANCHACO OGIYE!»

—Pepe Puente, aquí no estamos bien.

—No, no estamos bien «Tebib»...

—Se impone el «chaqueteo», Pepe Puente.

—«Chaqueteemos», pues, «Tebib».

(Breve diálogo entre el viejo cronista de guerra y el incomparable industrial madrileño, hoy por virtud de nuestra antigua amistad y su acendrado patriotismo, en trance de amigo-ayudante-secretario del asendereado periodista). Y el «no estar bien» saltó de mis labios y en-

contró conclusión en los suyos, por justo castigo a nuestra insaciable curiosidad que nos llevó a colarnos en Amorebieta antes de tiempo, cuando aún, y a causa de la niebla, no habían podido nuestras columnas ocupar las cotas que le rebasan y dominan, y desde las que el enemigo, vigilante, acaba de disparar cuatro señores morterazos que nos corregirán para lo sucesivo de tales «iniciativas audaces». ¡Lo juro!

Y como no estábamos bien en Amorebieta, interin se disipase la espesa niebla, dejando libre paso a nuestros soldados en tren de nuevos avances, nos trasladamos (¿tendré que decir que velozmente?...) a Euba, el poblado que precede en la ruta Durango-Bilbao al famoso Amorebieta.

Llegamos al pie del recién reconstruido puente de la carretera en el preciso momento en que lo hacían por el otro extremo los generales, ante los que, naturalmente, nos las dimos de «héroes»; pero la jactancia nos sirvió de poco, pues en vista del incidente, nerviosamente referido a los generales, éstos decidieron... ¡irse a Amorebieta, como si tal cosa!... Y lo malo fué (perdón, quise decir lo bueno), que a ellos no les tiraron y quedamos a sus ojos como algo así a cosa muy parecida a los embusteros. (¡Pase usted sustos para esto...!).

En una pradercica contigua al puente, un crecido número de mujeres y niños dedicábanse a lavarse los pies sosegadamente. Al general le extrañó la presencia de aquel pacífico grupo en lugar donde se escuchaban en demasía ¡y hasta cercanos!, tiros y cañonazos, y quiso saber quiénes eran. Satisface yo la curiosidad del ilustre militar: «Son gentes que acaban de llegar de Lemona; evadidos, mi general, de hoy mismo. Vienen deshechos...».

El general desciende hasta el grupo, llama a una enlutada mujer, que se acerca recelosa llevando de la mano a un pequeño muñecuelo. La mujer, a instancias del general, cuenta su odisea y la de aquellos que con ella están. Medio en vascuence, medio en castellano, relata escenas de horror: «al hombre, a los de todas, se los llevaron para Bilbao... Les robaron la vaca que tenían co-

mo único sostén... Muchas casas de Lemona ardieron, sobre todo en los dos últimos días...». ¡El triste relato de siempre y de todos los evadidos!

El general pregunta si los han atendido; da órdenes para que una camioneta los lleve a todos hasta Durangó, pero insiste en que antes se les facilite algún alimento, sobre todo a los chiquitines, que pasan de veinte.

—Y a éste también, a tí también peque (dice el general al mocoso, que sin separarse de la madre mira atónito la ingente figura, mientras conserva apretado junto al pecho un pequeño bulto que envuelve con el haldel de su faldellín). ¿A ver, a ver? ...¿Qué es eso que escondes tú ahí, so pícaro?...

—Enséñale a este señor, enséñale...

—Sí, sí; venga, venga. ¡Dame eso que escondes!

El chiquitín se cierra aún más contra la madre, estruja más contra su pecho el pequeño bulto y, al fin, gimo-teando dice algo extraño...

—¡Aitanchaco Ogiye...! ¡Aitanchaco Ogiye...!

—¿Qué quiere decir eso, señora?

—Pan para padre, quiere decir, «o así», señor. Quiere decir que ese «cacho de pan blanco que le dió aquel soldado, él se lo guarda a su padre, señor...

El general se queda absorto. Hay un relámpago tras de sus gafas. Tiende la mano y pone una paternal caricia en las crenchas rubias del chiquitín...

Súbitamente se aleja; toma su coche. Desaparece.

La mujer, al verme marchar a mí, me detiene:

—Señor, diga ¿quién es ese militar tal alto, el que acaricia a mi hijo...?

—Es el general.

—¡Ené! ¿El general...?

¿Ese que «ellos» decían que era como un demonio «o así». ¡Ené! ¡Que ha de ser malo, si nos dió pan y acaricia a los niños...!

En Eula, mañana del 29 de Mayo.

*** FRACASA EL ATAQUE A PEÑA LEMONA**

**De Vizcaya a Guadarrama en avión.—La derrota enemiga
vista por un morito**

Ha llegado a tal grado el empeoramiento del tiempo, que para dar idea, sólo diré que al pretender recorrer esta mañana algunos de nuestros campamentos avanzados, me ha sido totalmente imposible, pues aún con los faros del coche encendidos, a más de cinco metros, no se distinguía absolutamente nada. Lo peor, no es el mal tiempo, sino que las previsiones señalan que va a empeorar.

Aprovechándose de la niebla de madrugada, intentó el enemigo un nuevo contraataque contra la posición de San Pedro, pero con mucho menos brío que ayer, no durando el intento más allá de media hora, y sin que los rojos se aproximasen a nuestras defensas. A las diez y media de la mañana, hubo otro contraataque en el sector de Lemona; éste más duro que el anterior, pues el enemigo, según han declarado los prisioneros, puso en el ataque tres batallones. Llegaron los primeros rojos arrastrándose hasta las mismas alambradas de la posición más avanzada, y en un momento determinado decidieron asaltarla con bombas de mano. Nuestros soldados les repelieron cumplidamente con ráfagas de ametralladoras, tan certeras, que después se cogieron 17 cadáveres que se habían quedado dentro ya de las alambradas.

El castigo ha debido ser duro, por cuanto en el resto del día no se ha oído un solo tiro más. La densa niebla ha impedido que se reconociese el campo de combate y, por lo tanto, se pudiesen apreciar los resultados de nuestro fuego. El hecho curioso ha sido que después de este ataque, se han presentado en nuestras filas 41 milicianos

con armamento y un oficial. Cuentan estos evadidos, que si encontrasen facilidades, la mayoría de los milicianos se pasarían a nuestras filas.

El mal tiempo reinante me ha permitido, aprovechando un avión, trasladarme al frente del Guadarrama. Cuando llego a La Granja, aquellos jardines, otras veces tranquilos, están alterados por el tableteo de las ametralladoras. De pronto, una voz me detiene: «¡Ja Tebib! ¡Ja Tebib!»

Cuando me vuelvo a responder «¿qué?» a la voz que en árabe parecía llamarme, era un simpático camillero moro que pedía un médico para curar un herido; acudo a su lado, y asisto a aquel bravo militar, con su rostro pálido, más pálido ante el color rojizo de su turbán. Le pregunto y me cuenta: «Fué en Cabeza Grande, la posición inmediata; se combatió fuerte, muchos, muchos muertos de los rojos, estar granujas, pero matar muchos, como cuatrocientos, tropas españolas mucho farrucas».

El sol cae y sólo me quedan minutos para transmitir la gran derrota de los rojos, «estar granujas, pero matar muchos, más de cuatrocientos»; duro castigo a la osadía en el ataque.

PAGINAS GLORIOSAS DEL EJERCITO NACIONAL

La campaña sobre Vizcaya.—Síntesis de lo que representa el esfuerzo victorioso del Ejército del Norte en las provincias vascongadas

EN VIBRACION EL ESPIRITU...

Día por día estoy siguiendo la titánica lucha en Vizcaya y a la mente y al corazón les falta tiempo para ordenar juicios o depurar emociones. No espere nadie en esta labor que acepto, tan honrado como consciente de

mi incapacidad, serenidad, método, ordenación. Mi trabajo será como es la diaria vibración que transmito a mis hermanos españoles diariamente por Radio, en el momento mismo en que regreso de los campos de batalla, ahito de emocional patriotismo, pero sin tiempo ni ánimos para revestir las pobres palabras, que ni siquiera escribo, con decoroso ropaje literario. En esos días, que ¡ay! ya suman cientos, ni soy ni pretendo ser cronista, ni mucho menos historiador, pues que cifro mi empeño patriótico más que en transmitir a los que me escuchan o leen, aquello mismo que vibra en mi espíritu, aquello que han presenciado mis ojos, escuchado mis oídos y punzado mi corazón, con el único mérito del buen deseo y la única virtud de la más completa sinceridad.

Hoy hablaré así también. Aunque pretendiese hacerlo de otra forma, componiendo algo más correctamente el estilo, ya no sabría. ¡Diez meses de vivir la guerra en toda su trágica, épica grandeza, me han inutilizado, quizás para siempre, para la labor literaria, dejándome reducido al papel de «explicador» de esta heroica película que están nuestros soldados filmando para asombro, y quizás enseñanza, de los «públicos del mundo».

AQUI FUE EL PRIMER ESTALLIDO

Menos en los Ejércitos del Sur y de Aragón—y bien lo siento—he vivido y cronicado la guerra en todos los campos donde hubimos de plantearla. Y yo digo que forzosamente tenía que ser aquí, en el Norte, en tierra que no quería ser de España, donde, al fin y a la postre, tenían nuestros soldados que dar la batalla definitiva, por lo mismo que fué aquí, en estas montañas, donde hubo de desarrollarse el primitivo esfuerzo y estallar victoriosamente la potencia de nuestro brío.

Aún no era el Movimiento salvador más que un alzamiento militar, provocado por la criminal conducta de los malos hijos de España, cuando ya en Guipúzcoa aparecieron los primeros Requetés, venidos de la Madre Navarra, a escribir con sangre su imperiosa voluntad de

derrotar, al propio tiempo que al bolchevismo comunista, al separatismo criminal que en Vasconia como en Cataluña venía siendo vergüenza suprema de la Patria. En aquellos días en que la audacia de Quespo triunfaba en Andalucía, y a las mismas horas en que las Falanges castellanas escalaban, en inolvidable locura patriótica, el Guadarrama, aquí, en la pretendida República de Euzkadi, unos cuantos batallones regulares y unos centenares de voluntarios guerreros de la Fe y de la Tradición Unitaria Española, desplegaban la bandera de combate, surgiendo hoy aquí y mañana allá, como si fuese parte de un gran Ejército de multiplicados contingentes, y desde los montes navarros se descolgaron sobre Guipúzcoa, y tomaban a tiro limpio y casi a pecho descubierta Tolosa, Villafranca y Rentería, y cercaban Irún, y se interponían entre las hordas rojo-separatistas y la frontera francesa con acertada visión de cómo por la tierra Gala había de llegarnos el mayor o uno de los mayores peligros y tras del esfuerzo ingente de la toma de Irún forzaban la entrada en San Sebastián, primera de las grandes ciudades españolas que se ganaba en el Movimiento salvador para nuestra Santa Causa.

Pero el esfuerzo bélico hubo de detenerse apenas lograron aquellas docenas de soldados heroicos liberar casi todo el suelo guipuzcoano, pues sólo quedaba de él, en poder del enemigo, una estrecha faja en los alrededores de Eibar, en la margen izquierda del Deva, que vino a ser para la campaña del Norte algo así como el Rubicón, o por lo menos con tanta categoría le adornaron, durante los siete meses en que tuvimos que paralizar por estas latitudes la guerra, los propios enemigos.

EL DEVA-RUBICON

¿Rubicón dijisteis...? Pues sea, replicó el Mando, el Caudillo. Y a su tiempo, cuando lo permitieron otras apremiantes obligaciones patriotas, ordenó como César «pasar el Rubicón».

Y cuando volvió a los primitivos planes, ya la guerra

era muy otra, ya no era una guerra civil, entre nacionales y con los limitados medios propios de nuestra parva preparación belicosa. La guerra era ya una guerra a la moderna, con gran lujo de elementos marciales y con nutridos contingentes de combatientes extranjeros en el bando rojo-separatista. Bien es verdad que nosotros ya no éramos tampoco como al principio, un puñado de «locos heroicos», al que atraían los peligros, las dificultades de todo género, y poníamos en vencerlas sólo el empuje de los bravos pechos de los soldados voluntarios en su inmensa mayoría, nuestra mayor gala y honor. Nosotros teníamos un buen Ejército. ¡Y qué Ejército! Pongo a Dios por testigo de que ni miento ni exagero cuando afirmo que no lo hay mejor en el mundo, y no porque así lo diga yo, guiado de mi entusiasmo, sino porque lo he oído decir en estos días de la campaña sobre Vizcaya, no una, sino docenas de veces a los técnicos militares más altamente reputados del mundo, técnicos que por suerte, y para desentrañar las grandes enseñanzas de nuestra guerra han estado siguiendo, paso a paso, nuestros avances triunfales de las últimas semanas. Y han sido estos ilustres y altos jefes los que ante mí han pronunciado, con los acentos más llenos de entusiasmo, esos elogios y esa calificación de que España, la España nacional, naturalmente, posee hoy uno de los mejores Ejércitos del mundo.

Con ese Ejército el Generalísimo Franco dió la orden y se pasó el Rubicón de Deva. Y entonces comenzó una guerra, ¿cómo lo diría yo?, una guerra inverosímil.

UNA GUERRA INVEROSÍMIL

Tampoco soy yo quien eligió esta denominación. También la he escuchado de labios extranjeros. Más aún: la verdadera razón por la que ahora es frecuente observar la presencia de Misiones militares extranjeras en los puestos de mando de las operaciones, está en esa inverosimilitud que encierra la campaña de Vizcaya.

La inverosimilitud reside en el terreno donde la guerra se está ahora desarrollando, porque ese terreno es

«el más duro de Europa y uno de los más duros de toda la tierra»; porque nunca como ahora ha registrado la historia moderna una verdadera.

GUERRA EN LA MONTAÑA

El día, ya no lejano de cierto, en que termine esta campaña y puedan venir a este país Misiones militares extranjeras a reconocer el terreno en que hemos luchado y vencido, el crédito del Mando, del material empleado, de la táctica seguida y del esfuerzo realizado por los soldaditos de Franco, subirá a una altura incomparable. Quizá en ese crédito altísimo que estamos ganando con la campaña de Vizcaya, como Ejército maravillosamente organizado y asombrosamente eficaz, se halla la razón de muchas contrariedades de orden internacional que estamos padeciendo los nacionales.

Asómate, lector, a un mapa, a un plano cualquiera. Busca, sobre todo, en este que te brindamos croquis oficial, sin ningún amañío ni retoque, la razón de mis palabras y mi honroso vaticinio de asombro de los Estados Mayores extranjeros para el día en que puedan estudiar a fondo lo que hoy están estudiando quíenes nos honran con su presencia. Vizcaya es un dedalo orográfico de tan enmarañada condición que no es que asombre el que puedan realizarse sobre él operaciones vertiginosas como las que se están llevando a cabo, sino que admira, no ya su ejecución sobre el terreno, sino que en los mapas del Estado Mayor se hayan podido concebir siquiera esas marchas, esas escaladas, esos envolvimientos que han puesto en nuestras manos, en pocas semanas, más de las dos terceras partes de la tierra vasca.

La «insucesión» de montañas—no es errata, que insuceso hay que llamarla—de la región, desalentaría al más sereno de los estrategas del mundo. A veces han salido nuestras columnas de la altura cero, en una playa al lado del Cantábrico, y con una sola escalada han coronado montañas de más de mil metros de cota y tres o cuatro kilómetros de longitud y anchura. Tended, digo,

la vista sobre el mapa que os regala la munificencia de «Domingo». Leeréis, aquí y allá, cifras de tres y aún cuatro guarismos. En Urquiola 1.296, en Gorbea 1.256, en Barquida 1.085, en Monte Oiz 1.025, en Mañaria 1.009, y luego, por aquí y por allá, a cada paso, por el interior de Vizcaya, cerros como el Udala, de 718; Elgueta, de 678; Sollube, de 673; Bizkargui, de 542... Y esto constantemente; y tras de uno otro, y otro, y siempre así, porque cuando se tropieza con la ventura inesperada de lo que aquí se suele llamar «valle», éste, invariablemente, se ofrece cercado de colinas de imprescindible ocupación y flaqueo antes de decidirse a penetrar en el terreno relativamente llano.

Pero eso no es todo. Es que esas montañas, sin orden ni orientación, están invariablemente cubiertas de bosques de pinos tan tupidos, tan impenetrables, como no hoy otros en toda España; y cuando los pinos acaban, empiezan los robles o los castaños; y cuando ya no hay vegetación posible por la altura de las sierras, estalla el terreno en rocas caóticas que a cada paso abren fauces monstruosas, gargantas y barrancos profundísimos. Y al lado de todo esto, por doquier, los caseríos, los poblados rústicos, en que cada edificio ofrece seguro resguardo a los defensores obstinados del terreno, constituyendo una red de estupendas fortificaciones que, unidas a las que laboriosidad roja—hay que reconocerles este mérito—ha ido dejando sobre lugares estratégicos con todos los adelantos modernos en materia de fortificación, acrece las dificultades ya de por sí ingentes del terreno, trocando a Vizcaya entera en una enorme fortaleza inexpugnable... para quien no sea SOLDADO ESPAÑOL.

SOLDADO ESPAÑOL

No hay ejemplo de una tal acometividad en el orbe. Ni puede darse caso igual de entusiasmo innato en unas tropas. Ni un solo día, ni en una sola ocasión he visto durante toda esta campaña de Vizcaya flojear, titubear siquiera a nuestros soldados. Y ¡cuidado si se les ha pues-

to en juego y en trances difíciles! El que haya vivido las jornadas de los Inchortas, o la de Sollube, o la de Bizkargui, o estas últimas de Mañaria y Orduña, nunca podrá olvidar aquel ímpetu enardecido, aquel escalar sin tomar el menor respiro, ni ocultarse una sola vez en las anfractuosidades del terreno para soslayar el fuego enemigo, hasta coronar los picos más elevados y clavar en ellos la bandera de España. Y luego, en los furiosos contraataques enemigos habituales y en su desdichada táctica, ¡qué manera de aguantar a tanques y Artillería y qué forma de alzarse sobre los parapetos para mejor arrojar las bombas de mano sobre las masas de asaltantes, y qué denuedo el suyo en la persecución de última hora, cuando convencidos ellos de su impotencia intentan «despegarse» de nuestro mortífero contacto...!

El soldado español. ¡El lo es todo! ¡¡Todo!! Tiene un a modo de intuición bélica que al más bisoño trueca en veterano ducho en la táctica y la maniobra a la primera vez que entra en fuego. Tiene esa virtud excelta, base de la moral de un Ejército de poner fe ciega en sus oficiales, en sus mandos, seguros de que lo que por ellos se dispone es lo mejor y más ventajoso. Tiene, en fin, la alegría, el orgullo, de saberse soldado de España, con la conciencia de que no hay título más honroso ni más codiciable jerarquía. Y por esa alegría, este soldadito, que pocas veces levanta seis cuartas del suelo, se crece, se agiganta y en el combate se comporta como un coloso capaz de las proezas más inverosímiles, y de realizarlas sin dárles la más mínima importancia. Es, sobre todo, infatigable en la lucha. En cualquier día de estas violentas operaciones de la dificultosísima guerra de montañas los véis, acabada la operación, ir de acá para allá como si tal cosa, jugando o voluntariamente ayudando a construir con toda diligencia los parapetos para aguantar con fiadamente el inevitable «achuchón» de la noche, o del día siguiente, teniendo siempre en esa labor presagiadora de cómo van a poner a prueba, una vez más, su abnegación y buen temple, palabras de buen humor, ri-

sas y comentarios optimistas, de plena confianza en el siempre para ellos fácil y seguro próximo triunfo.

Y si no hay, porque se avanzó demasiado rápidamente, rancho caliente al llegar la noche, pues se toma frío, o no se toma. Y si llueve y no cabe resguardarse en ningún caserío porque el servicio requiere la presencia en la trinchera, pues se aguanta la llovizna entre cantos y chacotas y rasgos del mejor humor. Y, si llegada la hora de pasar lista al final de la acción de guerra, en el recuento faltan muchos, a lo mejor los más queridos camaradas de la compañía, pues se hace un nudo al corazón y se grita por el caído un utópico pero fervoroso «¡Presente!», subrayado con el más caliente «¡Viva España!».

No hay soldado como el español. No hay Infantería como la nuestra. Asombro es de propios y extraños su condición natural de verdaderos héroes, porque cada uno de esos soldaditos que apenas levanta unas cuartas del suelo, son héroes desde que su madre los llevó en su vientre y allí les dió, por jugo vital, la sangre suya, cargada de amor y sacrificio por la Patria.

Y son todos así. No cabe decir si son mejores los Requetés o los Falangistas, los soldados de cupo o los voluntarios, los del Tercio Flechas Negras o los de los escuadrones de Caballería, que ahora prestan, porque el terreno no permite la acción del jinete, servicio como simples infantes de asalto.

Y si el infante es insuperable, no les va en zaga ese artillero que en cada momento, más y más, se compenetraba de su difícil misión en esta campaña, primordial en las más de las jornadas. Y el ingeniero que cuando aún arrancan las ráfagas de las ametralladoras enemigas guijos de las rocas o astillas de los troncos de los árboles, ya está tendiendo el hilo telefónico que pone en comunicación el puesto del jefe de vanguardia con el Mando de la operación; o se halla construyendo, con afán inaudito, el puente que los malvados volaron al huir; o se alza sobre los terreros del parapeto en pleno contrataque para reafirmar las estacas de las alambradas. Y el sanitario, que por aumentar la posibilidad de salvación de un caído,

conduciéndole rápido al puesto de socorro, se olvida de sí mismo y se ofrece, sin vacilar, blanco de las armas enemigas. O el de Intendencia que en el servicio de recuperación presta al Ejército la ayuda más eficaz, o que diligente, cuando los demás pelean bajo una lluvia de balas, acude portando el alimento, el trago de vino o de café confortador, espolador físico de energías, que terminarían por desmayar a no estar él celoso de mantenerlas y vigorizarlas.

Todas igual, todas magníficas. Bien quisiera dejar aquí impresos sus nombres para que tú, lector, rindieses pleitesía de admirado y agradecido recuerdo a las que conjuntan este Ejército, pero ello equivaldría a enterar al enemigo de detalles que, aun no diciendo cosa de transcendencia, pueden sugerir deducciones contrarias a la segura marcha triunfadora de esas gloriosas unidades.

EL SOLDADO LO HACE EL JEFE

Verdad axiomática es esta, en pura ciencia militar: «Al soldado lo hace el jefe», y cuanto llevo escrito, en rendición de estricta justicia del soldado que ya y para España está luchando en el frente de Vizcaya, no es sino la consecuencia lógica del mérito y labor altísima que los oficiales y jefes del Ejército vienen realizando.

Uno de los rasgos de este viejo cronista es el tener que rendir, por disciplina, acatamiento a las órdenes emanadas de la superioridad, en lo que se refiere a silenciar de modo tan general como absoluto los nombres de la gloriosa oficialidad de nuestro Ejército. No es caprichosa la orden, puesto que es un hecho cierto el de que son muchos, infinitos, casi todos los oficiales que combaten por la Causa que tienen aún en territorio de los vándalos a sus familiares. Dar sus nombres puede representar no menos que sentenciar a muerte o someter a duros calvarios a esas personas queridas que los rojos tienen en su poder y sobre los que no dudarían en tomar represalias, tanto más duras cuanto más destacado fuese el elogio que nosotros tributásemos a esa brava oficialidad.

Porque es así, queda sin publicidad una larga lista de nombres de jefes y oficiales que han ganado, con creces, el honor de verse, no una, sino mil veces citados en la Prensa.

POTENCIAL DEL TRIUNFO: EL MANDO

Lo reconocen hasta nuestros enemigos: la clave de nuestro triunfo está en la unidad del Mando y en la pericia técnica de sus determinaciones, que se obedecen a ojos ciegos y se cumplimentan con asombroso ajuste a lo dispuesto.

El Alto Mando es el Generalísimo. Ya no debe ser un secreto para nadie que el Caudillo, el general Franco, por encima de toda otra preocupación tiene la de la guerra, la del estudio y disposición de las operaciones, la de la organización y perfecto ajuste de esa gran maquinaria de producir victorias que es el Ejército nacional.

Las operaciones sobre Vizcaya, como todas las demás, realizadas y por realizar, en el cerebro poderoso, genial en menesteres bélicos, de Franco, germinaron y estructuraron. Al día y hasta en su menor incidencia vive el Generalísimo la guerra de Vizcaya, y yo digo que me consta que cuando los demás descansan sobre sus bien ganados laureles, él continúa inclinado sobre los planos atado al teléfono, inervando a su Estado Mayor para que nada falte, para que no se omita el más leve requisito garantizador de la buena ejecución de lo por él ideado y dispuesto.

Tras del Generalísimo el general don Emilio Mola, jefe del Ejército del Norte y artífice máximo de esta insuperable página de historia militar que es la campaña de Vizcaya. El general Mola está en su elemento cuando se sitúa en el puesto de mando y al frente de sus soldados, porque soldado por amor y vocación—«cien por cien», como ahora hemos dado en decir—es él. Tiene un magnífico colaborador, el general Solchaga, que lleva el mando directo de las brigadas que operan en este amplio sector; el general Solchaga, hombre de máxima pondera-

ción, capaz como pocos en el manejo de grandes masas maniobreras, compenetrado hasta el límite con su jefe las inevitables lagunas, si es que alguna vez llega a haberlas. Ciertó que el plan del Generalísimo no admite mejora, pero no lo es menos que, siendo de complicadísima contextura, sólo cabe confiarlo para su ejecución perfecta á hombres como Mola y Solchaga, que por suerte para España, y rompiendo la estereotipada y no del todo injusta frase, son «Generales a los que les caben todos los soldados imaginables dentro de la cabeza». ¡Ah si nuestros enemigos dispusieran de un par de generales como estos!, ¡qué distinta sería su suerte y cuánto más dura y problemática nuestra ya próxima victoria!

EL TRIUNFO FINAL

Porque está ya próximo, porque es inmediato. Lo afirmo sólidamente sin riesgo de equivocarme, lector.

Las últimas líneas de este deshillvanado artículo las estoy escribiendo en Amorebieta. Esta mañana, mientras nuestros soldados coronaban los montes de Lemona, rebasando el pueblo de tal nombre, y esta villa en que me encuentro como cualquier ocupante civil, pongo el final a mi torpe, pero sincera y veraz labor.

La victoria está ya al alcance de la mano de nuestros soldados. No han de pasar muchos días sin que amanezca el deseado por todos de la toma de la capital de la ex-república vasca. Pudiera ocurrir que esto que estoy escribiendo al lado de la famosa línea defensiva de Bilbao lo leyese impreso en el mismísimo barrio de Achuri.

Y si no se cumpliera con precisión cronológica el augurio, ello será cuándo y cómo convenga al Mando. Nos sobran medios, y coraje, y espíritu para eso y para mucho más. Repasa ese mapa que te ofrezco, lector, consérvalo y traza tu mismo con mano temblorosa por la emoción patriótica las pocas líneas señaladoras de las etapas finales que ya están vecinas. Observa, estudia el camino recorrido y la magistral forma de ir ganando, paso

a paso, los más recios baluartes al enemigo y llegarás a la convicción de que cuando tanto y tan bueno se ha hecho, lo demás es lo de menos. Lo que falta nunca puede ser más costoso ni más difícil de lo ya logrado.

Vizcaya quedará por España, por la España Grande y Unica, dentro de muy pocos días. Prepara tú el corazón, hermano en santos anhelos patrióticos, para en ese día, cercano y venturoso, lanzar con más fe y entusiasmo que nunca tu

¡Viva España!

¡Viva el Ejército!

¡Viva el Caudillo!

En Amorebieta, 30 Mayo de 1937.

* LOS HEROES DEL AIRE

Hoy, como tantos otros días, la máxima actividad en este frente corre a cargo de la Aviación. Mientras las unidades de asalto se reúnen y concentran para los nuevos y definitivos avances, mientras ganan sus nuevos emplazamientos, ya con vistas y eficacia sobre el cinturón defensivo de Bilbao, nuestras masas artilleras, la Aviación trabaja intensamente.

Ayer mismo, en el Estado Mayor, pude ver las pruebas de esa laboriosidad de nuestros aviadores. Unas magníficas fotografías de los atrincheramientos enemigos en el sector de El Gallo. Tan magníficas son que hasta por el más inexperto se advierte que para obtenerlas los aparatos nuestros hubieron de volar a pocos metros de ese baluarte defensivo, del que tenemos ya hasta el menor detalle, pero a cambio de que los aviones regresaron a su base con múltiples impactos.

Hacer fotografías sobre una línea atrincherada viene a ser algo así como pasearse con los pies desnudos sobre un lecho de cardos y ortigas.

De cuál es la eficacia y el mérito de esta labor que a diario realizan nuestros héroes del aire, casi no tenemos

que hablar nosotros. No una vez, sino casi a diario, son ellos, nuestros enemigos (Prieto, ministro del aire; Aguirre, generalísimo vasco; Mijaja, general jefe del ejército), los que proclaman nuestras proezas y reconocen nuestra superioridad. Y son también los hechos diarios los que lo proclaman con la elocuencia de ese rehuir constante de la Aviación el encuentro con nuestros bravos pilotos, el miedo invencible que les tienen.

Yo conozco a fondo el espíritu que palpita en nuestros héroes del aire. Porque lo conozco me explico perfectamente la razón por la que, a pesar de las canalladas de los rojos, en ellos no vibra ningún deseo de castigar sus cobardes agresiones a los pueblos de la retaguardia aplicando la ley del Talión. ¡Están tan acostumbrados nuestros hombres-pájaros a arriesgar diariamente su existencia, que trabajar allí donde no hay riesgo les repugna, les menoscaba y casi les avergüenza! Será jactancioso, pero es lo cierto, que lo que más alegra a nuestros muchachos al descender de sus aparatos en los aeródromos, es contar y recontar el número de impactos que ostentan los fuselajes. Si no les han tirado, parece como si no hubiesen cumplido con su deber y se quedan cariacontecidos.

¿Que por qué escribo hoy estas líneas? Pues sencillamente porque acabo de cruzarme con el capitán y su observador, los dos bravos aviadores que apenas hace siete días hube de asistir en cura de urgencia en el aeródromo de Ochandiano cuando capotaron en él a causa de haber recibido un tiro en el carburador. Heridos de consideración los dos, ya están en la calle, ¡ya han volado esta mañana!

Y es que ellos, los héroes del aire, son todo espíritu. Cuando restañada el sábado la sangre que cubría la cara del capitán, éste exclamó: «Bah, nada en total. Mañana al aire otra vez». Y cuando insistía en llevarle en mi coche al Hospital, protestaba casi iracundo con un: ¡Vamos, hombre! Ni que estuviera yo loco. Yo no me hospitalizo. ¿Usted no ha visto que en los patios de caballos, mientras quedan toros que lidiar, a los pencos heridos les

meten estopa y los llevan de nuevo al redondel...? Pues meta usted la estopa que quiera, amigo, en esos arañazos para que yo me vuelva a ese rueda azul donde están todos los míos...».

¡Y volando está!

¡Esa es la superioridad, esa y no otra, señores Prieto, Aguirre y Miaja! Cuando tengáis tales héroes del aire, podréis decir que tenéis Aviación de guerra.

Durango, 28 de Mayo.

★ LAS ALAS TRIUNFADORAS

Yo siempre he sido un periodista de suerte. Siempre he tenido lo que los castizos llaman «pálpito», una inspiración, un no sé qué intuitivo que me ha orientado en los caminos de la información. Así me ha ocurrido ayer, martes. Estaba yo en Vitoria, desesperado, como todos, a causa del mal tiempo que ha puesto un forzado compás de espera a las operaciones sobre Bilbao en el momento más crítico, cuando, no sabiendo que hacer, se me ocurrió irme al aeródromo por si allí encontraba noticias informativas, en el preciso instante en que un piloto, gran amigo, preparaba su trimotor, que iba a salir en el acto con rumbo a La Granja. Solicité, telefónicamente, permiso del Mando para ocupar un puesto en el avión, lo obtuve, como siempre—ventajas de mi larga hoja de servicios al Ejército—y surque los aires camino del frente de Guadarrama, donde sabía se estaban desarrollando sucesos bélicos de interés.

Pero aseguro que aun creyendo desde el momento en que tomé mi decisión que no perdería el viaje, nunca pude suponer que mi aventura tendría tan destacado premio.

Porque allí, sobre la sierra madrileña, he tenido ocasión de presenciar uno de los hechos de armas más gloriosos de nuestra invicta Aviación. Desde aquel célebre combate aéreo sobre Madrid, que también presencié y costó al enemigo once aparatos, y desde el del Jarama

en el que le derribamos nueve, no se había registrado otra contienda de importancia hasta hoy en los aires.

Pero lo de hoy ha superado a cuanto cabe imaginar. Los dos primeros días de los ataques en el frente de La Granja-Guadarrama, el enemigo había puesto en juego todos sus más calificados recursos y entre todos una gran masa aérea de bombardeo. Nuestros soldados han aguantado durante dos jornadas los metrallazos de la Aviación roja, sin que por diferentes causas les pudiéramos dar la debida réplica.

En vista de su impunidad, ayer los rojos trataron de mostrarse dueños absolutos del aire y lanzaron 45 aparatos, entre cazas y bombardeo, contra nuestras columnas y posiciones del citado sector.

Yo los ví, un poco inquieto, recorrer la atmósfera para persuadirse de la ausencia de nuestros aviones, y una vez convencidos de que podían actuar sin riesgo, comenzaron a descender hasta escasa altura de nuestras tropas. Eran 45, repito, la mayoría de bombardeo.

De improviso, como si descendiesen del mismo cielo, apareciendo primero como puntos insignificantes en el azul clarísimo y después destacándose más y más, hicieron acto de presencia hasta cuatro escuadrillas de caza nacionales, una veintena de «ligeros» que en maniobra de asombrosa táctica empezaron por situarse encima y a la cola de los «pesados» rojos, y cuando ya estuvieron seguros de tenerles cortada la retirada hacia Madrid y Alcalá, empezaron a lanzarse como verdaderas flechas, más aún, como rayos, sobre los de bombardeo rojos.

¡Qué momentos de inolvidable alegría en nuestro campo! ¡¡Ya cayó uno!!... ¡Aquel cae también! Mirad como se incendia aquel otro!... ¡El más alto ha entrado en barrena!...

Y así durante un cuarto de hora, quince gloriosos minutos que se marcaron con otras quince victorias definitivas. ¡Porque fueron quince los aparatos rojos derribados en un cuarto de hora de victoria inmarcesible de nuestra Aviación! Al cabo de ese tiempo no quedaba ni

un sólo aparato rojo en el aire; los que no habían caído emprendían precipitada fuga sin que ni uno solo, ¡ni uno!, se atreviese a hacer cara a nuestros valerosos cazas, ¡ni aun siendo los rojos más de dobles en número que los nuestros!

Yo no puedo comentar la grandeza de este hecho con el debido acierto. Aún me dura la emoción—me durará mientras viva—de tan gloriosa jornada. Pero, febrilmente, en el mismo avión que me condujo y ahora me devuelve al frente de Vizcaya, trazo estas líneas rebosantes de sinceridad, de júbilo y de admiración hacia los héroes del aire de la España nacional.

(En el aire, el 2 de Junio de 1937).

*** ¡MOLA HA MUERTO! ¡VIVA MOLA!**

¡No ha muerto Mola! ¡No es verdad! No puede morir quien tuvo en vida sobre toda otra cualidad, la de difundir la potencia de su espíritu en triunfadora labor de proselitismo. Mola está aquí entre nosotros, floreciendo en el corazón de cada uno de los soldados. No lo creeréis creer, pero yo os juro que lo que voy a decir es cierto.

Después de conocer al mediodía la noticia del trágico accidente, he creído que mi deber estaba, como siempre, en los campamentos, en los puestos de vanguardia y allí me he ido. A nadie se le había ocultado la noticia. La ha difundido, primero, la radio; después, la han confirmado los jefes de las unidades. Yo os digo que en todas partes, como si obedeciesen a una consigna, ha brotado este único comentario:

¡Mola ha muerto! ¡Viva Mola!

Ni una palabra de angustia, ni un gesto de desaliento. Mola tiene un continuador en cada uno de los hijos de España, en cada jefe, en cada soldado y todos ellos saben que la mejor forma de honrar su memoria estriba en seguir aquella luminosidad de su inagotable alegría, de su opti-

mismo irrefrenable que le brillaba en los ojos y brincaba en sus palabras a cada dos por tres.

Mola estaba seguro del triunfo, porque estaba seguro no de sí mismo, pero sí de sus soldados. Me lo había repetido hace dos noches, por última vez, al poner yo un comentario a la alegría jubilosa que desplegaba diariamente en la conversación conmigo:

—Mi general, le veo a usted muy contento.

—No lo dude usted, querido «Tebib», que no hay hombre en el mundo más feliz que yo. Lo único que faltaba a España era un hombre que la pudiese en pie. Franco lo ha hecho. Los demás, todos, sólo hemos sido ayudantes a sus órdenes, leales, entusiasmados de seguirle y obedecerle hasta lo infinito. Y esto lo saben mis jefes, mis oficiales y mis soldados; llevadlo en el pecho y en la mente, pase lo que pase. Cumplir con el deber, lo cumpliremos con infinita alegría, con optimismo creciente, sean las que fueren las adversidades que se alcen en nuestro camino hacia la gloria de una España redimida, grande y fuerte. Y hay que atrincherarse contra el dolor. Es muy grande lo que estamos haciendo y no se logrará sin sacrificios. Pero será muy pronto y hacia ello vale la pena de sufrir y darlo todo, «Tebib».

He transcrito al pie de la letra la conversación que el martes, a las once de la noche, sostuve con el general Mola. Quizá fué un testamento, que a falta de notario, lo confiaba a quien, por ser periodista, también tiene la misión de levantar acta y dar testimonio de lo que se le encarga o ve. Pero no hacia falta el testimonio. Todos los soldados que han conocido a Mola tenían conciencia de él. Lo he escuchado en un corro de soldados esta misma tarde en el Bizkargui. Un sargento de Falange, después de escuchar a sus soldados, se cuadró ante el capitán de su Centuria, y le dijo:

«Mi capitán, la gente pide luchar en seguida, quiere combatir hoy mismo, ahora mismo, porque dice que es el mejor tributo que se puede rendir al general Mola». Y es verdad.

Las salvas de ordenanza al General con mando, muer-

to en campaña y por la Patria, sonarán muy pronto, pero ¡en Bilbao! De Mola es y seguirá siendo la gloria de nuestro triunfo y cada soldado entrará en la capital bilbaína al grito enardecido de ¡Viva España! La oración fúnebre de estas palabras tremantes azotarán los aires de Bilbao. Mola cayó por España, pero perdura en su Ejército. ¡Ha muerto Mola! ¡Viva Mola!

*** MILLAN ASTRAY HABLA EN EL SEPELIO DEL GENERAL MOLA**

Ya está en el seno de Dios. Ya reposa en paz. Aquí ya le ha despedido, por España entera, el pueblo de Pamplona. Allí para recibirle, han formado en cuadro de honor los gloriosos laureados Primo de Rivera, Sanjurjo, González Tablas, Valdés, Arredondo, La Cruz y Lacasci.

Emilio, con su laureada sobre el pecho, envuelto en la bandera de España, dejó en ese cementerio su envoltura carnal a las ocho y veinte de la tarde; pero su espíritu quedó en el Ejército, floreció en todos sus compañeros de armas, desde el invicto Caudillo al último soldado.

Las nubes, la niebla en estos días ponían sombras de tristeza en el ánimo del General Mola, porque le impedían dar a España la gloria de un nuevo triunfo. Esas nubes, esa niebla, tan enemiga suya, que acabaron por matarle, hoy han huido, cobardes, derrotadas por el sol esplendoroso de la España nueva. Destellos de luz en los campos gloriosos, destellos en las banderas, colgaduras en todos los pueblos y caseríos del largo recorrido recibieron en homenaje póstumo al bravo triunfador de Somosierra, que, por duelo se ensombrecían con las negruras de crepones expresivos del gran dolor que España siente. En aquel pueblecito alavés acogió el paso del cadáver una verdadera lluvia de flores, amapolas, margaritas amari-

llas, ¡siempre la Bandera de España!, en estos caseríos navarros de esta Navarra que, en sus campos, sólo tiene hombres de edad dilatada o zagales de cortos años, que en unión de las bravas mujeres trabajan la tierra porque los hombres todos están en los frentes.

En ese pueblín, una doble fila de ancianos, mujeres y niños han presenciado el paso del cortejo fúnebre, de rodillas, orando por el alma del invencible Mola. Y en Pamplona, la solemnidad ritual, con el más respetuoso fervor del pueblo. De la Comandancia a la Diputación, largo el cortejo, ordenado y solemne en su desfile, el pueblo unánime. Veo la figura simbólica de Millán Astray, doblemente respetable por ostentar la representación del Jefe del Estado, el Generalísimo Franco; después, el Cardenal Primado en compañía de los Obispos de Pamplona, Gerona y auxiliar de Valencia; luego los Gobernadores civiles y militares de Navarra, Alava y Guipúzcoa y los Ayuntamientos y Diputaciones de estas provincias, y detrás, con el general Solchaga, los otros jefes que salieron en unión de Mola para Somosierra, para dar el grito de redención de España.

En el Portazgo de Pamplona se ha despedido oficialmente el duelo, pero todos los camaradas de Mola han seguido hasta el cementerio, y allí, en la penumbra, al atardecer, han tomado el ataúd que encierra sus gloriosos restos los hombros de sus compañeros de siempre: Escámez, Rada, Gazapo, Escribano, Troncoso, todos, en fin, los que con él han labrado, día por día, este glorioso renacer de España.

Ya, frente al nicho, un minuto de silencio, el General Millán Astray habla por España entera. Dice: «Emilio Mola Vidal, Caballero Gran Cruz de San Fernando, General invicto del Ejército del Norte, el héroe de Dar Acoba al frente de los Regulares. El héroe de Somosierra al frente de la flor de la juventud española.

Emilio Mola Vidal, el más leal de todos los leales, el más bravo de todos sus camaradas, descansa en paz. En nombre del Jefe del Estado, del Caudillo, del Generalísimo Franco, yo te deseo el reposo eterno por última vez.

En nombre de la Patria te demuestro mi gratitud. Emilio Mola Vidal, la gloria de tu vida y de tu muerte nos servirá a todos de ejemplo. ¡Viva España! ¡Viva el Generalísimo! ¡Viva Mola! ¡Viva Mola! ¡Viva Mola!»

Cuando todos, enardecidos contestábamos estos vivas, el General Millás Astray, el fundador de la Legión, levantó su voz con la oración póstuma que se reza siempre al dar tierra a un legionario: el Himno de la Legión.

Ya colgados en la serenidad de la noche los primeros luceros, dejamos al ilustre General, al gran español, al invencible militar en la calma y sosiego de la tierra. Desfilan ante él sus camaradas y sólo por un momento, no más, tienen lágrimas en los ojos, pero a los pocos pasos se renace la raza que dió hombres como Mola y grita: ¡Por Mola y por España, adelante!

COMO FUE LA GRAN CATASTROFE

Grandes han sido los pecados de los españoles todos. Justo es que los purguemos con acerbos dolores. El de hoy no tiene par para los que amamos a España y a su glorioso Ejército.

Amplio mi nota anterior.

El general Mola, el glorioso general jefe del Ejército del Norte era el brazo derecho del Caudillo y su más eficaz colaborador en todo momento, desde los primeros días de la iniciación del Movimiento salvador.

Nuestro pensamiento va hacia el pueblo de Alcocero, en la ruta aérea entre Vitoria y Burgos, donde ocurrió el desgraciado accidente de aviación.

Como ya apuntamos ayer a vuelo pluma, saliera el general Mola de Vitoria a las diez de la mañana con rumbo a Valladolid, con objeto de despachar asuntos de trámite de las tropas de su mando. No tenía, repito, precisión de hacer este viaje, pero continuando el mal tiempo en el frente de Vizcaya, imposibilitando las operaciones preparadas, quiso Mola aprovechar el forzado día de des-

canso en resolver esas pequeñas cuestiones en trámite que estaban aplazadas, esperando que sus ocupaciones marciales le permitiesen prestar atención a tales pequeñeces.

Sobre Vitoria no era del todo malo el tiempo, como no lo era a dicha hora sobre Burgos y Valladolid.

Sobre Pancorbo se acusaban nubes tormentosas y ráfagas de viento de alguna violencia.

Mola, decidió, no obstante, hacer el viaje en avión para poder regresar en el día. Acompañaban al general Mola, como ya es sabido, el capitán piloto, señor Chamorro; su ayudante, el teniente coronel Pozas; el comandante de su Estado Mayor, señor Senac y un mecánico.

Sobre las diez y media debió de ocurrir el accidente.

Sin duda alguna ráfaga de viento hizo perder altura al aparato, lanzándolo contra un cerro situado a tres kilómetros al Sur del pueblo de Alcocero.

Los observadores radio aéreos se dieron cuenta del accidente y pidieron a Vitoria que dijieran qué aparato bimotor había salido con dirección a Burgos. Se comunicó que tan sólo el ocupado por el general Mola había salido.

Rápidamente se dió cuenta el Estado Mayor de Burgos del suceso, saliendo en varios coches con el general de la División, el coronel Aizpuru y otros del Cuartel General.

Orientados, efectivamente, por un pastor que había visto bajar violentamente al bimotor, hallaron a éste destrozado y muertos a los cinco ocupantes. Unos instantes horribles. Los cadáveres trasladáronse en ambulancias a Burgos, donde el pesar es enorme.

Ha muerto el invicto general por España, que era su mayor ambición. El morir por la Patria es honor supremo y Mola no aspiraba otra cosa. Venía satisfecho, optimista, entusiasmado con sus soldados, de los que me decía hace dos noches, charlando alegremente conmigo de cosas de la guerra:

—La Patria que da soldados como los que yo mando, es invencible.

No pedía Mola a cuantos le rodeábamos más que el cumplimiento del deber, pero de buen talante y del mejor humor.

Hay que seguir su consejo. Su muerte es una gran desgracia, pero hay que acogerla con serenidad, como lo hace España, sobre todo porque lo esencial de la obra de Mola estriba en la siembra de optimismo que había hecho en cuantos le obedecían.

Aquí, en el Ejército de Vizcaya, no se llorará su muerte. Se gritará con más enardecido espíritu que nunca: ¡Mola ha muerto! ¡Viva Mola! Vivirá siempre en el alma y en el corazón de sus soldados, a los que seguirá conduciendo a la victoria, porque en lograrla saben sus tropas que está la mejor manera de honrar la memoria de su invicto general.

HABLANDO CON UN PRISIONERO CONSCIENTE

La guerra duerme su siesta quieta en este domingo que amaneció cubierto de nubes para nuestra desesperación y ha ido poco a poco despejando para que aún fuese mayor nuestro coraje de no haberlo podido aprovechar con un nuevo avance, con un paso más de los pocos que ya nos quedan por dar en el camino del triunfo definitivo. La guerra duerme su siesta y no hay nada que sirva al cronista como tema para un comentario, aun cuando salió como todos los días a buscarlo a la fuente misma de toda emoción a la línea de nuestra vanguardia. En vano he interrogado. Nada, lo de todos los días. Por fin, en el sector de Bautista Sánchez, éste, compadecido de mi desalentada rebusca de asunto comentable, me dice:

—Mira, ahí tengo unos prisioneros del último encuentro. Habla con ellos si quieres y quizá les saques algo de provecho.

No es mi fuerte, lo confieso, este de interrogar a los caídos. De un lado porque desde el principio de la campaña estoy plenamente convencido de que en sus declaraciones pocas veces hay algo aprovechable. Los unos, como abedeciendo a una consigna, quizás aleccionados, cuen-

tan invariablemente el mismo cuento del engaño, de cómo les hicieron tomar las armas e ir al frente a la fuerza, pero añadiendo que su corazón estuvo siempre al lado de nuestra causa. Estos emplean un hablar melifluo, unos giros en la conversación, adulones, lagoteros... ¡repugnantes!, al menos para mí carácter. Los otros porque se encierran en impenetrable mutismo, que acaba por parecerme insolente y, desde luego, desafiador, y si hablan algo es para decir, con tono hosco y ceñudo semblante, que no saben nada de nada. Este género de declaraciones de prisioneros, a pesar de los pesares, más lo prefiero al otro; por lo menos tienen la dignidad del momento y evidencian firmeza de convicciones, torpes y repudiables, pero convicciones al fin.

Pero, en resumen, ni de unos ni de otros se obtiene nada aprovechable, si omitimos lo pintoresco. Además creo que es, desde luego, molesto y poco simpático el acercarse a un vencido, sólo por curiosidad, para en sus heridas rebuscar algo visceral, algo que palpite. A veces me parece que equivale a meter la mano en un pecho vivo para asir un corazón y sacarlo al exterior para verle sangrar estrujado por dedos-tenazas, implacables.

Estos prisioneros de hoy han acogido con frialdad indolente mi saludo. «El buenas tardes» sólo ha tenido como réplica un refunfuño. Me he sentado cerca de donde están y he acudido a ese embajador supremo entre gentes españolas que es el cigarrillo.

—¿Quieren ustedes fumar...?

Movimiento de innegable sorpresa. Casi todos aceptan y hasta algunos, al tomar el «pitillo», apuntan una sonrisa de agradecimiento. ¡Gran consuelo este del tabaco! ¡Cuántas penas se consumen, se diluyen, se funden en sus leves espirales de humo azulino...!

Fuman en silencio. No sé cómo abordarles. Uno de ellos parece tener ganas de conversar.

—Buena tarde, ¿verdad?

—Magnífica.

—¿No operan ustedes hoy...?

—Creo que ya no se hará nada; a menos que los de usted se decidan a atacarnos...

—No sé. No creo...

Silencio embarazoso. Ellos y yo nos miramos. Sin querer unos y otros hemos entrado de buenas a primeras en terreno resbaladizo. La agudeza del que habló rectifica la conversación hacia camino mejor trillado.

—Usted no parece militar...

—Soy periodista.

—¡Ah...!

Sonrisa maliciosa en todos. Una serie de miradas furtivas entre ellos es seguida de otra serie de chispas de recelo de los ojos hacia mi persona.

—Sí, insisto. Soy periodista. Me llaman «El Tebib Arrumi».

—¿Cómo dice...?

—Sí, hombre, sí—interrumpe uno hasta entonces callado—; El médico de moros.

—Perdón, amigo—le rectifico—; El médico cristiano.

—Es verdad. Disculpe. Yo creía que era de moros, pero tiene usted razón. Arrumi o Er Rumi quiere decir cristiano en árabe, o por lo menos en Selja, en rifeño.

Me asombra la erudición africanista del interlocutor y, a mi vez, inquiero curioso:

—¿Ha estado usted en Marruecos por lo que se ve...?

—Sí, señor. Y además soy médico como usted, es decir, médico todavía no lo soy. Estudiaba sexto año cuando llegé esto...

—Pues me alegro encontrar a un compañero.

Y le tiendo la mano. El estudiante de Medicina se queda indeciso. Mira a los demás, me mira luego a mí, intensamente, inteligentemente, a los ojos, y acaba por estrechar ¡y con qué fuerza!, la mano que espontáneamente le he tendido.

No me siento con valor después de este gesto para abordar el preconcebido interrogatorio. Estoy como cohibido. ¿Qué pensarán de mí estas gentes?, me digo. ¿Debo yo martirizarlos con preguntas pueriles o indiscretas...? ¿Me gustaría a mí que conmigo hiciesen algo parecido...?

—«Señores, buenas tardes y buena suerte». Y ya unos pasos más lejos, la voz de mi conciencia me obliga a decir, pluralizando, pero con la mirada personalizando en el colega: «Si les puedo ser útil en algo...».

—Nada. No. Nada. Muchas gracias... Adiós. Salud.

Camino ya hacia mi coche. De pronto siento que me cogen de un brazo.

—Perdone usted, señor Tebib...

Es el presunto médico en ciernes.

—Diga lo que sea...

—No. No es nada. Primero darle las gracias en nombre de todos esos camaradas desgraciados por su generosidad y discreción periodística. Después, si pudiese usted algún día, cuando lleguen ustedes a Bilbao, vea si en la calle de San Francisco, número..., peluquería, está mi padre Fulano de Tal, y si está que le diga usted que yo cumplí con mi deber hasta lo último, que no crea que yo me pasé. Que me cogieron con la ambulancia a mi cargo, llena de heridos y porque no podía abandonarlos, aunque, si lo hubiera hecho, seguramente no habría caído prisionero. Sólo quiero eso y...

—¿Y qué más...?

—Y que le añada usted que cuando me lleven a fusilar yo sabré morir como él me decía que morían los hombres de corazón.

—Pero, ¿usted cree que le van a fusilar, que le «vamos» a fusilar?

—Estoy científicamente. A mí como a todos.

—Usted es un hombre inteligente, hombre de carrera. ¿Cómo puede usted creer tal cosa? ¿Qué indicios tiene usted para suponernos tan cruelmente vengativos?

—Todos lo dicen; lo dicen desde el primer día de la guerra. Todos sabemos que no respetan ustedes la vida de un prisionero y aun de los que se pasan por su gusto muchos caen...

—Eso es una impostura que usted y sus camaradas comprobarán muy pronto.

—Nosotros no nos ensafiamos con el vencido, le tende-

mos la mano generosamente como yo hice antes con usted.

—No es lo mismo. Usted no es militar.

—¡Qué error! Todavía nosotros, los que no somos militares, podemos sentir el tirón de la ira revanchista; pero esos, los que a diario se juegan bravamente la vida, dando el pecho al enemigo, ¿cómo puede usted suponer que han de abrigar la mezquindad de ensañarse con el caído? ¿No es usted español?

—De Madrid, nada más.

—Y siendo de Madrid, que es ser de toda España, de lo mejor de España, ¿juzga usted así de sus compatriotas?

—Se han hecho tantas bestialidades... Se han cometido tantos crímenes...

—Eso es cierto. «¡Han cometido ustedes, los rojos, tantos crímenes!»... Pero, amigo, aquí sabemos distinguir entre el ejecutor ciego o forzado y el impulsador de alma negra y ruines fines. Ya ve usted, como le digo lo uno le digo lo otro. A esos sí; a todos esos los fusilaremos, y del mejor grado, sin perdonar ni a uno solo. Pero nosotros sabemos de sobra que esos no vienen al campo de batalla, que no es aquí donde cabe pensar que les hemos de echar el guante. Esos están en Bilbao, en Madrid, en Valencia o en el extranjero, pero ya caerán y seremos implacables con ellos. Pero ¡con ustedes...!

—Es que yo, por ejemplo, soy anarquista por convicción y milito en la F. A. I. y no pienso renegar de mis principios, de mis ideales.

—Pues usted y los que como usted se aferren a esos ideales, no podrán vivir en España o tendrán que vivir recintados para que no continúen en su maléfica propaganda y nefasto proselitismo. Pero no les pediremos que claudiquen de esos principios que abominamos, ni hemos de quitarles por ellos la vida... Pasan de veinte mil los prisioneros que llevamos hechos y todos, salvo los que quedaron bajo la prueba inconcusa de sus criminales desmanes, viven en nuestra zona, presos, vigilados, pero viven. Y cuando la guerra acabe tendrán que dar muestras convincentes de haber rectificado sus vidas e idea-

les, o seguirán en la cárcel si no cabe la deportación. Pero no se atentará contra sus vidas. Lo sé de cierto.

Un silencio prolongado. En la cara del muchacho se había estado dibujando, durante todo el diálogo, una sonrisita escéptica, hiriente; pero, al final, el pobre prisionero, tras de una gran pausa y no un menor suspiro, a su vez me tendió la mano y me dijo:

—Si ellos, aquellos—señalando al campo enemigo, en la placidez de la tarde dominical, encalmada, silente—conociesen esa verdad que usted con tanta fe que convence, afirma... Mañana estarían aquí, no una docena, sino docenas de millares, porque, verdad por verdad, yo le afirmo a usted que no hay en el campo nuestro ni un solo hombre que no esté ya plenamente convencido de que tenemos perdida la guerra...

Y, tras de una breve pausa, con amargura añadió:

—Sólo que allí nadie cree en esa generosidad de ustedes y muchos se encargan de decir todos los días lo contrario. Créame, amigo. Nosotros estamos ya en el trance de Don Quijote, luchando contra nuestras propias quimeras. Nosotros vivimos bajo la acción de ese gran veneno que se llama la Propaganda, que pocas veces, muy pocas, refleja la verdad, pero que siempre, siempre, obedece ciega a la perversidad de sentenciar de los que mandan en todo, en todo, ¡hasta en la vida de los hombres, la paz de los pueblos y la rectitud de las conciencias! No traiciono mis ideales al decirle que me ha convencido usted y que le creo; que creo en la generosidad de los suyos. No tenía miedo a ser fusilado. Se lo aseguro. Hubiera muerto sereno, aunque en el fondo de mi alma con la pena de que fuésemos así, tan bárbaramente crueles, los hijos de la misma madre... Mucha pena, señor Tebib, mucha pena. ¡Ah, si yo pudiese hacer «propaganda», si yo pudiese decir todo esto por allí, por el lado de Bilbao...!

Tarde del 6 de Junio.

RECUERDOS DE MOLA

Gigante con alma de niño

Era eso: Un gigante con espíritu de niño.

Dentro de Mola había, como suele haber siempre dentro de cada hombre, dos personalidades distintas. Una la externa, la de carácter oficial, la del militar disciplinado, severo en cumplir y hacer cumplir los reglamentos; parco en palabras en los actos de servicio, austero en elogios para que cuando los hubiese de tributar tuviesen todo su altísimo valor. Por esta personalidad pública, Mola gozaba fama de adusto, de «seriote», de exigente. Otra personalidad, la íntima, la particular de su vida de hombre, era la antítesis de la primera. Porque Mola era no sólo verdadera flor de optimismo, sino hombre constantemente regocijado, alegre en plenitud, eufórico hasta el desbordamiento, bromeador constante con sus íntimos, «padrazo» de los que ven caer su baba hablando de sus angelotes.

Era en lo alto del Sollube. La operación iba magníficamente. Repetidas veces había dicho al coronel Vigón: «Me gusta como va esto. Quedaremos en magnífica posición.»

De pronto se volvió a su ayudante Pozas y le dijo: «Oye, ¿pero tú piensas que tu General se muera de hambre...?»

Pozas, el hermano, más que ayudante de Mola, mientras ordenaba que trajesen un parvo yantar de campaña, se atrevió a decirle: «Cuando tú te acuerdas de que hay que comer, es que la cosa va bien ¿eh? ¡Caramba, que hay días que nos tienes en ayunas hasta media tarde!»

Corro en torno del General sentado plenamente sobre la hierba. El General entre bocado y bocado de dorada tortilla, canturrea. De pronto, dirigiéndose a mí, infantilmente exclama:

—Tebib ¿anda usted muy fuerte en matemáticas...?

—Como usted ordene, mi General.

—Pues a ver si me resuelve usted este problema. En una clase de Instituto entra un Catedrático nuevo y para tantear a sus discípulos les propone el siguiente problema: Esta clase tiene ocho metros de largo por cuatro de ancho; el encerado tiene dos metros en cuadro y las ventanas uno y medio de alto por uno de ancho. Con estos datos averiguar mi edad... ¿Usted sabría resolver ese problema del nuevo Catedrático...? (Risas generales). No, no se rían ustedes. Uno de los alumnos lo resolvió en el acto. Ponéndose en pie dijo al Catedrático: Ya está, señor profesor. Usted tiene justos cuarenta y cuatro años. La estupefacción del maestro no tuvo límites, porque en efecto, tenía esa edad. ¿Cómo lo ha podido usted averiguar? Interrogó; el alumno, sin cohibirse, respondió. Muy sencillo, señor profesor. Yo tengo un hermano que es medio tonto y tiene justos veintidós años...!

Risas, comentarios, alegría general. El General sigue en su personalidad íntima. El cuento del avispado chiquillo le lleva a hablar de su pequeñín, de su amadísimo Emilio.

—Son terribles los chiquillos. Ayer, el mío le preguntaba a su madre, viendo cómo ponía a una gallina clueca huevos de otras gallinas: «Oye, mamá. ¿Los pollitos que salgan, a quién tienen que querer más a la gallina que pone el huevo o a la gallina que los saca del huevo con el calor, como tú dices...?» Su madre se quedó vacilante, y luego, por salir del paso, dijo: «Pues a la gallina que con su calor los saca del huevo». Y Emilín, a media voz, y tras de pensarlo, repuso: «Entonces yo tengo que querer más que a tí a la chacha, porque ella es la que me duerme y se echa en la cama conmigo y me da calor.»

Y al General se le cae la baba hablando de su Emilio, de sus pequeñas. Y ya en trance de seguir dando rienda suelta a su personalidad de hombre extraordinariamente cordial, agradable, infantilísimo, se entrega a su afición favorita, la fotografía; toma su máquina y nos fotografía a todos. A mí con su ayudante Pozas; a su Jefe de

Estado Mayor, a los ordenanzas que en no apartado grupo despachan con buen diente los restos de la cesta de la merienda, y por fin, a sí mismo, emplazando su máquina de resorte y poniéndose muy serio, muy serio para, como dijo con gracejo insuperable: «Quiero salir de ogro, de general Mola en funciones de comerse a todo el mundo crudo.»

En fin, quiero hablar de su grande amor, de su amor por excelencia, de su Navarra.

Era tal la devoción que sentía por el hermoso país que le había proclamado su hijo adoptivo, que en cuanto lo permitían los apremios de la guerra, hacía una escapada y se plantaba en Pamplona. Muchas noches, después de todo un día de operaciones difíciles, después de comunicar con Su Excelencia y dictar las órdenes para la siguiente jornada, Mola, sin cenar aún, se escabullía materialmente de visitas y presentaciones, y tomando su auto se escapaba a Pamplona: «Tebib, es que Navarra es ilo mejor del mundo!, para mí la Tierra de Promisión», me decía hace pocas noches, la del martes, cuando me estrechaba la mano con un hasta mañana alegre y salía sin tomar alimento camino de la tierra querida.

Para que su mujer, sus hijos, su venerable padre no tuviesen celos justos, a Pamplona los había llevado y así al satisfacer su siempre palpitante deseo de estar un minuto en Navarra, estaba al par con los pedazos más queridos de su propio ser.

Un día le pregunté al General: Mi General ¿a qué aspira usted cuando acabe todo eso de la guerra? Y el General, sin vacilaciones, me repuso: Una casita rústica por fuera, cómoda y alegre por dentro. Cinco o seis hectáreas de tierras cultivables, una yunta y dos vacas en la cuadra, más un caballo de buena ensambladura, papel de escribir, doscientos libros viejos y lo que valga la pena de los nuevos; de vez en cuando la visita de un amigo, de un compañero de armas; un buen estudio fotográfico, periódicos del día, y todo ello en Navarra, cerquita de Pamplona, por sí entra, que no entrará, la nostalgia del

trato de gentes, pero siempre en Navarra. ¡Ah! y una buena gramola con el disco de su tío de usted, de Albéniz, que a Navarra dedicó y que es su página más gloriosa, más sublime, porque en ella está Navarra entera.»

Mola no pensaba nunca en la muerte. Por eso no podía decir que después de muerto, en Navarra quería que reposasen sus restos. Pero allí quedaron para siempre. Navarra le debe ese tributo en pago a su inmenso amor. España, que es Navarra, sublimada, está en la obligación de levantar a sus hijos, a su esposa adorada, esa humilde, pero alegre casita, y al pie de ella, en piedra del roncal, una inscripción que rece: «Al invicto Mola, hijo de Navarra y gloria de España. Por lo que a una y otra amó, dió y honró.»

LA VERDAD DE LA GUERRA

Cuando los Ejércitos siguen con plan, con método, una estrategia bien calculada, día por día, tejen su obra sin que afecte para nada el plan general con las incidencias del diario batallar, flujo y reflujo constante que no altera el ritmo de la marcha hacia la victoria final.

Las retaguardias, desgraciadamente, se hacen pocas veces cargo de esto. Viven con un apetito insaciable de triunfos y no admiten ni siquiera que se les dilate el momento de satisfacer su hambre y sed de victorias; porque es así, los hombres de gobierno en países de guerra, cuidan tanto de la moral de sus soldados, como de la moral de la retaguardia, y son pocos, muy pocos, los que se atreven a enfrentarse con esta última esgrimiendo el arma de la verdad, de toda la verdad y de no más que la verdad de la guerra.

Partida de ajedrez es siempre ésta, y por tanto no basta con saber jugar mejor y tener más perfectamente calculado el plan de ataque, porque a cada pieza blanca que se mueve, corresponde un movimiento de las negras y ya es sabido que hasta el «chambón» más inconsciente y tor-

pe, con solo avanzar un peón puede desbaratar en todos sus detalles la situación del juego a lo que sus cálculos y destreza querían llegar para alcanzar el final triunfador del «jaque mate».

¿Que por qué digo esto a mis lectores? Pues sencillamente por que observo de un lado el espíritu de nuestros dirigentes y por otro el de nuestra retaguardia, y veo en el ánimo de aquellos una plausible inclinación a no decir de la guerra más que la verdad, y en la retaguardia una nerviosa impaciencia creciente que ni con la verdad se compadece ni con ella se satisface.

Este es el caso de la toma de Bilbao. A diario el «Parte Oficial» expresa la esencia de la misma verdad de la guerra, y a diario las gentes de retaguardia, después de oírla, se preguntan: «Bien; sí. Esa es la situación, pero... ¿cuándo entramos en Bilbao?». Y si en los partes oficiales o en los relatos de los periodistas se dice que el enemigo fué durísimamente castigado, la retaguardia repite con tozudez inflexible: «¿Entonces... cuándo entramos en Bilbao...?» Y cuando, por desgracia con tanta frecuencia, se da cuenta de la triste verdad del mal tiempo, que retrasa y obstaculiza el desarrollo de los planes, las gentes, cariacontecidas, como si ese factor meteorológico fuese de los que se tienen en la mano y cabe dirigirlos, impulsarlos o contenerlos, sigue exclamando: «¿Mal tiempo...? Sí, sí. Pero... ¿cuándo entramos en Bilbao?»

Y si por acaso razones de buena táctica aconsejan el abandono de una posición para volver a conquistarla en su día, a su hora y en condiciones de plena seguridad, la retaguardia, que no quiere más verdad de la guerra que, en verdad, lo que conviene a sus legítimos deseos, muestra su recelo en frases de tibieza o en preguntas a todas luces derrotistas. Y, sin embargo, la guerra, lo repito, es juego de ajedrez, con fintas y paradas, con avances y retrocesos, incluso con simulaciones, verdaderas celadas que se tienden al enemigo para mejor destrozarle, para cogerle en posición más descubierta, para inflingirle más centrado y profundo castigo.

Estamos muy mal acostumbrados los nacionales. Qui-

zás no exista en el mundo un caso de guerra como el nuestro en el que todo, todo, desde el primer día, han sido victorias. Ni la incidencia de un repliegue considerable ha tenido que soportar nuestra retaguardia. Y a pesar de esto, la verdad de la guerra no le deja tranquila, no le satisface. A veces pensamos si no seremos nosotros los equivocados, si realmente no aciertan más en su tratamiento a la retaguardia los rojos que sólo emplean el lenguaje de la mentira, que sólo sirven en sus informes el embuste y el engaño. Quizás fuera mejor que nuestra cantante verdad, absoluta e inmovible, una bufa parodia de ella. Quizás deberíamos ya de haber dicho que estábamos en las primeras casas de Bilbao, como decían en Octubre los rojos mineros de Oviedo, o que tenemos cercado Santander, como ellos dicen de Huesca, desde el primer día de la guerra. Y en los días—como el de hoy—en que el tiempo no nos deja operar, quizás deberíamos inventar uno de esos contraataques que se contestan tremendamente, como los que se simulan a diario por los rojos de Madrid, que llegan hasta disparar durante horas sus baterías sin ninguna razón táctica, ni objetivo determinado, para que, al ser escuchado por los madrileños el insistente cañoneo, puedan luego creer a la Radio Madrid, que canta la proeza de una magnífica victoria.

El Caudillo está haciendo a la retaguardia el honor de tratarla como a cosa consciente, como a mayor de edad. Al consciente adulto se le sirve siempre la «realidad de verdad». Así lo hace Franco. La retaguardia, si quiere merecer ese trato de honor y consideración, ha de mostrarse digna, firme, creyente, serena, inteligente, comprensiva y, sobre todo, plétórica de fe y ayuna de nerviosismos. Si no lo hace, habrá que pensar en tratarla como se trata a los chiquillos, con cuentos y pamplinas, con engaños burdos. ¡Como si fuese la incauta retaguardia roja!

Vitoria, 6 de Junio.

*** EL ALMANAQUE SIGUE CAMBIADO EN VIZCAYA**

Dos casos del heroísmo de nuestros soldados

¿Green ustedes que estamos a 8 de Junio? Eso dice el almanaque, pero aquí, en Vizcaya, estamos en los últimos días de Noviembre.

El tiempo brinda a los escritores de tesis un título que bien pudiera ser el de «Otoño en Primavera». Me lo ha sugerido el temporal que se nos ha venido encima, y que, naturalmente, imposibilita en absoluto todo género de operaciones militares. Claro está que esto no tiene importancia; algún día vendrá bueno, y seguramente sabremos aprovecharlo.

Cuando el enemigo tiene que enfrentarse con soldados como los que aquí tiene España, todo empeño de resistencia resulta inútil. Y digo éstos, porque en mi correría de hoy he aprendido dos nuevas cosas de singular heroísmo, que están absolutamente inéditas y que yo quiero revelar. Una de ellas, es el de un moro, cabo del grupo de Regulares de Tetuán, que en el último día de operaciones, habiendo rebasado con creces la línea extrema del avance, se encontró inopinadamente sobre una carretera, por la que venían huyendo, varias camionetas de milicianos rojos, y no se le ocurrió más que ponerse en mitad del camino, y echándose el fusil a la cara, trató de detener a las camionetas y a sus ocupantes. El resultado de su audacia fué que le atropellaron los coches y que hoy está con las dos piernas rotas en el hospital de Vitoria.

El otro caso puedo puntualizarlo más aún, y a fe que vale la pena. Es el del cabo del Batallón de San Marcial, habilitado para sargento, Anfiloquio González García, que en un contraataque enemigo, en una avanzadilla en las tomas que rodean al Bizkargui, un monterazo se le llevó

de raíz el brazo izquierdo. El muchacho, que estaba al frente de una guerrilla de extrema vanguardia, para dar ánimos a los suyos, pues trataba al enemigo de rodear la avanzadilla, en un gesto magnífico, cogió con su mano derecha el brazo que le acababan de cercenar, y agitando en el aire, a guisa de bandera, dió gritos de ¡adelante, muchachos! y ¡viva España!, y, en efecto, él y sus soldados arremetieron a la bayoneta contra el grupo de rojos que trataban de envolverlos, haciéndolos huir.

Anfiloquio González García parece que fué propuesto para la Laureada y que se ha dado orden para que se cursen los trámites lo más rápidamente posible.

Que construyan trincheras los rojos, mientras contamos en nuestras filas con héroes de este temple, lo mismo se nos da. Cuando llegue el momento, no puede ser la victoria mas que de tales soldados.

*** UN CHICO DE CORAZON Y UNA FRASE ESPARTANA**

Camino hacia la retaguardia, de regreso del frente. El automóvil quedó en una revuelta del camino, oculto en su insignificancia entre esos grandes camiones que tan diestramente emplean los servidores durante los días de combate y para evitar no fáciles pero posibles desagradables sorpresas aéreas enemigas. Antes de dar con el cochecillo, cruzo en mi marcha una compañía del Requeté Zumalacárregui—ya antiguo amigo mío—que en descanso, toma el rancho de la tarde. Llevo hambre, verdadera hambre, y me atrevo a pedir que me la remedien. El capellán, amable, me conduce hasta los peroles. Mi sorpresa no tiene límites cuando observo al ranchero, que muy poseído del papel, maneja diestro el clásico cucharón y demuestra unas condiciones de administrador insuperables al poner en cada plato de cada requeté, la dosis justa y equitativa del caldo, patatas y carne.

Porque... este ranchero, no levanta del suelo mucho más que el cucharón que maneja en su habilísimo reparto; porque el ranchero de esta compañía del Tercio Zumalacárregui, es simplemente Eduardo, Eduardito como le llaman todos los requetés.

Y Eduardito es un verdadero «caso». Tiene sus buenos ocho años, pero está muy crecido. El Tercio de Zumalacárregui le encontró abandonado en un pueblo. Su padre, rojo cereza, se había ido a guerrear. Su madre había muerto y el resto de sus parientes no pasaron por hacerse cargo de él. Golfeante, vivía de la caridad de sus convecinos. Al entrar los requetés en el pueblo, sólo los esperaba Eduardo, que les vio llegar sin inmutarse, y desde el primer momento se quedó extasiado al ver cómo repartían el rancho. El Tercio le prohibió y el chiquillo es algo así como el príncipe soberano de aquellos bravos muchachos. La única y eterna disputa en el Zumalacárregui, se levanta siempre a base del chiquillo, porque a mimarle y a buscarle buena cama en los pueblos, a abrigo en las frías noches del invierno, a escogerle lugar seguro cuando el Tercio tienen un avance o sufre un contraataque, todos quieren ser los primeros.

Eduardo da su trabajo de «ranchero»; pero da algo más, da sus besos, sus caricias a los que caen heridos o están enfermos. Y da su «Padre Nuestro», al que todos contestan cuando algún requeté, envuelto en la sagrada Bandera de España, queda en un hoyo de la tierra vasca....

¡Admirables requetés guipuzcoanos! El capellán que me cuenta el «caso» de Eduardito, pone final a su charla con esta anécdota espartana:

«Si es verdad que caen y han caído muchos. Hace días tropecé en mi marcha con un requeté de la compañía que salió conmigo en los primeros días de Julio para la campaña. Le pregunté por todos. Casi todos habían caído ya. «¿Quedáis muchos de los de entonces?», inquiero, y el me repuso: «Sólo catorce...»

Y añadió en el acto: ¡Pero las madres españolas seguirán pariendo hijos como aquellos!

*** DILUVIANDO EN LAS VASCONGADAS**

Interesantes documentos cogidos a los rojos

No podía ser por menos que las nubes se descuajasen, y, en efecto, desde las tres de la tarde ha caído sobre Vizcaya, Guipúzcoa y Alava un verdadero diluvio.

Lo malo es que los viajeros llegados hoy del Sur de Francia, dicen que en toda la zona de los Pirineos las lluvias y vendaval son imponentes.

Ya que no hay otras noticias para llenar mi misión, copio un documento que fué recogido en el cadáver del capitán de un campamento de gudarís.

El documento es una orden general firmada por el consejero del generalísimo Aguirre, suscrita por el general de brigada, comandante en jefe, Manuel Barrio.

Da idea esta orden de la organización del ejército de Aguirre, y vale la pena transcribirla. Está fechada en 3 del corriente, y dice así:

«El inspector general de Sanidad Militar me remite el siguiente escrito que ordeno se haga público en todo el ejército de mi mando:

La frecuencia con que en el cementerio se presentan milicianos fallecidos (textual), cuya identificación es imposible, por no traer ninguna clase de documentos, carnets, ni siquiera la chapa correspondiente, dificulta la labor de nuestra sección de información y estadística, obligando a fotografiar a multitud de cadáveres, que es la única documentación que queda en nuestro archivo.

Hoy me comunica el señor Administrador de dicho Cementerio, que ni aun esa operación puede realizar en muchos casos, porque la descomposición de los cuerpos obliga a un rápido enterramiento, y por ser cada día mayor el número de muertos que llegan a este Cementerio.»

Aunque el documento es bastante macabro, no me he resistido a la tentación de reproducirlo, de un lado, porque resulta muy curioso que los gudaris muertos se presenten ellos mismos en el Cementerio, y que tengan la desfachatez de hacerlo sin documentación; de otra parte, porque da idea de la cantidad de bajas que debió de tener el enemigo cuando de esta forma se acumulan en el campamento, y, en fin, porque revela el estado de organización que tiene un ejército que para comprobar la identidad de sus soldados fallecidos, tiene que apelar, como único procedimiento, a fotografiar los cadáveres.

En mi poder han caído otros varios documentos no menos curiosos que éste, y entre ellos otra orden general de Aguirre, avalada también por el comisario político, que firma E. Amigo, por la cual se dan instrucciones para el reposo de soldados, oficiales y alto mando, llegando a decir que no es tolerable que las horas de sueño las dedique la tropa al juego, y los mandos a mantener reuniones, conversaciones y comentarios, que son de todo punto inadmisibles en una buena disciplina militar, y también esto es textual.

PERIODISMO ROJO

Cuando en la mañana de ayer, y en la tregua que la niebla impuso a nuestras columnas operantes sobre las lomas que dominan los pueblos de Amorebieta y Lemona, me decidí a hacer una rápida incursión por el interior del pueblo primeramente citado. Estaba bien lejos de mí ánimo la idea de que lo que más había de impresionar al periodista, en su visita prometedora, iba a ser ni más ni menos que... ¡un periódico!

Y sin embargo, fué así. En el interior de una casa de buena apariencia, y enteramente respetada por los rojos—de donde deducimos que debería de ser alojamiento de jefes, oficiales vasco separatistas, o algo por el estilo—en-

contramos sobre una mesa de roble dos grandes paquetes de periódicos, todos del mismo título y supongo que todos de idéntica fecha: la del 26. Sin duda esos periódicos dejaron de repartirse a causa de la orden de evacuación y destrucción—por cierto, sólo en parte del pueblo, y no grande, conseguida—ya dada en vista de la proximidad de nuestros soldados. Pues bien, el periódico, fechado en Bilbao el día 26, lleva por título «La lucha de Clases» y por lema el de «Diario Socialista del Norte y portavoz de la U. G. T.»

No se trata de un periódico nuevo, aunque si rejuvenecido desde Julio acá, de tal forma, que no lo conociese hoy ni su mismo fundador. Se trata de un «órgano de opinión», serio, acreditado, con historia, y no de un libelo de circunstancias, ni una hoja de escandalera extremista. Yo no voy a cometer la insensatez de reproducir aquí ningún texto del periódico. No vale la pena. Con que copie y sirva a los lectores los títulos y epígrafes, bastará para que se den cabal idea de «cómo las gasta» la «Lucha de Clases», de Bilbao.

Oído, que vale la pena:

Titular a toda la plana: «¡Hasta las piedras de nuestras montañas se desprenden enloquecidas cuando soldados extranjeros pretenden hollarlas con sus patas!...» ¡Eh, qué tal?... Y nosotros sin enterarnos de ese terremoto de las montañas vizcainas. Piedras si hemos visto desprenderse de los montes, pero ha sido a causa de la ultra-veloz carrera que, cuesta abajo, emprendieron todos los días los rojos, al coronar nuestros soldados los ingentes crestones que no supieron defender.

Otro título, a dos columnas: «Habló Ossorio y Gallardo: El abrazo de Vergara no puso término a la guerra; la alargó treinta o cuarenta años». ¡Magnífico! Habló el buey y dijo: ¡mú! Pero no está demás el mujido del «trasto primero» de la España roja, porque, en efecto, no estamos, no podemos estar para abrazos. Y cuando uno no quiere, pues... dos no se abrazan ni en Vergara ni en Sabadell.

Curiosidad y heroísmo (a cuatro columnas): «Un mé-

dico lleva desde Ginebra hasta Valencia 300 litros de sangre humana preparada para transfusiones». Y nos parece bien. Ahora que 300 litros son pocos, muy pocos. Los rojo nacionalistas necesitan muchos millones de litros de sangre nueva. Y si puede ser, un poquito más caliente que la que ahora tienen, mejor que mejor. Los animales de sangre fría asustan a muy poca gente.

¡Y ahí va el notición!: «A pesar de haber recurrido a dos cruceros alemanes para sofocarla, la rebelión en Marruecos sigue latente». ¡Pues claro está! ¿No nos califican ustedes a nosotros de «rebeldes»? ¿Pues que han de ser los moros? ¡Rebeldes, también, y con muchísimo gusto, y sin pensar en más sofocaciones que las que a diario dan a la grey anarco nacionalista!

Pues para que se enteren ustedes de algo transcendental, cierro la recolecta con este tomatazo de arroba: «Franco robó el «Entierro del Conde de Orgaz», del Greco, y trata de venderlo en Londres»... Por vida de...! Nos imaginamos al Generalísimo con el «entierro» debajo del brazo (¿que no puede ser...? Sí, hombre, sí. ¡Qué más da...!) recorriendo chamarilleros y ofreciendo su mercancía a voces: ¡A ver quién me compra un Greco, que lo doy baratito...! Se comprende la indignación de «Lucha de Clases». Si ahora nos salimos nosotros con «esas», la competencia les va a hacer polvo. Nada, nada. El mercado de Londres, exclusivo para ellos. Ya le diremos al Generalísimo que cambie de tienda. Puede irse a Moscú, y a lo mejor cobra la venta en buen oro español, que abunda allí tanto como falta en la arca del Banco de España, sito en la calle de Alcalá.

De verdad. Por un momento me he imaginado la odisea que está viviendo el periodismo de la España roja. Nosotros, los periodistas nacionales nos creemos merecedores de la admiración y gratitud de nuestro pueblo, porque a diario le servimos con reflejo exacto de la realidad de nuestra vida tranquila, de nuestra triunfadora guerra. Eso es fácil, aunque nos dé por presumir de que no lo es. Lo difícil, lo grave, es hacer periódicos en la

España roja y para los rojos. ¿Qué decirles...? ¿La verdad...? ¡Eso jamás! Trás de una sola verdad concerniente a la guerra o a la vida de retaguardia, al periodista le esperaría el inevitable «paseo», ese paseito del que no se vuelve. Se puede decir todo en los periódicos rojos menos la verdad. Si la dijese una sola vez, es posible que al siguiente día la guerra estuviese acabada definitivamente.

Hay que hacer periodismo mintiendo a conciencia de que se miente, que es la peor y la más difícil de las mentiras. Y mentir así, se puede hacer un día, y dos, y cien. Pero... ¡diez largos meses son trescientos días y eso, no hay embustero que lo aguante!

Por lo menos sin dár en incurable imbecilidad. Que es el caso triste, lamentable, de esos pobres «camaradas» que han tenido que escribir el número de «Lucha de Clases» que ayer «requisé» en Amorebieta. Digo no, en Amorebieta no fué. ¡Qué! Seguramente que el número de «Lucha de Clases» del día 28 tendrá un título a toda plana que rezará... «Nuestras baterías de Amorebieta cañonearon ayer las trincheras de Vitoria...». O «así», que dicen los hijos de Aguirre.

Durango, 29 Mayo.

VISITA DE HOSPITALES

El mal tiempo que nos permite tenerlo para todo, incluso para desesperarnos en la pesquisa de asuntos comentables. Menos mal que la guerra, es siempre pródiga en sugestionies y no se agotan por mucho que se busquen y empleen como materia informativa. Diríase que la guerra es como la piedra preciosa, como el diamante bien pulimentado, que no sólo ofrece luces dilatadas por cada una de las facetas de su talla, sino que rebrilla siempre vario según el rayo de luz que le ataca y según la retina que recoge el fulgor. Ya ven ustedes si este similitud será cierto, que hoy mismo, conversando en un sector de este frente de Vizcaya con un querido compañero de letras

y atisbando los dos idéntico panorama, mientras mis ojos no vieron nada que significase actividad bélica, los de mi vecino y amigo atisbaron no menos que un brioso ataque de flanco a Orduña, realizado por los nuestros y referido por el colega, con gran asombro de mi parte, en su despacho ordinario que acabo de leer estupefacto. Ya lo dijo el poeta: «Todo es según el color del cristal con que se mira».

Y como no vi nada en el campo, me trasladé a la retaguardia, donde la guerra tiene su retruque, a veces del más alto interés. Hoy, por ejemplo, en busca de un jefe herido, me he introducido en el Hospital de Vitoria.

Yo he sido siempre un médico medianillo; no es modestia, no. Es la pura verdad. El primer obstáculo con que he tropezado en el ejercicio del sacerdocio médico, estuvo siempre en mi caso de sensibilidad. En una palabra, a mí el dolor, no ya propio sino ajeno, me afecta extraordinariamente. No puedo ver sufrir a nadie. De ahí el que siempre que penetro en una clínica, en un hospital, lo hago con ánimo sobrecogido, con profunda emoción. Pero si, además, el Hospital es de «sangre», es decir, destinado al cuidado de los caídos en el campo de batalla, mi doloroso respeto se eleva al infinito. Si a nadie puedo ver sufrir sin sentirme afectado por su dolor, ¡qué no será cuando el sufriente lo es por España y nuestra causa!

Ya junto a mi amigo en la amplia sala hospitalaria me va indicando con los ojos el caso de todos y cada uno de los que ocupan las camas. ¡Cuánto heroísmo ignorado! ¡¡Cuánta grandeza de España en un Hospital!! («Grandeza de España...». ¿Por qué no dan este título hermoso a los que en esta guerra han dado su sangre por la Patria? Porque en verdad, en verdad os digo que yo no conozco Grandeza mayor).

—Mira, aquel muchacho tiene cinco balazos en distintas partes del cuerpo. Era el disparador de una ametralladora y no consintió abandonar su puesto hasta que terminó el combate, en el transcurso del cual fué cinco veces herido. Aquel otro es el cabo de San Marcial, un proyectil de cañón le arrancó de cuajo el brazo izquierdo,

el enemigo los cercaba, y él, favorecido por la inmovilidad que produce tan tremendo «schoc traumático» como es un cañonazo, se bajó recogió del suelo con su mano útil el brazo que había perdido, y agitándolo en alto, como una bandera, arengó a su escuadra y los lanzó a la bayoneta contra los rojos. Está propuesto para la Laureada...

Aquel otro es un morito del grupo de Tetuán que él solo quiso detener la fuga de unos rojos que huían en una camioneta; le atropellaron y le costó su arrojo las dos piernas... Es un tirador del Rif... Habla tu mismo con él.

—¡Ah, Hamed! ¿La bas allá?

—La bas.

—Tienes buena cara. Me han dicho que te portaste muy bien y te hirieron en el asalto de un caserío de Lemona porque llegaste tú solo y doscientos metros por delante que los demás. Estás aquí por farruco, por valiente...

—No; ¡estar aquí por Kaina!

—Que ha de ser por gallina; estar tú por valiente.

—No, no; por Kaina.

—Pero hombre, no digas eso...

—¡Por Dios grande, estar herido aquí por Kaina! Mira, yo haber visto antes asalto que Kainas de caserío estar escondidas en chozas detrás caserío, yo querer coger primero que otros Kainas para comerlas y venderlas; pero no llegué el primero y me dieron tres balazos. ¡Por Dios grande que estar aquí por Kaina!

(Como ves, lector, en todas partes vibra el contraste y junto a lo sublime está siempre lo bufo. Este valiente hijo de Alah, por coger unas gallinas fué el primero al asalto. Pero... ¡fué el primero!).

LA CONSIGNA DE PRIETO

He salido de Vitoria en un avión que se dirigía al sector de Avila. Aquí, en el frente de Vizcaya, he asistido esta mañana a un nuevo ataque a Lemona; recio ataque he de titularlo, porque es el tercero que se intenta con-

tra esa posición formidable que los rojos abandonaron fácilmente y nosotros no abandonaremos nunca porque, conscientes de su alto valor táctico y compenetrados con su fortaleza natural, no hay rojos en el mundo que sean capaces de echarnos de ella.

En el frente de Avila está ocurriendo algo por el estilo. Tres días con sus noches llevan las huestes de Miaja atacando Cabeza Grande y varias posiciones de la cumbre del Guadarrama. Desde el primer momento emplearon en el ataque tres brigadas internacionales, Aviación, densas masas de Artillería y ¡hasta de carros blindados rusos! Pues bien; con todos esos cuantiosos y poderosos elementos sólo consiguieron poner pie circunstancialmente en algunas avanzadillas, a cuyas exiguas guarniciones se dió orden de replegarse a posiciones de mejor y más interesante defensa. Tres días y tres noches de luchas, más de dos mil bajas con derroche de municiones y ni una sola ventaja de consideración: este es el balance en Avila, y de ahí no se puede pasar porque, naturalmente, en vista de la insistencia terca del enemigo, se han acumulado en aquel sector las fuerzas y elementos convenientes para tener la absoluta seguridad de que los empujones rojos no lograrán conmovernos ni por un momento.

Pero, además de estos torpes e ineficaces ataques en Vizcaya y en Guadarrama, se registran otros en el Jarama y se recogen síntomas de estarse preparando nuevos intentos en los frentes de Aragón, de Soria y hasta en Andalucía. ¡Todos a un tiempo!

Y a un tiempo mismo las diabluras criminales de sentido internacional, las agresiones a los barcos italianos y alemanes, y si preciso fuera, también a los ingleses. Y todo ello adobado con las incursiones bárbaras de la Aviación roja a nuestras poblaciones civiles y con enredos de pueril maquiavelismo por los despachos y correedores de Ginebra.

Gran actividad en la España roja. Se ve que alguien muy despierto y muy audaz maneja los muñecos del odioso nuevo Retablo de Maese Pedro.

Es—¿tendremos que subrayarlo?—que gobierna con plenitud de poderes y libertad de acción «Maese Inda». Explicase todo eso y más que vendrá. Conocemos bien al gran Indalecio; no se parará en barras. Indalecio podrá ver hundirse a España entera, la suya y la nuestra; intentará que se arme una nueva conflagración europea; buscará venenos capaces de intoxicar al orbe entero, todo, todo, antes que declararse vencido. Ya lo dijo en uno de sus primeros discursos revolucionarios de fines de Julio último: «En último trance que sepan los generales facciosos que si nos vencen, sólo encontrarán a su paso una España en ruina, ciudades en escombros, montañas de cadáveres y mares de sangre. Todo lo destruiremos, a todo llevaremos la muerte antes de que caiga en sus manos».

Y a ello tira. No pasa, no «traga» la idea de que nos adueñaremos de su querido feudo Bilbao. Antes... ¡lo que sea! Y ha dado la consigna oficial: ¡Todos a una y como sea necesario!

Y empujan aquí, y allá, se dejan miles de infelices tripa arriba, y acá provoca catástrofes inúctas entre seres inocentes y flamea su tea incendiaria por mares y aires de extraños confines. Todo lo que sea, pero que Bilbao no caiga en manos de Franco. Prieto ha dado la consigna, la orden terminante. ¡¡Temblemos todos!! ¡¡Guay de los desdichados que se opongan a sus designios!!

Pero... No hay guerra mundial. Inglaterra y la misma Francia titulan ya de pifia desdichada la agresión a los buques de control. Y en Guadarrama pierde más de la mitad de sus contingentes Miaja, y en los otros frentes no acaban de decidirse los «bravos» milicianos a salir de sus madrigueras y...

¡¡La rabieta de don Inda no va a tener fin!! Porque no hagan ustedes caso a los que dicen que tiene preparada la fuga, como otras veces. En esta ocasión no se irá. No se podrá ir, porque morirá de una apoplegia fulminante, fruto de un bárbaro desate de ira y soberbia humillada.

¡Al tiempo! Vitoria, 2 de Junio.

*** AVANCE APLASTANTE EN VIZCAYA**

Lomas y pueblos conquistados ayer quedan ya a retaguardia de nuestras tropas. — Los rojo-separatistas han comenzado a incendiar Bilbao

Ha lucido por fin el sol; no hay qué decir que ha sido un sol de victoria. Desde las seis de la mañana están operando nuestras brigadas, con un éxito increíble, y a la hora de retirarme del terreno todavía siguen infatigables nuestros muchachos avanzando para explotar el éxito que se ha obtenido durante toda la mañana de hoy.

La primera brigada que salió del Bizkargui en cuanto se levantó la niebla, ocupó las cotas 363, 371, 353, 345, 348 y 370. A las once de la mañana todos estos montes estaban en nuestro poder, no sin que el enemigo ofreciera resistencia, sobre todo porque tenían extraordinariamente atrincheradas las lomas que rodean el monte Urcol. En éste las líneas de alambrada eran triples y, a pesar de ello, nuestros soldados coronaron, a las dos y media de la tarde, esta posición, la última antes del cinturón de Bilbao.

El avance ha representado por este lado, en fondo, cuatro kilómetros, pero repito lo que tantas veces he dicho, que no importa tanto la extensión lineal como las alturas que se dominan.

La quinta brigada, a su vez, ocupó la cota 200 y Garcha, y la sexta, siguiendo el avance de las dos anteriores, más hacia el Norte, ocupó San Martín de Fica, San Miguel de Fruní, Calavetta, Llordeta, Videche y Catreviga, todos ellos dominantes y sobre la carretera de Fica a Munguía, la cual, naturalmente, ha quedado en nuestro poder. En Munguía no hemos tenido necesidad de entrar porque, desgraciadamente, los rojos, desde que se ocu-

pó, a las dos de la tarde, San Martín de Fica, incendiaron Munguía y huyeron.

La acción aérea ha sido realmente maravillosa. Puede decirse que a ella se debe en gran parte el éxito extraordinario hoy logrado. Más de cuarenta aparatos nuestros han estado castigando las líneas enemigas que, como digo, estaban tremendamente fortificadas, y ha sido tal el bombardeo de nuestros aviones, que cuando yo me retiraba del lugar del combate la línea o cinturón de Bilbao estaba todo él arrasado y con múltiples incendios, hasta el punto que tuvo que detener momentáneamente su avance nuestra Infantería, porque de seguir más adelante probablemente hubieran rebasado el cinturón, pero a trueque de tener bajas a causa de las llamas, que eran en realidad un verdadero volcán, sobre todo a las siete de la tarde, en que nuestra Aviación hizo un bombardeo de conjunto verdaderamente espantoso.

No puedo comunicar los últimos detalles de esta gloriosa jornada, porque, como digo, continúa el avance a la hora de enviar este mensaje, nueve de la noche, porque después del tremendo castigo que se ha hecho al enemigo, es lógico que el Mando quiera sacar del esfuerzo de nuestros soldados el debido provecho.

Los aviadores han dado cuenta de que esta tarde se han visto varios incendios considerables en Bilbao y en edificios cercanos a la ría. Sin duda, viendo cómo nos aproximamos, cómo estamos en el mismo cinturón defensivo que ellos creían inexpugnable, han empezado a llevar a la práctica sus amenazas de convertir la capital de Vizcaya en un montón de ruinas.

Para que todo en la jornada de hoy sea altamente satisfactorio, llega a nosotros la noticia de que una incursión aérea enemiga sobre Zaragoza les ha costado cinco aparatos de bombardeo y dos de caza. Todos siete han caído en los alrededores de la capital y otros siete desertaron por nuestro ataque y han huido, avisando nuestras autoridades de Irún que cuatro de ellos han pasado al lado de allá de la frontera francesa.

Insisto en que la resistencia enemiga ha sido hoy mu-

cho más considerable que de costumbre, pero no les ha servido de nada, porque nuestro triunfo ha sido rotundo, completísimo y lleno de brillantez, y eso que, como digo varias veces, todavía no se ha terminado la jornada. De todas formas hoy es día de señalarle con piedra blanca en los anales del Movimiento.

¡¡¡Viva España!!! ¡¡¡Viva Franco!!! y ¡¡¡Viva el Ejército salvador!!!

A CINCHA ROTA, ALBARDA AL SUELO

Yo no sé, a ciencia cierta, si el título de esta crónica corresponde a algún refrán castellano, pero si no existe el adagio, yo lo enuncio y propago porque es como buen refrán sentencioso y encierra inequívoca enseñanza.

Se rompió el cinturón, o la cincha, de Bilbao, y al suelo se ha venido la albarda defensiva del lomo separatista vasco. Yo sé que han andado en los últimos tiempos muchas gentes preocupadas y cejijuntas por este famoso cinturón. Yo sé que personas muy calificadas suponían y decían que siendo difícil atacar una fortaleza por el foso, aún era peor pretender asaltarla por el murallón, y el murallón de Bilbao es, a no dudar, el Urcul y el Irúmendi y toda la serie de montes que se alzan al Este de la capital vizcaína, sector por el que hemos roto el frente a las huestes de Aguirre. Pero... cuando las cosas se hacen así, nadie puede dudar que no es por capricho y si el Mando ha dispuesto que se asalte Bilbao por el lado más duro e inaccesible alguna razón poderosa habrá tenido para ello.

Por el pronto, nadie nos negará que ya es mucho el haber roto el cinturón y haberlo hecho ya en su parte más seria, por la mismísima hebilla, por donde no admite recosido ni anudaciones. La albarda, las bragas del Ejército enemigo están en el suelo y, lo que es peor para ellos y mejor para nosotros, trabándole los pies al Ejér-

cito rojo-separatista de tan dura forma que ya quisiera ver en esta campaña se repita el hecho singular de haber transcurrido la noche última, después de la rotura del cinturón y derrumbamiento de la línea atrincherada sin que intentasen los milicianos ni el más pequeño contraataque. Claro que fueron muy duras las dos palizas de ayer, la del contraataque de la madrugada y la del asalto a sus trincheras, pero aun así, no se explica grandemente cómo esas gentes se han resignado mansamente a perder aquello que era base de sus esperanzas y que tantos esfuerzos y asiduidad de trabajo les había costado.

¿Quiere esto decir que en nuestro ánimo anida la convicción de que con la victoria del 12 de Junio se puede dar por definitivamente vencida la resistencia en Bilbao?... No, rotundamente. Es innegable que el enemigo está quebrantadísimo y no se puede dudar que su moral ha bajado tanto que se ha venido a las cercanías del cero, pero... ni se ha producido la desbandada general que algunos esperaban a la rotura de la cincha, ni yo espero que se produzca interin no les echemos definitivamente de Bilbao, entendiendo por Bilbao, no sólo la ciudad, la aglomeración urbana, sino las dos laderas de montañas que a uno y otro lado del Nervión y de la ciudad se alzan. No lo dude nadie; si el Mando hubiese buscado más que un éxito estratégico, de buena moral y ciencia militar, un triunfo de relumbrón, anoche mismo, utilizando las muchas unidades de reserva prevenidas, pero que no hubo necesidad de utilizar, habría podido lograr que nuestros soldados entrasen en la capital vizcaína. Pero ¿y luego? ¿Cómo aguantar en el pozo que es Bilbao el fuego que desde los montes contiguos se hubiera hecho a nuestras fuerzas, con enorme desgaste de sangre y energías y la perspectiva muy posible de tener que abandonar lo conquistado en un momento de excesivo brío e imprudente afán de glorias deslumbradoras pero poco seguras?...

No; cálmense los impacientes de la retaguardia. Aún habrá que seguir conquistando, palmo a palmo, el terreno, aún habrá que luchar, serena y adecuadamente, hasta

entrar en Bilbao como «Pedro por su casa». Lo más difícil está logrado. El cinturón roto y las bragas en el suelo. Es mucho, porque nadie podía imaginar que esta fase, llena de dificultades, se allanase con sólo día y medio de ímpetu. Pero con eso no ha terminado la conquista de Bilbao. Y, además, conviene que sea así. A mí y a cuantos conozcan a fondo la verdad de la guerra, nos importa más que ocupar una ciudad o conquistar leguas y leguas de territorio, batir, castigar, aniquillar moral y materialmente al enemigo. Si de lo que aun falta por hacer en Vizcaya se obtiene ese quebrantamiento definitivo, vale la pena de la espera y de que sujeten sus impacencias soldados y retaguardistas.

En el Urcull, mañana del 13 Junio.

★ ESCENAS FINALES DEL DRAMA

Algunas veces me parece estar dormido y soñando. Ayer mismo, por la tarde, contemplaba yo con unos buenos gemelos de campaña, desde lo alto del Urcull, estos pueblos de Lezama y Larrabezúa, donde desde el amanecer me encuentro, e «in mente» hacía yo cálculos de lo que podríamos tardar en romper las innumerables trincheras, escalar alturas y recorrer todo el terreno que separaba el monte de mis observaciones con estos lugares que escudriñaba ansioso a través de los poderosos lentes. «Cinco días..., no, no; por lo menos ocho..., quizás diez», me decía a mí mismo. La duda me llevó a distraer de sus trabajos a este nunca bastante ponderado coronel, As indiscutible de nuestro glorioso Cuerpo de Estado Mayor, y el héroe que desde el principio, primero al lado de Mola y ahora al de Dávila, está llevando el enorme peso del desarrollo de la operación sobre Bilbao:

—Mi coronel, perdone usted. ¿Qué cree usted que tardaremos en estar ahí abajo, en Larrabezúa?...

—¿Cuánto calcula usted?

—No me atrevo... ¿Una semana?

—¿Una semana?... Va a empezar el avance de hoy. Antes de que acabe el día pregúnteme usted y le daré respuesta.

No entendí las palabras del Mustre jefe. Pero aún no se había puesto el sol y ya eran diáfanas sus enigmáticas esperanzas, porque en menos de tres horas habían roto el cinturón, salvado siete líneas de trincheras y en las plazas de Larrabezúa y Lezama vivaqueaban nuestros soldados. Yo he recorrido por carretera y en un coche ligero la distancia que los soldados cubrieron por el campo y combatiendo. Yo he tardado treinta y ocho minutos en llegar a Lezama. Los soldados dos horas cuarenta y cinco minutos.

¿Te haces cargo, lector? ¿Comprenderás el por qué sistemáticamente empleo en mis crónicas—sobre todo en oficiales destinadas a la Radio Nacional—las expresiones «ímpetu arrollador», «empujón formidable», «escaladas y avances vertiginosos»...?

Claro que sólo se puede avanzar con este aliento cuando el enemigo carece de él. Yo mismo acabo de comprobar en las tres líneas de trincheras tendidas entre los dos citados pueblos, trincheras magníficas, con alambradas de ocho hilos, con revestimiento de cemento armado, con nidos de tiradores, de reservas formidables, he comprobado, digo, cómo en ellas no había ni una sola vaina de cartucho, ni un peine de ametralladora, ni un signo de combate. Bien es verdad que la pericia de nuestro mando fué tal, que condujo a nuestros soldados por caminos desde los que podían barrer de revés y por la espalda esas y otras trincheras.

Con estos detalles se darán cuenta mis lectores de cómo han pasado de dos mil el número de prisioneros que hemos hecho. Por cierto que se han dado casos curiosos, que me acaba de referir el jefe del Tercio Nuestra Señora de Begonia de Alava, en los momentos en que los prisioneros se entregaban.

Hubo un caso típico: Un requeté con cuatro compañeros había llegado y recorrido, encontrándola vacía, una

trinchera de Lezama, situada en el interior de un bosque de pinos. Entretenido se hallaba examinando una pistola que acababa de encontrar, cuando el arma se le disparó y al ruido de la detonación, de detrás de los pinos salieron hasta seis «gudaris» con las manos en alto. Los requetés les fueron obligando uno a uno a gritar ¡Viva España!, y todos accedieron menos el último que ante la conminación permaneció silencioso. Insistieron los requetés, y al verle callado se echaron el fusil a la cara, pero en aquel momento el prisionero, que tenía una bomba de mano, la dejó caer a sus mismos pies y murió destrozado.

Casos de entereza de ánimo se dan muchos entre los prisioneros. También se dan los de sincero arrepentimiento. No se fusilla a ninguno, a excepción de los pocos casos de traición manifiesta. Así ocurrió hoy con un muchacho desertor de Vitoria. Comprobada la traición se le sentenció a muerte y él pidió confesar y comulgar, y luego escribió con pulso firme la siguiente tarjeta postal, de la que hizo entrega al capitán:

«Queridos padres: Me alegro se encuentren bien, yo muero fusilado porque me engañaron esos traidores rojos criminales y me fui con ellos, que me han traído a morir, toda juventud. Pero muero arrepentido y gritando ¡Viva España! Es justicia lo que hacen conmigo. Adiós para siempre.—Jenaro Berbeloros».

De seiscientos y pico prisioneros que hemos hecho en este sector, sólo se ha fusilado a este chico y a un oficial. Los dos traidores.

El resto van a la cárcel, atendidos, que buena falta les hacía, y tratados humanitariamente. Tan humanitariamente que ellos mismos, aun los mineros asturianos, dinamiteros, que en sus manos y caras ennegrecidas de realizar su salvaje cometido, han perdido el gesto hosco y se permiten reír. Acaban de pasar por mi lado dos autobuses con unos cincuenta de ellos, camino de Vitoria. Y... ¡van cantando alegres y confiados!

Así es nuestra moral. Somos fuertes y podemos ser generosos. En cambio ellos...

Lezama, tarde del 15 de Junio.

★ A LAS PUERTAS DE BILBAO

Yá quedó roto y rebasado el famoso cinturón defensivo

Nosotros somos gente seria.

Había quien dudaba de sí, en realidad, el parón del frente de Vizcaya se debía a causa del mal tiempo o si, por el contrario, obedecía a otro género de dificultades.

Y se habrán convencido los recelosos de que era verdad que sólo el mal tiempo paralizaba las operaciones. Ayer, apenas clareó algo el día, reanudáronse con ímpetu arrollador para lograr magnífica victoria, ya conocida, sobre el cinturón defensivo de Bilbao.

Hemos llegado al momento decisivo.

Toda la esperanza de Aguirre está puesta en la resistencia de ese «cinturón» donde los rojos llevan trabajando diez meses para acumular elementos, habiendo levantado un baluarte con triple sistema de defensas.

Las de la primera línea quedaron ayer en nuestro poder. Seguramente las de la segunda quedarán en la jornada de hoy, que a la hora de telegrafiar se desarrolla normalmente.

Nos hemos posesionado ayer de importantes cotas atrincheradas en el sector de Urcullu.

El enemigo, que no supo defenderlas, preparó durante la noche última un durísimo contraataque, lanzando al amanecer contra nuestras recién conquistadas posiciones, nada menos que tres brigadas.

Desde media noche hicieron violenta preparación artillera.

Las baterías, que habían permanecido silenciosas durante la tarde de ayer, mientras volaba nuestra Aviación, rompieron un fuego escandaloso, creyendo que con él nos atemorizaríamos.

En el alba, iniciaron el asalto al Urcullu, a Lemona y a las cotas conquistadas ayer por nosotros.

El golpebazo fué tremendo.

Los rojos venían desesperados contra nuestras líneas, pensando que no habíamos tenido tiempo de fortificarlas debidamente, y contando quizás con el cansancio natural de nuestros soldados, que habían estado catorce horas seguidas avanzando y combatiendo.

Sus esperanzas resultaron fallidas.

La resistencia más tenaz se opuso a este terrible contraataque. Fué tal, que no se preocupaban los enemigos, en su afán de arrebatarnos el terreno conquistado, de resguardarse de nuestro fuego.

Así resultó que les hicimos una carnicería tremenda, verdaderamente horrible; y cuando al cabo de hora y media abandonaron el intento huyendo a sus segundas trincheras, en la línea del Gallo, dejaron el campo totalmente cubierto de cadáveres y más de trescientos heridos, que no osaron siquiera retirar en su fuga desalentada.

Por si fuera poco, se dejaron ciento ochenta prisioneros, entre ellos doce oficiales, número que no se había alcanzado hasta ahora en toda la campaña.

Y no hay que decir la enorme cantidad de material y armas que asimismo dejaron en nuestro poder.

Envío esta crónica telegráfica cuando está en pleno desarrollo nuestro avance del día de hoy, en que recogeremos, no sólo el fruto de lo de ayer, sino el del fracasado contraataque de esta madrugada, ya que las tres brigadas han quedado materialmente deshechas. Y eso que, a no dudar, eran tropas escogidas.

Insisto en que doy más importancia a la victoria en el contraataque rudísimo de esta mañana, que al avance logrado ayer, porque por la forma en que se realizó este contraataque se ve pusieron en él su última esperanza.

Si hoy tenemos la suerte de que el incendio de los pinares no paralice el avance de nuestra Infantería, como ocurrió a última hora de la tarde de ayer, en que se formó una verdadera barrera de llamas entre las posiciones de primera línea conquistadas ya y las de segunda, anuncio que esta noche quedará roto y más que roto, destro-

zado el famoso cinturón y rebasadas las tres líneas defensivas que nos separan de Bilbao.

Un día glorioso ha empezado con la victoria decisiva de esta mañana y pudiera terminar con el aniquilamiento total del enemigo. ¡Así sea!

★ EL «CINTURON» QUEDO HECHO AÑICOS

**Estamos a tiro de cañón de montaña del centro mismo
de Bilbao**

¡Atención, españoles! A las dos de la tarde del día de hoy ha sido, no sólo roto, sino hecho añicos, el cinturón de Bilbao! ¡Atención, españoles! En este momento solemne, todos en pie, para rendir homenaje póstumo al artífice de esta suprema victoria: el general Mola.

Y ahora, unos pocos detalles: Ya anunciaba en mi crónica telegráfica de esta mañana que, a mi juicio, más trascendencia que el brillantísimo avance ayer logrado, tenía el durísimo castigo que se inflingió al enemigo en el contraataque que nada menos que con sus tres mejores brigadas había realizado a primera hora de la mañana de hoy.

Y no me engañaba en mi presagio, porque, en efecto, contra todos los cálculos, el hecho de la rotura ha sido mucho más fácil para nuestros soldados que otros muchos hechos de armas.

Han sido, primero, las fuerzas de la Quinta Brigada, compañía del Batallón de Argel y la brigada que manda el coronel Juan Bautista Sánchez González, quienes, a pecho limpio, se han lanzado sobre el cinturón y con bombas de mano han abierto el primer boquete.

Por ese sector y amplísimamente se han colado las fuerzas de la primera Brigada de García Vallino y las de la sexta de Bartomeu.

Cuando abandono el terreno de la lucha sigue el desbordamiento, estando ya a tres kilómetros de Derio, a tiro de cañón de montaña del centro mismo de Bilbao.

La rotura del frente mide a esta hora, por lo menos, seis kilómetros y más allá del famoso cinturón tenemos ya tres Brigadas completas.

El Generalísimo en persona ha presenciado la operación de ayer y la de hoy.

De sus labios hemos escuchado los elogios más cálidos para las tropas de las antiguas Brigadas de Navarra y un recuerdo lleno de emoción para Emilio Mola, que desde el Cielo habrá presenciado jubilosamente este definitivo triunfo de sus tropas.

¡Por él y por el triunfo del Ejército, españoles de la España grande, en pie, para gritar conmigo: ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva el general Mola! ¡Viva Franco!

★ NUESTRO EMPUJE DESHACE LA FURIA ROJA

El canto del cisne es en Aguirre lamento de desesperación

A pesar de que continúa acentuándose el mal tiempo y de que toda la mañana ha estado el cielo cubierto de nubes tormentosas, que en gran parte han impedido la labor necesaria de nuestra Aviación, dificultándola siquiera, nuestras columnas han continuado hoy su victorioso avance, y a la hora de enviar este despacho puedo dar la gratísima noticia de haber sido tomado y rebasado Galdácano, que era, como es sabido, el centro del cinturón defensivo de Bilbao. Además de Galdácano hemos tomado, venciendo bastante resistencia, Apandio y Yurre, que son dos posiciones magníficas, la primera de ellas ya sobre el otro lado del río Nervión.

Ya dije en mi crónica que los «Flechas Negras»,

en una magnífica operación envolvente, pasaron al otro lado de la Ría de Plencia, y hoy, de revés, han ocupado esta población, donde, por cierto, hemos tenido la suerte de liberar a mucha gente afecta a nuestra Causa, que había podido eludir la persecución de los rojos hasta la llegada misma de nuestros soldados, cosa que no esperaban, de ninguna manera, las fuerzas de Aguirre. No la esperaban, puesto que anoche mismo habían tomado las medidas necesarias para hacer ellos un avance en dirección a Bermeo.

Esto confirma lo que ya vengo diciendo: que es tal la desorganización del Ejército enemigo que no se comunican unos sectores a otros, ni se reciben órdenes del alto mando, sino que cada cual obra por su cuenta, sobre todo desde que hemos roto el cinturón de Bilbao.

En Plencia he tenido el gusto de hablar con un antiguo oficial de Infantería nuestro, cuyo nombre reservo para evitar represalias en su familia, pues este oficial, a quien cogió el Movimiento en Bilbao, ha pasado nada menos que ocho meses escondido en el horno de una pastelería; no quieren saber los que me escuchan el estado de depauperación y miseria orgánica en que ha salido. Casi no tenía fuerzas ni para andar, pero las tuvo para pasarse más de media hora abrazado a nuestros soldados gritando ¡Viva España!

También en Plencia he saludado a un médico que ayer mismo llegó de Bilbao y me dice que es tal la confusión que reina, que están las calles llenas de heridos, a los que no se puede ni hospitalizar, ni alojar, ni se encuentran médicos por ninguna parte. Bien es verdad que según me manifiesta mi interlocutor y colega, los médicos estaban a matar con las autoridades de Vizcaya porque en lugar de aprovecharlos durante todo este tiempo en la labor humanitaria de curar enfermos y heridos, les hacían ir a las trincheras, como a otros muchos ciudadanos, a cavar y a preparar alambradas.

Por cierto que hoy se ha lanzado un S. O. S., procedente del presidente de la República vasca, Aguirre, dirigido a casi todas las naciones del mundo, en cuyo men-

saje hace súplica para que eviten que Bilbao caiga en poder nuestro y, sobre todo, que destruyamos Bilbao. Eso no habrá quien se lo crea. ¿Qué ventajas podríamos tener nosotros en destruir la rica capital vizcaína? No somos nosotros, ciertamente, quienes hemos destruido las industriosas ciudades de Eibar, Guernica, Durango, y mucho menos habíamos de destruir a Bilbao. A nosotros nos interesa que Bilbao quede incólume, en posesión de todas sus energías para producir riquezas. A quienes interesa arruinar Bilbao es a los mismos vizcainos y rojos.

En el momento en que estoy comunicando este parte recibo la gratísima nueva de que nuestras fuerzas acaban de ocupar el fuerte de Santo Domingo, que, como es sabido, está ya completamente encima de Bilbao, pero esto teniendo mucho interés, quizá no lo tenga tanto como el movimiento que han realizado hoy las columnas que operan por el Sur de la capital al tomar Galdácano y las otras poblaciones que he citado.

No tengo más noticias de otras columnas, pero sí tengo la sensación de que, a pesar de que en la noche última y en la mañana de hoy el enemigo en algún sector ha intentado oponer resistencia, aumenta en el campo enemigo el desaliento, y se demuestra porque el número de pasados hoy, casi todos con armas, se acercan a los quinientos, que con lo dos mil y pico de prisioneros que llevamos hechos, ya constituyen una presa considerable que da idea de cómo en Bilbao y, en general, todo Vizcaya, está viviendo los últimos momentos de su penosa odisea de separatismo y de rojismo.

★ EL DERRUMBAMIENTO DEL FRENTE DE BILBAO

La única incógnita a despejar

He querido hoy compartir con las columnas la alegría del nuevo avance.

Desde primera hora de la mañana me he incorporado a la columna, en Larrabezúa, pueblo ayer ocupado. Bien de mañana, ante la Casa Consistorial, se celebró una misa de campaña en sufragio del alma de Mola, a petición de los requetés.

Acto seguido, el jefe comandante del Tercio, reunió a los requetés que ayer se comportaron brillantísimamente, transmitiéndoles la felicitación del Generalísimo y dedicando a éste frases de exaltada admiración.

Dió cuenta a sus soldados de cómo es Franco y de como es suya la idea que dirige las actuales operaciones desde la desaparición del llorado Mola.

Los soldados prorrumpieron en frenéticos vivas a Franco; comentando luego entre ellos su gran acierto para preparar el magnífico copo que se va realizando.

Desde ayer, sólo una columna lleva cogidos 622 prisioneros y una enormidad de material.

Entre esos prisioneros reina un verdadero estupor, porque cuando creían que serían fusilados, se ven tratados con verdadera consideración.

Muchos de ellos presenciaron la misa de hoy desde los balcones de la plaza del pueblo.

Varios con quienes hablé están heridos. Les abandonaron sus camaradas y les recogieron nuestros soldados.

Yo mismo he visto llegar a tres camillas en que venían otros tantos heridos rojos. Los traían desde Santa Marina, a dos horas largas de camino, no importando a los conductores ni el peso ni la fatiga, en esta calurosa

mañana. Nuestros soldados en nada repararon para hacer este acto generoso.

Un miliciano separatista vasco, gravemente herido, me ha hecho entrega de su reloj y cartera, además de una carta escrita a fuerza de grandes trabajos, que dice así:

«Queridos padres: Un último abrazo de su hijo, que habiendo obrado como mal español, ha tenido el fin que debía, muriendo arrepentido y cristianamente. Les envío el reloj y mi cartera como recuerdo de su hijo Alfonso Ortiz».

La derrota sigue creciendo.

Durante todo el día, al hacer la limpieza de la enorme extensión de terreno que recorrimos ayer, se ha triplicado el número de prisioneros; pasando ya de dos mil quinientos, con muchos oficiales, la mayoría de los cuales se arrancan las insignias queriendo pasar por simples soldados.

Como por encanto están saliendo al paso de nuestras columnas pobre campesinos, con sus familiares y restos de sus ajuares, que abrazan a los soldados y cuentan horrorizados los crímenes cometidos por los rojos, sobre todo en los últimos días.

Hay que contener a estas pobres gentes, porque al ver el rosario interminable de autobuses que conduce a los prisioneros, quieren arrojarlos sobre ellos y maltratarlos para vengar así los sufrimientos que les hacían padecer.

A la hora de telegrafiar continúan nuestras fuerzas, unas, limpiando la retaguardia de emboscados, y otras, persiguiendo a los contingentes rojos que huyen por todas partes, sin ofrecer resistencia mas que en pequeños núcleos cuando se ven cercados, lo que ocurre constantemente.

Se ve que las fuerzas rojas han perdido por completo la cohesión y se ha gritado: ¡Sálvese quien pueda y como pueda!»

Es un derrumbamiento general de todo el ejército de Bilbao.

Hoy, según mis noticias, llegaron nuestras tropas a Santo Domingo, a un kilómetro de la capital. Por el Sur

hemos rebasado Galdácano. Y todo ello, como digo, casi sin combatir.

No queda más incógnita a despejar que la de que el enemigo se haga fuerte dentro de las casas de Bilbao o destruya e incendie esta ciudad, situándose él en las montañas de la zona minera, simplemente en Baracaldo. Si así fuera, le entrada de nuestras tropas en Bilbao sufriría un pequeño retraso para impedir que, lo que se ha logrado casi de balde, se pueda trocar en victoria costosa en sangre.

De todas formas Bilbao es nuestro ya en realidad y poco ha de vivir quien no lo compruebe.

*** LAS CALLES DE BILBAO**

La capital vizcaína bajo nuestro dominio

Por si había alguna duda de la enorme y total demoralización del enemigo después de la ruptura del famoso cinturón, no hay sino haber presenciado lo ocurrido en la jornada de hoy para darse cuenta exacta de cómo se ha venido al suelo, no sólo el espíritu sino la más elemental organización de lo que ha sido el Ejército enemigo.

Durante toda la mañana, por cierto mañana cubierta de nubes, nuestras tropas se han tenido que dedicar a una abrumadora labor de limpieza de la enorme cantidad de terreno conquistado. Cada cinco minutos nuestros soldados se tropezaban con un puesto enemigo, una posición, una avanzadilla, una trinchera, donde todavía los rojos separatistas se hacían fuertes. Claro está que había que verlos rodeados y acosados por nuestros muchachos. La razón es la siguiente:

La convicción que ayer teníamos de que nuestro gran avance tenía que traducirse en una desconexión de los hilos del mando, y así les ha ocurrido y lo han confe-

sado muchos de los prisioneros que hoy se han hecho, de que no ha llegado a muchos de los sectores, no ya noticias del desastre de ayer, sino órdenes concretas para una retirada táctica a nuevas concentraciones.

El número de prisioneros que hoy se ha hecho es más del doble de ayer. Precisamente por esta causa ha habido sector donde han caído en nuestro poder compañías enteras que estaban absolutamente ignorantes de que hubiéramos roto la primera línea del cinturón, y así no se explicaban cómo en otro sectores hubiéramos podido avanzar tanto.

Hemos cogido hoy más de 200 prisioneros heridos que habían quedado abandonados en el terreno y ha sido de ver la labor caritativa de nuestros camilleros.

Todos los caminos están hoy invadidos por las reatas de prisioneros. Por cierto que, como de costumbre, están ya regresando hoy mismo a sus hogares los pobres campesinos y son ellos los que al ver a los prisioneros se llenan de tal indignación que hay que contenerlos para que no perpetren verdaderos atentados. ¡Cuánto no habrán sufrido bajo el imperio de la grey de Aguirre! Una prueba de los desmanes cometidos la he recogido yo mismo en un puesto de mando, desde donde he visto perfectamente las calles de Bilbao.

En este puesto una orden dirigida a la Infantería divisionaria de Asturias, cuyo artículo 3.º decía lo siguiente: «En evitación de ciertos desmanes que se vienen dando por los caseríos, queda prohibido a las fuerzas el apartarse de las posiciones que guarnecan y de las inmediaciones de sus comandancias respectivas. Se procederá a detener a cuantos, sin orden o permiso de su capitán, sean contraventores de esta orden».

Y como complemento de ella lei otra orden, ésta fecha 13 de Junio, que en su apartado segundo dice: «Por esta Jefatura de brigadas se ha impuesto a los milicianos del batallón 231 Luis Cal, Salvador López, Constanancio González Fernández (siguen hasta 36 nombres), el castigo de realizar trabajos de fortificación durante una

semana por cometer actos impropios de luchadores en algunos caseríos».

Así se explica el rencor que en los pobres campesinos produce el paso de los mencionados prisioneros.

No se crea que por lo que hemos dicho antes nos hemos limitado a esta necesaria labor de limpieza de lo ayer conquistado, cosa que era precisa para no dejar enemigo a la espalda. Desde las doce y media, en que empezaron a despejar las nubes, se volvió a reanudar el maravilloso avance que están realizando las antiguas brigadas de Navarra. A la hora de dar este despacho no puedo comunicar los últimos avances, pero sí diré que entre otras transcendentales conquistas, nuestras tropas han coronado los montes que dominan Santo Domingo, que como se sabe se encuentra en el mismo casco de Bilbao, y, en fin, por el sector Sur se ha ido sobre la posición de Galdácano, todo ello realizado casi sin resistencia enemiga, lo que da idea de su total desmoralización.

Yo no soy amigo de hacer vaticinios, pero insisto, como dije ayer, en que por no tener enemigo enfrente y por la posición que ocupamos, Bilbao está virtualmente en nuestro poder. El entrar nuestras tropas en el casco de la población sólo depende de la orden oportuna, que se dará en el momento propicio.

Por el centro estamos atacando Archanda, que seguramente a estas horas se encuentra ya en nuestro poder.

En todos los frentes se han cogido numerosos prisioneros, muchísimos. Se ha dado el caso de que en diversas ocasiones el número de prisioneros era dos veces mayor que el de soldados nuestros que los aprisionaban; tal es el desconcierto que en los rojos hay.

Nuestras brigadas sanitarias no dan abasto para enterrar los centenares de cadáveres abandonados por el enemigo en su desesperada huida.

A las nueve y media de la noche dió una nueva emisión Radio Durango, en la cual dijo:

Por San Sebastián se ha dado la ocupación de Bilbao, cosa que no es cierta todavía.

Conviene no impacientarse. Bilbao es un objetivo ya

fácil de conquistar, pero no hay que olvidar que hay otros más importantes que alcanzar por nuestro Ejército, que no puede entretenerse con la toma de Bilbao para no crear obstáculos a otras victorias mucho más importantes. Atención españoles, vizcaínos: Pocas, muy pocas horas faltan para vuestra liberación.

Después hacia un llamamiento a los españoles del interior de Bilbao para que con todas las precauciones se escondiesen a esperar la inmediata redención.

*** UN CONTRAATAQUE ESTERIL**

Las bajas del batallón «Sabino Arana»

Quedamos ayer en que los marxistas atacaron por el sector de Urquiola, y diremos hoy que el ataque no ha tenido la fortuna que, sin duda, esperaban los rojos. Los soldados de España han estado durante toda la noche sosteniendo el combate y hostilizando al enemigo para que éste no se retirara, y al llegar el día, un día un poco más claro que los anteriores, iniciaron, ya en serio, la batalla, para demostrar a los separatistas vascos que las líneas españolas no pueden ser atacadas impunemente.

Al cesar el fuego hemos podido recoger del campo 80 cadáveres enemigos, y entre ellos un comandante, un capitán y un teniente. Así ha terminado la iniciativa roja del sector de Urquiola, del mismo modo que terminan todas las de los rojos, y si sólo hemos contado 80 muertos, es porque en la noche fué fácil retirar algunos, y porque ellos no han entrado en fuego con violencia. Su mando señaló unos objetivos, y los pobres quisieron cumplirlo, pero el temor a nuestros fusiles, que ya conocen ellos, les contuvo un tanto, y se cogieron ocho prisioneros, que ya se llevaron a Vitoria con el millar que allí están.

Estos dicen lo mismo que todos; por los frentes de

Madrid y Guadalajara, la disculpa es de contrato de trabajo, y, en el Norte, que el látigo de siete colas y la pistola del oficial les obliga a combatir.

Puede ser verdad, pero es raro que todos digan lo mismo y con parecidas palabras. La realidad es que combaten porque les dicen que el Ejército de Franco está derrotado, y el miedo a su retaguardia y el hambre, les lleva a las trincheras.

En Villarreal se han presentado 15 milicianos con armamento, y allí mismo hemos derribado un avión de caza, que llevaba a bordo cuatro ametralladoras; el piloto llegó muerto a tierra, y el cadáver se carbonizó en el incendio de la caída.

Según documentos cogidos al comandante, el objeto del ataque era ocupar la línea de puertos y nada más. Como ellos vieron que los soldados nuestros llegaron a las alturas en breves jornadas y los desalojaban a ellos, a pesar de las defensas naturales y artificiales, creyeron fácil iniciar un ataque por allí, que terminó en la madrugada con el éxito que España obtuvo como suyo. Sólo diré que el batallón «Sabino Arana», que es el que por lo visto se ha batido en vanguardia, ha tenido 250 bajas, que son la mitad de sus efectivos, y, materialmente deshecho, ha tenido que ser retirado a Bilbao.

En la tarde de hoy, cuando los separatistas de Aguirre hayan visto llegar a su batallón en las condiciones que lo ha hecho, suponemos que el efecto habrá sido deplorable.

Preparémonos a oír otra conversación de Radio Bilbao con Torrente, reveladora del angustioso momento que vive, y que el barómetro continúe su lenta, pero favorable marcha hacia el buen tiempo.

*** LOS «BASKOS» HAN DESTRO- ZADO LAS CARRETERAS**

**Una patrulla nacional entra en Orduña. — «Ya llegaste
a Vitoria sin disparar un tiro»**

Gran actividad en el día de hoy. Puede decirse que todas las columnas se han movido; las unas, prosiguiendo en su avance, para darle vueltas al torniquete que estrecha la capital vizcaína; las otras, en la labor de limpieza de la retaguardia, tarea difícil y larga a consecuencia del impetu arrollador que se puso por nuestros soldados en la rotura de las tres líneas atrincheradas que constituían el famoso cinturón. No hubiera sido prudente, y en muchos sentidos eficaz, proseguir el asalto de Bilbao, dejándonos numerosos núcleos enemigos a la espalda.

Asómese cualquiera a un mapa y vea la enorme extensión de terreno que hay de Plencia a Orduña y de Bilbao al Bizkargui, y piense que hace no más de seis días estaba todo este territorio en poder del enemigo, y que por él tenía distribuidos lo menos de setenta y cinco mil hombres, la mayoría de los cuales no se han podido aún retirar de sus posiciones porque les hemos cortado los caminos que conducen a su base de Bilbao, y tienen encima constantemente la amenaza de verse entre dos fuegos.

Tan es así, que hoy mismo el enemigo se ha retirado de su propia voluntad, de las posiciones del Gorbea que ocupaba, aprovechando la oscuridad de la última noche, y que Orduña ha sido abandonado, hasta el punto de que esta mañana pudieron entrar en aquella ciudad una patrulla y varios oficiales, alguno de éstos de alta graduación, los que, por cierto, fueron recibidos por las monjitas de allí con extraordinario júbilo, y vitoreados sin cesar por el resto del vecindario, casi todo mujeres y niños, porque

son los únicos que no se ha llevado el enemigo por delante en su huida. Se ha enviado a estas pobres gentes unas camionetas con pan tierno, porque sigue siendo pan lo primero que piden los habitantes de los pueblos que vamos conquistando.

Los «Flechas Negras», que por cierto anoche liberaron en Algorta a 257 presos, que estaban detenidos en la cárcel, entre ellos muchos de profesión militar que los rojos seguramente tenían sin conocer su condición castrense, los «Flechas Negras», digo, han conquistado hoy nuevos laureles al ocupar Aspe y sus alturas y tras de esto entraran en el poblado de Las Arenas que, como todo el mundo sabe, es una barrida a más de ser la playa de Bilbao.

Otra columna ha ocupado Ozogara, Uptirzaga, Aldeacofarre, y posiblemente a la hora de enviar este despacho tendrán en su poder Arandio y el monte Unceta.

También ha caído en poder nuestro el campo de Aviación de Bilbao, llamado Sónidica, en el que esta misma tarde ha aterrizado un aparato nuestro sin dificultad, porque ha quedado intacto, como también es cierto que ha sufrido muy pocos desperfectos la ciudad de Orduña.

En cambio todas las carreteras han sido destrozadas por los rojos en su huida y no hay puente ni alcantarilla que no encontremos volados. Menos mal que ya es conocido el arte de verdadera prestidigitación de nuestros Ingenieros, que parece que sacan de los bolsillos los nuevos puentes.

Continúan llegando a Vitoria prisioneros. Hoy se han hecho por la cuarta Brigada doscientos diez más. En realidad, se ha creado al Mando un verdadero conflicto, porque ya no se sabe dónde alojar a tanta gente, ya que entre los pasados y prisioneros, en lo que va de semana, se acerca mucho el total a seis mil, y quizá la mitad de esta cifra corresponda a los cogidos con las armas en la mano.

Por cierto que he presenciado una escena grandiosa al regresar del campo y entrar en Vitoria para enviar esta crónica: un autobús atestado de prisioneros, procedentes de Galdácano, estaba parado y rodeado de un denso gru-

po de curiosos. De repente uno de los del grupo llama por su nombre a un millolano prisionero que había en la baca del autobús, y cuando le reconoció el prisionero, le dijo:

—Vamos, hombre, que sea enhorabuena. Al fin te has salido con la tuya.

—¿Por qué me dices eso?, le contestó extrañado el prisionero.

—Sí, hombre, sí. Porque te acordarás que antes de pasarme yo a las filas de España, cuando estaba entre vosotros, todos los días me decías: «No te pases, hombre, no seas tonto: tenemos que ganar por fuerza la guerra. Verás como yo entro en Vitoria sin disparar un tiro». Y te has salido con la tuya, porque ya estás en Vitoria y no has tenido que disparar ni un tiro para entrar, ni aunque te esperarías tu otra cosa, tampoco te lo hemos disparado nosotros y no será porque no lo mereciéras».

Como verá el que me atienda, aquí seguimos todos de muy buen humor. Todos, porque hasta los mismos prisioneros entran en las ciudades cantando y dando gritos a España, con caras llenas de satisfacción, sin duda porque al fin se ven tranquilos, y hacen votos porque acabemos de una vez con los que hasta ayer mismo llamaban sus camaradas y porque nos apoderemos en plazo breve de Bilbao, liberando a sus familias y a los miles de víctimas que allí esperan anhelantemente nuestra llegada. No les haremos esperar mucho si Dios, como hasta aquí, sigue favoreciéndonos con su ayuda.

*** AL ROMPERSE LA LINEA DEL GALLO QUEDA DERRUMBADO EL FRENTE DE VIZCAYA**

Estamos bajo la impresión de quien vive una página de la historia. Y las páginas de la historia hay que vivirlas, porque jamás será capaz la pluma de trasladarlas al

papel en toda su épica grandeza. El mito del cinturón de hierro de Bilbao se ha derrumbado estrepitosamente. Con él se viene abajo la rebeldía entera de Vizcaya, porque después de todo, el famoso cinturón de hierro, además de una de las más formidables fortificaciones con las que haya tenido que enfrentarse ejército alguno, constituía la suprema esperanza y aun pudiéramos decir que la seguridad absoluta del sedicente Gobierno de Euzkadi.

En estos días precisamente, los periódicos bilbaínos decían: «Los esfuerzos del fascismo se estrellarán contra nuestra línea del Gallo. Y allí dará comienzo la ofensiva que habrá de exterminarlos.»

Pues el mito del cinturón de hierro de Bilbao ha desaparecido. Ancha y franca está ya la puerta que a la meca del separatismo antiespañol conduce. Tarea imposible es que pueda yo desarrollar ante los ojos de los lectores cuanto he visto. Dios ha querido depararme la suerte de vivir y en toda su grandeza esta jornada. Pero vivirla en la primera línea, en las crestas fortificadas del Urculu, entre cadáveres enemigos, que aún pregonan la sangrienta derrota de ayer.

Tengo los oídos sordos del fragor artillero y deslumbrada la retina por tantos y tan grandiosos panoramas que tenían siempre por fondo común el denuedo inconcebible de nuestros soldados y el magnífico alarde de capacidad y técnica de quienes les mandan. Pues bien; el haber vivido en toda su grandeza la maravillosa jornada de hoy, me da derecho para afirmar sin titubeos que esta jornada es la más brillante y gloriosa que ha conocido la España nacional desde el inolvidable 18 de Julio.

Ya anoche comprendía el enemigo lo decisivo que había sido su derrota de ayer: el Urculu tenía categoría de primera línea del cinturón de hierro de Bilbao. Y el Urculu estaba ya en manos españolas. De aquí que recorriese una vez más, con un ímpetu realmente fuerte, a su táctica habitual de pretender recuperar con contraataques lo que no habían sido capaces de defender antes.

Traídos expresamente de Bilbao en la tarde de ayer,

esta madrugada hacia las dos y media, lanzaron sobre las líneas aún no fortificadas del Urculu, nada menos que seis batallones. Gente avezada a la lucha, una parte de ella, con las que encuadraron unidades bisoñas recientemente reclutadas, sin conocimiento de la potencia bélica de nuestro Ejército, y que no podían probarse en forma de incontenible acometida.

Al amparo de la noche, los batallones rojos, filtrándose por entre los pinares de las laderas del Urculu, llegaron hasta nuestras avanzadas. En la noche se entabló un duelo a muerte, en las que agotadas en alguna ocasión las bombas de mano, llegaron a emplearse como arma ofensiva las piedras del camino. Dos horas duró el contraataque, que fué rechazado con una formidable energía.

Al cabo de ellas, los restos de los seis batallones enemigos corrían a refugiarse en su línea del Gallo. Por donde quiera que piséis, más allá de las crestas del Urculu, encontraréis montones de cadáveres. Yo los he visto y he oído los lamentos de algunos heridos, a los que sus compañeros bolcheviques abandonaron sin asistencia.

Precisamente esta mañana, un requeté, un falangista y un soldado, jugándose todo, corrieron vertiente abajo para socorrer a un enemigo herido. Las balas bolcheviques les dibujaban. Un oficial les ordenó que se reintegraran a sus puestos, y aun a riesgo de perder la vida mostrábanse dispuestos a recoger, para curarle, aquel a quien sus compañeros habían abandonado.

Tal fué la fuerza de la lucha, que en manos de nuestros muchachos quedaron seis u ocho ametralladoras, casi un centenar de fusiles y una gran provisión de cartuchos y bombas de mano. Otro centenar de milicianos aprovecharon la ocasión para entregarse.

Estaba en los designios del Mando nacional dar la réplica inmediata con el asalto a las fortificaciones del Gallo, mito fundamental con Bilbao de toda la resistencia. Iban a medir sus fuerzas los dos cinturones: el de hierro marxista y el de acero español. E iba a dilucidarse cuál de los dos había de hacer saltar en pedazos al otro.

Ya dije en mi crónica anterior que la operación de

ayer era de desgaste y quebrantamiento. Así lo hemos confirmado, porque la preparación de hoy, con ser terrible para el enemigo, no lo ha sido todo lo que esperábamos. Seis horas han bastado para que el asalto estuviese completamente a punto. Pero seis horas de martilleo terrible, de bombardeo incansable, en la que, a impulso de las explosiones, volaban por los aires las fortificaciones enemigas.

He dicho en otras ocasiones que nuestra Artillería no podía superarse, pero hoy se ha superado, hasta el punto de haber sido, con la Infantería, el héroe de la jornada. He podido apreciar junto al grupo de baterías de montaña que tenía emplazadas sus piezas en la primera línea, la calidad insuperable de nuestros artilleros. Sin necesidad de corregir la puntería estallaban las granadas en el borde mismo de los atrincheramientos, y en más de una ocasión hemos visto cómo los contingentes rojos, incapaces de aguantar por un momento más aquella tempestad de acero, salían de sus abrigos para buscar otros más seguros.

Y así seis horas largas... En cuanto a la Artillería bolchevique, casi puedo afirmar que no se atrevió a emplearla. Batida desde todas partes, sólo alguna vez las lejanas baterías de Galdácano lanzaban un proyectil del 15,5, que iba a estallar fuera de todo objetivo. Quienes dispararon con alguna mayor intensidad fueron los tanques puestos a cubierto en las proximidades de Larrabezúa. Los cañonazos pasaban silbando. Los que no estallaban entre los pinares de la vertiente opuesta sobre las crestas del Urculu, reventaban, indefectiblemente, en unos prados inmediatos.

A las dos en punto de la tarde se dió la orden de ataque.

Con una acometividad inaudita abandonaron los parapetos para lanzarse en busca del enemigo. Un escalofrío de emoción nos sacudió a los que no éramos más que espectadores en esta épica hazafia: estábamos en los principios de una página de la historia de España.

También el enemigo se dió cuenta de la trascenden-

cia de aquel momento, y por las cresterías de enfrente —las del macizo montañoso que sirve de asiento a la línea del Gallo— vimos correr a los milicianos, que acudían a vender cara la posesión del último reducto de Bilbao.

Agazapados en los pinares, nuestros muchachos desencadenaron un violento fuego de fusil y ametralladora, mientras las baterías comenzaron a tronar de nuevo. De repente nuestros batallones se lanzaron a la carrera. Y los vimos perderse por entre los árboles para reaparecer al cabo de unos cuantos minutos, resurgiendo por la pendiente opuesta, calado el cuchillo y dispuesta la bomba de mano.

Desconcertados, tal vez por aquella impetuosa acometida, y quebrantadísimo por las dos últimas jornadas de intenso bombardeo, los rojos comenzaron a abandonar sus atrincheramientos. Y a las tres menos veinte en punto de la tarde, los bravos castellanos de Angel coronaban las crestas del Cantelvaso, una empinada de 802 metros de altura, de pelada escarpa rocosa, erizada de trincheras y rematada en sus cumbres por una espesa arboleda.

Describir la emoción con que vimos ondear la bandera de España en lo más alto del Canteivaso sería empresa imposible. Ni fuerzas tuvimos los que presenciábamos aquel momento inenarrable de gritar el ¡Viva España! que reventaba en nuestros corazones. El cinturón de hierro de Bilbao estaba roto, sin soldadura posible. Rematar la obra era ya empresa fácil.

Y así fué, en efecto, viéndose un cuarto de hora después de roto el frente a los batallones que iban a reforzar a las tres unidades que habían realizado la proeza.

Dió comienzo el derrumbamiento vertical de la línea del Gallo. Fuerzas de la primera brigada acometieron la labor de ensanchar el boquete por el flanco izquierdo; las de la quinta hicieron lo mismo por el flanco derecho.

Desde aquel instante los disparos fueron ya muy escasos. Mientras, la Artillería continuaba protegiendo el avance y nuestras guerrillas tomando la horizontal de las trincheras famosas, reanudaban la tarea de arrebatarse al enemigo su mejor línea defensiva.

Como en un paseo militar, erguido el busto y el fusil terciado, veíamos a nuestros soldados perderse por entre el dédalo de los parapetos, llevando en vanguardia las banderas de España desplegadas al claro sol de Junio los colores magníficos. A las cuatro de la tarde la enseña bicolor ondeaba en los más altos riscos de cuatro de los montes de la línea del Gallo: el Gaztelu Mendi, de 322 metros de altura, situado a la izquierda, visto desde el Urculu; el Cantaiveso, el pico de este nombre que fué precisamente el punto por el que el frente quedó roto, y los dos Urrusti, de 347 y de 349 metros, respectivamente.

Desde allí quedaba completamente dominado todo el valle de Asúa, uno de los más importantes de Vizcaya y antesala propiamente dicha de Bilbao, con Larrabetúa a la izquierda, la carretera de Erleche o Algorta en su trozo comprendido entre Larrabezúa y Derio, y los pueblos de Santa María de Lezama, a dos kilómetros y medio de la línea Zamudio, Derio y Asúa.

A las cinco de la tarde me he retirado del frente. El avance proseguía con toda impetuosidad. ¿Hasta dónde? Hasta donde el Mando quiera. Porque hoy, sépalo bien España, no se ha roto la línea del Gallo: se ha derrumbado el frente de Vizcaya. Y si esta noche se detiene el avance será exclusivamente porque el Mando piensa que es un deber conceder un descanso a los soldados. Es probable que el parte oficial de Salamanca dé nombres de pueblos conquistados y de cotas ocupadas que no figuran en mi crónica. Es igual. Ni la misma llegada a la isla de Bilbao me sorprendería. Todas las ocupaciones y todas las conquistas posteriores, por sensacionales que puedan ser, no tienen la transcendencia del desplome vertical de la línea del Gallo que, al fin y al cabo, era la que sustentaba a todas las demás.

Al retirarme del frente esta tarde, llena el alma de júbilo español, me ha parecido como si el genio de Mola reviviese para gozar de esta jornada que reclama un puesto de honor en la Historia. Mola, y con él el Generalísimo Franco, han sido los artífices de ella. Y con el Generalísimo y con Mola, los Dávila, los Solchaga, los

García Valiño y tantos otros cuyos nombres es discreto silenciar, y entre los que merecen un lugar de privilegio los soldados que, a golpes de heroísmo, están forjando la nueva España.

UN ENEMIGO SIN MORAL

Yo comprendo perfectamente, y cualquiera lo comprende, que «cuando van mal las cosas» para un ejército, no se pregonen los malos pasos ni se publique con detalles deprimentes la angustia de la situación; pero una cosa es eso y otra el pintar con los más bellos colores el cuadro que a todas luces es tenebroso.

Digo esto porque entre las muchas cosas curiosas que ayer «requisé» en mi recorrido por las trincheras de la tercera línea, las tendidas entre Larrabezúa y Lezama, hube de recoger periódicos fechados en Bilbao el sábado 12 y domingo 13, es decir, cuando ya era un hecho la rotura completa del famoso cinturón y los ejércitos de Aguirre huían sin orden ni concierto, tratando de encontrar el camino más corto y seguro para alcanzar Bilbao y de allí seguir a Santander.

Pues bien; en estos periódicos, como en las radios rojas de la capital de Vizcaya, se acusaba la tremenda derrota con partes escuetos, en los que se hablaba de que nosotros «presionábamos» con insistencia su frente, apoyados con grandes actuaciones artilleras y aéreas, pero añadiendo que el ejército «leal», o sea el suyo, resistía heroicamente, sin ceder ni una sola posición.

Con este género de infundios, el enemigo logra sólo dos cosas: primera, que caigan en nuestro poder millares de prisioneros; segunda, que sea imposible atenuar el desastre reorganizando el ejército vencido en líneas de retaguardia; porque nadie da las órdenes oportunas para la retirada y adecuada concentración, y se sostiene una ficción de resistencia que sólo puede conducir al total aniquilamiento de la grey de Aguirre.

¿De Aguirre...? Quizás no. Quizás a estas horas Aguirre ya «no pinte nada» en el ejército de Euzkadi. Por de pronto, en el periódico «Lan-Deya», del domingo 13 del corriente, el editorial está dedicado a exaltar la figura del nuevo «Generalísimo», general García Uribarri, un traidor de baja especie, antiguo director de la Academia general de Toledo, gentilhombre de Cámara de don Alfonso XIII y uno de los jefes del antiguo Ejército español más calificado como hombre de ideas y de actos ultraderechistas.

Este cobarde, que no ha sabido hacer honor al uniforme que vistió, se encarga del mando de esa mesnada de asesinos y dinamiteros, de incendiarios y salteadores, y, en plena derrota, sustituye a Napoleunchu y a Llano de la Encomienda, para coronar su obra traicionera y vergonzosa.

«Ya tenemos general; ya tenemos al hombre de la situación», se clama en ese artículo, como responso obligado a la ineptia de Aguirre y para tratar de dar alguna moral al desmoralizado ejército rojo-separatista. Pero olvidan que un traidor calificado nunca pudo en la historia bélica del mundo dar frutos de victoria. Ulibarri, sólo en acallar su propia conciencia—si es que la tiene—ya tiene suficiente preocupación.

Este hombre sólo podrá prolongar una resistencia suicida y dar plazo para que Bilbao quede destruido a manos de sus criminales soldados. ¿Es eso lo que busca el nuevo generalísimo vasco? ¿Puede esperar otra cosa del hato de criminales que tiene bajo su mando... si es que los tiene?

No puede esperar reacción valerosa de ellos, porque, aunque fueran leones, desorganizado como está el ejército de Euzkadi después de la rotura de su línea y del desastre de sus millares de muertos, heridos y prisioneros, no podrán ya ofrecer una verdadera resistencia, por su mala situación estratégica y su nula moral.

Solamente puede aspirar, decimos, a detener en algo nuestro paso, para dar lugar a que Bilbao quede destruido; y esa labor, sí, es digna de un traidor como Ulibarri, que

encontrará complacencia en convertir en escombros el lugar donde nació, como dejó en ruinas su honor profesional al alzarse como jefe contra España y su Ejército.

¿Qué dirá Jaime de gentes como esa, capaces de poner el adjunto comentario a la muerte de su gran amigo y compañero qué fué el general Mola...? Es una carta recogida por mí de la cartera de un oficial gudari, caído en Larrabezúa. Del final de la carta tomo este párrafo:

«Esta tarde ha venido Paco y ha dicho que por milagro no le mató ayer una bomba en Lezama. Ha llegado llano de barro y el pantalón todo roto; además los lentes no sabe hasta dónde se los ha llevado la bomba, pues no los ha encontrado. Dice que le ha enterrado y luego, cuando ha podido salir, le ametrallaron; así que ha vuelto a nacer. Bueno, de una mala noticia vamos a pasar a una muy alegre. ¿Qué os parece la muerte de Mola? Nosotros, anoche cuando volvíamos de casa de la tía, lo leímos en «Euzkadi», y no sabes la alegría que nos dió (!!), como a todos, porque la gente se puso a bailar un «arresku» en pleno Arenal, loca de contento. Dormimos tan bien, que no ha sido extraño que no hayamos oído la sirena. Fíjate que al padre se lo vino a decir la Palatin, y estaba en la casa y se vió y salió a la calle a enterarse, y se fué con la manifestación al Gobierno. Hoy hemos comido admirablemente, pues ha sido un buen constituyente (¿?) esa muerte; estamos más alegres que si nos hubiera tocado el «gordo». Lo que hace falta es que le sigan—¿por qué no hacer lo que sea para conseguirlo?— ¡Eso sería nuestra salvación! Por hoy no tengo más que deciros. Recibid la bendición de mamá y muchos besos y abrazos de todos los de casa, que no os olvidamos ni un momento. Mariana. Salud y República.—P. D. ¡A ver si sigues con tan buena puntería!»

Esta carta, que por su redacción, letra y papel empleado, se ve que es de una señorita educada, y de posición, está fechada en Bilbao el 4 de Junio. Es un verdadero poema de bajeza de instintos, que da clara idea de hasta qué punto ha llegado la perversión moral de esas gentes a las que va a acaudillar quien se jactaba de ca-

tólico, de palatino, de noble, de buen militar y mejor español.

¡Si tuviera, no ya eso de que blasonaba, sino un atisbo siquiera de vergüenza...!

★ DESDE EL FRENTE DE BILBAO

Cómo entraremos en la ciudad

Regreso en este momento del campo. He acompañado hoy a las fuerzas legionarias y Flechas Negras, que con brío incalculable han ocupado hoy Algorta y la célebre playa de Bilbao de Las Arenas.

También por el sector Este, ocupamos anoche, a más del fuerte de Santo Domingo, la ermita de San Roque, y en el momento de enviar este mensaje, es a la otra columna el monte de Archanda, a cuyos pies comienza el perímetro urbanizado de Bilbao.

En realidad, hoy puede darse por conquistada la capital de la república vasca, puesto que estamos dentro de su término municipal por dos de sus cuatro frentes.

No se ha conseguido esta victoria, sin vencer resistencias, aunque no tantas como era de suponer que opusieran los separatistas en sus últimas posibles defensas; a no ser que pretendan luchar dentro del mismo Bilbao y calle por calle, lo que sería de lamentar, porque nos forzaría a castigar tal insensatez con la energía necesaria, sufriendo con ello la ciudad, sobre la que, a estas horas, no hemos disparado ni un solo cañonazo ni ha descargado una sola bomba nuestra Aviación.

Queremos entrar en Bilbao como se entró en San Sebastián. Este es el más vivo deseo del Generalísimo, que hoy, como en días anteriores, ha permanecido en el teatro de operaciones.

Tanto los «Flechas Negras» como las otras cinco colum-

nas, han hecho hoy tal número de prisioneros, que pasan del millar y que con los anteriores, forman un verdadero ejército, creándonos el problema de dónde meterlos, así como el material de guerra cogido, que forma verdaderas montañas y se llevará varios días en clasificar y distribuir.

La confusión que debe reinar en Bilbao alcanzará proporciones extraordinarias, dando idea de ello la gran cantidad de personas civiles que pasaron hoy tranquilamente por Plencia y Derio, especialmente, asegurando que nadie les detuvo en el camino.

A última hora de la tarde de hoy, la Aviación nuestra arrojó sobre Bilbao la última conminación del Generalísimo, invitando a la rendición y prometiendo una amplia generosidad para todos cuantos no hayan cometido crímenes ni sean dirigentes militares o políticos. Cita el ejemplo de lo que hemos hecho, incluso con los soldados de Garellano cogidos prisioneros en los dos últimos días y que ya hoy circulan libremente por las calles de Vitoria, cantando entusiasmados los himnos de la Legión, de Falange y de Requetés, ondeando la Bandera nacional, la que besan con fruición, siendo agasajadísimos por la población alavesa.

Tenemos la esperanza de que la población de Bilbao se acogerá a este perdón, no obstinándose en una inútil resistencia dentro de la misma ciudad.

★ UN RESUMEN DE LA GLO- RIOSA JORNADA

Pocas jornadas tan espléndidamente victoriosas como esta de hoy, en que el enemigo, extremando su desesperada resistencia ha sido derrotado implacablemente en los últimos baluartes en que aún pretendía defender a Bilbao.

Dura ha sido la jornada y bien ganado nuestro triunfo, porque pocas veces se ha puesto tan a prueba el valor

temerario de las tropas y la perfecta ejecución de los planes de mando.

La brigada legionaria de «Flechas Negras» ha conseguido ocupar Aspe, El Desierto y Las Arenas.

La brigada de Juan Bautista Sánchez, tras escalada maravillosa, en que, bajo tremendo fuego enemigo, avanzaron los soldados, ocupó el Casino de Bilbao, situado en el monte Archanda, que, como es sabido, está inmediatamente encima de Bilbao, empezando en su vertiente Oeste las casas y calles urbanizadas de la capital de Vizcaya, tomó Malmusín y sus dos estribaciones.

Operando en dirección de Gorbea, para limpiar ese sector, donde estaba embotellado numeroso enemigo, ocupó toda la línea de Miravalles, alargándose en dirección a Orozco, ocupando Otavara y Uspizaga y el monte Unceta, cortando el único camino posible del Gorbea a Bilbao.

En fin, la columna Latorre ocupó Orduña, que está bastante bien conservada, y avanza en dirección a Amurrio, ya evacuado.

Entre otras cosas hemos tomado posesión, aterrizando un caza nuestro, del aeródromo de Bilbao, que está incólume y se utilizará en seguida por nuestra Aviación.

Hemos cogido dos baterías, enorme cantidad de fusiles, municiones, camiones cargados, sus quinientos prisioneros, el caos en forma de desastre para los rojo-separatistas, que ya sólo pueden oponerse a nuestra entrada en Bilbao desde las alturas de Baracaldo, aunque no será por mucho tiempo, seguramente, me atrevo a vaticinarlo.

Con las victorias de hoy hemos vencido la última posibilidad de resistencia de las huestes de Aguirre.

Estamos en el desenlace, en la última escena del drama biscaltarra.

Con más razón que nunca lanzo mi grito de triunfo: ¡Vizcaya por España! ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva el Generalísimo!

★ AGUIRRE MANDA UN S. O. S.

En la última noche, cuando fatigados hasta la médula, ya de regreso del frente, y tras de cumplir nuestro deber oficial de comunicar por Radio a los españoles las emociones captadas en el campo, buscaba el restaurador reposo, me entero del texto del mensaje que Aguirre ha enviado a las naciones de Europa y América, en desesperado S. O. S., pidiendo ayuda para que no se consuma «la más tremenda injusticia que registra la historia», al apoderarnos nosotros de Bilbao, y para evitar que pongamos en ruinas la industriosa capital de Euzkadi.

Confieso que aunque estoy ya muy acostumbrado a los embustes, a las sátiras y a los alardes cínicos del bolchevismo separatista, esta vez me he rebelado de tal forma ante la audacia descarada de Aguirre, que no he podido conciliar el sueño. ¿Cómo—me decía—se puede mentir con tanta desvergüenza?... ¿Qué clase de hombres son estos que aun en la hora suprema de la agonía moral aún se atreven a lanzar calumnias y a sostener imposturas de ese género?...

En Plencia he recogido el periódico «Euzkadi» correspondiente al domingo 13. En su última plana, y en tipos de letra destacados, se da cuenta de cómo durante los tres últimos días han estado volando casi constantemente sobre Bilbao aviones nuestros, pero «sin que por fortuna dejaran caer ni una sola bomba».

En «El Liberal» de Bilbao se inserta otro artículo en que se dice: «afortunadamente, esas baterías de grueso calibre, aún no han enfilado sus fuegos sobre nuestra ciudad y en Bilbao todavía no se ve la huella de un solo cañonazo nacionalista».

Cincuenta y siete días—según la cuenta de ellos—lleamos de ofensiva en Vizcaya. Más de diez hace que colocados en el Sollube y en el Bizkargui, con cañones de largo alcance podíamos haber bombardeado la capital vizcaína.

En un solo día—salvo la media docena de ellos en que el mal tiempo lo hizo imposible—han dejado nuestros aviones de pasar sobre Bilbao... En fin, desde el Silado tenemos la capital a tiro de fusil, de ametralladora, de cañón de montaña. Pero aún no hemos hecho ni un solo disparo sobre la ciudad; más aún, el Mando nuestro lo tiene terminantemente prohibido hasta la fecha.

Si desde el primer día de iniciarse la ofensiva sobre Vizcaya, nuestra aviación y nuestra artillería hubiese utilizado sus poderosos medios sobre Bilbao, ¿qué quedaría a estas horas de la ciudad y de sus alrededores?...Esto lo discurre el más necio y lo ve el más ciego. ¿Cómo se atreve Aguirre a pedir auxilio al mundo entero para evitar que «nosotros» destruyamos Bilbao, cuando estamos dando notorias pruebas no ya de no querer hacerlo, sino de evitarlo a todo trance? Si hubiéramos querido utilizar ese recurso, la campaña no habría durado 57 días, y quizás ni 57 horas.

No. El S. O. S. del gobierno de Euzkadi, más que una súplica angustiada, envuelve una amenaza siniestra. Donde dice que las naciones deben evitar que nosotros consumamos el torpe designio de destruir Bilbao, hay que leer no más que esto: «Si no evitáis nuestro vencimiento, nosotros mismos convertiremos en escombros la ciudad».

El mundo no se puede dejar engañar, lo sabemos. Nos consta que el nuevo desgarrado cinismo de Aguirre no encontrará más eco que el de la repugnancia ante tanta desvergüenza. Pero aun así, nos duele, nos hace sufrir la idea de que esa gentuza desahogue su cobardía contra la industriosa ciudad, a la que hemos tratado no ya con suprema consideración, sino con amor de padres, por ser joyel de España, por ser carne de nuestra carne... ¡a pesar de todo!

*** AYER AVANZARON NUES- TRAS COLUMNAS**

Las calles de Bilbao completamente desiertas.—El aluvión de evadidos alcanza caracteres alarmantes

Estamos realizando la ocupación integral de toda la República vasca. Por suerte, nosotros sabemos tener serenidad para no impacientarnos por día de más o de menos y no comprometer con ningún género de precipitaciones el éxito final, rotundo.

Quiere decirse que lo que hubiéramos tenido que hacer de todos modos, después de la toma de Bilbao, lo estamos haciendo antes, y, a mi modesto entender, esto es lo mejor y lo más conveniente para la finalidad que se persigue, y yo, una vez más, me permito decir que no importa tanto el tomar poblaciones como el desmenuzar, hasta la pulverización, al enemigo.

Hoy prosiguieron sus avances todas las columnas. Las que operan por el Sur han ocupado Bazterocorta, la campa de Bazterocorta, Etxartiles, Eaujurjan, Azpuru, Apolillo, altura de Aztoziru, la Gareta y Amurrio, además del Unceta y Orozco, que se tomaron anoche. Las que operan por el Este han completado, con la toma de la radio, la ocupación del Archanda, y se han corrido por toda la loma hasta dar en Luchana y tomarlo asimismo, quedando ya en contacto con las «Flechas Negras», que desde ayer, como es sabido, están en Las Arenas y en el Desierto.

Y, por último, ahí va la noticia bomba: Se han tomado las alturas de Arnetegui y Arraiz, con lo que se completa, por el Sur y Occidente, el cerco de Bilbao, a muy corta distancia, menos de dos kilómetros del casco de la ciudad.

Yo mismo he estado en una de esas posiciones, y he visto, sin necesidad de anteojos, algunas calles de Bilbao, entre ellas el arranque de la Gran Vía, por el puente de

Isabel II. Por cierto que todas las calles estaban absolutamente desiertas. No se veía discurrir por ellas a nadie, y tampoco se veía humear las chimeneas de los edificios, por lo que nos dió la impresión de que está Bilbao totalmente abandonado. Unicamente vi el incendio de una fábrica, en dirección al pueblo de Dos Caminos.

El aluvión de evadidos de Bilbao alcanza proporciones alarmantes. Hoy todas las carreteras estaban llenas de todo género de vehículos y de verdaderas caravanas de gente a pie. Todos, o casi todos, eran mujeres y niños, y el espectáculo resultaba verdaderamente impresionante. Al llegar a nuestro campo esta gente, extenuada de fatiga y medio muerta de hambre, clamaba pidiendo pan.

He visto a una pobre mujer con cuatro niños pequeños que, al recibir el pan que le daban unos soldados y repartirlo a sus hijitos, se hincó de rodillas y se obstinaba en besar la mano de cuantos allí estábamos. Terminó esta pobre mujer haciendo arrodillarse a sus pequeñuelos y todos ellos, a viva voz, se pusieron a rezar el rosario, pidiendo por Franco, porque Dios salve su vida y dé a sus soldados una completa victoria.

He traído a esta pobre mujer y a sus pequeños en mi coche hasta Durango, y allí les dejé, en el comedor de «Auxilio de Invierno», porque tuvimos la suerte de llegar justo a la hora en que una celestial falangista agitaba su campanilla llamando a la cena a los niños refugiados de la derruida ciudad, donde ahora la verdadera caridad tanta labor está haciendo.

Puedo ofrecer a la curiosidad de quien me escuche noticias de interés que me ha facilitado esta señora, que era la esposa de un conserje de la casa del Gobierno de Euzkadi.

Dice que en los últimos días han salido de Bilbao posiblemente más de doscientas mil personas y que Aguirre y todos los consejeros se fueron ayer a un pueblecito que está en el camino de Santander, dejando sólo en Bilbao a tres consejeros: Leizola, nacionalista; Aznar, socialista, y Astiguerria, comunista.

También dice que se ha quedado el general en jefe Gamir

Ulbarri. El dinero del Banco de España se lo llevó el consejero de Hacienda, hace seis días, en un barco que salió del puerto, con rumbo a Francia.

Asegura también que todos los puentes están preparados para ser volados y que han alzado el Levadizo, pero han estropeado después la maquinaria para que ya nunca se pueda bajar.

Asimismo asegura que en los Altos Hornos y en las minas han estropeado casi todo el material, cosa que no nos sorprende.

Me dijo esta mujer que hasta ahora no han bombardeado nuestros aviones el casco de la población, pero que a pesar de eso, el pánico ha sido espantoso cada vez que se han presentado nuestros aparatos sobre el cielo de Bilbao.

Bilbao, sobre todo después de la operación magnífica que hoy se ha realizado, completando el cerco por el lado izquierdo de la ría, Bilbao, digo, es totalmente nuestro ya, y nos da lo mismo que sea mañana o que sea pasado el día en que hayamos de cumplir la formalidad de la toma de posesión.

*** LA BANDERA DE ESPAÑA CLAVADA DENTRO DE BILBAO**

No hay más rastros de guerra que los puentes volados por los rojos.—Deusto se ocupó sin disparar un tiro

¡Españoles! ¡Hermanos! ¡Echad las campanas al vuelo! ¡Dad rienda suelta a la alegría que desde hace días pugnaba por estallar en vuestros corazones de excelsos patriotas! ¡Bilbao es nuestro! A las cuatro de la tarde ondeó la Bandera nacional en el balcón del centro del

edificio que fué Ministerio de Gobernación de la separatista república vasca.

¿Cómo fué? Si yo tuviera la calma necesaria para referiros con todo detalle el fausto suceso, seguro estoy de que vosotros no la tendríais para soportar las minucias del relato. Fué, como tenía que ser, con un nuevo ímpetu de nuestros bravos soldados.

Agotando su generosidad y su humanitarismo, el Generalísimo Franco—hora es ya de que se sepa—, que desde hace días ha estado en el punto de máxima responsabilidad, conviviendo con los mandos directos de las antiguas Brigadas de Navarra las horas agitadas, precursoras de trance decisivo, el Generalísimo, digo, había puesto todo su empeño en que Bilbao no padeciese el menor quebranto, porque Bilbao ha sido siempre y es hoy más que nunca, un trozo de España, y herirle de muerte hubiera sido tanto como herirnos a nosotros mismos. No ha volado un solo avión nuestro sobre la ciudad en la última semana. La misma Artillería ha extremado su habitual pericia, evitando con certísima puntería que los proyectiles que batían las últimas defensas enemigas en los arrabales mismos de la capital, llegasen a la ciudad. Y se ha conseguido, porque al caer Bilbao en nuestro poder, ha quedado de manifiesto cómo no se encuentra en la ciudad más rastro de la guerra que los puentes volados por los rojos desde hace días. Vengan del mundo entero a comprobarlo. Se ha tomado Bilbao para España, en un alarde de valor, luchando leal, noblemente; se ha tomado, porque atacábamos con un Ejército, y ellos defendían a Bilbao sólo con hordas de maleantes. Anoche mismo presencié el último detalle de la rigurosa orden dada por el Generalísimo, de tratar la ciudad y sus habitantes con las máximas consideraciones.

Del puesto de mando de las baterías recién situadas en Archanda, se avisó al Mando que se veían llegar a la estación de Santander numerosos trenes y salir otros muchos. Se pedían instrucciones sobre si disparaban o no los cañones, ya que la estación y los trenes estaban bajo sus fuegos. Y se contestó que no. Que en esos trenes que

sallan, seguramente iban mujeres y niños, a quienes los vándalos rojo separatistas obligaban a huir, y no se quería aumentar la tragedia de su forzado éxodo con la muerte cierta que les hubiera alcanzado al haber hecho fuego nuestras baterías.

Desde el mediodía tenía el Mando la seguridad de que Bilbao no ofrecería resistencia. Esta seguridad se convirtió en certeza cuando las fuerzas que ayer quedaron sobre Luchana se corrieron a Deusto y tomaron la barriada sin disparar un tiro. Desde aquel momento era difícil, por no decir que imposible, contener el natural deseo de nuestros soldados de introducirse en el centro mismo de la población, y así, se ordenó que con toda prudencia, con la máxima disciplina, patrullas, bien enlazadas, fuesen penetrando en las calles, precedidas y seguidas por los carros de asalto.

Seguía el avance sin encontrar enemigo. Antes al contrario, conforme nuestros soldados ganaban calle por calle, de los edificios que ayer y hoy mismo nos parecían abandonados, iban saliendo centenares de personas, que se entremezclaban con nuestros bravos muchachos, gritando constantemente vivas a España, al Ejército y a Franco.

Como por encanto, en muchos balcones fueron apareciendo banderas y colgaduras nacionales. ¡La odisea, y la finura de ingenio, al mismo tiempo, que representa el hecho de que esas insignias de nuestra querida España, estuviesen en poder de la perseguida población bilbaína! Al llegar al edificio de Gobernación, la Guardia civil que lo custodiaba se rindió, prorrumpiendo en estentórcos gritos de ¡Viva España! En el interín, y como por encanto, surgió un puente de barcas sobre la ría, y luego otro, y otro después, que nuestros maravillosos ingenieros construían y sujetaban diligentemente. Por esos puentes y precedidos siempre por los carros de asalto, cruzaron la ría patrullas de nuestros bravos infantes, que penetraron en las barriadas altas, donde, sin disparar ni un solo tiro, hicieron prisioneras a varias unidades rojas. Mientras se llegaba así a todos los más apartados barrios de la ciudad, el Mando, siempre vigilante, había hecho coronar por las

tropas todas las alturas de la orilla izquierda de la ría que domina Bilbao, quedando en éste la seguridad completamente firme, porque las posiciones conquistadas de un modo fulminante, son del más alto potencial táctico.

A las cuatro de la tarde se nombró gobernador de Bilbao. Y él mismo, tras de nombrar alcalde, colocaba la enseña nacional en el edificio del Ayuntamiento, ante millares de vecinos de Bilbao, que vitoreaban a España, a Franco y al Ejército, y se descubrían para escuchar el Himno Nacional y luego cantaban a coro los de Oriamendi, Falange y la Legión.

No sé más, ni hace falta más. Me ardía en el pecho la impaciencia por trasladarme pronto a sitio desde el que pudiera comunicar la fausta nueva a los españoles todos. ¡Hermanos en el santo ideal de una España digna y fuerte, vitorear al Caudillo, vitorear a Mola, vitorear al Soldado!... Sentid, hoy más que nunca, dentro de vuestros corazones, el orgullo de estar adscritos a la más noble y santa causa. Dejad con rienda suelta vuestro júbilo. ¡¡Inundad la tierra de España con canciones alegres, con himnos patrióticos!!...

Y después, cuando esteis ya en la soledad de vuestros hogares, rotos los nervios por la emoción del día, con sabor de sangre en las gargantas, de tanto grito jubiloso, recoged en vosotros mismos y juntad las manos, plegad las rodillas, y pensando en Mola, pensando en el Caudillo, cuya vida es mil veces preciosa, pedidle al Dios de la Victoria que siga amparando a España, y por Mola, por Franco, por los héroes desconocidos a cuya sangre debemos la gloria del día de hoy, con la máxima unión, brotando de lo más íntimo de vuestra alma, decid conmigo: «Padre Nuestro, que estás en los Cielos...»

★ EL GENERALISIMO OYO MISA EN LA IGLESIA DE BEGOÑA

Después recorrió las calles de la ciudad triunfalmente. Desde la noche del sábado hay pan blanco y carne.—Ni una sola persona ha dejado ya de comer

Ni en la noche última ni en toda esta jornada ha intentado el enemigo la menor reacción, y Bilbao ha vivido la primera noche y el primer día de su liberación en una calma absoluta.

Con toda rapidez se está procediendo a la reorganización de la vida ciudadana en la capital vizcaina. Se tropieza con algunas dificultades de monta. Por ejemplo, que los rojos, al huir, destrozaron, con su vesania criminal, las conducciones de agua y de luz, y a la faena de dotar a Bilbao de esos elementos esenciales de vida, han dedicado sus generosos esfuerzos los ingenieros durante todo el día de hoy.

Hacia el mediodía empezaron a llegar a la ciudad convoyes de víveres para los bilbaínos. Entre ellos he visto cerca de treinta camiones, que procedían de Salamanca, cargados de todo género de artículos alimenticios, probando así, una vez más, nuestra bien entendida generosidad. Nadie se ha quedado hoy sin comer, ni anoche sin cenar en Bilbao ganado para España, y era de oír lo que las pobres gentes salvadas por nosotros decían al ver cómo se les servía lo que ellos titulaban manjares, tales como el pan blanco, el jamón y la carne, que han tenido en abundancia. Para que de esta última gustasen todos en Bilbao, se han sacrificado hoy doscientas reses mayores, y se han repartido más de cincuenta mil kilos de pan.

Un cuadro dolorosísimo: Yo he estado hablando con una viejita que se hallaba sentada al lado de la ría y que tenía en sus brazos un pequeñuelo de tres o cuatro

años, muy listo por cierto. Los dos saboreaban un trozo de pan blanco, al que acompañaba un trozo de jamón. He preguntado a esta pobre vieja cómo estaba tan sola, y me ha dicho: «Todos se fueron. Mi hombre, el viejo, murió hace ocho días de una enfermedad, quizá de pena, al ver la miseria en que vivíamos, y los dos hijos varones se han marchado con los otros hacia Santander. A mí me dijeron que me quedase aquí con el nietecito, asegurando que ustedes no me harían nada y que es posible que me dieran de comer. Anoche y hoy, Pachi y yo, hemos quedado hantos. Falta nos hacía».

Y después de una pausa ha añadido, como con temor: «Diga usted, señor, y después de esto, ¿se acabará la guerra?».

Y al afirmarla yo que sí, que seguramente, me ha mirado recelosa, me ha mirado y me ha soltado un «No sé, no sé...» lleno de amargura, para terminar con un «Si Dios quisiera...».

Ante de describirnos un acto emocionante, del que he sido testigo esta mañana, y que no olvidaré nunca, quiero notificar que los batallones que se han rendido ayer y hoy dentro de Bilbao, son ocho, y que hoy las fuerzas de nuestras divisiones, que entraron por el Sur, han ocupado sin ningún género de resistencia, Amurrio y Llodio. Esto demuestra que ya dentro del territorio de la provincia vizcaína, no tenemos enemigo.

De tiros, muy pocos, sólo algunos que los «pacos», desde Somorrostro, han enviado a Las Arenas.

En la mañana de hoy, el Generalísimo, el Caudillo, estuvo en Bilbao. Tenía hecha la promesa de oír misa este domingo en la basílica de Begoña, y allí se fué en unión de los generales Dávila, López Pinto y Solchaga. Con el Generalísimo fueron también jefes de las Divisiones, y al solemne acto han concurrido García Valiño, Cayuela, Juan Bautista Sánchez, Camilo Alonso, La Torre y Bartomeu, a más del coronel jefe de Estado Mayor de las brigadas de Navarra, Juan Vigón. Asistieron asimismo representaciones de todos los Cuerpos, de Requetés, de Falange y de los Flechas, y la misa, rezada, fué dicha por

el prior de la basilica, ante la imagen venerada, Patrona de los vascos, la Santa Virgen de Begoña.

Fué un momento inenarrable aquel en que la Sagrada Forma se alzó en manos del sacerdote, sobre la cabeza de todos. Yo, que estaba situado en un magnífico punto de observación, pude ver al Caudillo de frente. Le ví inclinar su cabeza sobre el pecho, y cuando levantó su cara observé que algo extraño le brillaba en sus ojos. Es posible que en aquel momento supremo, solemnisimo, ante Dios, para el que los hombres nunca tienen fortaleza, Franco, hombre de corazón, sobre todo; Franco, victorioso, dedicara un recuerdo y una oración al compañero, al hermano muerto, a Mola, ausente de la gloria del triunfo que esta misa solemnizaba. No sé, no sé. Pero aquello que brillaba en los ojos del Caudillo a mí me parecían lágrimas de infinito pesar, dolor lícito de un gran corazón.

Luego recorrieron las dependencias de la basilica. El prior mostró al Generalísimo y a los que le acompañaban los ornamentos, que estaban amontonados por habérselos querido llevar los rojos. Nos enseñó, asimismo, el cáliz, la custodia y candelabros de oro y plata, que habían machacado, y que intentaron también llevar con ellos.

Poco habla todo esto en favor de la religión católica de que tanto blasonaban Aguirre y sus cofrades.

Después, el general Franco recorrió algunas calles de Bilbao, siendo vitoreado, aclamadísimo, casi estrujado, por la multitud, que no podía mantenerse a distancia de nuestro Caudillo.

Todas estas emociones no las olvidará seguramente el general Franco. Los que las presenciemos, tampoco las olvidaremos nunca. Ha sido algo así como la coronación de un ideal reinante en los corazones de todos los buenos españoles.

*** LO ESENCIAL EN LA VICTORIA DE VIZCAYA**

Va a ver la luz pública este mensaje, cuando ya ha pasado el estallido de entusiasmo que en toda la España liberada habrá producido la entrada triunfal de nuestros soldados en Bilbao. Puedo, por tanto, enderezar mis palabras a hablar a la razón más que a la emoción de mis lectores.

La victoria de Vizcaya contiene para nosotros extraordinarios efectos, que estimamos conveniente especificar, aunque por supuesto doy que todos y cada uno de los buenos españoles habrá pensado ya en ello. En primer lugar, en la conquista de Bilbao hemos dado muerte al fantasma del separatismo vasco, veneno que se había ido infiltrando poco a poco en la vida nacional con los efectos corrosivos de la más perniciosa ponzoña. En este sentido—y en otros muchos— tiene más importancia la conquista y redención de Vizcaya, que la de la misma capital de la nación. Con Madrid hubiéramos conquistado el centro de la rebelión marxista, pero al fin, solo eso. Con la toma de Bilbao no sólo ganamos para nuestra España, su tercera ciudad, en orden de importancia, y quizás la primera en jerarquía industrial y en florecimiento económico, sino que hemos asestado el golpe de gracia al mayor enemigo que tenía la unidad de España, mayor aún que el que representa el separatismo catalán, porque el de allí, el separatismo de Cataluña, con ser tan antiguo como estridente, nunca llegó a estar tan honda y extensamente difundido como el separatismo vasco. Los artífices de ese movimiento excisionista en Vasconia, prevalidos de su potencia económica y política, y también de la fuerza que le daba el saberse escudados por los intereses extranjeros, atentos a su medro y permanencia, habían tenido la precaución moral de agitar una ola de frenético orgullo en

los corazones de los vascos diciéndoles, y no sin razón, que el separatismo catalán tenía unas raíces más superficiales y una eficiencia más auténtica, porque, Cataluña, para subsistir, siempre necesitará del resto de España, mientras que Vasconia podía ser la anhelada Euzkadi libre, sin pensar en España; el resto de España le prestaría o no ayuda, pero ella podía vivir su historia de nacionalidad independiente.

Pero además, con astucia dialéctica, los jerifaltes del nacionalismo vasco, habían unido al programa político del separatismo, un credo de religiosidad que respondía plenamente a la tradición y a las costumbres incommovibles del país. Y así unida la idea de patria libre y capaz de vivir por sí sola, a la idea de permanencia de la ideología religiosa, el pueblo vasco se sintió captado para el absurdo excisionista, que hasta por tener más amplia la luz, se apoyaba en un idioma totalmente distinto hasta en sus raíces de la lengua castellana, y unas características etnológicas típicas, exclusivas de Vasconia.

Era, pues, un fantasma político, vestido, armado, aderezado, con todos los aditamentos previos para captar devociones en las gentes sencillas del campo vascongado. Pero era un fantasma, porque por encima de todo género de consideraciones y argumentos morales, psicológicos, políticos, está la gran razón de la historia, y sobre todo la irrefutable, la formidable razón de la geografía. Histórica y geográficamente el separatismo vasco se viene al suelo, y queda no más que una añagaza de unos cuantos soberbios, unos muchos majaderos y una enfermedad de «arrivistas». Por la historia y por la geografía, Vizcaya sólo puede ser un pedazo de España, porque un pedazo de tierra y de tradición española es su suelo y son sus hombres del ayer, del hoy y del mañana.

Hemos exterminado un cáncer de nuestro cuerpo nacional, el peor de los que padecía nuestra España y uno por los que nos alzamos el 17 de Julio en la Cruzada Redentora. A mi no me importa tanto la conquista de Bilbao y de Vizcaya, como el haber demostrado a los incautos «gebos», a los infelices «gударis», la farsa que les habían

impuesto como ideal. La grandeza de Bilbao sólo puede existir como parte integrante de la grandeza de España. Esta es la gran victoria conseguida hoy. No lo dudéis. Antes de un mes, cuando una nueva victoria cumbre nos alegre a todos el corazón, nos inunde de alegría, esos mismos gebos y gudarías, irán del brazo nuestro gritando viva España; porque ya tendrán en el alma grabada esta única y gran verdad: Vizcaya, es florón preciado de la Patria española y por serlo, nosotros todos, los españoles, sabremos devolverle su grandeza y su verdadero honor, que está no en separarse de sus hermanas, sino en unirse, hasta la compenetración más íntima, con todas ellas.

Vitoria, 19 Junio.

★ LLEGAN A BILBAO EVADIDOS EN GRAN NUMERO

¿Quién habló de descanso? Parodiando al clásico, nuestras tropas podían decir aquello de «mi descanso es batallar».

La acción de complemento de la conquista de Bilbao y la limpieza de los territorios del Sur de Vizcaya, ha continuado en el día de hoy. Las columnas tenían la orden de buscar en seguida el contacto con el enemigo, y éste, en efecto, ha hecho acto de presencia, si bien no hay que decirlo que de una manera ostensiblemente fofa y peleando sin ganas de pelear.

Por ello, con verdadera facilidad, a la toma de Oquendo, que ayer se realizó a última hora de la tarde por nuestras columnas, se ha añadido hoy la de Oquedejo, y tras ella la coronación de una importante loma al otro lado del Cadagua.

Entretanto, una División se apoderó de toda la cordillera conocida por el nombre de Sasiburu, al Oeste de Bilbao; montañas mineras de gran valor táctico para la seguridad absoluta de la ciudad.

Unas y otras operaciones se realizaron con alguna re-

sistencia, repito, del enemigo, pero, también repito que muy inferior a la que se venía notando en los días anteriores a la entrada en Bilbao. Desde luego se ve que el enemigo trata de oponer algún obstáculo a nuestra marcha en posiciones de líneas intermedias, sin duda para ganar tiempo y ver de fortificarse y reanimarse, que falta les hace, en lo que, según confidencias, están preparando ya en plena provincia de Santander. Es igual. Más que habían cavado en Vizcaya y más cemento y blindajes de los que allí habían reunido se podrán acumularlos en Santander, sobre todo habida cuenta de que no se hará esperar mucho nuestra presencia en la Montaña.

He dado mi vueltecita por Bilbao. La villa comienza a vivir su ritmo normal; ya hay luz, ya hay agua, otro milagro de nuestros ingenieros. Hay también autoridades, no sólo gubernativas, sino municipales y judiciales, y hay, sobre todo, orden y disciplina, con cuyos dos factores se vence todo género de dificultades.

De ayer a hoy pasa de quinientos el número de «guardias» que han venido a sumarse al contingente, ya extraordinario, de aquellos que, por grado o por fuerza, se han venido a nuestro campo después de la caída de Bilbao.

Pero, como digo, la vida se normaliza y entre otros detalles citaré el de que hoy han abierto sus puertas la mayor parte de los comercios. Claro que los comercios que no se dedican a vender artículos de comer, beber y arder, porque de todo esto no han dejado ni rastro los hombres de Aguirre.

En fin, como detalle pintoresco, y a la vez sensacional, diré que los navarricos han honrado una vez más la memoria de su querido e inolvidable General Mola, improvisando en el centro de la Plaza del Arenal un monumento que soporta un busto del ilustre General, por cierto hecho de mano maestra, aunque no he podido averiguar el nombre del escultor. En el pedestal de ese monumento se lee esta inscripción, que yo juzgo sencillamente espartana: «Aquí, en Bilbao, la conquistada, la que

te llevó a la muerte, la que te privó de la gloria de tu sueño, realizado, nosotros, los requetés, a tus órdenes siempre, General Mola, te ofrecemos esta gran victoria como lo que es: como tuya. Los que paséis delante de este monumento decid, por Dios y por España, con nosotros: ¡Viva España! ¡Viva Franco!—Los requetés».

¿Cómo no hemos de ganar la guerra, cuando tenemos hombres de este temple y de este corazón?

UNA VICTORIA VERTICAL

He aquí que he encontrado un título magnífico para lo que os quiero decir en esta crónica. (Un buen título de artículo de periódico ha de encerrar en extrema concisión de palabras, la idea esencial que en el trabajo se desarrolla). «Una victoria vertical». ¡Qué bien va esta frase para definir nuestro triunfo!

Al entrar en Bilbao a las cuatro de la tarde de este día de gloria, hemos terminado la conquista de Vizcaya, porque de esta provincia española apenas si quedan unos kilómetros cuadrados que no estén a esta hora pisados por planta de soldados de España. Bilbao era... lo espectacular, en cierto modo el broche de la obra, y desde luego, el «Fin» que colocamos a la gloriosa gesta de la campaña sobre Vizcaya. Pero nadie pasará a creer que al tomar la capital hemos realizado singular proeza.

La proeza la hemos venido realizando día tras día, durante dos meses, al combatir casi sin más tregua que la que nos impuso el mal tiempo, diariamente al enemigo, que, hora es ya decirlo, hasta el último momento, hasta en el combate sostenido en la mañana de ayer, sábado, en los alrededores de la Estación de Radio del Archanda, se batió bravamente, duramente. Y con decir esto no hago sino agigantar, como lo merece, nuestro triunfo.

Nadie crea que la campaña de Vizcaya ha sido cosa fácil. Nos hemos tenido que emplear a fondo en más de una y de veinte ocasiones, y siempre, día por día, el ene-

migo ha opuesto tenaz resistencia a nuestros avances...

Pero esto no es nuevo, ni seguramente peculiar de la campaña en tierra vizcaína. Yo sé algo de eso. Yo sé cómo hubimos de batirnos en la Casa de Campo, en el Pingarrón, en los Carabancheles... No; no hay que menospreciar al enemigo, porque en más de una ocasión, si no hubiera encontrado enfrente a soldados como los nuestros «los mejores del mundo», la victoria se hubiera inclinado de su parte.

Pero no era de esto de lo que quería hablaros. Ni a esto se refiere mi calificativo de «vertical», aplicado a la victoria de Vizcaya. Yo lo que quiero hacer resaltar con esa frase, es precisamente lo típico, lo que caracteriza a esta campaña: la verticalidad.

Hace unos días me entretuve en hacer unos números sobre el croquis de Vizcaya 1:50.000, que emplea el Estado Mayor en estas operaciones. Fui siguiendo por orden cronológico el avance de nuestras columnas y anotando cuidadosamente las cotas ganadas cada día por nuestros soldados. ¿Sabéis lo que arroja esa suma...? Pues ¡¡ciento veintitrés mil kilómetros!!

Para llegar a Bilbao, para acabar en el día de hoy la campaña de Vizcaya con la ocupación de la gran ciudad, nuestros soldados han tenido que conquistar, pecho arriba, en ascensión constante, sin dejar de combatir ni en una sola de estas escaladas, nada menos que doscientos ochenta y nueve cotas, entre grandes y pequeñas, desde las que miden modestamente cien metros, a algunas que alcanzan diez veces esa altura.

¿Es o no una victoria vertical la nuestra?

¿Imagina nadie una expresión más gráfica, más descriptiva, más elocuente para dar noción exacta de lo que representa este nuestro triunfo de cuarenta días de operaciones efectivas? ¿Se recuerda caso igual en la historia militar de ningún país...? ¡Cuántos Himalayas, cuántos Mont Blanc, superpuestos, han tenido que escalar nuestros bravos soldados para alcanzar esta «cumbre al nivel del mar» que es Bilbao!

Yo no creo que se pueda hacer más justo elogio del

Mando que concibió las operaciones, de los generales que las dirigieron, de los jefes, oficiales y soldados que las realizaron, que el que se desprende de estas cifras.

Y si después de esto, alguien me califica de exagerado cuando digo que «España tiene la mejor Infantería del mundo», es que yo me he vuelto loco o que el que de tal me tacha, no sabe toda la gloria excepcional que encierra esa frase acierto con que defino yo lo de Bilbao: «¡Una victoria vertical!».

*** TODA LA ZONA FABRIL ES YA NUESTRA**

Quince batallones entregados desde la toma de Bilbao

Bilbao va readquiriendo su peculiar fisonomía. Durante el primer día de su conquista por nuestras tropas ofrecía la capital vizcaína un aspecto triste; poca gente en las calles, y esa poca sobreexcitada; unos por el entusiasmo que les producía nuestra presencia; los otros por el temor lógico de quien no tiene la conciencia tranquila.

Además, la ciudad estaba sucia, las basuras de varios días se amontonaban en las calles. De cuando en cuando, para justificar el triste aspecto, el clásico «paco» rompía el silencio allá por Baracaldo.

Al segundo día, la presencia del Generalísimo en Bilbao hizo cambiar el aspecto de la ciudad. Hasta los más tímidos salieron de sus escondriños y Bilbao vivió un domingo en plenitud de tranquilidad y de alegría. El tercer día, lunes, ha sido la presencia de numerosísimos soldados nuestros la que ha dado fisonomía a la ciudad. La alegría de estos muchachos cantando y bailando, recorren las calles con explosiones de júbilo nos recordaba, más que una ciudad cívica, un campamento en día de victoria.

Y hoy, el cuarto día, Bilbao ha vuelto a entrar en caja. Todo está en orden; la ciudad ha quedado limpia de la

inmundicia; los servicios municipales se desarrollaron con perfecta normalidad; los abastos son suficientes para las necesidades de los indígenas y de los extraños, y los soldados se han ido retirando para volver al frente, para seguir su victoriosa marcha.

Y ha seguido esta marcha. Hoy, las fuerzas de la quinta columna se han posesionado, con muy escasa resistencia, algún tiro que otro suelto, de las barriadas obreras y fabriles de Baracaldo y Sestao. Los Altos Hornos, la fábrica «La Vizcaya»; todos los admirables centros de producción de la capital vizcaína han quedado bajo el control de nuestras autoridades. En Baracaldo aún había dos batallones de gudarís, pero apenas llegaron nuestras primeras avanzadillas, se entregaron con todo el armamento a nuestra benevolencia. Estos dos batallones, de cuatrocientos hombres cada uno, perfectamente armados y pertrechados, hacen los números catorce y quince de los que en masa se han pasado a nuestras filas después de la caída de Bilbao.

Otra columna ha seguido su avance en dirección hacia el mar, ocupando la línea que va de Portugalete a la Escontrilla, por debajo de la Arboleda, zona de minas bien conocida. Tampoco ha tenido mucha resistencia, aunque sí algo más que la que se ha registrado en Baracaldo y seguramente a la hora en que envío este mensaje, Portugalete está ya completamente en nuestro poder.

Y todavía hay otra columna, cuya misión es más esencial que la de las dos anteriores, pero como ignoro cuál ha sido el resultado de su avance, aunque me lo figuro, omito el detallar sus objetivos, que seguramente habrán conseguido.

Y no ha dado más de sí el día de hoy, aunque ya es bastante el hecho de haberse apoderado de la zona fabril de Bilbao. Lo incuestionable, lo que ya no ofrece duda, es que nadie piensa en reposar y que seguidamente a los días triunfales que acabamos de vivir vendrán otros no menos importantes y cuyos objetivos están en la mente de todos los españoles.

UNA REPUBLICA VACIA DE CONTENIDO

Con la conquista de Bilbao por nuestras tropas se han venido estrepitosamente al suelo muchos mitos; pero el más interesante de todos ellos es el de la pretendida existencia de la República de Euzkadi.

Las cosas son como son y no como se pretende que sean, y nadie nos podrá negar que a raíz del movimiento del 17 de Julio, Euzkadi se proclamó República independiente, con un jefe de Estado, un Gobierno, una Constitución y, naturalmente, un pueblo y un territorio nacional. Mantenía relaciones de estrecha amistad y hasta si se quiere de dependencia bélica, con los otros Gobiernos de las otras Repúblicas proclamadas independientes instaladas en la Península: la de Valencia, la de Barcelona, la de Santander... Todas estaban aliadas, en contra nuestra, considerándonos enemigo común; pero todas aprovechaban cuantas ocasiones se les brindaban para proclamarse independientes unas de otras. Para obtener incluso ayuda en contingente, Euzkadi llevó negociaciones e hizo pactos con las Repúblicas de Santander y de Asturias, ni más ni menos que podía haber elevado tratados con Grecia o con el Sudán. No habrá quien niegue estas realidades.

* * *

Pues bien: ¿qué ha sido de esa República de Euzkadi? ¿Puede alguien que pretenda llamarse lógico seguir hablando de su existencia...? El Gobierno de Euzkadi ha desaparecido. Su jefe de Estado, el presidente Aguirre, está expatriado. Su ejército—el suyo, no el de los aliados—el nacionalista vasco, el de los «gudaris» o mendigotxales no existe tampoco. Sus activos batallones se están entregando en masa, con armas y sin condiciones. Y en

cuanto al territorio de la República de Euzkadi, que pretendía alcanzar no menos que la totalidad de la extensión territorial de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, con una capacidad de dos mil kilómetros cuadrados, ha quedado reducido de tal forma, que apenas si quedan 87 kilómetros cuadrados en Alava y 217 en Vizcaya (de Guipúzcoa todo está en nuestro poder), donde de cierto no dominamos nosotros con nuestra presencia, aunque tampoco dominan ellos.

En cuanto al pueblo de Euzkadi, aún es más palpable su no existencia como base de una República nacionalista vasca. Porque ese pueblo, día por día, ha ido pasándose a nuestro campo y sometiéndose de grado que no por fuerza a nuestra autoridad. De poco o de nada sirve decir que de Bilbao han evacuado varios millares de ciudadanos vascos que hoy están en pleno exilio y en tierra extraña no lo olvidemos—según ellos, Santander es tierra extranjera para los hijos de Euzkadi—porque ese puñado de infelices, en su inmensa mayoría han dejado su país natal a la fuerza, obligados por los rojos, por los aliados de ayer y extranjeros de ahora, por los asturianos y montañeses, cuya imperiosa orden hubieron de obedecer porque en ello les iba no menos que la vida. Hoy, en calidad de pueblo maldito, de judíos sin patria, rey ni hogar, viven la tristeza de la derrota y del extrañamiento, acechando seguramente la ocasión propicia para reintegrarse a sus lares, aunque en ellos ondee la bandera de España, que siempre la preferirán a la santanderina o asturiana rojas.

* * *

Hay que conocer a los vascos. Su orgullo inveterado y proverbial, les permitía soñar ambiciosamente con una Vasconia libre, independiente, adulta, soberana de sí misma. Pero no les permitía su idiosincrasia aceptar la dependencia, el vasallaje quizá, de los dinamiteros de González Peña, o los petardistas de Bruno Alonso. A estas gentes las toleraron en tanto cuanto se avinieron a ayu-

darles a mal defender los montes de Euzkadi; pero nunca pasaron ni pasarán por someterse a las órdenes de aquellos a quienes trataron como colaboradores de leva mercenaria. ¿Aguirre o Leizaola, a las órdenes de Bruno? ¡quién puede imaginarlo siquiera!

No. Ahí están para proclamar que eso es un absurdo inadmisibile, los batallones vascos que se nos entregan sin lucha. Los «gudaris» piensan que perdido el solar que ellos llamaban patrio, ninguna razón hay para mantener las armas en la mano y esgrimir las en tierra extranjera. Ellos no son capaces de formar con los anarquistas o los comunistas en sus filas, en su horda. Equivocados, sí, pero contumaces en el más grave error que se ha podido cometer al mezclarles y aliarles con gentes de perversión moral acusada hasta el infinito, y para defender lo que en forma alguna les interesa ¡eso no! Y porque son así, porque esa es su característica psicológica, no han permitido que vandálicamente la grey marxista, a la que desprecian y odian, destrozara Bilbao, y se quedaron para guardarle primero, luego para confiarse a nuestra generosidad, y en el caso más adverso, caer muertos en la tierra de sus amores.

¡Se acabó Euzkadí! Ni jefe, ni Gobierno, ni Ejército, ni territorio. Esta es una verdad inconcusa que no admite disfraces. ¿Que no quieren entenderlo así por esos mundos de Dios? Está bien. Lo harán con su cuenta y riesgo, pero sin que puedan mostrar ni una razón del tamaño de un grano de mostaza en la que apoyar su arbitraria, su absurda posición.

Vitoria, 23 Junio.

ESCENAS PINTORESCAS DE LA CIUDAD LIBERADA

En la mañana cuajada de sol, la calma de los caseríos de los alrededores de Bilbao, se ve interrumpida por el ir y venir de gentes que salen y van a la capital recién liberada por nuestras tropas. Coches que pasan raudos, atro-

nando con sus bocinas para pedir paso a las procesiones interminables de peatones, de carretas, de caminantes que huyen de la capital, no porque piensen que ya dentro de ella nuestros soldados les pueda ocurrir nada malo, sino por obediencia a un impulso instintivo que nos hace odiar y alejarnos de los lugares donde nos atacaron implacables sufrimientos.

Estoy parado en la carretera, esperando el arreglo de un leve desperfecto de mi auto, frente a uno de esos caseríos. Acaba de pasar una mocetona fornida, varonil, que bien asentada en un brioso caballo porta en sus alforjas y bajo sus posaderas una carga de pan, de pan largo, kilométrico, de tres o cuatro kilos de peso, que sirve en Vasconia para todo un día y toda una familia. La panadera ambulante, ajena al inusitado movimiento de los camiones, e indiferente a los acontecimientos de la guerra, ha procedido como de costumbre. Sin bajarse de la caballería, ha inclinado el busto y tomando uno de sus largos panes lo ha dejado sobre el pretil del puente donde yo me hallo y al que va a desembocar el tortuoso sendero que al caserío conduce. Luego ha taconeado al caballo y ha salido trotando carretera adelante.

Contemplo el dorado pan, abstraído. Lo contemplan a poco también una mujer, un viejo, un mocete y tres chiquillos que han llegado hasta aquel lugar, sin camas, ni ajuar, sin ganado, casi sin vestidos porque los harapos que mal los cubren no pueden calificarse de tales. Traen la dirección de Bilbao. Son, a juzgar por su lamentable aspecto, fugitivos, detritus de la catástrofe humana que allí vivió once meses largos, infinitos.

El mocete ha dicho algo en vascoence. Todos se paran y miran con codicia el rubio pan. Ponen «ojos golositos» los pequeñuelos y ojos de pena honda el viejo y la madre. Y el viejo, que me ha mirado receloso, contiene, en vano, a los suyos, con acentos duros, crueles, que rajan los oídos. Silencio. Se reanuda la marcha triste de los exilados. Pasan. Se van. Los tres pequeñuelos vuelven insistentes la cabeza mirando refulgir la corteza brufida del hermoso pan bien cocido. Uno de ellos se lleva el dedo gordo

a la boca, ¡lo chupa y saliva con fruición! La imaginación infantil le hace saborear aquella tentación tierna y nutritiva, sabrosa, retostada... Oigo otra vez la voz del viejo, rasgante, amanezadora. ¡Quién sabe! Quizás ha dicho: «Esta es otra España. Aquí no caben «requisas». En la España de Franco no se puede robar y menos que nada ¡¡un pan!!

* * *

En las amplias náves de La Vizcaya. Hay un estruendo de plena producción. Chirriar de tornos, silbar de perforadoras, jadeo casi humano de las laminadoras. Un martinete marca con sus golpeteos en taquicardía de máxima actividad, la pasada del tiempo.

Los obreros, caras ennegrecidas, torsos amplios pero encorvados, crenchas alborotadas, uniformidad de telas azules con geográficos lamparones aceitosos, trabajan sin chistar. También éstos viven ajenos al bullicio de la conquista y a la desolación del vencimiento. ¡Trabajan!

Han solicitado de nuestras autoridades que se les deje proseguir la tarea. La tarea en esta fábrica, desde hace casi un año, es de producir garras y dientes para la muerte. En este taller de la Vizcaya salieron los millares de proyectiles que la grey rojo-separatista enviaba contra nosotros, para tratar de contener nuestro impulso conquistador. En La Vizcaya sin tregua de un día siguen los mismos obreros que fabricaban municiones de artillería para «ellos» fabricando para nosotros. ¡Es la tarea! ¿Quién ha dicho que el obrero es un ideal en acción? No se equivocó al decirlo. Pero yo añado que aunque otra cosa se diga, ese ideal, el verdadero, el permanente en el obrero honrado, en el verdadero obrero, está en seguir siempre, en no interrumpir nunca «la tarea».

* * *

Salgo del cuartel de la Guardia civil. Este muchacho cuya personalidad acabo de avalar, lleva los ojos llenos

de asombro. No dice nada, pero se le ve luchar para comprender claramente que lo que ve no es un sueño. Está hecho físicamente una momia. Yo le conocí el verano pasado en Deva. Era un nacionalista puro, que arriesgó su vida para salvar la de muchos de la colonia veranlega. Fornido, educado, enamorado de su país, pero también de los principios de la moral cristiana, era uno de los que, desde el primer día juzgaron absurda y criminal la concomitancia con los rojos de la F. A. I. y la C. N. T.

Habla poco muy poco, pero cada vez, por cada calle que pasamos, por cada centro oficial en que hacemos escala para obtener de momento su libertad, abre más los ojos, muestra más su asombro. No puedo contenerme y le digo:

—¿Qué es lo que le impresiona a usted más de lo que desde hace unas horas está viendo?

—El orden. Yo sabía que a nosotros nos faltaba algo esencial, algo que nos hacía perder, algo sin lo que no podíamos triunfar. Pero no sabía a ciencia cierta lo que era. Ahora ya lo sé. Lo estoy viendo en todas partes. Ustedes tienen el orden, la disciplina, la jerarquía. Manda el que debe mandar y sabe mandar, y los demás obedecen con método y buena intención. Y en todo hay orden. Entre nosotros mandaban todos y nadie obedecía, por lo menos nadie obedecía de buen grado. No había orden. ¡No podíamos vencer!»,

* * *

—¿Quién de esos es Franco, señor?... me pregunta un «Jebó».

—Aquel. El de menos estatura.

—¡Quíá!

—Le digo que sí. Aquel es Franco.

—¡Ené! ¿Tan chico...? ¿Dónde meterá todo el talento y el corazón?

* * *

—¿No tienen familia?

—Tres hijos tenemos.

—¿Y como les dejaron en el desamparo, viejos y hambrientos?

—Se fueron con ellos. (La viejuca añade suspirosa): ¿Cuándo volverán?

—Si son honrados, si no hicieron crímenes, pueden volver cuando quieran. Los recibiremos bien.

—¡Qué iban a hacer mis pedazos del alma! ¡Se fueron porque eran muy hombres y no querían pasar por cobardes o traidores, que no por miedo a que ustedes les hicieran nada. Ya ve usted, el mayor me decía al marchar. «Qué dese madre. Son gentes de bien. ¡Ay si no fuera por la «negra honrilla»! ¡Yo con qué gana también me quedaría!!

*** AYER JORNADA DE DESCANSO EN EL FRENTE DE VIZCAYA**

La aviación roja se apunta un nuevo «hecho glorioso»

Nuestras tropas han tenido una jornada de descanso. Únicamente algún tiroteo en Arandi y Aranzugasti, sin ninguna consecuencia, y algún fuego de cañón de nuestras baterías, por haber descubierto concentraciones al Oeste de Dima.

La nota saliente del día ha sido el elevado número de personas que se han pasado a nuestro campo. En Dima se han presentado doscientas sesenta y tres, procedentes de Villaro, y dos milicianos con armamento, y en distintos puestos del sector de Durango, doscientas cincuenta y una personas, procedentes de Lemona, y setenta milicianos, casi todos con armamento. Entre esas personas presentadas, figura la de un equipo quirúrgico con sus cuatro médicos, nueve ayudantes y doce enfermeros.

Estos médicos afirman, con la seriedad propia de su cargo, que las bajas que están teniendo los rojos son en

tal número, que para ellos la labor se hacía improba, habiendo llegado algunos días de combate a trabajar este equipo durante 26 horas sin descanso. También afirman algunos de ellos que la situación sanitaria del Ejército rojo es francamente deplorable, atribuyéndolo al mal régimen alimenticio que tienen los milicianos.

Otra nota saliente del día es la actividad desplegada por los ingenieros militares, que sólo en doce horas han arreglado los puentes de Dima y Amorebieta, que los rojos volaron al huir, y que esta misma tarde han quedado en disposición de ser utilizados por nosotros; en fin, como final diré que la aviación roja se ha apuntado un nuevo hecho glorioso, porque habiendo pretendido bombardear Pamplona, se encontraron en el camino con una escuadrilla de cazas nuestros, volviendo la cola y se dispersaron, pero no sin antes arrojar en pequeños pueblos de la contornada de la capital navarra la carga mortífera que dedicaban a los pamplónicos.

★ LLUEVE TORRENCIALMENTE

Nuestros soldados empapados en agua.—A pesar de ello prosiguió el avance y se ocuparon importantes posiciones.—Un cinturón defensivo que nos es favorable.—Importante botín cogido al enemigo.—Santander en situación deplorable

¿Tendré que jurarlo para que me crean ustedes? Llueve de un modo desconsolador en el frente de Vizcaya; nuestros soldados están hechos unas puras sopas y para secarse no encuentran modo mejor que seguir adelante, avanzando siempre.

Ayer a última hora se tomó Ciérvana, con cuyo pueblo quedó por nuestra toda la ría del Nervión, hasta su desembocadura en el Cantábrico, con escasa resistencia.

Se ha llevado a cabo la ocupación de las cotas conve-

nientes, que nuestros muchachos escalaron por el difícil procedimiento de dar dos pasos adelante y uno atrás a causa de los inevitables resbalones.

Nuestras unidades han ocupado dos importantísimas posiciones, ya sobre el río Gurriarán, que corre al mar paralelo al Nervión, pero entre éste y la frontera santanderina. Todavía no se puede precisar el avance de esta columna que pasó el citado río, y pudiera ser que a la hora de enviar este despacho, hubieran izado nuestra bandera en las lomas de Somorrostro, es decir, que si el mal tiempo no ha retrasado demasiado el ritmo de las operaciones, en la noche de hoy quedarían nuestros campamentos a cuatro kilómetros de la raya fronteriza de Vizcaya y Santander, y si esta columna de que hablo en forma hipotética ha logrado todos sus objetivos, a un kilómetro o kilómetro y medio de la frontera santanderina.

Hay que destacar que nuestras columnas han encontrado en su avance un nuevo cinturón defensivo, semejante al que se alzaba ante Bilbao, sólo que puesto al revés, es decir que las líneas de atrincheramientos y parapetos están mirando al Oeste, a Santander.

No hay que decir que esta vez el cinturón nos ha sido favorabilísimo, ya que lo podemos utilizar nosotros como apoyo de nuestra retaguardia y poniendo en este cinturón cuatro soldados y un cabo nada más, Bilbao quedará asegurado de toda incursión por parte de los rojos.

Y digo con cuatro soldados y un cabo, porque dada la moral del enemigo, basta este elemento defensivo, bien parapetado, para rechazar cualquier absurda ofensiva.

Entretanto ha seguido la rebusca en Bilbao, y en esta labor de traperos de alto porte se ha tropezado con ricas presas; ¡fíjense ustedes!: millón y medio de litros de gasolina, una pavorosa cantidad de gas-oil y lubricantes, almacenes llenos de arroz y conservas, 4.000 bombas de aviación de 50 kilos y cien bombas perforadoras de tanques y 400 «gudaris» más que se han pasado.

Yo estoy contentísimo con esta presa, sobre todo por el lubricante, ya que cada litro de aceite me represen-

ta un kilómetro de recorrido, y así no me serán tan caras mis andanzas.

No son fantásticas las noticias que se dan sobre la deplorable situación de Santander.

He hablado con uno que estaba en la actualidad en la capital montañesa y me ha dicho que no es posible que Santander resista, porque allí el hambre es espantosa.

Santander y Asturias venían siendo mantenidas por Bilbao, que gracias a sus divisas inglesas y a la exportación de material y mineral, recibía materias alimenticias. Hace cuatro meses en Bilbao había garbanzos para todo un año y aún más. En Junio no quedaba ni resto de aquel stock, que se había distribuido entre Asturias y Santander.

Ahora Bilbao no puede enviar nada y las dos provincias no pueden exportar ni un kilo de materias que le proporcionen el canje por alimentos. En cambio tienen que mantener trescientas o cuatrocientas mil almas más, y ni con el milagro de los panes y de los peces—y perdonen la irreverencia—podría remediarse tan aflictiva situación.

Nadie acoja esta noticia con reservas, pues tardará muy poco tiempo en llegar su comprobación.

★ AGUA Y SOL

Los soldados de España siguen avanzando, con todo tiempo.—Las importantes posiciones conquistadas en la jornada.—Cómo recibieron a las tropas los asilados de San José.—Un tesoro en Bilbao

A ratos el diluvio, a ratos el sol, y desde luego, en las montañas, viento muy crudo.

Un día desagradable, en fin, el de hoy en estos frentes.

Desagradable por lo que se refiere a la inclemencia del tiempo, claro está. Menos mal que el viento viene del Can-

tábrico y dicen que con él se despejará, seguramente, el cielo.

Es cosa decidida que nuestros muchachos operan lo mismo en llano que en monte, y sobre tierra firme que sobre el lodo. Continúan avanzando como si tal cosa.

Fué ocupado el importantísimo vértice de Berascola, montañía dominante de la zona que se extiende al Oeste de Oquendo, y desde este avance han ido quedando en nuestro poder toda la serie de alturas al Oeste, hasta el importantísimo Pico Laguna, y, como consecuencia de este magnífico avance, ha quedado también por nuestro todo el valle que va de Aranguren a Gordejuela, cuyos pueblos hemos ocupado.

Por cierto que en este último lugar se ha desarrollado un cuadro verdaderamente patético.

Existía en Gordejuela un convento-asilo de niños y ancianos, que, si no nos equivocamos, se llama de San José. Una docena de monjas cuidaban de hasta 40 niños y casi de otros tantos viejecitos.

Cuando nuestros soldados llegaron al pueblo, las buenas hermanitas, los pequeñuelos y los ancianos estaban alineados delante del convento y se hincaron de rodillas, y trémulos de emoción daban gracias a Dios por haberles permitido la gran felicidad de volver a ver la bandera española y las tropas nacionales.

El patetismo del cuadro ha tenido el acostumbrado final. Nuestros muchachos han cogido a los pequeños del brazo y los han llevado consigo a la plaza, y allí uno sacaba del morral un buen trozo de pan blanco, aquel otro una golosina—que sin duda le había enviado su madre—y el de más allá vaciaba su cantimplora en un vaso para dar un buen trago de vino a los rescatados.

¡Con qué delicia los pobres viejos fumaban los cigarrillos que les daban los soldados, después de haber estado fumando papel de estraza y hierbas durante un año!

Había entre los 40 chavalillos unos 15 que ya prestaban de hombrecillos, porque su edad estaba compren-

dida entre los diez y los doce años, y se obstinaban en hacerse soldados de golpe y porrazo y seguir en unión de nuestras tropas en los avances.

El jefe de la columna puso entonces sobre el hombro de uno de ellos el fusil de un requeté, y el chiquillo, al darse cuenta de su peso, exclamó: «Es verdad; todavía no puedo».

Entretanto, las buenas monjas salían de aquí para allá para evitar que sus viejecitos no se atracasen, después de tan largas privaciones, mientras los chiquillos no se hartaban de jugar y reír con los soldados.

Tras de Gordejuela se ocupó un santuario, todo ello con relativa facilidad, a pesar de los continuos chubascos.

Otra de las columnas ocupó Sodupe y la posición importantísima llamada Crucijada. En este lugar, de altísimo valor táctico, los rojo-separatistas habían construido una verdadera fortaleza, donde estaban acumuladas fortificaciones y elementos defensivos para contrarrestar los cuales nuestras baterías han hecho uno de los más formidables fuegos de prohibición, tras el cual los infantes han asaltado la Crucijada y, al primer empujón, han conseguido poner en lo más alto la bandera de España.

Ha sido esta, sin duda, una de las acciones más brillantes de la campaña de Vizcaya, y creo que con este digo algo.

Sigue la desbandada de los batallones vascos y sigue la presentación de «gudaris» a nuestras filas. Ellos mismos declaran que de ninguna manera se avienen a seguir peleando fuera de su tierra, en la tierra para ellos extranjera de Santander.

Por Valmaseda se han pasado hoy 75 personas civiles que estaban presas, gentes de derechas, naturalmente, que han logrado ponerse a salvo.

Y, en fin, para que todo haya sido excelente—excepto el tiempo—diré que en la rebusca acostumbrada hemos topado en Bilbao con verdaderos tesoros en un Hospi-

tal, donde se ha encontrado un arsenal magnífico de elementos de curación y, sobre todo, verdaderas montañas de algodón hidrófilo.

HASTA DONDE LLEGA NUESTRA GENEROSIDAD

Los corresponsales extranjeros que están en el que fué frente de Vizcaya, me han mostrado su asombro ante la actitud de nuestras autoridades y soldados.

—«Nunca pudimos creer esto—me han dicho—sobre todo cuando nos son perfectamente conocidas las enormidades que los rojos han cometido en los campos y ciudades de España. Bien se ve que el español—el verdadero español, claro está—no es vengativo. Aquí, en Bilbao, han encontrado ustedes centenares de hombres que han perdido en Madrid, en Valencia, en Barcelona o en Málaga a sus padres, a sus hermanos, a sus hijos, madres y esposas, que cayeron villmente asesinados por los marxistas en aquellos tres primeros meses en que el desate de las malas pasiones llegó al frenesí, y que siguen aún cayendo cada vez que la bestia bolchevique exige una represalia sangrienta a sus continuas derrotas en los campos de batalla. Y sin embargo, ni uno solo de esos hombres, que arrastran la pena de tanta atrocidad salvaje ha intentado siquiera vengar su dolor en los prisioneros, en los enemigos que se entregan, en los vizcainos que no han querido huir de Bilbao.

Ni los agravian siquiera con una palabra, con un gesto airado, con una mirada rencorosa. Parecen ustedes todos, desde el Generalísimo al último soldado, apóstoles de Cristo: todos hombres que practican aquella santa máxima del «perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores», máxima de los elegidos, y verdadero fundamento de la sociedad cristiana».

Con estas o muy parecidas palabras me ha interpe-

lado un corresponsal norteamericano; en parecidos conceptos me habló ayer un corresponsal francés.

La obra de buen amor, de verdadera paternal indulgencia que estamos realizando convence ya al mundo, porque yo no dudo que estos corresponsales de grandes órganos de opinión universal, dirán en letras de molde lo que me acaban de decir a mí de viva voz.

Y por si se deciden a hacerlo voy a brindarles un último botón de muestra que califica la extensión y profundidad de la generosidad de la España Nacional: Grande, Fuerte, Unica:

Millán Astray, el héroe mutilado, hoy tutor y curador de los mutilados por España, sigue su peregrinación por los hospitales de Sangre. Uno de los últimos días le acompañé ya casualmente en su inspección a las salas de uno muy próximo a la capital vizcaína, destinado exclusivamente a la asistencia de heridos vasco-rojo-separatistas, es decir, a los heridos que hasta la víspera fueron enemigos y hoy son... ¡heridos no más!, es decir, hombres dolientes merecedores de auxilio y solicitud generosa a más de trato científico cuidadoso y extremado.

El General pasea por la sala de operados, sección cuya vigilancia especialmente le incumbe e interesa. Son muchos, por no decir todos, los heridos que le conocen y reconocen.

Habla con todos: —¿Dónde fuiste herido? ¿Te han operado? ¿Necesitas algo?

Sus frases breves, contadas, no tienen el menor dejo severo. Habla como lo que es, como un militar, pero sin acritud. Conforme adelanta en su inspección se le va anegando el corazón—Millán Astray tiene un corazón hipertrofiado de tanto y tan alto saber amar las cosas grandes—del dolor ajeno y se le van escapando sus habituales—¿Y tu, hijo... ¿Te duele la herida, hijo?

Llega ante una cama. La Hermana de la Caridad. —¡Rojos! ¿qué decís ahora de estas santas mujeres a las que tanto escarnecisteis?...—le dice al General algo en voz baja y Millán, murmurando un «¡pobre, vaya por Dios!», se acerca al herido.

Es un muchacho. Le han tenido que cortar los dos pies porque, herido en ellos, los suyos le abandonaron y sin curar estuvo tres días, hasta que le recogimos nosotros medio muerto y con síntomas de gangrena...

—¿Ves, muchacho? Si hubieras estado con nosotros, ni nuestros soldados te hubieran abandonado ni serías ahora un mutilado; pero si lo hubieras sido, ¿sabes tú que ahora tendrán derecho a una pensión para toda tu vida que alcanzaría hasta a doce mil pesetas al año?

El herido abre mucho los ojos, asombrado de la verdad que Millán Astray le revela y que es un hecho cierto para nuestros mutilados. Luego, sonríe tristemente y se atreve a decir al General.

—¡Ya ve usted! Mala suerte... ¡Si las cosas se hicieran dos veces!...

Millán se inmuta. Y luego, solemne, con su voz potente, para que todos los rojos heridos le oigan, exclama:

—No te apures. No se apure ninguno. España, nuestra España, es grande y generosa, y el Generalísimo tiene tan hermoso y grande corazón que hasta en sus enemigos piensa, y yo sé que está en su voluntad no desamparar a ningún combatiente, incluso al enemigo que por la guerra quede inútil. España y Franco son así, amigos. Esperadlo todo de ella y de él. Que yo sé que ni os dejarán morir de hambre, ni tendréis que veros forzados a pedir limosna.

Lloraron aquellos desdichados y cuando la majestad del ilustre compañero mutilado se alejaba del antro del más horrible sufrimiento, de bocas febriles salían unos gritos saturados de sincera gratitud y emoción. Me hicieron llorar porque decían aquellos gritos: ¡Viva nuestra «madre» España! ¡¡Viva Franco, «padre» de los soldados valientes!!

LA CONQUISTA DE VIZCAYA

Sepa el mundo cómo y por quién se hizo el milagro

HUBO UNA OMISION, QUE HOY SUBSANAMOS

Cuando el inolvidable general Mola, tan propicio siempre a poner de realce las virtudes del Ejército que operaba en Vizcaya a sus órdenes, nos encargó la redacción de un número de «Domingo» dedicado a «La campaña sobre Vizcaya», nos mostró en su decidido interés en que en nuestra relación de méritos dejásemos bien subrayados los adquiridos por el esfuerzo de sus colaboradores más eficaces. «No olvide usted, Tebib, en su artículo de hacer pública mi admiración y agradecimiento por quienes están colaborando a mis órdenes por el triunfo decisivo. Yo no le perdonaré a usted nunca que me dirija ni un solo elogio, si antes no ha dado usted realce a esa labor de quienes son mis pies, mis manos y de quien es mi cerebro».

Por razones que respeto y que acato, la recomendación expresa del ilustre General quedó incumplida. Ordenes terminantes impedían personalizar a los Mandos de las Divisiones que operaban en Vizcaya, y en lugar de aquello que teníamos preparado para dar satisfacción al deseo del general Mola, hubo de salir en nuestro trabajo un párrafo el segundo del apartado, que llevaba por título: «Al soldado le hace el jefe», en el que se expresaba cómo, en acatamiento de disposiciones superiores, nos velamos forzados a omitir los nombres de quienes a la orden de Mola estaban tejiendo la corona gloriosa que acaba de tener su glorificación con la toma de Bilbao.

Hoy podemos, y debemos, salvar aquella omisión. El nunca bastante ponderado jefe de la Sección de operaciones del Cuartel General del Generalísimo, el admirable, abnegado e inteligentísimo teniente coronel don Anto-

nio Barroso, acaba de recabar de S. E. documentalmente, y a nuestra súplica, la autorización necesaria para que pongamos en letras de molde unos nombres que deben aprenderse de memoria todos los buenos españoles, porque a ellos se debe en gran parte la página triunfal que es la campaña sobre Vizcaya. «Domingo» ha recibido el encargo singular de hacer públicos sus merecimientos. Nunca se vieron sus páginas más honradas que lo fueron en esta ocasión.

SOLO UNO PODIA SUSTITUIRLE, Y ESE FUE

Muerto Mola, sólo había un hombre capaz de sustituirle al frente de las tropas. Ese hombre era nada menos que el Generalísimo.

S. E. Don Francisco Franco Bahamonde, en cuyo cerebro habíase incubado el plan maravilloso—asombro del mundo marcial es, y será aun más cuando en sus perfiles técnicos sea conocido y estudiado—se vió privado en el instante más crítico de la colaboración de quien estaba ejecutando maravillosamente su pensamiento táctico. Para sustituirle en el mando efectivo del Ejército de Vizcaya, designó a un General de cuyos altos merecimientos todos cuantos hemos vivido la vida de nuestro Ejército tenemos el más alto concepto, pero además ofreció el Generalísimo su aportación personal, la intensificación de su actuación personal a las operaciones. Y así, desde el día mismo en que los restos mortales de Mola tomaron tierra, el General Franco actuó con presencia y potencia, no separándose de la acción directiva y estimulando con su autoridad y presencia moral y material la labor del general Dávila. En su despacho del Cuartel General de Vitoria, en el campo, en los puestos de mando, recorriendo infatigable todos y cada uno de los sectores, el Generalísimo ha vivido el capítulo final de su obra magnífica, de esa obra que pasará a los más calificados tesoros de la Ciencia Militar del mundo entero, como capítulo único del buen arte de la guerra en la montaña.

Sépanlo todos. Del 10 al 20 de Junio, el General Franco ha llevado personalmente el timón de la guerra en Vizcaya. A Rey muerto, Rey puesto. A Mola sólo podía sustituirle Don Francisco Franco Bahamonde.

LAS PRIMERAS FIGURAS EN EL REPARTO

Franco y Mola a un lado, aun con riesgo de herir su natural modestia, algo hemos de decir de los generales que fueron ejecutores de sus planes. El general López Pinto, aun manteniéndose alejado del mando directo, no ha regateado su acción asesora de presencia y su siempre sano consejo. El general Dávila una vez más ha puesto de manifiesto sus dotes excepcionales de hombre inteligente, de «General que se sabe la papeleta», de fidelísimo ejecutor de los planes que le cumplía desarrollar. El mejor elogio del general Dávila, queda hecho al decir que llenó digna, satisfactoria, inteligentemente el puesto que Mola dejó vacante al morir. No creemos que se pueda decir nada mejor en elogio de este ilustre militar, ni cabe decir nada más justo respecto a su breve pero meritísima actuación al frente del Ejército de Vizcaya.

El general Solchaga...

Es difícil, cuando se conoce a los hombres, proceder intencionadamente contra lo que les caracteriza. Solchaga es, antes que nada y por encima de todo, la quinta esencia, el alcaloide de la modestia. El cronista corre el riesgo de caer en desgracia con lo que va a escribir, porque no encontrará disculpa ante los ojos del general jefe de las antiguas Brigadas Navarras. Pero sería inequitativo preterir, no ya omitir, el nombre y el juicio que merece este militar sereno, consciente, capaz, valeroso, disciplinado, laborioso, que ha vivido en el campo, en los sitios de mayor riesgo, los días difíciles de la campaña, y que sistemáticamente se ha refugiado en las sombras del incógnito en las horas placenteras de los triunfos y los encomios.

Pero sus jefes y oficiales, sus soldados, el general Dá-

villa y el Generalísimo, saben bien hasta qué punto alcanzan sus merecimientos. Ríndanle los españoles todos un tributo de admiración y gratitud. Nunca más merecido.

UN JEFE EXCEPCIONAL

Es difícil nuestra labor. Difícil e ingrata. Cuando un periodista censura, no tiene por qué «pararse en barras». Todos, aun los más ligados a la víctima diseccionada, aunque se diga otra cosa, encuentran siempre justificación para la mordacidad o la diatriba. Pero cuando un periodista elogia, ¡guay de él! Por grande que sea la justicia de sus calificaciones, no faltan nunca los que se sienten menoscabados, como si el elogiar a otro implicase censuras para su persona y valimiento. Digo esto porque la afirmación que voy a lanzar, es de las que «levantan ampollas»...

El coronel don Juan Vigón, jefe del Estado Mayor del Ejército operante en Vizcaya, es uno de los valores más altos de nuestra potencia militar, y a su talento, a su celo, a su actividad, a las dotes de Mando, Previsión y Ordenación de que le dotó la Providencia, se debe gran parte, máxima parte del éxito de esta ejemplar página de Historia militar.

Para muchos, este nombre de don Juan Vigón es poco menos que una revelación. Los más, no le oyeron nunca; los menos, si lo oyeron no fué con la suficiente conciencia de cuánto representaba en el éxito el esfuerzo del coronel don Juan Vigón.

¿Será suficiente un testimonio, aunque sea de un ausente... para siempre? Pues yo testifico con el general Mola el alto merecimiento de este don Juan Vigón, cerebro, nervios, torrente de energética que animó la conquista de Vizcaya. Porque fué Mola quien, desde el mismo día en que me incorporé a su Cuartel General, me dijo:

—Mire usted, Tebib, póngase siempre en contacto con Vigón. Es la luz de mis ojos, mis pies, mis manos y mi

masa encefálica. Lo que él no sepa o no quiera decir, desde luego ni lo sé ni lo puedo decir yo.

¡Vigón!... Un día se operaba sobre el Sollube. Don Juan Vigón, pendiente del teléfono, daba órdenes y recibía partes que ajustaba con nuevas determinaciones, previamente consultadas con Mola. De improviso una comunicación planteó al jefe del Estado Mayor un «disco» de transportes de camionetas que reclamaba una de las Divisiones no operantes en aquella jornada. Vigón, sin descomponerse, resolvió la «papeleta»:

—No, no, por Dios. Usted tiene tantas y cuantas camionetas. Sí, sí. Tantas con tal batallón..., tantas con tal otro... Es necesario que se acostumbren ustedes a resolver esas dificultades ayudándose unos a otros para resolverlas, pero no para hacerlos irresolubles...

¡Tenía en la cabeza el número exacto de vehículos de que disponía cada una de las Divisiones!

Otro día..., el viernes por la noche, la víspera misma de la entrada en Bilbao, con mis ojos contemplé cómo desde el Cuartel general llamaba, uno por uno, a los jefes de las seis Divisiones y les daba normas para su actuación al día siguiente; pero no normas generales, abstractas, no. Al contrario; con cada jefe estuvo hablando largo rato y sin mirar un papel, ni tener a mano un mal croquis, a cada uno le fué marcando su itinerario con infinidad de detalles...

—«Acuérdese de que a su izquierda hay una barranca que puede ser un peligro...». «No deje usted de batir el bosquecillo de pinos que tiene enfrente...». «No se mueva usted interin no vea que la segunda ha coronado la cota de la derecha...». ¡¡Tenía toda la topografía de esta caótica Vizcaya dentro de la cabeza!!

El asombro. No puedo insistir más. ¡Ah!, pero sí he de decir que la guerra actual, en la que tantos prestigios se han consolidado (los Aranda, Ponte, Varela, Yagüe, Rada, Escámez, etc., etc.), nos han hecho a todos, incluso a los que hemos convivido muchos años de intimidades del Ejército, revelaciones sensacionales, de hombres de mé-

rito singular que eran ignorados como tales altísimos valores y, entre ellos, Asensio, García Valiño, Alonso, Vigón...

SEIS NOMBRES PARA UN CUADRO DE HONOR

Seis han sido las columnas operantes en la campaña, y han tenido seis jefes.

Lector: apréndetelos de memoria. Si Dios los protege, como todos debemos implorarlo, estos seis hombres han de escribir con sus actos imborrables páginas de gloria de la Historia de la Nueva España. Son:

García Valiño.

Cayuela.

Latorre.

Camilo Alonso.

Juan Bautista Sánchez.

Bartomeu.

Seis coroneles que nacieron generales. Seis mosqueteros de España, con alma de héroes y arrestos de los que se gastaban los buenos lugartenientes de Rodrigo de Vivar: Alvarfáñez, Pedro Bermúdez, Martín Antolínez, Martín Muñoz, Galindo García, Alvar Alvarez.

García Valiño, jefe de la primera División; el de la inenarrable marcha de montaña, que se hará famosa, del Amboto a Peña Udala, el de las lomas de Durango y Elorrio. ¡El del Bizkargui, la insuperable victoria del empuje y la táctica más elevada! ¡El de la rotura del cinturón por Galdácano y marcha por las cumbres hasta Pagasarri...!! ¡García Valiño!... Preguntad a un soldado, a cualquiera de los que han combatido en Vizcaya, qué es, qué representaba para ellos este hombre, y os percataréis. Yo, ya lo dije antes, creo que es una de las revelaciones de esta guerra.

Cayuela, el coronel Cayuela, de larga historia en las andanzas africanas, ha reverdecido sus laureles con brotes nuevos en cada día, en las triunfales jornadas de la cota 303—lugar infernal, donde se ha librado, quizás, la más dura batalla de estas operaciones—, de la defensa y conquista de la Peña de Lemona, de la admirable toma

de las serranías de Mallavia y conquista de Amorebieta, Pagochueta, Begofia y Deusto.

Latorre, con la rotura del frente inicial en Mondragón y la toma de Asensiomendi, San Adrián, Arangui, San Pedro y Orduña. Jefe tenaz en su acometida e invencible en el aguante de las embestidas adversas.

Camilo Alonso, el famoso exjefe del Tercio, mil veces acreditado de valeroso y experto, que en esta guerra de Vizcaya se apunta en su haber los éxitos de Albertia, Maroto y Jarintó (iniciales de nuestra ofensiva), Munitain, puerto de Barazar, Mañaria (con Cayuela), Dima, Yurre, el Unceta, Orozco, Llodio..., a victoria por jornada, a triunfo por día de avance.

Juan Bautista Sánchez, el de la toma del Sollube y Rigoltia, el de la rotura del cinturón con el primer batallón de Argel (no olvidad este nombre y aquel decisivo triunfo que se le debe), el de Santa Marina y Santo Domingo y Archanda y ¡¡Bilbao!!

Y, en fin, Bartomeu, el jefe de la sexta División que aún alcanzó ocasiones como las de compartir la rotura del cinturón y ocupar Beniaga y coger al enemigo la batería del 12'40 y coronar a arma blanca San Bernabé y tomar Luchana y..., ¡en fin!, derramar, una vez más, su sangre por España, aunque, por fortuna, sin gravedad de riesgo para su preciada existencia. Y con ellos, con estas seis Divisiones, la Legión de Flechas Negras, que se coronó de gloria en la defensa de Bermeo y en las tomas y consolidación del Gata y Plencia y Las Arenas. ¡Brigada Legionaria de Flechas Negras...! ¿Cómo olvidar el brío y la pericia de sus actuaciones?

OTROS MANDOS DIGNOS DE LOA

¿Ni cómo dejar en el incógnito la labor maravillosa, insuperable, de la Artillería que manda el coronel Martínez Campos, la que decidió tantos momentos difíciles, la que hizo posible, sin un enorme desgaste, los triunfos de los Inchortas y de la rotura de la cintura defensiva y la marcha de Valiño por la izquierda del Nervión, pa-

ra rodear Bilbao y con ella la inmejorable, la nunca mejorada Artillería Legionaria, asombro de pericia y ciencia y espíritu guerrero...?

No es preciso subrayar lo que la Aviación ha intervenido y la parte del éxito que le corresponde. Los aparatos que manda el teniente coronel Rubio, los de las Legiones, todos, en fin, superándose día tras día, han neutralizado con su acción la gran dificultad de ese terreno imposible, abrupto, quebrado, en el que se defendieron con ventaja indiscutible los rojo-separatistas. ¡Cuántas veces nuestros aviadores se jugaban la existencia descendiendo a ras de las trincheras enemigas para sacar de ellas o en ellas dejar para siempre a los obstinados defensores de Vizcaya separatista!

Cómo la labor ingente de los ingenieros que manda el profesor de energética, que es el teniente coronel Vallespín, improvisador de tanques blindados, prestidigitador que supo sacarse en horas más de sesenta puentes de la manga y levantar, como con un soplo, el derruido puente metálico de Malzaga...

Ni la Intendencia, dirigida por el capitán Maset, «Providencia del Ejército», para el que nunca hubo papeleta sin solucionar, ni trabajo agobiador, ni necesidad no prevista y provista «antes de surgida...».

Ni en Sanidad—¡labor abnegada y, ¡ay!, dilatada la suya!—, dirigida por el comandante Rocha y con equipos quirúrgicos semi-milagrosos, a juzgar por sus éxitos de restauración de quiebras humanas y ganancia de vida a la muerte... Yo no recuerdo a todos, y todos merecen ser citados, porque ninguno fué mejor que el otro, ni pudo haber entre ellos más que asombrosa pericia. Me vienen a la memoria, y no he de omitirlos porque al citar a todos los omitidos honro y sobrepongo los que acaudillan López Muñiz, Soler, Lite, Urbina, Ruiz Moso, Vals...

Y al cerrar la lista, un recuerdo para los inervadores, para el sistema nervioso central y periférico de esa organización que es un Ejército: Los auxiliares de Vigón—¡cómo serán para estar con pleno derecho a sus inmediatas órdenes!—, comandantes Troncoso y Mendoza y

capitán Tuero y los jefes de E. M. de las columnas Lacalle, Loigorri, Borja, López Mufiz, Mantilla y Merias.

¿UN DATO ESPECIFICO?—¡AHÍ VA!

¿Sabéis lo que estos hombres han hecho? ¿Sabéis lo que han logrado «materialmente» los soldados de España—esos soldaditos de los que no hablo porque a ellos dediqué exclusivamente toda mi labor del DOMINGO del día 6 de Junio—en esta campaña de Vizcaya...?

Pues ved unos datos exactos, matemáticos:

Terreno conquistado en Alava, 380 kilómetros cuadrados; id. id. en Guipúzcoa, 81, 60; id. id. en Vizcaya, 1.817.

Total de terreno conquistado, 2.278,60 kilómetros cuadrados.

¡Dos mil y pico de kilómetros cuadrados en veintinueve días de operaciones!, (contadas las treguas que impuso forzosamente el tiempo).

Es algo, ¿verdad? ¿Es, o no, como para sentirse orgulloso de haber sido testigo presencial de tanto y tanto heroísmo y poder ser notario de fe pública que levanta acta de tan hermosa realidad?

Pues... ¡aún vendrán días mejores, hijos de la gran España, Dios mediante!

* UN MEREcido ELOGIO DEL SOLDADO ESPAÑOL

«Si el día de ayer fué insoportable, el de hoy le ha ganado. Con este prólogo se figurarán ustedes que voy a decir que no se pudieron realizar operaciones a causa del mal tiempo. Los que así piensen no se dan cuenta de que nuestros soldados, aunque haya barro, diluvie y tengan que avanzar con el agua al cuello, no interrumpen sus impetuosos avances.

Por de pronto, diré que en el día de hoy—precisamente

hoy y no antes, como algunos impacientes pretenden afirmar—se ha liberado del dominio rojo lo que les quedaba de la provincia alavesa, que ha pasado a poder de España. ¡Alava por España! ¡Viva Alava!

Nuestras columnas, en rápidos avances en lucha con los elementos incluso, ocuparon hoy el pueblo de Gueñes, Llantada, Soralube, Alturas de Santurce, Alza y Cabrerizas, Depósito de Aguas, Arciniaga y Santa Coloma, y eso que tuvimos que ir despacio. Si no lloviera desconsoladoramente, de mucha mayor importancia hubiera sido el avance.

El enemigo no opuso apenas resistencia. Únicamente un intento de ataque. Quiso hacer algo, abriendo fuego de artillería y sacando incluso cuatro carros de combate. Pero esto no sirvió más que para acentuar el ímpetu de nuestros inigualables soldados, que realizaron luego operaciones tan preciosas como la del vadeo del río Cadagua, que hicieron con el agua al pecho y atravesando una cortina de balas.

Cada día están más valerosos nuestros soldados. No cabe imaginar cómo combaten. Estoy seguro que son el asombro de todo el mundo, incluso de los propios enemigos, que se admiran de su valor.

Esto se traduce en el gran número de los pasados a nuestras filas.

Hoy, entre prisioneros y pasados a nuestras líneas, se eleva el número a 450 personas. En la noche de hoy, llegaron también 150 personas de derechas evadidas de las cárceles rojas, que se presentaron incluso con sus carceleros.

Ante tales cosas, piensen todos en el día triunfal de nuestra campaña, que no ha de tardar en producirse.

Si siempre merecen elogios nuestros soldados, hoy son más que nunca digno de ellos. No creo exista en el mundo Ejército capaz de vencer tantos obstáculos, incluso a los elementos.

*** CONTINUA EL MAL TIEMPO**

Nuestras tropas a las puertas de Valmaseda.—Los importantes avances de la jornada.—La normalidad en Bilbao

Continuó el temporal furiosamente, sobre todo por la mañana. A media tarde parece que tendió a mejorar un poco el estado atmosférico, y sobre Bilbao ha lucido el sol, durante lo menos diez minutos. De todas formas, hoy ha estado tan mal tiempo casi como ayer.

Insistí en ello, porque pretendo llevar al ánimo de los que me lean, el entusiasmo de que yo estoy henchido por la conducta impenarrable de nuestra tropas. Cuanto se diga de su resistencia y abnegación, resulta pálido ante la realidad, ya que hoy, como ayer, han seguido avanzando nuestros soldados y conquistando nuevos pueblos y poblaciones importantísimas, siempre en dirección hacia el Oeste.

Hoy han pasado a nuestro poder el vértice de Espaldaseca, los caseríos de Socica, Angostura y Gijón de Angostura, con las cotas 582 y 569, situadas entre la Argajiza y los manantiales de Pozanco, por lo que por este lado nos hemos quedado a un kilómetro justo de la importante población de Valmaseda, que está absolutamente dominada, hasta el punto de que han llegado tranquilamente a nuestras vanguardias, esta tarde, grupos de vecinos de esta ciudad, quienes, por cierto, han testimoniado que los rojos han obligado a la mayoría de los habitantes a abandonar Valmaseda.

Podemos, pues, entrar en la ciudad cuando queramos, como podemos hacerlo en Zalla, que quedó rodeada por completo al ocupar el vértice y el pueblo de Mudaco y otras alturas que sobre Zalla se alzan.

El enemigo sólo ha demostrado actividad de consideración sobre las posiciones que ayer le tomamos en el sector de Santa Coloma, y con algún fuego de los carros

rusos que aún tenían en su poder contra determinadas avanzadillas nuestras.

La labor de hoy de nuestras tropas, es superior, si cabe, a la de ayer.

Durante la última noche, los puentes que nuestros ingenieros habían tendido sobre los ríos y arroyos, han sido arrastrados por la fuerza de la corriente, y de nuevo nuestros soldados han tenido que vadear el curso de las corrientes con agua hasta el pecho, para seguir avanzando hacia los nuevos objetivos. Y sin embargo, no proferían una queja y se les veía llegar a las posiciones y ponerse a cantar y bailar para, de esta manera, secar un poco sus empapadas ropas. Es, repito, un verdadero asombro el contemplar el espíritu admirable de estos soldados de España.

En Bilbao ya la vida es normal por completo. Yo he cruzado la ría por uno de los puentes, he visto funcionar el funicular y circular todos los tranvías.

Todo Bilbao está abastecido suficiente y normalmente, no viéndose más colas de público que en los lugares designados para efectuar el canje de los antiguos billetes del Banco de España por los nuevos de la España de Franco. Porque los de Euzkadí, ni que decir tiene que no se había hecho el canje. A ver si Aguirre los consigue sambar en algún rincón del mundo, si todavía existen incautos como eran los bizcaitarras.

Esta tarde he visto llegar el primer tren correo que ha entrado en Bilbao, procedente de Miranda.

Y nada más. A no ser que diga que, según más noticias, el número de milicianos pasados a nuestro campo es de 168. Esto sólo por el sector del Sur, pues por los otros ignora la densidad que ha alcanzado el éxodo, aunque de seguro no ha sido escaso el de los convencidos de la locura que, al resistirse, vienen cometiendo.

DE LO FACIL QUE ES PASARSE AL ENEMIGO

A principio de la guerra se dieron muchos casos de gentes de uno y otro bando que, sin pensarlo ni quererlo, se pasaban al enemigo. En este invierno se dieron varios de periodistas que, llevados de su celo informativo, traspasaron sin darse cuenta el campo propio y fueron a dar con sus huesos en el del adversario. Así le ocurrió al redactor jefe del «Heraldo de Aragón», de nuestra parte a la de los rojos.

Yo soy bastante despreocupado en todas mis cosas y demasiado distraído, pero confieso que si a alguna cosa le he tenido miedo en este mundo, es a verme convertido en un tráfuga involuntario. ¡Dios mío y qué cosas harían con mis pobrecitos huesos los rojos y separatistas si me cogiesen a placer en su campo! Cálculenlo ustedes, que a mí me dan escalofríos sólo pensarlo.

Pues... hete aquí, que a pesar de ese pánico que le tengo a la trasgresión impensada, hace pocos días, muy pocos, estuve a punto de zamparme de hoz y cox en Begoña cuando aún no estaba en nuestro poder, ni ese lugar ni el mismísimo monte Archanda. Por lo pintoresco del caso—y por no hablarles ustedes siempre de lo mismo—voy a referírsele, quebrantando en gracia a la poca gracia que a mí me hizo, la promesa solemne que de toda la vida me tengo hecho de no caer en puerilidad de hablar de mi persona y actos en mis trabajos periodísticos. Pero ¡en fin! Por una vez, y diciéndoselo ustedes confidencialmente y contando con su absoluta discreción... ¡qué diablo! ¿Quién lo va a saber? Ello fué así:

Al pasar por Derio, base de una de nuestras columnas operantes, alguien me comunicó la grata nueva que desde aquella mañana, a primera hora, nuestras fuerzas habían ocupado Santo Domingo, y ese alguien—que el Señor

le perdone el daño que me hizo—añadió: «Por cierto que desde allí se ve admirablemente Bilbao, como si se mirase desde un balcón».

¡Con las ganas que yo tenía de ver el objeto de nuestras ansias...! Indagué el camino a Santo Domingo: «Esta misma carretera de Derio a Bilbao, y luego al llegar a aquella cumbre, torcer por una que va a la derecha. A los dos kilómetros estarás en el susodicho balcón sobre Bilbao».

Oído y hecho. ¡Hala!, Paco, méte la tercera y duro por esa cuesta. Señores—añadi, dirigiéndome a mis ayudantes Pepe Puente y Pepe Infante; aquél el conocido industrial madrileño y éste el ilustre abogado toledano y hoy cabo del Ejército, porque así lo ha querido él; se ha hecho un tozudo de la guerra—, señores, os voy a enseñar Bilbao o lo váis a ver como si lo tuviéramos en la palma de la mano.

El motor bufa, los kilómetros pasan, la cuesta se va acabando y yo (y mis acompañantes) empezamos a ponernos un poco «moscas», por no encontrar desde que iniciamos la subida ni un solo bicho viviente en la carretera de Derio a Bilbao...

¡Por fin! En una revuelta, cerca de la carretera, vemos un grupito de soldados medio escondidos entre los pinos que allí lo cubren todo. Infante, conocedor de su oficio, me advierte: «Oye, me parece que son sirvientes de ametralladoras...» Yo miro y no los veo, y Paco, mi obediente chófer, sigue pisando el acelerador.

La cuesta se acaba, se va a acabar; faltan no más que unos veinte metros para coronarla y... no se ve el arranque de la ansiada carretera que ha de conducirnos a Santo Domingo. Sigue, aumenta, se generaliza la escama...

—Bueno, bueno, bueno. Párate, Paco. A ver si...

—¡Caramba!, ¿qué es eso? ¡Mira una gallina en la puerta de un caserío! ¡¡Y un fusil!! Párate, Paco, que la gallina es nuestra.

Paco para el coche y yo desciendo (tan satisfecho de mi argucia, con la que creo haber resuelto la «papeleta» de la preocupación cuatri-partita y compartita). Detrás bajan todos. Hasta Paco. Me encamino al caserío, al bor-

de de la carretera y casi en la corona de la loma. La gallina, que nos ve acercarnos inquieta, huye... Infante sale tras ella, en unión de Paco. Puente se queda junto al coche y yo cojo el fusil, más un correa, y el cuchillo, y las cartucheras, y un morraíl... Lo examino todo con calma.

—Oye, Puente, este armamento es de un rojo. Mira, el fusil dice: Asturias 1937... y en la culata, mira, F. A. I... ¡Chico, el fusil de un enemigo! ¿Qué haría esto aquí?... ¿Cómo no lo habrán recogido, tan a la vista como estaba; así, derecho, apoyado en la pared? Se diría que lo acaban de dejar...

—Tebib, ¿has oído?

—Sí. Me parece... he oído el ¡psss, psss! Oye, me parece que nos tiran...

—Fíjate, esta ramita la ha cortado un chinazo ahora mis...

Infante y Paco llegan de la huerta del caserío a todo correr. Vienen con cara de susto, dicho sea sin ofenderles, ¡Y... no traen la gallina!

—Tebib, que nos tiran.

Y Paco añade:

—Nos tiran a dar.

Otra vez el ¡psss, psss!, y... ¡un montoncito de polvo entre el coche y el cuerpo de Pepe Puente!

—Al coche. Paco, a ver cómo lo vuelves a escape y ¡a «chaquetear», amigos!

¡Las que pasa Paco! Agachado, dudando, se mete en el coche y ¡no consigue arrancarlo! Dentro estamos ya Puente y yo. Infante quiere empujar el cochecito y no tiene fuerzas. Bajo yo también y el coche arranca...

¡Psss, psss, psss!

Siento en la pierna derecha algo así como una pedrada pequeña.

—Vamos, vamos, Tebib.

—Esperad un momento...

Y me largo junto al caserío y cojo el fusil, y el correa, y el cuchillo, y me meto en el coche, que sale cuesta abajo, sin frenos, a todo meter.

...

Al pasar por junto a los chicos de las ametralladoras paramos. Un sargento, galleguifio él, nos dice con zumba: «De buena escaparon. Ya íbamos a ponerles una ráfaga, porque venían «a por» ustedes.

—Pero... ¿quiénes?

—¡Y luego! Los rojos. Entre esos pinos quedan aún bastantes. Y luego como a usted se le ocurrió coger el fusil de aquel que estaba al otro lado de la casa haciendo sus necesidades, pues el hombre apretó a correr tras del coche, y no sé cómo no se lo trajeron ustedes hasta aquí. ¡Lástima! ¡Un prisionero y con armamento, que hubiese sido hazaña para ustedes, ¿no, cristianos?...

... ..
¡Mi santa madre!

Todavía no me pasó el susto. Y cada vez que me miro el raspón de la pierna, se me pone una carne de gallina...

—¿De gallina?

—¡Hombre! ¡¡¡Mira que no haberla cogido, Infante!!!

Vitoria, 25 Junio.

CIUDADANO DE PRIMERA

En la nueva tregua forzosa, aunque relativa, que el mal tiempo nos impone, el periodista anda desalentado, un poco a la manera como el perro de caza de finos vientos, procede en terreno donde escasean las piezas, y por el que va y viene el can, levantando hacia allá y acullá la nariz para ver de captar algún rastro que le proporcione el cumplimiento de su misión. A esto le llaman los devotos de San Humberto «cazar por alto». Por alto cazamos nosotros, los cronistas de guerra, en estos días en que apenas hay guerra. Y yo he cogido rastro, dos rastros mejor dicho, aunque coinciden en uno.

El primer rastro me lo ha dado la Radio Nacional con una de sus «interferencias» que acaba de implantar tan oportuna como discretamente, al aconsejar a los españoles de la España Nacional que extremen su celo y cordialidad

de todos los momentos con los soldados heridos en el campo de batalla con los que vivimos en trato social en las ciudades de retaguardia.

El segundo rastro me lo proporciona «Domingo» el españolísimo y jugosísimo semanario de Juan Pujol. En uno de sus «Reflejos» aconseja a las muchachitas sinceramente patrióticas de San Sebastián—y supongo que de toda España—, que para distinguir a la juventud que combate por la Patria en los frentes, de los zagalones más o menos elegantes, que con unos u otros pretextos permanecen en la retaguardia, haciendo la vida frívola de los «peras» de antaño, todos los días, paseen por calles y parques, visiten bares y salones de té, y coloquen en las solapas de los niños pacifistas, una leve, discretísima, pluma blanca, a modo de simbólico emblema proclamador de su inhibición en la tremenda lucha que la inmensa mayoría de la juventud española, gloriosamente, está sosteniendo.

Tienen razón «Domingo» y la Radio Nacional. Traducidas ambas propuestas al lenguaje vulgar por mí, no quieren decir otra cosa sino que las circunstancias están clamando la conveniencia de establecer en la España liberada, en la España de Franco y del honor, dos castas, dos categorías de ciudadanos. Una, la categoría de los que lo están comprometiendo todo, dando todo por España: vida, hacienda, intereses, hijos, y la honda y constante preocupación infinita de la guerra y por la guerra. Otra, la de los ciudadanos pasivos, negativos, indiferentes o si quieren indolentes, aquellos que aún no se han dado cuenta exacta de que sólo se puede servir legítimamente un interés: el de España; los que se emboscan, los que no dan o dan sólo lo que no les hace falta, sin que la dádiva represente sacrificio, y desde luego sin riesgo ni constancia de la leve ayuda; los que egoístamente ante el esfuerzo de los demás, el dolor de los demás, la sangre de los demás, permanecen tranquilos, incommovibles y en su inconsciencia hasta escandalosamente eufóricos...

Yo soy de los que no le agravian, ni menos motejan, los alardes de fasto y alegría de ciudades como San Se-

bastían, Burgos, Salamanca. A mí me parece de perlas que la retaguardia esté alegre y confiada. Lo que no tolo, lo que me irrita, es que bajo esa alegría y confianza asome la oreja el indiferentismo egoísta. Hay que estar alegres porque todos debemos sentir la interior satisfacción de estar rimando la más alta y noble causa; hay que sentir euforia porque estamos dando al mundo entero ejemplo glorioso de civilidad y pureza de conductas. ¡Ah!, pero esa alegría pueden y deben manifestarla, los que discurren por nuestras calles apoyados en muletas, los que llevan un brazo y una mano proyectadas hacia adelante buscando el apoyo de un hombro de lazarillo, los que perdieron un brazo, o llevan dentro del pecho el ansia de aire que dejaron las cicatrices de balas alojadas en sus pulmones. Esa alegría pueden y deben manifestarla, los padres y las madres y los hermanos de los que cayeron en el campo de batalla...

Esos sí. Esos y los mutilados lo merecen todo. Todo pero antes que nada el respeto, la admiración, la gratitud de la retaguardia, y más todavía de la retaguardia «alegre y confiada».

Ciudadanos de dos categorías. En la primera categoría, los que supieron merecer tal honor. En la segunda, los que quedamos en obligación y servidumbre para con ellos.

Y yo no pido distintivos vejatorios para nadie. Pero sí pido distinciones ostensibles honoríficas para los ciudadanos de la primera categoría. Los que pertenecen al Ejército activo la tienen en sus uniformes. Los que no pertenecen a ese Ejército activo pero han servido activamente a España, deben tenerlas. Yo he perdido un hijo —¡hijo de mi alma, amor de mis amores, orgullo de mi sangre!— y no quiero ver a sus hermanos, a su santa madre enlutados como yo mismo no quiero enlutarme. Pero, al dárselo a la Patria, lo hemos dado todo y sentimos el noble orgullo de haberlo hecho. Esa pluma blanca que propone «Domingo» para vergüenza de indiferentes, yo la quisiera ver en el pecho de mi esposa, en la solapa de mi americana, como blasón de orgullosa jerarquía, como tes-

timonio de haber entregado a la Patria, aquello que nos era máspreciado. Yo no quiero recibir pésames por haber perdido al hijo. Pero si quisiera que a su madre y a mí, las gentes enteradas por un leve signo de nuestra donación, nos mirasen y saludasen, sino con respeto, con noble y levantada envidia.

MOLA

Quisiera poder recogerme en mí mismo. No me deja paz ni sosiego espiritual esta tarea que me he impuesto de vivir a flor de vida, en todo su dramático dinamismo cotidiano, la guerra. Y para escribir nuevamente unas cuartillas sobre el General Mola, yo necesitaría un remanso de serenidad, que me permitiera pensar más que sentir... ¡Empeño pueril! Llevo dentro de mí la vibración trágica de la epopeya, y mi cerebro se niega a elaborar ideas y palabras placidas, ecuanimes, razonables. Será esta vez mi tarea lo que es siempre, estallido de emociones, fulguración de sentires. Ya quisiera yo poder trazar unas líneas de esas que yo mismo le dilatando más que los ojos, las puertas olfativas, porque hay prosa que se aspira como un perfume... Pero no puedo. Todo me trasciende a pólvora, a sangre...

El mismo General me acusaba este fenómeno el día antes de morir. «Qué buen libro puede usted escribir, Tebib, cuando se serene su emoción bélica», me decía; y yo le repuse: «Ese libro estará inédito hasta que lo trace su pluma maga de excelente escritor, mi General». «¿Yo?... Mire usted. Lo mejor que he tenido yo en mi cerebro es mi obra «Dar-Akoba». Todo lo que yo he vivido en Marruecos, pretendo dejarlo allí. Tengo ahora cerradas en mi memoria ideas y más ideas, que por primera vez en mi vida intelectual me parecen dignas y provechosas por las enseñanzas que encierran. Pero... yo no podré escribir ese libro, Tebib. Si la guerra me respeta, luego tendré otro afán, no sé cuál, el que Franco me designe, y a él me entregaré, como a la guerra me entrego

ahora, en cuerpo y alma, sin quitar a la tarea que se me encomiende ni un minuto para satisfacer el más egoísta de los empeños, el de decir a los demás con la investidura magistral de la letra de molde, lo que se piensa, lo que se siente. No podré nunca escribir mi «Dar-Akoba», Tebib, y lo siento, porque creo que sería lo único sólido que quedaría de mi paso por la vida».

¡Guerrear! ¡Guerrear por España y por la Causa de su redención...! A esta empresa titánica dedicó Mola —Mola en quien yo supe descubrir la gran verdad de su condición de «pensador, filósofo, estadista»— su esfuerzo entero. Guerrearaba en África desde albor de su adolescencia, con tal afán incontenible, que diríase conocía por revelación divina cuanto de África tenía que esperar España. Desde simple oficial de Mehalla y Regulares, pasó a jefe de Grupo, a comandante general, a jefe superior de aquel Ejército. Mola se propuso desde que era cadete hacer de su vida limpio espejo de noblezas y dignidades profesionales. España y su Ejército eran la divisa de sus actos todos. Sentía dentro la palabra **Disciplina**. Llevaba en su frente grabado el valor moral que llamamos **Deber**. Era bravo como pocos. Sabía apreciar en todo su alto valor ese don precladísimo que llamamos **Vida**, y la disfrutaba y apreciaba como el que más; pero con una limitación: la de que vivir no era nada si no se sabía morir en servicio de la Patria.

Patria. Disciplina. Deber. Lealtad. Serenidad. Fortaleza. Propia estimación. Estos eran sus cultos. Porque los otros, el valor personal, la honradez intachable, la bondad de corazón, el no los juzgaba nunca como virtudes loables. Para Mola, ser bueno, ser honrado, ser valiente, ni era sacrificio, ni don especial, ni encerraba mérito alguno. Era así porque no podía ser de otra manera, porque si no hubiera sido así, natural, franca, espontáneamente así, no hubiera podido ser el General Mola.

Cuando empezaron para España los tristes años en que era de «buen tono» no sentir la Patria, poner al descubierto, antes que las virtudes, los pecados de los españoles, entrar a saco en la historia nacional, para chapotear en las lagunas enfangadas y llenar de salpicones de lodo sucio, hasta las más puras y nítidas hojas de las heroicas gestas de la raza, yo, que por múltiples razones no sólo no había sido nunca militar, sino que repugnaba aparecer como militarista, empecé a frecuentar por caprichos de mi ruda existencia el trato de algunos militares en Marruecos. Se llamaron los primeros que aprendí a conocer, Marina, Gómez Jordana, Larrea, Vicario, Primo de Rivera; después, mis amigos militares se llamaban Berenguer, Sanjurjo, Gómez Jordana (hijo), González Tablas, Goded, Millán Astray, Fischer, Benito... Más tarde, y con estos que acabo de nombrar, entré por la puerta del corazón y de la identidad de ideales en comunidad de afectos, ilusiones y empeños, con quienes se llamaban Franco, Mola, Varela, Ponte, Yagüe, García Escámez, Beigbeder, Rada, Cayuela, Valdés, Arredondo, Martí, Martín Alonso, Buruaga, Muñoz Grande, Camilo Alonso, Infante; ahora la lista de mi «familia militar» se ha ampliado con la intensidad de afectos de los García Baliño, Asensio, Moscardó, Gazapo, Juan Bautista Sánchez, Bartomeu, Castejón, Tella, Barroso, Troncoso... ¡Qué sé yo cuántos más, y todos en la hermandad indisoluble no sólo de sentimientos españoles, sino de por ser españoles, haber recibido el más alto honor que cabe a un ser nacido de buena madre...!

Pues bien, entonces, hace treinta años, y hace quince, como ahora, encontré en esa familia militar el manantial limpio y fresco para mi sed, para mi amor de amar a España. Entonces, como ahora, yo os digo que en esa familia militar, en esa serie de nombres—que no he hecho más que esbozar, porque si completa hubiera puesto la lista llenaría varias páginas de este periódico—encontré lo más sólido, lo más firme, lo más inmovible de cuanto yo creía y sigo creyendo que es médula y sustancia de la raza

hispana: **Honor. Dignidad. Nobleza. Abnegación. Heroísmo.** En el Ejército se había refugiado todo ello; entre los componentes del Ejército conservábanse puros los principios morales prístinos de la España inmortal.

Mola era prototipo de esos buenos militares. Mola era, sino el primero, uno de los primeros en honrarse a sí mismo y a su profesión, al honrar con sus actos todos a la Raza y a la Patria. Había nacido para llegar a lo que fué: portaestandarte del Movimiento dignificador. Franco, yo lo sé, el día en que por primera vez se puso al habla con Mola para trazar el plan que había de salvarnos del caos, exclamó: «Estamos salvados. Con Mola tengo al hombre que yo necesitaba. Ya, aunque yo faltase el Movimiento tendría su eficaz Caudillo».

Aquel día—ya lo he contado—en que a lo alto del Solube, Mola se me confesaba «como el hombre más feliz de la tierra, no lo dude usted, Tebib», el General eufórico me mostró toda la generosidad piadosa de su alma recia. Junto a mí estaba cuando inesperadamente me llegaron al corazón dándome la cruel noticia de que a un hijo mío le habían asesinado—por mill veces bravo y plenamente buen español—en Madrid. La natural congoja—¡qué amargo dolor, hijo del alma!—me apretó el corazón. Mola me puso entrambas manos en mis hombros, me sacudió virilmente y me dijo con una voz que trascendía a honda emoción: «¡Ea, Tebib! ¿Qué es eso?... ¡Ha sido por España, por esa España que usted ama tanto, y que enseñó a amar también a sus hijos! ¡Es su mayor gloria! ¡Ojalá, cuando el mío sea hombre, pueda usted decirme a mí lo mismo!».

¡No puedo seguir! Discúlpame, lector. Yo no he recibido nunca un homenaje que tanto me envanezca y abrume. No puedo seguir...

Pero sí pondré unas líneas finales, dedicadas a ese hijo del general Mola, en el que él pensaba siempre, emporio de sus amores. Un día a ese hijo mío que me han asesinado por España, le pregunté yo en un relapso de amorosa confianza: «Dime hijo, ¿qué te parece de tu pa-

dre...?» ¡Y mi hijo, se quedó mirándome fijo y me dió un beso en la frente!

¡¡El mayor honor para un padre!!

Besa tú, un beso sin labios, del corazón, del alma, diariamente al tuyo. Porque, en verdad, en verdad te digo, que en España ningún nacido tuvo padre que más mereciese tan alto premio.

INDICE

Dedicatoria	9
Advertencias al tomo III	11
Frente de Vizcaya.—Resumen de una jornada magnífica	13
Factores decisivos en la guerra moderna	17
Así era en Esparta	19
Una visita al desconocido frente de León	23
En torno a Ochandiano, o lo que va de ayer a hoy	25
Últimos mensajes	28
Triunfo bajo la lluvia	31
En dos jornadas quedó limpia de enemigo la provincia de Alava	32
Desde Gorbea se ve Bilbao	34
Guerreando en plena montaña	36
La jornada en el frente de Vizcaya	40
Guerra especial para soldados especiales	42
Elbar, destruido por el fuego y la dinamita	44
Los inauditos horrores de Elbar	45
Los rojos bombardearon Vergara	49
El frente de Vizcaya ha sido roto en una extensión de 25 kilómetros	50
El cordón azul	52
Los aviones invencibles, vencidos	55
Esta no es otra clase de guerra	57
La obra de un mutilado	60
Cómo se cumple un decreto	62
Cómo se demuestra la superioridad	64
Las columnas de la costa y del centro se juntan en Marquina	67

Guernica está al alcance de nuestras manos.....	68
Crónica de un corresponsal de guerra en el frente de Vizcaya	70
Cara y cruz de la guerra	72
Un día de gloria para los gallegos	75
El truco de los bárbaros	77
¡Sollube, último baluarte de Bilbao, por España! ...	81
La conquista del Bizkargui	83
Pero... ¿es que hay República vasca?	85
Los rojos siguen provocando incendios	88
Diluvio universal en Vizcaya	90
Cómo se llegó a la cumbre del Sollube	92
A cuatro kilómetros de Munguía	95
El tercio de Zumalacárregui	96
200 muertos y más de 160 prisioneros en la toma de Gondromendi	99
Se gana la guerra y se edifica la paz	101
Los milicianos rojos estragados por el alcohol y el éter	103
Enorme botín de guerra en Vizcaya	105
...Y a los diez meses de guerra, España canta	106
Las armas enmohecidas	109
¡Salvadas! Pero... ¿y ellos?	111
El avance sobre Amorebieta	113
La «Religiosidad» de los separatistas vascos	115
¿Dónde está el catolicismo vasco?	116
La ocupación de los montes que dominan Amore- bieta.—El enemigo no dió señales de vida	119
Aparece la aviación roja	120
Una operación inolvidable	121
Jactancias de un cronista en día de victoria	123
La resistencia de Bilbao	126
Mientras se recuenta el material cogido	129
Otra magnífica jornada que... se continuará	130
Los rojos siguen destruyendo caseríos y puentes.....	131
Magnífica conquista de San Pedro y las Minas.....	133
Romería en el frente de Vizcaya	136
El combatiente opina sobre eso del armisticio	137
En las trincheras bajo la lluvia	139
«¡Altancho ogiye!»	145
Fracasa el ataque a Peña Lemona	148

Páginas gloriosas del Ejército Nacional	149
Los héroes del aire	160
Las alas triunfadoras	162
¡Mola ha muerto! ¡Viva Mola!	164
Millán Astray habla en el sepelio del General Mola...	166
Cómo fué la gran catástrofe	168
Hablando con un prisionero consciente	170
Recuerdos de Mola	176
La verdad de la guerra	179
El almanaque sigue cambiado en Vizcaya	182
Un chilco de corazón y una frase espartana	183
Diluviando en las Vascongadas	185
Periodismo rojo	186
Visita de hospitales	189
La consigna de Prieto	191
Avance aplastante en Vizcaya	194
A cincha rota, albarda al suelo	196
Escenas finales del drama	198
A las puertas de Bilbao	201
El «cinturón» quedó hecho añicos	203
Nuestro empuje desde la furia roja	204
El derrumbamiento del frente de Bilbao	207
Las calles de Bilbao	209
Un contrataque estéril	212
Los «baskos» han destrozado las carreteras	214
Al romperse la línea del Gallo, queda derrumbado el frente de Vizcaya	216
Un enemigo sin moral	222
Desde el frente de Bilbao	225
Un resumen de la gloriosa jornada	227
Aguirre manda un S. O. S.	228
Ayer avanzaron nuestras columnas	230
La bandera de España clavada dentro de Bilbao...	232
El Generalísimo oyó misa en la iglesia de Begonia...	236
Lo esencial en la victoria de Vizcaya	239
Llegan a Bilbao evadidos en gran número.....	241
Una victoria vertical	243
Toda la zona fabril es ya nuestra	245
Una república vacía de contenido	247
Escenas pintorescas de la ciudad liberada.....	249
Ayer, jornada de descanso en el frente de Vizcaya...	253

Lueve torrencialmente	254
Agua y sol	256
Hasta dónde llega nuestra generosidad	259
La conquista de Vizcaya	262
Un merecido elogio del soldado español	270
Continúa el mal tiempo	272
De lo fácil que es pasarse al enemigo	274
Ciudadano de primera	277
Mola	280
Índice	285

LIBROS NUEVOS

EDITADOS POR LIBRERÍA SANTARÉN

- HACIA UNA NUEVA ESPAÑA** (14 a 16 millar), de Francisco de Cossío. 5 pesetas.
- GUERRA DE SALVACION.** (Del frente de Madrid al de Vizcaya), de Francisco de Cossío. 5 pesetas.
- MANOLO.** (Elogio de la juventud en la guerra), de Francisco de Cossío. 5 pesetas.
- POESIA.** Selección de versos, de José María Pemán. 5 pesetas.
- ROMANCES DE GUERRA Y AMOR.** Un gran romancero de la guerra, de N. Sanz y Ruiz de la Peña. 5 pesetas.
- LA MUERTE DEL ALGABENO.** Romance castellano de la caída heroica del torero falangista, de N. Sanz y Ruiz de la Peña. 2,50 pesetas.
- ROMANCERO DE LA RECONQUISTA.** Exaltación de Castilla en la cruzada nacional, de N. Sanz y Ruiz de la Peña. 6 pesetas en edición corriente y 25 en edición de lujo.
- CANTICO DE BUEN AMOR,** por N. Sanz y Ruiz de la Peña. 5 pesetas.
- ruta EN IMAGEN.** Un libro excelente, que define la obra de un poeta, por N. Sanz y Ruiz de la Peña. 6 pesetas.
- 500 FOTOS DE LA GUERRA.** Magnífica colección de fotografías en que se recogen muestras elocuentes de la barbarie marxista y del heroísmo de nuestros soldados. Segunda edición. 10 pesetas.
- FALANGE Y REQUETE ORGANICAMENTE SOLIDARIOS,** de W. González Oliveros. 7 pesetas.

LA EPOPEYA DEL ALCAZAR, por D. Muro Zegri.
6 pesetas.

CARTAS A UN ESCEPTICO EN MATERIA DE FORMA DE GOBIERNO, de José María Pemán. 3 pesetas.

PLEGARIAS Y BAYONETAS, de Juan Lebrero Escudero. 5 pesetas.

UNIVERSIDAD, PRESTIGIO Y GRANDEZA NACIONAL, de M. Bañuelos. 5 pesetas.

REVOLUCIONES POLITICAS Y SELECCION HUMANA, de M. Bañuelos. 5 pesetas.

MENTALIDAD Y PROGRESO HUMANO, de M. Bañuelos. 5 pesetas.

TEMAS DE CRITICA DIARIA, por M. Bañuelos. 5 ptas.

¡CAMPELINOS CONTRA LA CIUDAD!, de Gabriel Guerrero de la Iglesia. 4 pesetas.

EL PRINCIPE DON JUAN DE ESPAÑA, por Francisco Bonmatí de Codecido. Edición de gran lujo.

SOY UN FUGITIVO. (Historia de un evadido de Madrid), por Joaquín Romero-Marchent. 5 pesetas.

EL CERCO DE MADRID, por el Tebib Arrumi. 5 pesetas.

CAMPAÑAS DEL JARAMA Y EL TAJUÑA, por El Tebib Arrumi. 5 pesetas.

LA CONQUISTA DE VIZCAYA, por El Tebib Arrumi. 5 pesetas.

MANUAL DEL RADIOESCUCHA. Un libro de divulgación técnica, por Martín Hernández. 5 pesetas.

VIAJE A ORIENTE. Crónicas de viaje, por Justo González Garrido. 4 pesetas.

NUEVA RECONQUISTA DE ESPAÑA, por el P. Teodoro Rodríguez (Agustino). 5 pesetas.

LOS BARBAROS, por Rienzi. 6 pesetas.

LOS GRANDES IDEALES DE LA ESPAÑA IMPERIAL, de Julián María Rubio. 3 pesetas.

ESPAÑA, DESPIERTA. (Lo que es el nacional-sindicalismo), de Antonio J. Onieva. 5 pesetas.

LA VIDA EN EL ALCAZAR DE TOLEDO, de Jesús Enríquez de Salamanca (muerto heroicamente durante el asedio de la fortaleza). 4 pesetas.

LA ESPAÑA HEROICA, por el doctor Gomá, primado de España. Una peseta.

EL EVANGELIO DE LA NUEVA ESPAÑA, por el Padre Eugenio Fernández Almuzara (S. J.). 5 pesetas.
LA FOSA ABIERTA, de Gonzalo Hernández Auger. 5 pesetas.

EFFECTOS DE LA GUERRA EN LA VIDA Y EN LAS RELACIONES PRIVADAS. (Estudios jurídico-prácticos), por Marco Tulio Sempronio. 10 pesetas.

DIEZ MESES DE MADRID ROJO, por Arturo Cuadrado. 4 pesetas.

NUESTRA GUERRA CIVIL ANTE EL MUNDO, por Ramón Giner. 2,50 pesetas.

LA ALEGRIA EN EL AMOR DE DIOS, de Michael Müller. 6 pesetas.

ESTAMPAS VIVAS DE UNA ESPAÑA INMORTAL, por Agustín Bravo Riesco. 4 pesetas.

ARGENTINA-ESPAÑA. (Recuerdos de un asilado en la Embajada argentina de Madrid), de Francisco Casares. 8 pesetas.

L'ESPAGNE SANGLANTE. (Album gráfico de la barbarie roja). 5 pesetas.

ESPAGNE REMPART DE L'OUIDEN. (Magnífico álbum gráfico en que se evidencian los crímenes rojos). 7 pesetas.

COLECCION DE EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL. A 0,60 pesetas cada uno.

De publicación inmediata

Próximamente pondremos a la venta uno de los libros más transcendentales e interesantes que han visto la luz en nuestra gloriosa Era de resurgimiento nacional. Se trata de la **BARBARIE ROJA**, obra que se nutre con **DOSCIENTOS DOCUMENTOS GRAFICOS E INEDITOS DE GRAN VALOR HISTORICO Y DOCUMENTAL**, en los que se ponen de relieve las atrocidades y crímenes cometidos por la hordas rojas en la destrucción de templos e imágenes y en innúmeros actos de barbarie.

Es a modo de una continuación de «500 fotos de la guerra», si bien realizada con superiores medios técnicos y de impresión perfectísima, sobre papel cíceros extra. Consta de 160 páginas en cuarto mayor y se venderá a diez pesetas ejemplar.

ISABEL LA CATOLICA, FUNDADORA DE ESPAÑA,
por César Silió.

MEDITACIONES ESPAÑOLAS, por Francisco de Cossío.
POR LAS ROCHAS DEL TAJO, de José Sanz Díaz.

ESTO ERA EL COMUNISMO. Doscientos documentos
gráficos de la barbarie roja en el mundo.

LA GUERRA. Documentos gráficos e inéditos comentados
por Spectator.

CAMPAÑA DE SANTANDER, por El Tebib Arrumi.

ASTURIAS POR ESPAÑA, por El Tebib Arrumi.

LA CAMPAÑA DE TERUEL, por El Tebib Arrumi.

CANCIONERO DE LA GUERRA, por N. Sanz y Ruiz de
la Peña.

LA NUEVA ESCUELA ESPAÑOLA, por Antonio J.
Onieva.

ESPAÑA, PROLOGO DE LA GUERRA FUTURA, por
Tomé de Viena.

EL FUERTE DE GUADALUPE, por Jacinto F. de Ca-
sadevante.

LA DANZA DE LOS VELOS, por José María Pemán.

MANUAL DE CORPORATIVISMO, por el profesor Gay
de Mortella.

LA MONJA FUGITIVA, por F. Ferrari Billoch.

LIRA BELICA. (Antología de poetas de la guerra), por
José Sanz y Díaz.

MAR Y TIERRA, por Carlos Arauz de Robles.

PIDA CATALOGO

Más de cuatro mil títulos en existencia

Fuente Dorada, 27 VALLADOLID

102/401.



5 PESETAS



Impreso en España

**LAS CRÓNICAS
DE
El Tebib Arrumi**

Tomo III

**LA CONQUISTA
DE
VIZCAYA**

5 pesetas